JENOFONTE

HELÉNICAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

HELÉNICAS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 2

JENOFONTE

HELÉNICAS

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ORLANDO GUNTIÑAS TUÑÓN



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994.

PRIMERA EDICIÓN, 1977.
2.ª REIMPRESIÓN.

Depósito Legal: M. 29247-1994.

ISBN 84-249-3483-0.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6693.

INTRODUCCIÓN

Vida de Jenofonte

Las propias obras de Jenofonte y el segundo libro de las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio son las fuentes que nos proporcionan algunos datos sobre su vida. Poco es lo que sabemos acerca de él, aunque sea algo más de lo que conocemos de otros historiadores como Heródoto y Tucídides. Ignoramos la fecha exacta de su nacimiento y de su muerte. Probablemente nació en Atenas hacia el año 430 a. de C. Así lo suponen todos los autores, basándose en su participación en la expedición de Ciro en los años 401-399 a. de C. como oficial griego más joven, y en que fue discípulo de Sócrates como dice en las *Memorables.* (Véase Strasburger, *Xenophon Hellenika,* pág. 646; Lesky, *Hist. de la literatura griega,* pág. 646.) Este último sitúa su muerte después del año 359, aunque quizá se deba rebajar esa fecha tope, pues en el libro VI habla de Tisífono, tirano de Feras del 358 a 355. Como este dato está relacionado con la cronología de las *Helénicas* volveremos más tarde sobre él.

Naturalmente, en la *Anábasis* hay numerosas alusiones a sus intervenciones en la expedición que relata, y también alguna marginal al tema de la obra. Así en III 1, 4 y ss. nos informa de su incorporación a la expedi-

ción invitado por Próxeno de Beocia; en III 1, 11 y ss.; 45, de su elección como jefe; antes, en II 5, 37 y siguientes, va con Cleanor y Soféneto para enterarse de lo que le sucedió a Próxeno que no ha vuelto; en III 2, 7 y ss., propone el plan de retirada; en V 3, 4 y ss., trata de la parte que le correspondió de botín y de su estancia en Escilunte en la finca que le regalaron los lacedemonios; en VI 1, 20 y ss., de su intento de elección como jefe único al regresar al Mar Negro; en VII 7, 55, de su intervención ante Seutes y de la preparación del regreso a Atenas de donde aún no había sido desterrado, según afirma él mismo; finalmente en VII 8, 22, de sus últimas actividades con los expedicionarios antes de incorporarse al ejército de Tibrón.

Después de la batalla de Leuctra (371) vivió algún tiempo en Corinto, al caer su finca de Escilunte en manos de los eleos.

Las «Helénicas»

Cronología.—Si dejamos aparte el *Cinegético*, obra de autenticidad dudosa considerada de su etapa juvenil, debemos situar las *Helénicas*, al menos parcialmente, entre las primeras obras de Jenofonte.

Casi todos los autores coinciden en separar una primera parte formada por I-II 3, 9 (o sea, la parte que corresponde a la guerra del Peloponeso) del resto de la obra. A esta primera parte le asignan como fecha probable de composición el año 390, después de la campaña de Ciro y la estancia con Agesilao en Asia Menor. (Así Anderson, *Xenophon*, pág. 66, que añade que no hay pruebas de que fuera escrita antes del año 401.) Pudo haber tenido la idea de escribir la historia en los años 403-401 y haber tomado notas hasta el gobierno de los Treinta, incluido este período. (Strasburger, *Xe-*

nophon, Hellenika, pág. 667; Brownson, *Xenophon, Hellenica,* pág. VIII, fijan el año 393 para la composición de esta parte o un poco más tarde; Hatzfeld, *Xénophon, Helléniques,* pág. 9, el 390.)

Asimismo todos señalan las diferencias estilísticas con la segunda parte o el resto de la obra. (Por ejemplo, Anderson, pág. 66, se fija en los caracteres de Tisafernes y Farnabazo y los coteja con el resto y con la Anábasis. Henry, *Greek historical writing. A historiographical Essay Based on Xenophon's Hellenics,* pág. 14, observa el diferente uso de una serie de partículas: *mên* no aparece en I mientras es común en II (73 veces); *de,* sólo 7 veces en I, frente a 211 en II; *ge* 7 frente a 130; *-per* 11 y 151 respectivamente; Strasburger, *Hellenika,* páginas 668-69, no ve la narración intuitiva que observa en *Helénicas II* y *Anábasis,* salvo en algunas escenas como la llegada de Alcibíades al Pireo, el proceso de las Arginusas, la actuación de Calicrátidas en Asia Menor y algunas más.) La viveza de la descripción que nos cautiva en la *Anábasis* se encuentra a menudo en *Helénicas II* y aparecen nuevos elementos estilísticos que apenas se encuentran en la primera parte: caracterizaciones de personajes, diálogos, juicios del autor en primera persona, sentencias, comparaciones y sobre todo la observación de la influencia de la divinidad en el correr de la historia. (Hatzfeld, *ob. cit.,* pág. 6, insiste en el método analítico de la primera parte, en las digresiones de la segunda, etc.; lo mismo podemos ver en Lesky, *ob. cit.,* pág. 649, que nota además el uso del optativo futuro después de II 3, 9.)

Estas diferencias suelen atribuirse a la influencia de Tucídides en la primera parte, cosa que no ocurrió en la segunda, donde Jenofonte tiene ya un estilo propio. Incluso algunos pretenden que la primera es fruto intencionado de una imitación de Tucídides, del que Jenofonte intenta continuar la obra inacabada. Pero los

más se inclinan por atribuir al tiempo estas diferencias, puesto que entre ambas partes hay un largo intervalo que supone un desarrollo en el estilo jenofonteo.

Para esta segunda parte ha de pensarse en los años posteriores al 381, si se tiene en cuenta que en III habla de la muerte de Pausanias ocurrida en este año; en VI de los tiranos de Feras, entre ellos de Tisífono (358-355) que vive cuando escribe esa historia. En III remite a la *Anábasis* para los hechos correspondientes a esa época. (Por ello Strasburger, pág. 668, piensa que han de colocarse en este orden cronológico las *Helénicas* y la *Anábasis: Helénicas I* [1.ª parte], *Anábasis* y *Helénicas II* [2.ª parte]. Cf. asimismo Hatzfeld, página 9.)

Hay autores que sostienen una división tripartita, es decir, hacen una segunda separación en lo que hemos llamado 2.ª parte: 2.ª II 3, 11-V 1, 36 y 3.ª V 2, 1-fin, escritas en los años 385-380 y 362-354 respectivamente (como en Brownson, *Hellenica*, págs. VIII y IX), o un núcleo compuesto por III y IV completado luego con la 1.ª parte y más tarde con la 3.ª, pero casi todos rechazan esta división por considerarla inútil y no estar fundada en pruebas convincentes. (Así Lesky, pág. 649; Hatzfeld, págs. 7 y 8; Strasburger, pág. 670, y, sobre todo, Henry, *op. cit.*, págs. 131 y ss., que rebate ampliamente a De Sanctis y Sordi, los sostenedores de tal teoría.)

Otro problema es el de la cronología relativa del *Agesilao* con las *Helénicas* y sobre todo con las partes correspondientes III-V. Henry, *ob. cit.*, págs. 108-133, no ve argumentos sólidos para sostener la anterioridad de una u otra; pero la mayoría sitúan el *Agesilao* después de la parte correspondiente de las *Helénicas*. Por ejemplo, De Sanctis admite la fecha del 360 para el *Agesilao*, antes del VI y VII de las *Helénicas*.

Relación con la obra de Tucídides.—Comúnmente se admite que Jenofonte pretende continuar y completar la obra histórica de Tucídides y que sus primeras palabras *metà dè taûta*... enlazan directamente con los acontecimientos descritos por su predecesor. Incluso el título de su obra es muchas veces *Paraleipómena tês Thoukydídou xyggraphês* o *Complemento de la historia de Tucídides*. El de *Helénicas* es común a muchas historias de autores de esta época. En Lesky (págs. 653-659), encontramos media docena de *Helénicas*, como las de Teopompo, que también enlazan con Tucídides; las de Oxirrinco, de Calístenes de Olinto, Anaxímenes de Lámpsaco... Sin duda ha de entenderse su significado en oposición con *Persiká* o *Mediká* de Ctesias, *Indiká*, etcétera, obras que abundan en este siglo IV y en los posteriores.

Mas puede pensarse que Jenofonte no tuviera esta idea de completar a Tucídides y que el punto de partida sea sólo eso, un punto de arranque de un historiador que pretende también escribir los hechos de su tiempo. En este sentido, repetimos, Teopompo enlaza igualmente con Tucídides en sus *Helénicas*. Su método analístico y los demás rasgos tucidídeos pueden ser consecuencia de la influencia profunda del maestro en sus escritos jóvenes o incluso una imitación consciente sin que ello presuponga la intención de completar la obra del maestro. De todos modos, piénsese que precisamente presenta esas semajanzas el período de la Guerra del Peloponeso, es decir, la 1.ª parte que señalamos antes hasta el II 3, 10 con la capitulación de Samos.

Pero veamos más detenidamente este problema. Siguiendo a los autores que constituyen la base de nuestra introducción, Lesky, *ob. cit.*, pág. 649, lo da por admitido. Hatzfeld, *Helléniques*, págs. 5-6, señala que la unión no es perfecta. Strasburger, *Hellenika*, págs. 666-667, nos recuerda la teoría de varios investigadores que

sostienen que existía un resumen de Jenofonte con los últimos acontecimientos de Tucídides e incluso que se debió perder una parte de este último. A ello opone que otras obras de Jenofonte comienzan de modo parecido sin introducción o presentación como el *Económico*. Agrega (págs. 670 y ss.), que acaso su intención fue acabar la obra inacabada de Tucídides, y publicarla y que quizás animado por el éxito de la *Anábasis* se decidió a pasar la línea del 404 por sus propias fuerzas, aunque nunca abandonó la influencia de Tucídides. Así en VI 2, 9 razona los motivos de ayuda a Corcira de un modo semejante a Tuc., I 32; la caracterización de Alcibíades de I 4, 16 aparece con los rasgos de Tuc., V 43, VI 16, aunque aquí la semejanza puede no deberse a dependencia mutua, ya que Alcibíades es una figura clave entre historiadores y filósofos; la contraposición de Atenas como poder marítimo y Esparta como poder terrestre del discurso de Procles en VII 1, 2, es réplica de Tuc., IV 12. Como éste coloca tres discursos antes de la expedición a Sicilia, así Jenofonte inserta otros tres antes de la batalla de Leuctra. La caracterización tucidídea de Brásidas influye en la jenofontea de Calicrátidas.

Al faltar una introducción que nos explique sus propósitos, método, relaciones con sus predecesores, etc., nos quedamos con la duda de si Jenofonte quiso hacer en su tiempo lo que aquél en la guerra del Peloponeso.

Henry, *ob. cit.*, págs. 15 y ss., trata este problema con más detenimiento y parte de una doble suposición: si Jenofonte al escribir la primera parte reconocía simplemente la existencia de la obra de Tucídides y sufrió su influencia o si el relato de Jenofonte de los últimos años de la guerra del Peloponeso constituye un intento formal de continuar y completar la obra inacabada de Tucídides. Luego estudia los desajustes de la unión de ambas obras. Luego (págs. 53 y ss.), sostiene que en el

fondo esta relación con Tucídides nace de un juicio de valor comparativo de la obra de Jenofonte. También habla de los que sostienen que Jenofonte tuvo en su poder unas notas —*hypomnémata*— de Tucídides para su propia historia y que estaría relacionado con lo que dice Diógenes Laercio sobre Jenofonte como editor de Tucídides. Más adelante (pág. 87), nos recuerda la tendencia antigua a asociar sucesos importantes y personas: como los tres trágicos con la batalla de Salamina, así se ponen en relación los tres historiadores: Tucídides y Heródoto por su vida en parte coetánea, Tucídides y Jenofonte por los *biblía lanthánonta* de los antiguos y las notas o *hypomnémata* de los modernos. Hipótesis, añade, que no sirve sino para confundir y añadir dificultades sin que ayude a resolverlas.

Fuentes.—Hay unanimidad en casi todos los autores al señalar la misma vida viajera de Jenofonte como la principal fuente de información de los hechos relatados en las *Helénicas.* Así, de su vida en Atenas hasta la expedición de Ciro provendría su conocimiento de los acontecimientos de la primera parte y de los Treinta; la estancia en Asia Menor con Agesilao le puso en contacto directo con los de esta época hasta la batalla de Coronea y, en consecuencia, estaríamos ante una especie de memorias como la *Anábasis.* Asimismo su permanencia en el Peloponeso y especialmente en Escilunte (Élide) le dio ocasión de anotar hechos y recabar información del lado lacedemonio. Su último período en Corinto le proporcionó abundante material sobre los asuntos de esta polis, de Sición y de Fliunte... Incluso algunos atribuyen omisiones importantes en su historia a esta causa: Jenofonte no refiere a sabiendas acontecimientos trascendentes porque no asistió a ellos, como sería la batalla naval de Cnido, que sólo menciona de paso cuando se entera de la noticia durante el regreso

a Grecia, la segunda liga marítima ática, que se creó como resultado de la influencia de Atenas cuando él estaba fuera de su área, etc.

Es de suponer que le ayudarían informadores, testigos directos o indirectos de los hechos que personalmente no pudo conocer. Sobre otras fuentes, al carecer de una introducción, no podemos asegurar nada, así como de la consulta a los documentos oficiales, por así decirlo, que por cierto parece no haber prodigado según se deduce de la misma obra. (Véanse Henry, *Essay...*, páginas 91 y ss.; Strasburger, *Hel.*, págs. 677 y ss. Ésta añade además que coincide a veces con Isócrates sin que podamos decir quién sigue a quién; Brownson, *Hel.*, pág. IX, le llama ciudadano del mundo y nos confirma que de ahí saca su material; Hatzfeld, *Helléniques*, págs. 14 y 15, abunda en lo mismo.)

Jenofonte escritor.—Las cualidades que los investigadores niegan a Jenofonte como historiador se las suelen reconocer como escritor. Efectivamente, todos coinciden en alabar su claridad, sencillez, viveza del relato y agradable fluidez. Por ejemplo, Bowra (*Introducción...*, página 269), reconoce su sentido de la situación dramática y elogia pasajes como el lamento que recorre los Muros Largos a la llegada de la noticia de Egospótamos. Strasburger, (págs. 681 y ss.) admite que los discursos son más reales y adaptados a los personajes que los pronuncian que los de Tucídides, sus escritos son verdaderas memorias que se leen con gusto y enumera unos cuantos episodios que cautivan al lector: conversaciones de Agesilao, conspiración de Cinadón, despedida de Teleutias, el vendaval que azota al ejército peloponesio al regreso de Beocia, situación de Corcira durante el asedio, las maniobras por mar de Ifícrates, el ataque nocturno contra Fliunte...

Henry, (págs. 192 y ss.) elogia igualmente su obra literaria e insiste en que hay que verla como tal más que como obra histórica. Volveremos sobre él en la valoración crítica.

Hatzfeld, (págs. 10-11) a las cualidades ya reseñadas y episodios notables añade el arresto de Terámenes en el consejo, la matanza de los Muros Largos de Corinto (IV 4, 9 y ss.), el efecto escénico del desastre del batallón espartiata (IV 5, 6 y ss.), la entrada de la escuadra de Teleutias en el Pireo, el regreso de los desterrados de Tebas. Observa que son admirables diálogos como los de Dercílidas y Midias, Agesilao y Lisandro, Agesilao y Otis...

Lesky, (*ob. cit.*, pág. 646) reconoce además que Jenofonte no incurre en los excesos retóricos de los historiadores del siglo IV.

Resonancia de su obra.—Strasburger, (*ob. cit.*, página 673) nos recuerda que Jenofonte fue muy apreciado en toda la Antigüedad, constantemente leído y admirado por su lengua y estilo. Cicerón lo cita a menudo, elogia su obra «más dulce que la miel» (precisamente como alusión a su fluidez y dulzura debe entenderse el apodo de la «abeja ática» y no por la pureza de su lengua. Cf. Hatzfeld, pág. 27, nota 1) y traduce el *Económico*. Los aticistas del siglo II d. C. le toman por modelo por su estilo sencillo. Flavio Arriano escribió una *Anábasis de Alejandro Magno* y un *Cinegético* en admiración por las obras de Jenofonte.

Como historiador los antiguos lo colocan en el canon de los diez historiadores; incluso con Heródoto y Tucídides ocupa a veces un lugar superior. Luciano lo elogia como tal. Dionisio de Halicarnaso lo coloca detrás de Heródoto por su sencillez. Dión de Prusa lo recomienda a los jóvenes como modelo.

Jenofonte historiador.—Al considerar su obra histórica no encontramos en los invéstigadores modernos la misma línea de encomios, sino que las críticas suelen oscurecer las alabanzas. Bowra (*Introducción...*, páginas 268 y 269) dice que no es un historiador serio y que sus méritos como tal son muy menguados. G. Strasburger, (págs. 674 y ss.), nos previene de que el juicio favorable de los antiguos no ha de entenderse referido a su obra histórica, pues sólo juzgan la forma. Es injusto compararlo con los grandes modelos como Platón en filosofía o Tucídides en historia, pues no estaba dotado de alma de investigador. Se le reprocha su parcialidad, a favor de Atenas mientras estuvo en su ciudad hasta el destierro, y más tarde cuando se le levantó éste, y sobre todo a favor de Esparta: por ello oculta hechos tan importantes como el levantamiento de los hilotas, la fundación del estado independiente de Mesenia, la fundación de Megalópolis que indica el fin de su hegemonía en el Peloponeso y sobre todo oculta las operaciones de Pelópidas y Epaminondas, silencia la gran labor de Conón y su flota, la segunda liga marítima, la victoria ateniense de Naxos. Aunque algunos objetan que también hay luces sombrías del lado lacedemonio: el sometimiento de los aliados, la toma de la acrópolis de Tebas y el engrandecimiento final de Epaminondas que acaba con la hegemonía lacedemonia. En resumen, le achacan que no sepa ver muchas cosas que interesan al historiador moderno: por ejemplo, la organización interna de la Confederación arcadia.

No obstante, alega en su favor que el material que presenta es fiel y muchos historiadores han acudido a él: Plutarco para sus *Vidas Paralelas;* Polibio dice que sus contemporáneos son menos dignos de fiar, abusan de la retórica y se olvidan del contenido histórico, describen batallas sin tener idea de la táctica militar, cosa que no ocurre en Jenofonte.

Gracias a él disponemos de material de primera mano para la política de Esparta, sobre todo para su política interna; las *Helénicas* son la fuente principal para el siglo IV, la política tesalia con el discurso de Polidamante de Farsalo sobre Jasón de Feras, predecesor de Filipo y Alejandro; la situación de Atenas después de la derrota de la guerra del Peloponeso...

Brownson (*Hellenica*, págs. IX y ss.), insiste en que no es exacta ni imparcial; no presenta a los personajes y trata sucesos como descritos cuando no ha dicho nada de ellos. Es neutral con relación a Atenas, pero se deja llevar de la admiración por Esparta y del odio por Tebas. En elogio suyo concluye diciendo que es la mejor autoridad que tenemos para la mitad del siglo que cubre.

Lesky (*ob. cit.*, págs. 649-50) repite que la comparación con Tucídides refleja su superficialidad. Por ejemplo, atribuye la caída de Esparta a la cólera de los dioses y no hay ni rastro de un intento serio por examinar las fuerzas que condicionan el curso de la historia como en su predecesor.

Hatzfeld (*Helléniques*, págs. 12 y ss.) señala los mismos defectos anteriores. Sin embargo, reconoce que no calla las grandes derrotas ni los errores de Esparta; que en pleno destierro elogia al partido democrático de Atenas, sus gobernantes y generales. Tebas, al contrario, parece ser la única responsable en su relato de haber turbado la paz en Grecia. Epaminondas es elogiado sólo al final y únicamente por su talento militar; Pelópidas sólo es nombrado en una ocasión, que le hace antipático, en la embajada ante el rey de Persia.

Después de la guerra del Peloponeso abandona el método analístico de Tucídides, pero no lo sustituye por nada; se adelanta en el relato que tiene entre manos varios años y luego vuelve atrás; hay digresiones y saltos sin que nos lo advierta. Sólo le interesa el cómo

y no el porqué de los hechos; no explica el cambio brusco de la política tebana después de la derrota ateniense; falta visión de conjunto y no podemos saber el fin que se propone en su obra; no sabe ver que la causa de la caída de Esparta está en su apego a formas periclitadas de organización social, política, económica y militar. En resumen, supone un retroceso notable sobre Tucídides.

Henry (*ob. cit.*, págs. 192 y ss.) trata de justificarlo notando que para los antiguos la historia es literatura y por consiguiente el acercamiento a su obra debe de ser estético y no científico. En esta vía analiza literariamente tres ejemplos para hacernos ver cómo sabe crear un clímax en su narración y presentárnosla viva y emocionante, como el proceso de las Arginusas. Insiste en que la admiración de Jenofonte por Epaminondas es grande desde VII 5, 8 al fin (parte que llama *tà Epameinondiká*). La manera de tratar a Epaminondas contradice a los que critican a Jenofonte por presentar un método de distorsión, supresión y exageración, que minimiza u omite el cumplimiento de todo lo que representa los ideales contrarios.

La intervención de Agesilao al final es de las más finas de su espléndida carrera. Defender la ciudad con unos pocos soldados frente a un ejército completo es la acción más gloriosa en la historia de un espartano. Por ello Jenofonte aprovecha esta oportunidad única que se le presenta para terminar su obra con la acción de su gran héroe, figura central de su historia del siglo IV que comienza con las campañas de Agesilao y que domina el curso de los acontecimientos. De ahí que encuentre su momento adecuado en la memorable escena dedicada a su gran ideal: la defensa de Esparta, como broche final para cerrar la obra.

La admiración por Esparta y la aversión por Tebas las explica Henry considerando que Tebas no es digna

del afecto de Jenofonte. Tenía una gran desventaja: luchó con Mardonio en Platea, y otra aún mayor: si Atenas era líder por mar y Esparta por tierra, cualquier otro poder iba contra ellos, rompía el equilibrio y, por supuesto, Tebas luchaba claramente por la hegemonía (VII 1, 33). El recelo que sentía por Tebas no era peculiar de Jenofonte, sino una convicción general compartida por sus contemporáneos. Esparta representaba más que la influencia y el poder políticos, una institución: la cultura, los antiguos ideales y la tradición conservados en Lacedemonia. Si Atenas era admirada, Esparta era reverenciada. Esparta se mantenía como un testimonio de la raza helénica. Cuando cayó Esparta, cayó el resto de Grecia. La fe en Esparta era la fe en sí mismo. Cada griego era un filolaconio. Sin embargo, precisaríamos nosotros, que cada griego de la facción oligárquica. Henry justifica en todo caso la obra del reaccionario Jenofonte anclado en los ideales de la nobleza doria, pero no nos convence. Puede mirarse una obra y analizarse bajo el punto de vista literario, pero no se debe olvidar que es una obra histórica sujeta a determinados moldes. Esto no se lo recordamos nosotros, los hombres del siglo XX, sino su predecesor Tucídides, que le abrió un camino seguro que Jenofonte no supo seguir.

En su misma obra aparecen ideas luminosas que no sabe aprovechar, como cuando Calicrátidas manifiesta su deseo de luchar por la unión de todos los griegos y acabar con su división y luchas entre sí, causa de sus males; como en el discurso de Polidamante sobre Jasón de Feras y su ambicioso plan de unión panhelénica y sometimiento del persa; como la conjuración de Cinadón denunciando a unos pocos espartiatas que esclavizan a miles de hilotas; la política del estado dominante sea Persia, Lacedemonia, Atenas o Tebas que busca el

debilitamiento de todos los demás, enemigos o aliados, para mantener su explotación, etc.

El texto de las «Helénicas»

Los principales mss. que contienen el texto de las *Helénicas* son los siguientes:

B. Parisinus 1738, de la Biblioteca Nacional de París de comienzos del s. XIV.
M. Ambrosianus A 4, de Milán, de 1434, contiene también la Historia de Tucídides.
D. Parisinus 1642, de la Biblioteca Nacional de París, del s. XV, contiene otras obras de Jen., de Platón y una antología de Diodoro y Apiano.
V. Marcianus 368, de la Biblioteca de San Marcos de Venecia, de los siglos XIV o XV, contiene además la mayor parte de las obras menores de Jenofonte.
C. Parisinus 2080, de la Biblioteca Nacional de París, del s. XV, contiene una obra de Plutarco y extractos de Diodoro y Apiano.
F. Perizonianus 6, de la Biblioteca de la Univ. de Leyden, de 1456, contiene también la *Anáb. de Alejandro* de Arriano.

Hatzfeld (*Helléniques*, págs. 18 y ss.) distingue dos grupos dentro de la serie de mss. basándose en las lagunas del cap. 1 del libro V: 1.º B, M, V, D y otros menos importantes; 2.º C, F y otros caracterizados por la laguna de V 3, 18; éstos tienen más faltas que los del primer grupo.

Los dos grupos derivan de un mismo arquetipo, ya que presentan faltas y lagunas comunes. Asimismo la separación entre los dos grupos no es tajante, pues se encuentran faltas comunes. Por ello Hatzfeld deduce que el arquetipo común era un arquetipo con variantes

que se mantienen como tales en los mss. de donde derivan directamente las dos familias o bien que los copistas de los mss. de la segunda familia consultaron parcialmente uno o varios mss. de la primera.

Los papiros descubiertos y las citas de las *Helénicas* en los autores antiguos confirman la lectura de B como la más segura. Es además el ms. más antiguo.

Para la traducción presente se ha seguido el texto de «Tusculum», es decir el de Strasburger. En las págs. 744 y ss. se puede consultar el cuadro de variantes que presenta esta edición con relación a las de Hatzfeld, Hude (Teubner), Marchant y Keller.

Traducciones de las «Helénicas»

Las *Helénicas* no tuvieron la suerte de la *Anábasis* que fue traducida a nuestra lengua en 1552 por Diego Gracián. La primera versión castellana es de finales del siglo XIX, 1888 exactamente, de Enrique Soms y Castelín y figura en la «Biblioteca Clásica» con el número CXIX. Su título es *Las Helénicas o Historia griega del año 411 hasta el 362 antes de Jesucristo. Traducida por primera vez del griego al castellano con numerosas notas filológico-literarias.*

Soms es asimismo autor de una versión al castellano de la *Gramática griega* de Curtius (1886) y de la *Historia de la literatura clásica griega* de G. Murray (1899). En la introducción nos dice que ha seguido el texto de Reiske, pág. XXII, y que es una «traducción ajustada al original», pág. XXIII. Hemos podido comprobar que así es en general. Aunque el juicio que da sobre Alcibíades, cf. pág. 20, a su regreso a Atenas, no se adapta al texto, al menos a las ediciones manejadas por nosotros. Cf. I 4,13-17.

En la página 3 notamos un error o errata en el número de las naves de Míndaro: 600 en lugar de las 60 del texto. Cf. I 1, 11, 16. El «terminaron nuestras victorias» de la página 5 no está en los textos (cf. I 1, 23) y nos chocan traducciones como «regala un traje a los soldados...», pág. 5 (I 1, 24); «es proclamado generalísimo», pág. 21 (I 4, 20); «caen muchos de los escevóforos», pág. 71 (II 4, 3); «donde deja tres de las doce cohortes que llevaba», pág. 337 (VII 4, 20), etc., cuyos términos traje, generalísimo, escevóforos, cohortes... preferiríamos ver sustituidos por manto, jefe supremo, bagajeros o portadores de bagaje, compañías, etc.

En 1953 Bernardo Perea Morales traduce el libro I para la colección de textos clásicos bilingües de la editorial Gredos publicados, como se sabe, con un propósito fundamentalmente didáctico.

En 1965 Juan B. Xuriguera publica en Barcelona dos volúmenes en la colección «Obras maestras» de la editorial Iberia. El I contiene el *Agesilao, La Anábasis, La República de Esparta, La República de Atenas;* el II, *Las Helénicas* y *Las rentas del Atica.* (Su versión de *Las Helénicas* depende directamente de la traducción francesa de J. Hatzfeld.)

En 1969 en *Historiadores griegos* de la editorial Aguilar aparecen las *Helénicas* junto con la *Anábasis* traducidas por Francisco de P. Samaranch, entre otras obras.

Esta versión está bien en general, aunque encontramos algunos descuidos como en I 2, 10, «inmunidad perpetua», por *ateleî...;* en II 3, 56 la traducción no concuerda con el texto griego y no se entiende en ella la alusión al juego del cótabo: «igual que en el juego del cótabo, bebió hasta la última gota...»; en II 4, 2 no comprendemos cómo traduce «constituyendo un bello espectáculo...» el *euēmerías oúsēs* en oposición con el *khión* del párrafo siguiente; en V 4, 7 «alegres comensales...», por *kōmastás* o miembros de un *kômos;* VI 5, 7

«vencedores» por derrotados; en VI 5, 37 «dieron muestras de haberse emocionado...» no parece ajustado al término griego *epethorýbēsan*, específico para expresar la aprobación o desagrado del público al orador; en VII 5, 24 «derecha» por izquierda (más comprensible), etc.

Entre las versiones extranjeras debemos señalar la de Hatzfeld de «Les Belles Lettres», buena, salvo algunos errores numéricos, erratas diríamos mejor; la alemana de Gisela Strasburger de «Tusculum», muy fiel y la de Brownson de «Loeb Clas. Lib.», a nuestro juicio la mejor de estas tres.

Por nuestra parte se ha pretendido conseguir una versión sencilla, fiel y concisa.

Queremos testimoniar nuestro agradecimiento a don Manuel Polín Galán, que se ha dignado leer la traducción castellana y apuntar algunas correcciones.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones

E. C. Marchant, *Xenophontis opera omnia, I: Historia graeca*, Oxford, 1900.

O. Keller, *Xenophontis Historia graeca*, editio minor, Leipzig, 1903.

C. L. Brownson, *Xenophon, Hellenica I-II* (The Loeb Classical Library, 89), Londres-Cambridge-Massachusetts, 1968 (= 1918-1921).

C. Hude, *Xenophon, Historia graeca* (Teubner), Stuttgart, 1969 (= 1930).

J. Hatzfeld, *Xénophon, Helléniques I-II*, I, 6.ª ed., París, 1973, II, 3.ª ed., 1965.

G. Strlsburger, *Xenophon, Hellenika. Griechisch-deutsch* (Tusculum), Munich, 1970.

Léxico

F. W. Sturz, *Lexicon xenophonteum*, Leipzig, 1831, Reimpr. I-IV, Hildesheim, 1964.

Estudios generales

C. M. Bowra, *Landsmarks in Greek Literature = Introducción a la literatura griega* [trad. L. Gil], Madrid, 1968.

A. Lesky, *Geschichte der Griechischen Literatur = Hist. de la literatura griega* [trad. J. M. Díaz Regañón, B. Romero], Madrid, 1968.

W. P. Henry, *Greek historical writing. A Historiographical Essay Based on Xenophon's Hellenica*, Chicago, 1967.

J. K. Anderson, *Xenophon*, Londres, 1974.

Traducciones españolas

B. Perea Morales, *Jenofonte, Helénicas, libro I* [Texto griego con traducción yuxtalineal y mapa por...] (Colección Gredos de textos clásicos bilingües), Madrid, 1953.

F. P. Samaranch, *Historiadores griegos... Jenofonte: Anábasis, Helénicas*, Madrid, 1969.

E. Soms y Castelin, *Jenofonte. Las Helénicas o Historia griega del año 411 hasta el 362 antes de Jesucristo por... Traducida por primera vez del griego al castellano con numerosas notas filológico-literarias* (Biblioteca Clásica; CXIX), Madrid, 1888.

J. B. Xuriguera, *Jenofonte. Historia griega I-II* (Colección «Obras Maestras»), Barcelona, 1965.

I

El libro I refiere los acontecimientos de la guerra del Peloponeso desde el año 411 al 406 a. C., localizados principalmente en Asia Menor, con las intervenciones de Alcibíades, Farnabazo, Trasilo, Ciro, Lisandro y Calicrátidas, entre otros. Se cierra con la batalla naval de las islas Arginusas y el proceso de los estrategos en Atenas.

Enfrentamientos en el Helesponto

No muchos días después de estos 1
acontecimientos [1], vino de Atenas Timócares [2] con algunas naves, e inmediatamente lucharon de nuevo por mar lacedemonios y atenienses, venciendo los lacedemonios mandados por Agesándridas [3].

Poco después de esto, a comienzos del invierno, 2
Dorieo [4], hijo de Diágoras, navegaba al amanecer con catorce naves desde Rodas al Helesponto [5]. Al verlo el vigía ateniense, se lo comunicó mediante señales a los estrategos. Éstos zarparon contra él con veinte naves;

---

[1] Muchos autores opinan que Jenofonte se refiere a los últimos acontecimientos (batalla de Cinosema) descritos por Tucídides, cuya obra pretende continuar. Véase para este problema la introducción, pág. 5.

[2] Jefe de la flota ateniense. Cf. Tuc., VIII 95.

[3] Jefe de la flota lacedemonia. Cf. Tuc., VIII 91, 94 y ss.

[4] Jefe de la flota lacedemonia. Cf. Tuc., VIII 35, 84.

[5] Hoy Dardanelos.

Dorieo las esquivó y, como estaba en alta mar, intentó
3 traer sus trirremes a tierra cerca del cabo Retio. Mas como los atenienses se acercaron, lucharon desde las naves y desde tierra hasta que éstos se alejaron por mar hacia Mádito, junto al resto de la flota, sin conseguir nada.

4 Míndaro[6], que percibió el combate cuando sacrificaba a Atenea en Ilión, acudió al mar para ayudar, y después de botar sus trirremes partió para alcanzar a
5 las de Dorieo. Pero los atenienses vinieron a su encuentro y lucharon por mar cerca de Abido, junto a la costa, desde la mañana a la tarde. Y cuando vencían en unos puntos y eran vencidos en otros, aparece Alcibíades[7] con dieciocho naves.

Intervención de Alcibiades

6 Entonces se produjo la huida de los peloponesios hacia Abido. Farnabazo[8] acudió en su ayuda, y entrando a caballo en el mar hasta donde podía, luchaba y animaba a los demás, a su caballería e infantería.

7 Los peloponesios luchaban uniendo sus naves y alineándolas junto a la costa. Mas los atenienses marcharon hacia Sesto después de apresar treinta naves enemigas sin la tripulación y recoger aquellas que ellos
8 mismos perdieron. Salvo cuarenta, las demás naves partieron desde allí en distintas direcciones para recoger dinero fuera[9] del Helesponto. Trasilo, que era uno de los estrategos, embarcó para Atenas para comunicar estos acontecimientos y pedir tropas y naves.

---

6 Jefe de la flota lacedemonia en Cinosema. Cf. TUC., VIII 85, 102 y ss.

7 Viene de Samos, como se ve en TUC., VIII 108. Aunque estaba desterrado, la tripulación lo eligió estratego.

8 Sátrapa de Dascilio, aliado de los lacedemonios.

9 Se trata del tributo que aportaban las ciudades de la liga ático-délica.

Después de esos hechos Tisafernes [10] llegó al Helesponto. Detuvo a Alcibíades, que había venido con una sola trirreme a verle con presentes de hospitalidad y regalos, y lo encarceló en Sardes, alegando que el rey [11] le dio órdenes de luchar contra los atenienses. Treinta días después Alcibíades junto con Mantíteo [12], el que fue hecho prisionero en Caria, consiguieron unos caballos y huyeron de noche de Sardes a Clazómenas. 9 10

Los atenienses de Sesto, cuando se enteraron de que Míndaro se disponía a navegar contra ellos con sesenta naves, huyeron de noche a Cardia. Allí también llegó Alcibíades desde Clazómenas con cinco trirremes y una embarcación pequeña. Informado de que las naves peloponesias habían sido llevadas de Abido a Cícico, vino por tierra a Sesto y ordenó a las naves costear hacia allá. Después que llegaron, cuando él se disponía a marchar para una batalla naval, aparece Terámenes con veinte naves de Macedonia y a la vez Trasibulo con otras veinte de Tasos. Ambos habían estado recogiendo dinero. Después de decir también a éstos que le siguieran con las velas mayores plegadas, Alcibíades se dirigió a Pario. Una vez reunidas las naves en Pario, ochenta y seis en total, zarparon a la noche siguiente y llegaron a Proconeso al otro día hacia la hora de la comida. Allí se informaron de que Míndaro estaba en Cícico y que también estaba Farnabazo con la infantería. Durante ese día, pues, permanecieron allí. Al día siguiente, Alcibíades convocó la asamblea y les dijo que 11 12 13 14

[10] Sátrapa de Caria y jefe militar de toda Asia Menor, que desempeñó un importante papel entre los estados griegos y el poder persa. Intentaba debilitar a los griegos enfrentando a Atenas y Esparta.

[11] Se refiere al rey de Persia como el rey por excelencia. Darío II (425-404) y Artajerjes II (404-359) llenan el período de las *Helénicas* (410-362).

[12] Ateniense. Tres años más tarde será embajador ante el rey (I 3, 13).

era necesario luchar por mar, por tierra y en las mu-
rallas. «Nosotros, añadió, no tenemos dinero, pero los
15 enemigos lo reciben del rey sin regateos». El día ante-
rior, después de haber anclado, agrupó en torno a sí
todas las embarcaciones grandes y pequeñas para que
nadie revelara a los enemigos el número de las mismas
y anunció mediante un heraldo la pena de muerte para
quien fuese cogido pasándose hacia el otro lado.
16 Después de la asamblea se preparó para el combate
y zarpó para Cícico en medio de una fuerte lluvia.
Cuando estaba cerca de Cícico, como escampó y brillaba
el sol, vio las naves de Míndaro, que eran sesenta, ha-
ciendo maniobras lejos del puerto y separadas de éste
17 por él. Los peloponesios huyeron a tierra al ver que las
trirremes de los atenienses eran muchas más que antes
y que estaban junto al puerto. Anclando juntas las na-
ves, se disponían a combatir con los contrarios que
18 venían a su encuentro. Alcibíades dio un rodeo con vein-
te naves y desembarcó. Al verlo Míndaro también des-
embarcó y murió luchando en tierra; y los que estaban
con él huyeron. Los atenienses marcharon para Proco-
neso llevando todas las naves excepto las siracusanas.
Aquéllas los propios siracusanos las quemaron.
Desde allí los atenienses partieron al día siguiente
19 para Cícico. Los peloponesios y Farnabazo habían aban-
donado la ciudad y los cicicenos recibieron a los ate-
20 nienses. Alcibíades permaneció allí veinte días y tomó
mucho dinero de los cicicenos, y, sin causar ningún
daño más en la ciudad, volvió por mar a Proconeso.
21 Desde allí marchó a Perinto y Selimbria. Los perintios
acogieron la flota dentro de la ciudad. Los selimbrios
22 no la recibieron, pero le dieron dinero. Desde aquí lle-
garon a Crisópolis de Calcedonia y la fortificaron; esta-
blecieron en ella una aduana y exigían la décima parte
a los barcos que venían del Ponto [13]. También dejaron

[13] Hoy día Mar Negro.

una guarnición de treinta naves y dos estrategos, Terámenes y Éumaco, para encargarse de la plaza y de los barcos que salían del estrecho y causar todo el daño posible al enemigo. Los demás estrategos partieron para el Helesponto.

Farnabazo reconstruye la flota peloponesia

Una carta[14] enviada a Lacedemonia[15] 23
por Hipócrates, secretario de Míndaro, fue interceptada y remitida a Atenas. Decía lo siguiente: «Las naves están perdidas. Míndaro pereció. Los hom-
bres están hambrientos. No sabemos qué hacer». Mas 24
Farnabazo exhortaba a todo el ejército peloponesio y a los aliados a no desanimarse por unos maderos[16] —pues había muchos en el territorio del rey—, mientras los hombres estuvieran sanos y salvos, y dio a cada uno un manto y provisiones para dos meses, equipó a los marineros y los empleó como guardianes de la costa
de su satrapía. Convocó también a los estrategos y 25
trierarcos[17] de las ciudades y les mandó construir en Antandro todas las trirremes que había perdido cada uno, y al mismo tiempo les dio dinero y ordenó traer madera del Ida.

Intervención de los estrategos siracusanos y destierro de sus estrategos

Mientras se construían las naves, los 26
siracusanos terminaron a la vez con los de Antandro parte de la muralla y se ganaron las simpatías de todos en el servicio de guardia. Por eso los siracusanos tienen en Antandro los títulos de bienhechores y de ciudadanía. Farnabazo, después de tomar estas medidas, inmediatamente acudió en ayuda de Calcedonia.

---

[14] La carta está escrita en dialecto laconio.

[15] Lacedemonia es el territorio, y su capital Esparta.

[16] Se refiere a las naves de madera, como se las designaba en la carta por metonimia.

[17] Jefes de las trirremes o naves de guerra.

27 Por este tiempo se comunicó a los estrategos siracusanos desde su patria que quedaban desterrados por el partido democrático. Convocaron, pues, a sus soldados y Hermócrates [18], hablando en su nombre, se lamentaba de su desgracia, porque injustamente, a su juicio, habían sido desterrados ilegalmente todos a la vez [19]. Les exhortaba a ser celosos en adelante como antes y dóciles ante cualquier mandato. Ellos les ordenaban también elegir jefes, hasta que llegaran los elegidos en
28 su lugar. Pero éstos, sobre todo los trierarcos, los soldados de cubierta [20] y los pilotos, exigían a gritos que siguieran en el mando.

Ellos decían que no debían sublevarse contra su propia ciudad. Mas por si alguien les reprochaba algo, declararon que debían defenderse «recordando en cuántos combates navales vosotros mismos habéis vencido y cuántas naves habéis cogido solos y en cuántos con otros aliados habéis sido invencibles bajo nuestra dirección, manteniendo el puesto mejor gracias a la vez a nuestro mérito y a vuestro celo, manifestado tanto en
29 tierra como en mar». Mas nadie les acusó de nada y

---

[18] Jefe del partido oligárquico en Siracusa después de la derrota ateniense del 413, a la cual contribuyó de un modo decisivo. Cf. Tuc., VI-VII. De este destierro también habla Tucídides (VIII 85). Es uno de los personajes de los diálogos platónicos *Timeo* y *Critias* y de un tercero que tenía en proyecto. De Tucídides y Platón le viene la fama de estadista más dotado de su época.

[19] Debían ser juzgados uno por uno. Cf. I 7, 15, proceso de las Arginusas.

[20] *Epibátai*, soldados armados que luchaban en cubierta como los hoplitas en tierra, sobre todo hasta que las trirremes gozaron de facilidad de maniobra, pues en un principio una batalla naval se parecía a una de tierra pero con lucha en naves. Con el progreso de la táctica naval se fue reduciendo su papel. Entre los lacedemonios *epibátes* es también un oficial de la flota que manda una escuadra a las órdenes del navarco, I 3, 17, Tuc., VIII 61, 2.

permanecieron en sus puestos como exigían hasta que
llegaron para reemplazarlos los estrategos Demarco,
hijo de Epícides, Miscón, hijo de Menécrates, y Pótamis,
hijo de Gnosias. La mayoría de los trierarcos juraron
traerlos de nuevo a su patria cuando llegaran a
Siracusa, y elogiándoles colectivamente los enviaron
a donde querían. Y particularmente los que trataron a 30
Hermócrates añoraban su preocupación, celo y camaradería;
pues cada día por la mañana y por la tarde reunía
ante su tienda a los más discretos de aquellos que
conocía, tanto trierarcos como pilotos y soldados de
cubierta, y trataba en común lo que iba a decir o realizar
y los formaba también al ordenarles exponer unos
temas de improviso, otros después de reflexionar. Por 31
eso Hermócrates gozaba de una grande y general estimación
en la asamblea general, pues daba la impresión
de hablar y proponer lo más adecuado. Como había
acusado a Tisafernes en Lacedemonia, testificando también
Astíoco[21], y había probado los hechos que decía,
cuando llegó Hermócrates ante Farnabazo recibió dinero
antes de pedirlo y empezó a preparar mercenarios
y trirremes para el regreso a Siracusa. Mientras tanto
llegaron a Mileto los sustitutos siracusanos y tomaron
el mando de las naves y las tropas.

Rebelión en Tasos

Por esta época se produjo en Tasos 32
una sublevación y fueron expulsados
los partidarios de Laconia y también
el harmoste[22] laconio Eteónico. Como
había sido acusado de llevar a cabo
esta sublevación con Tisafernes, el laconio Pasípidas
fue desterrado de Esparta. Al frente de la flota que
aquél había reunido de entre los aliados fue enviado
Cratesípidas y tomó el mando en Quíos.

---

[21] Cf. Tuc., VIII 83, 85.

[22] Equivalente en términos generales a «gobernador militar».

Agis en Decelia

33 Por este tiempo, cuando estaba Trasilo en Atenas[23], Agis[24], mientras hacía una expedición para aprovisionarse de forraje desde Decelia, llegó hasta las mismas murallas atenienses. Trasilo sacó a los atenienses y a todos los demás que estaban en la ciudad y los formó en orden de batalla frente al
34 Liceo[25] para luchar si avanzaban. Al ver esto Agis se retiró rápidamente y unos pocos de su retaguardia fueron muertos por las tropas ligeras. Así, por este hecho, los atenienses estaban mejor dispuestos con Trasilo respecto a lo que había solicitado y votaron que hiciera una leva de mil hoplitas, cien jinetes y cincuen-
35 ta trirremes. Agis, que desde Decelia veía enfilar numerosas embarcaciones de trigo hacia el Pireo, decía que de nada servía que sus tropas bloqueasen a los atenienses por tierra si no se tenían también las zonas de donde venía regularmente el trigo por mar, y que lo más adecuado era enviar a Clearco, hijo de Ranfias, a Calcedón y Bizancio, puesto que era próxeno[26] de los
36 bizantinos. Aprobada esta moción, se equipó por los megarenses y los demás aliados quince naves pesadas de transporte de soldados y zarpó. Tres naves fueron destruidas allá en el Helesponto por las nueve naves áticas que vigilaban constantemente los barcos en esa

[23] Véase I 1, 8.

[24] Rey de Lacedemonia que fortificó Decelia en el Ática durante la expedición de Sicilia. Cf. Tuc., VII y VIII.

[25] Liceo, barrio a las afueras de Atenas con un santuario de Apolo Liceo. Lugar de un gimnasio en donde más tarde Aristóteles impartiría sus enseñanzas.

[26] *Próxenos.* «Sujeto que tomaba a su cargo en una ciudad la guarda de los intereses de los ciudadanos de otra, especie de cónsul». Esta definición, del diccionario griego de Pabón-Echauri, creo que da una idea bastante exacta de la función del *próxenos*, que tenía otras tareas parecidas a las de un cónsul moderno.

zona; el resto huyó a Sesto [27] y desde allí se pusieron a salvo en Bizancio.

[Y finalizaba el año en que los cartagineses hicieron 37
una expedición a Sicilia con un ejército de cien mil hombres mandados por Aníbal, y se apoderaron de dos ciudades griegas, Selinunte e Hímera, en tres meses] [28].

Trasilo en Asia Menor

Al año siguiente [que fue el de la 2
nonagésima tercera olimpíada, en la cual se había añadido la carrera de un tronco de caballos y venció el del eleo Evágoras, y en el estadío [29] el cireneo Eúbatas, siendo Evarquipo éforo en Esparta y Euctemón arconte en Atenas], los atenienses fortificaron Tórico [30] y Trasilo tomó el mando de las naves concedidas por votación, se aseguró cinco mil peltastas de los marineros, pues pensaba emplearlos también como tales, y partió para Samos al comenzar el verano. Des- 2
pués de permanecer allí tres días zarpó para Pígela. Y entonces saqueaba la comarca y atacaba la muralla. Desde Mileto vinieron algunos en ayuda de los pigeleos y persiguieron a las tropas ligeras atenienses que estaban dispersas. Pero los peltastas y dos compañías 3
de hoplitas acudieron en ayuda de sus tropas ligeras, mataron a todos los de Mileto salvo a unos pocos, cogieron unos doscientos escudos y erigieron un tro-

---

[27] Quizás hay un error de transmisión, pues Sesto estaba en poder de Atenas, según I 1, 11.

[28] Los datos incluidos en este paréntesis, que ayudan a fijar la cronología, no proceden de Jenofonte, sino de otras manos; son inexactos y no se relacionan del todo entre sí. Los que se refieren a Sicilia, Italia y Cartago están tomados del historiador Timeo, quien los tomó a su vez de Filisto. Jenofonte da el año 410/9, pero en realidad ocurrieron en el 408, según Hatzfeld.

[29] Carrera de 185 ms. aproximadamente.

[30] En el Atica, para proteger las minas de plata de Laurión. Recuérdese que los lacedemonios están en Decelia.

4 feo[31]. Al día siguiente zarparon para Notio y desde allí, una vez equipados, se pusieron en camino hacia Colofón. Y los colofonios cedieron. A la noche siguiente penetraron en Lidia, cuando el trigo estaba en sazón[32], incendiaron muchas aldeas y se apoderaron de dinero, esclavos y de otras muchas cosas en abundancia como
5 botín. El persa Estages[33], que estaba en esa región, como los atenienses se habían dispersado lejos del campamento para coger individualmente botín, apresó sólo a uno y mató a otros siete, ya que acudió la caballería.
6 Trasilo después de esto retiró el ejército al mar con la intención de zarpar para Éfeso. Cuando Tisafernes se enteró de este plan, reunió un numeroso ejército y envió unos jinetes para ordenar a todos acudir a Éfeso
7 en ayuda de Ártemis. Trasilo zarpó para Éfeso diecisiete días después de la incursión y desembarcó a los hoplitas junto al monte Coreso, pero a la caballería, peltastas, soldados de cubierta y a todos los demás, junto al pantano, en el otro lado de la ciudad; y al ama-
8 necer acercaba a la ciudad a los dos grupos. Los de la ciudad salieron al encuentro, efesios y aliados, los que trajo Tisafernes y los siracusanos de las veinte naves primeras[34] y los de las otras cinco que se presentaron entonces casualmente, que acababan de llegar a las órdenes de los estrategos Eucles, hijo de Hipón, y Hera-

---

[31] *Trópaion:* Señal de victoria dedicada a Zeus. Era levantado en el lugar de la victoria, según ciertas convenciones, donde las líneas enemigas habían sido arrolladas; una de las primeras normas era que se reconocía oficialmente la derrota cuando se pedía la entrega de cadáveres bajo un pacto. El trofeo se hacía de material perecedero, generalmente con armas colgadas capturadas al enemigo, con una inscripción en una tabla; en una batalla naval con una nave capturada, que se arrastraba a tierra en las inmediaciones.

[32] Esto es, en mayo, comienzos de junio.

[33] Lugarteniente de Tisafernes: Tuc., VIII 16.

[34] Véase I 1, 18, 25, 26. Cf. Tuc., VIII 26.

clides, hijo de Aristógenes, y dos naves selinusias. To- 9
dos estos atacaron primero a los hoplitas del monte Coreso. Los hicieron retroceder, mataron a un centenar de ellos, los persiguieron hasta el mar y luego se volvieron contra los del pantano. Los atenienses también allí huyeron y perecieron unos trescientos de ellos.
Los efesios erigieron un trofeo ahí y otro junto al monte 10
Coreso. Dieron premios colectivos al valor a los siracusanos y selinusios, que fueron los mejores, y numerosos individuales y exención perpetua de impuestos a quienes desearan residir en Éfeso. A los selinusios les otorgaron también el derecho de ciudadanía, porque su
ciudad había sido destruida[35]. Los atenienses después 11
de recoger los cadáveres bajo tregua regresaron a Notio, allí los enterraron y marcharon directamente a
Lesbos y al Helesponto. Cuando estaban anclados en 12
Metimna de Lesbos vieron pasar delante a las veinticinco naves siracusanas de Éfeso; se dirigieron contra ellas y apresaron cuatro con la tripulación incluso y
persiguieron a las otras hasta Éfeso. Trasilo envió a 13
Atenas a todos los demás prisioneros, pero lapidó al ateniense Alcibíades[36], primo y compañero de destierro del estratego Alcibíades. Desde aquí zarpó para Sesto junto al resto de la flota y desde allí toda la flota cruzó a Lámpsaco.

Y vino el invierno en el que los prisioneros siracu- 14
sanos encerrados en las canteras del Pireo, horadaron la roca y escaparon de noche marchando unos a Decelia
y otros a Mégara. Al intentar Alcibíades reunir todo el 15
ejército en Lámpsaco los soldados del primero no querían formar con los de Trasilo, porque ellos no habían sido vencidos y aquellos llegaban derrotados. Allí, al

[35] Selinunte, destruida por Cartago en la primavera del 409.

[36] Probablemente Alcibíades de Fego, que había participado en la destrucción de los Hermes y fue desterrado. Es mencionado en el discurso *De mysteriis* de Andócides, I 65.

fin, pasaron todos el invierno fortificando Lámpsaco.
16 También atacaron Abido. Farnabazo acudió con numerosa caballería, y, derrotado en un combate, huyó. Pero Alcibíades le persiguió con la caballería y ciento veinte hoplitas, a los que mandaba Menandro, hasta que la
17 oscuridad se lo impidió. Después de esta batalla se avinieron los soldados entre sí y fraternizaban con los de Trasilo. Realizaron otras salidas al continente en invierno y saquearon el territorio del rey.

Operaciones en Pilos y Traquis

18 En la misma época los lacedemonios dejaron retirarse bajo tregua a los hilotas [37] que desde el cabo Malea habían pasado a Corifasio [38]. También por la misma época en Heraclea de Traquis los aqueos traicionaron a los colonos, enfrentándose todos a los eteos, que eran sus enemigos, de modo que perecieron unos setecientos de ellos con el harmoste lacedemonio Labotas.

19 [Y terminó este año [39], en el que los medos se separaron de Darío, el rey de los persas, y de nuevo se unieron a él.]

Los atenienses sitian Calcedón

3 Al año siguiente el templo de Atenea en Focea se incendió por la caída de un rayo. Cuando el invierno terminaba [era éforo Pantacles, arconte Antígenes, al comenzar la primavera, pasados veintidós años de la guerra], los atenienses partieron para
2 Proconeso con toda la flota. Desde allí zarparon para Calcedón y Bizancio y acamparon cerca de Calcedón.

---

[37] Población predoria que perdió la libertad en la invasión de los dorios y cultivaban sus tierras como esclavos.

[38] Nombre lacedemonio de Pilos (Cf. TUC., IV 3), en poder de los atenienses desde 425 y defendido por mesenios e hilotas hasta este tiempo.

Malea, en la costa laconia frente a la isla de Citera.

[39] Año 409/408.

Los calcedonios, al ver a los atenienses acercarse, en-
tregaron todo lo que podía ser objeto de botín a los
tracios bitinios, que eran sus vecinos. Alcibíades con 3
unos pocos hoplitas y la caballería, después de ordenar
que las naves costeasen, entró en el territorio de los
bitinios y exigió los bienes de los calcedonios. En caso
contrario, dijo, lucharía contra ellos. Éstos se lo en-
tregaron. Alcibíades, cuando llegó al campamento con 4
el botín después de hacer un pacto con toda la flota,
bloqueó Calcedonia de mar a mar y la parte del río
que pudo con una empalizada. Entonces el harmoste 5
lacedemonio Hipócrates sacó de la ciudad a los solda-
dos para luchar. Los atenienses formaron enfrente de
él. Farnabazo acudió por la parte exterior del cerco
con las tropas y numerosa caballería. Hipócrates y Tra- 6
silo lucharon, pues, hasta que acudió Alcibíades con
algunos hoplitas y la caballería. E Hipócrates murió y
sus tropas huyeron a la ciudad. A la vez Farnabazo, 7
como no podía unirse a Hipócrates por la estrechez
del paso, pues el río y las fortificaciones estaban con-
tiguos, se retiró al Heracleo de los calcedonios, donde
tenía su campamento. Después de esto Alcibíades mar- 8
chó al Helesponto y al Quersoneso para conseguir di-
nero. Los demás estrategos llegaron a un convenio con
Farnabazo sobre Calcedón: Farnabazo daría veinte ta-
lentos a los atenienses y llevaría sus embajadores ante
el rey. Además juraron y tomaron juramento de Farna- 9
bazo: pagarían los calcedonios a los atenienses el tribu-
to acostumbrado y abonarían lo adeudado[40]; los ate-
nienses, a su vez, no combatirían con los calcedonios
mientras no llegaran los embajadores enviados al rey.
Alcibíades no se hallaba presente en los juramentos, 10
pues estaba en Selimbria. Después de tomarla vino a

---

[40] Calcedón fue miembro de la liga ático-délica hasta el 411, y como tal pagaba el tributo correspondiente. La cantidad adeudada se cuenta desde esa fecha de separación.

Bizancio con los quersonesitas en masa, soldados de
11 Tracia y más de trescientos jinetes. Farnabazo, como creía necesario que también aquél prestase juramento, esperaba en Calcedón hasta que viniera de Bizancio. Pero cuando llegó, declaró que no prestaría juramento
12 si no juraba ante él el otro. Al fin juró el uno en Crisópolis ante los enviados por Farnabazo, Mitrobates y Arnapes, el otro en Calcedón ante Euriptólemo y Diotimo en nombre de Alcibíades, el juramento público y
13 además hicieron individualmente un pacto mutuo. Pues Farnabazo marchó en seguida y ordenó a los embajadores que iban ante el rey presentarse en Cícico. Fueron enviados los atenienses Doroteo, Filocides, Teógenes, Euriptólemo y Mantíteo [41] y con éstos los argivos Cleóstrato y Pirróloco. Iban también embajadores lacedemonios, Pasípidas [42] entre otros, y con éstos Hermócrates, ahora desterrado de Siracusa, y su hermano Próxeno.

Toma de Bizancio

14 Farnabazo los llevaba. Mientras, los atenienses sitiaban Bizancio rodeándola de fortificaciones y hacían disparos a distancia contra las murallas y ata-
15 ques directos. En Bizancio estaba Clearco, harmoste lacedemonio, y con él algunos periecos y no muchos neodamodes [43] y megarenses con su jefe Helixo de Mégara y beocios con su jefe Cerátada-
16 das [44]. Los atenienses, como no podían conseguir nada

---

[41] Cf. I 1, 10.

[42] Véase I 1, 32.

[43] *Periecos:* Ciudadanos libres laconios y mesenios, generalmente descendientes de la población predoria, que no tenían derechos políticos a diferencia de los espartiatas, pero debían servir en el ejército.

Neodamódes: Grupo de hilotas libertos, que sólo en la guerra del Peloponeso y después hasta 370/69 (Cf. VI 5, 24) se emanciparon (Tuc., V 34; VII 58).

[44] Cerátadas: Véase *Anáb.* VII 1, 33 y ss.

por la fuerza, persuadieron a algunos bizantinos a entregar la ciudad. El harmoste Clearco, confiado en que 17
nadie haría esto, después de disponer todo lo mejor que pudo y encargar los asuntos de la ciudad a Cerátadas y Helixo, pasó al otro lado ante Farnabazo, para recibir de él la paga de los soldados y reunir naves, tanto las que habían sido dejadas por Pasípidas en diversos lugares del Helesponto de vigilancia como las que tenía en Tracia Agesándridas[45], lugarteniente de Míndaro, y para construir otras en Antandro, pues reunidas todas y dañando a los aliados de los atenienses podrían arrancar el ejército de Bizancio. Después que marchó Clear- 18
co, los bizantinos que tramaban entregar la ciudad, Cidón, Aristón, Anaxícrates, Licurgo, Anaxilao —éste, 19
acusado más tarde en Lacedemonia por la traición, se libró de la pena de muerte alegando que no quería traicionar la ciudad, sino salvarla, al ver a los niños y mujeres perecer de hambre, pues era bizantino y no lacedemonio; porque Clearco daba el trigo que había dentro a los soldados lacedemonios. Declaró que por esto, en efecto, dejó entrar a los enemigos y no por dinero ni por odio a los lacedemonios—. Cuando quedó 20
preparado por ellos[46], abrieron de noche las puertas que dan al lugar llamado Tracio[47] e introdujeron al ejército con Alcibíades. Helixo y Cerátadas, que no sa- 21
bían nada de esto, acudieron con todos los hombres al ágora; pero como los enemigos dominaban en todos los puntos y no podían hacer nada, se entregaron. Éstos 22
fueron enviados a Atenas, y Cerátadas huyó sin ser advertido entre la multitud de los que desembarcaron en el Pireo y se puso a salvo en Decelia.

[45] Véase I 1, 1. Aquí un ayudante del navarco con el título de *epibátes*.

[46] Hay aquí un anacoluto o ruptura de la construcción sintáctica.

[47] Explanada dentro de la ciudad. Cf. *Anáb.* VII 24.

Llegada de Ciro y retención de los embajadores atenienses

4 Farnabazo y los embajadores oyeron lo ocurrido en Bizancio durante el invierno cuando estaban en Gordio de
2 Frigia. Al comenzar la primavera, cuando caminaban para ver al rey, les salieron al encuentro los embajadores lacedemonios que regresaban, Beocio y sus acompañantes y otros mensajeros, y decían que los lacedemonios habían conseguido
3 del rey todo lo que pedían, y también Ciro[48], que iba para ponerse al frente de todos los pueblos de la costa y luchar con los lacedemonios, traía una carta con sello real para todos los pueblos de la costa, en la que había escrito entre otras cosas lo siguiente: «Envío a Ciro como *Káranos* de los que se reúnen en Castolo» (*Kára-*
4 *nos* quiere decir «señor»). Los embajadores atenienses al oír esto y después que vieron a Ciro, querían con
5 insistencia ir ante el rey y si no, volver a su patria. Pero Ciro dijo a Farnabazo que le entregase los embajadores o que no los enviase aún a su patria, pues quería que los atenienses no supieran lo que estaba realizando.
6 Farnabazo mientras tanto retenía a los embajadores, declarando unas veces llevarlos ante el rey, otras devolverlos a su patria, «de modo que nada me repro-
7 chéis». Pero al cabo de tres años pidió a Ciro que los soltara, declarando que había jurado llevarlos al mar, ya que no ante el rey. Los enviaron a Ariobarzanes y le ordenaron escoltarlos. Éste los llevó a Cíos de Misia; desde aquí volvieron por mar junto al resto de la flota.

Alcibíades regresa a Atenas

8 Alcibíades, que quería regresar a su patria con los soldados, zarpó directamente para Samos; y desde allí con veinte naves partió para el golfo Cerámico de Caria. Después de reunir cien
9 talentos, volvió desde allí a Samos. Trasibulo marchó para Tracia con treinta naves y allí sometió, además

[48] Cf. *Anáb.* I 1, 2, y I 9, 7.

de otras regiones que se habían pasado a los lacede-
monios, también a Tasos, que estaba en muy mala si-
tuación por las guerras, revueltas y hambre[49]. Trasilo 10
volvió a Atenas con el resto de la flota. Antes de llegar
él, los atenienses eligieron estrategos a Alcibíades que
estaba desterrado, y a Trasibulo, que estaba fuera, y a
un tercero, Conón, de los que estaban en la ciudad.
Alcibíades partió desde Samos con el dinero para Paros 11
con veinte naves; desde allí zarpó directamente para
Giteo para recoger información sobre la trirremes —las
treinta que sabía que construían allí los lacedemo-
nios— y sobre el regreso a su patria, y de cómo estaba
la ciudad con él. Como vio que le era favorable, pues 12
le habían elegido estratego y sus partidarios lo reclama-
ban personalmente, volvió al Pireo en un día en que la
ciudad celebraba las Plinterias, cuando el trono de
Atenea estaba velado, lo que algunos auguraban des-
favorable para él y la ciudad[50], ya que ningún atenien-
se se habría atrevido a emprender ningún trabajo serio
en ese día. Mientras él desembarcaba, una multitud del 13
Pireo y de la ciudad se amontonó ante las naves, admi-
rando y deseando ver a Alcibíades; unos decían que era
el mejor ciudadano y que alegó únicamente en su de-
fensa que no fue desterrado con justicia, sino por las
intrigas de quienes tenían menor poder que él, decían
más necedades y gobernaban en propio beneficio perso-
nal, pero que él entonces[51] acrecentaba sin cesar el bien
común tanto por sus recursos como por los de la ciu-
dad. Quería ser juzgado entonces, inmediatamente, 14

---

[49] Véase I 1, 32, y Tuc., VIII 64.

[50] *Plyntéria:* fiesta en la mitad de junio, en la cual la antigua imagen de madera de Atenea Polias, protectora de la ciudad, era llevada al mar y lavada. En ese día se cerraban los templos y era considerado como de mala suerte.

[51] En los años anteriores a su destierro, cuando gozaba de influencia en Atenas, antes de salir con la expedición a Sicilia (415).

cuando estaba reciente la acusación de haber actuado con irreverencia respecto a los Misterios, pero aplazando los enemigos una decisión justa le privaron de
15 su patria cuando estaba fuera [52]. En este tiempo, esclavizado por la impotencia, se vio obligado a servir a sus peores enemigos, exponiéndose sin cesar al peligro de perecer cada día, y mientras veía a los más íntimos, ciudadanos y parientes y a la ciudad entera fracasar, no sabía cómo ayudarles, impedido por el destierro.
16 Decían que hombres como él no eran adecuados para necesitar revoluciones y cambios políticos, pues del régimen democrático obtenía más poder que los de su generación [53] y no menor que los mayores; y sus enemigos le tenían por el mismo de antes [54]. Pero más tarde, cuando pudieron aniquilar a los mejores y quedarse ellos solos, eran estimados por los ciudadanos por eso mismo, porque no podían tratar con otros mejores.
17 Mas otros decían que era sólo él el causante de los males pasados y que se corría el riesgo de que fuese el guía de males terribles para la ciudad, al ser nombrado.

18 Alcibíades, anclando junto a la costa, no desembarcó en seguida por temor a los enemigos, mas, puesto en pie sobre la cubierta, miraba si estaban presentes sus
19 partidarios. Cuando vio a Euriptólemo, hijo de Pisianacte, su primo, y a los demás familiares y a los amigos con ellos, entonces desembarcó y subió a la ciudad en medio de hombres dispuestos a no permitir que nadie
20 le tocara. En el consejo y en la asamblea alegó en su defensa que no había cometido irreverencia, al contrario, dijo que había sido víctima de una injusticia y otras declaraciones semejantes, y nadie replicó, pues

---

[52] Cf. Tuc., VI 27-29 y 61.

[53] Cf. Tuc., V 43 y VI 16.

[54] Hay una laguna en el texto.

no lo habría tolerado la asamblea; fue proclamado jefe supremo con plenos poderes, confiados en que era capaz de restablecer el poderío anterior de la ciudad. Y antes los atenienses llevaban los Misterios[55] por mar por causa de la guerra, pero él lo hizo por tierra sacando a todos los soldados.

Campaña contra Andros

Después de esto reclutó un ejército 21
de mil quinientos hoplitas, ciento cincuenta de caballería y cien naves. Al quinto mes del regreso zarpó para Andros, que se había separado de los atenienses, y con él fueron enviados Aristócrates y Adimanto, hijo de Leucolófides, elegidos estrategos para las
operaciones de tierra. Alcibíades desembarcó el ejér- 22
cito en Gaureo, en territorio de Andros. Hicieron retroceder y encerrarse en la ciudad a los andrios que habían salido, dieron muerte a algunos, no muchos, y
a los laconios que estaban allí. Alcibíades erigió un 23
trofeo, y después de permanecer allí unos días partió para Samos, que utilizaba como base de sus ataques.

Lisandro en Asia Menor

Los lacedemonios no mucho antes de 5
esos acontecimientos enviaron a Lisandro como navarco, una vez terminada la navarquía de Cratesípidas. Éste llegó a Rodas, tomó allí unas naves y partió para Cos y Mileto, y desde aquí para Éfeso, y permaneció allí con setenta naves hasta que Ciro llegó a Sardes. Después que llegó, fue a verle con los embaja-
dores de Lacedemonia[56]. Allí entonces criticaban a Tisa- 2
fernes por lo que había hecho y pedían a Ciro mismo
que tomase más interés por la guerra. Ciro dijo que 3
su padre le había ordenado eso y que él mismo no tenía otras intenciones que realizar todo; que había venido

---

[55] La procesión anual en septiembre desde Atenas a Eleusis.

[56] Véase I 4, 2.

con quinientos talentos y que, si éstos no bastaban, em-
plearía sus propios bienes, además de los que su pa-
dre le dio, y si también éstos eran insuficientes, destrui-
ría el trono sobre el que estaba sentado, que era de oro
4 y plata. Ellos le elogiaban por ello y le instaban a fijar
un sueldo de una dracma ática diaria por tripulante,
explicando que si el sueldo fuera éste, los remeros
atenienses dejarían las naves y él gastaría menos di-
5 nero. Ciro dijo que ellos tenían razón, pero que no po-
día hacer más que lo que el rey le ordenó; que había
además unos convenios redactados así, dar treinta mi-
nas a cada nave al mes[57], cuantas quieran equipar los
6 lacedemonios. Lisandro se calló entonces; pero después
de la cena, cuando Ciro brindó por él y le preguntó qué
le agradaría más que hiciese, dijo: «Que añadas un
7 óbolo al sueldo de cada tripulante». Desde ese momento
el sueldo fue de cuatro óbolos; antes, de un trióbolo.
Además pagó lo que debía y adelantó incluso el sueldo
de un mes, de modo que el ejército estaba mucho más
8 dispuesto. Los atenienses estaban desanimados al oír
esto, y enviaron a Ciro embajadores a través de Tisa-
9 fernes. Pero éste no los recibió, aunque Tisafernes in-
sistía y decía —lo mismo que había hecho él persuadido
por Alcibíades— que velara de modo que ningún pueblo
griego fuera fuerte, sino todos débiles, peleándose entre
10 sí. Lisandro, después que reunió la flota, varó las no-
venta naves que estaban en Éfeso y se mantuvo in-
activo, reparándolas y calafateándolas.

---

[57] Una mina = 100 dracmas; 1 dracma = 6 óbolos.
Calculando por término medio 200 los hombres que forman la tripulación, sale cada uno a 3 óbolos o media dracma al día.

Batalla de Notio

Alcibíades, cuando oyó que Trasibulo, 11
que había llegado del Helesponto, fortificaba Focea, cruzó el mar para ir a su encuentro y dejó en las naves a Antíoco, su comandante, ordenándole que
no atacara las naves de Lisandro. Pero Antíoco con 12
otra nave y la suya se dirigió de Notio al puerto de Éfeso y pasó delante de las proas mismas de las naves
de Lisandro. Lisandro primero botó unas pocas naves 13
y lo persiguió; pero cuando los atenienses vinieron en ayuda de Antíoco con más naves, formando entonces ya todas sus naves, atacó. Después de esto también los atenienses, botando las restantes trirremes, zarparon
de Notio, como pudo cada uno. Luego lucharon algunos 14
en orden, pero los atenienses con las naves dispersas, hasta que huyeron perdiendo quince trirremes. La mayor parte de los hombres escaparon, pero otros fueron cogidos prisioneros. Lisandro, después de recoger las naves y erigir un trofeo en Notio, pasó a Éfeso y los
atenienses a Samos. Después de esto Alcibíades vino a 15
Samos y zarpó para el puerto de Éfeso con todas las naves y formó en línea delante de la entrada por si querían luchar. Como Lisandro no salió al encuentro por ser inferior debido a las numerosas naves, volvió a Samos. Los lacedemonios poco después toman Delfinio y Teos.

Malestar contra Alcibíades y elección de nuevos estrategos

En Atenas, después que se anunció 16
la batalla naval, hubo quejas contra Alcibíades, porque creían que por su negligencia y falta de autoridad habían perdido las naves, y eligieron a otros diez estrategos: Conón, Diomedonte, León, Pericles, Erasínides, Aristócrates, Arquéstrato, Protómaco, Trasilo y
Aristógenes. Así, pues, Alcibíades, mal visto incluso en 17
el ejército, marchó para el Quersoneso con una sola
trirreme, a una fortificación particular. Después de esto, 18

Conón, con las veinte naves que tenía, partió de Andros para Samos al frente de la flota, como habían votado los atenienses. Para sustituir a Conón enviaron a An-
19 dros a Fanóstenes, con cuatro naves. Éste se encontró fortuitamente con dos trirremes turias y las apresó con la tripulación; los atenienses encarcelaron a todos los prisioneros, pero a su jefe Dorieo, que era rodio, antiguo desterrado de Atenas y Rodas, condenado a muerte él y sus familiares por votación de los atenienses, y que gozaba del derecho de ciudadanía entre los turios,
20 lo perdonaron y lo soltaron incluso sin rescate. Conón, cuando llegó a Samos y tomó la flota, que estaba desanimada, equipó completamente setenta trirremes en lugar de las primeras, que eran más de cien, y, levando anclas con éstas junto con los demás estrategos, saquea-
21 ba la comarca enemiga desembarcando aquí y allá. [Y terminaba el año en el que los cartagineses hicieron una expedición a Sicilia de ciento veinte naves y un ejército de infantería de ciento veinte mil y tomaron Agrigento por hambre, después de ser derrotados en un combate, sitiándola durante siete meses.]

Calicrátidas en Asia Menor

6 Al año siguiente, en el que se eclipsó la luna al atardecer[58] y se incendió el antiguo templo de Atenea en Atenas [cuando era éforo Pitias, Calias arconte en Atenas], los lacedemonios enviaron al frente de las naves a Calicrátidas, pues ya había
2 expirado el plazo de Lisandro. Cuando iba a entregar las naves Lisandro, decía a Calicrátidas que se las entregaba dueño del mar y victorioso en un combate. Pero éste le invitó a costear Samos por la izquierda, donde estaban las naves atenienses, y entregarle las naves en Mileto; entonces reconocería que dominaba el mar.
3 Como Lisandro se negó a inmiscuirse en asuntos de

[58] El 15 de abril del año 406 a. C.

otro jefe, el mismo Calicrátidas además de las naves que recibió de Lisandro equipó cincuenta de Quíos, Rodas y de otras zonas. Reunió todas éstas, que eran ciento cuarenta y se preparaban para enfrentarse a los enemigos. Observó que era atacado por las maqui- 4
naciones de los partidarios de Lisandro, quienes además de prestar sus servicios de mala gana, también difundían en las ciudades que los lacedemonios se engañaban totalmente en el cambiar a los navarcos, ya que eran muchas veces inadecuados y recién metidos en la flota, sin conocer a los soldados como era necesario, pues enviaban a hombres inexpertos del mar y no conocidos en el país y corrían peligro de tener algún disgusto por ello; en consecuencia, Calicrátidas convocó por fin a los lacedemonios allí presentes y les dijo lo siguiente:

«Yo me avengo a permanecer en la patria, y si Li- 5
sandro o cualquiera más experto quiere encargarse de la flota, no me opongo en lo que a mi persona respecta. Pero como yo he sido enviado por la ciudad al frente de las naves, no puedo hacer más que lo ordenado lo mejor que pueda. Mas vosotros, a pesar de que yo me considero honrado y la ciudad nuestra es acusada, deliberad lo que os parezca mejor sobre si yo me quedo o vuelvo a la patria para decir lo ocurrido aquí.»

Como ninguno se atrevió a decir nada que no fuera 6
obedecer las órdenes de Esparta y hacer aquello para lo que había venido, fue a ver a Ciro y le pidió la paga de la tripulación. Éste le dijo que esperase dos días. Calicrátidas, molesto por el aplazamiento e irritado 7
por sus frecuentes esperas ante las puertas, decía que los griegos eran muy desgraciados porque adulaban a los bárbaros por dinero y afirmaba, si llegaba con vida a su patria, que haría lo posible por reconciliar a atenienses y lacedemonios, y marchó para Mileto. Desde 8

allí envió unas trirremes a Lacedemonia por dinero,
reunió la asamblea de los milesios y dijo lo siguiente:

«A mí me es necesario, milesios, obedecer a las au-
toridades de Esparta, y yo considero justo que vosotros
seáis muy celosos en la guerra porque habéis sufrido
ya males numerosísimos por habitar entre bárbaros.
9 Vosotros debéis dar ejemplo a los demás aliados, de
modo que causemos el mayor daño posible a los enemi-
gos en el menor tiempo, mientras llegan los de Lace-
10 demonia, que yo envié para traer dinero, pues el que
había aquí, Lisandro se lo devolvió a Ciro al marchar,
como si sobrara. Ciro, cuando yo fui a verle, me apla-
zaba constantemente la entrevista, y yo no pude con-
vencerme a mí mismo a ir continuamente a sus puertas.
11 Prometo daros una remuneración justa por los servicios
que nos prestéis mientras esperamos aquel dinero.
Mas, con los dioses, mostraremos a los bárbaros que sin
hacerles reverencias podemos castigar a los enemigos.»

Operaciones en Lesbos

12 Después de hablar así, muchos se
levantaron, y, sobre todo los acusados
de enfrentársele, llenos de temor, pro-
ponían medios para conseguir dinero y
ellos mismos se comprometieron per-
sonalmente. Él lo tomó y se procuró de Quíos como
provisión cinco dracmas para cada tripulante y zarpó
13 para Metimna de Lesbos, que era enemiga. Como los
metimneos no querían acogerlos, al contrario había
guarniciones atenienses y los que tenían el poder eran
partidarios de Atenas, atacó y tomó la ciudad por la
14 fuerza. Los soldados arrebataron todos los bienes, pero
Calicrátidas reunió todos los esclavos en el ágora y aun-
que los aliados exigían que vendiese incluso a los me-
timneos se negó a esclavizar a un solo heleno, mientras
15 él fuese el jefe, en lo que de él dependía. Mas al día
siguiente soltó a los hombres libres; pero a los miem-
bros de la guarnición ateniense y a los prisioneros que

eran esclavos a todos los vendió. Y mandó decir a Co-
nón que le haría desistir de «cometer adulterio con el
mar»[59]. Y al verle zarpar al amanecer le perseguía para
cortarle el paso a Samos, de modo que no pudiese huir
hacia allí. Pero Conón huía con las naves a buena velo- 16
cidad porque había reunido los mejores remeros de
muchas tripulaciones en unas pocas[60] y se refugiaba en
Mitilene de Lesbos y con él León y Erasínides, dos de
los diez estrategos. Pero Calicrátidas entró a la vez en
el puerto, persiguiendo con ciento <cuarenta naves>
a setenta[61]. Conón, como fue impedido de antemano por 17
los ciudadanos, se vio forzado a combatir ante el puer-
to y perdió treinta naves, pero los hombres huyeron a
tierra; y arrastró las restantes naves —que eran cuaren-
ta— hasta la muralla. Calicrátidas ancló en el puerto 18
entonces y le sitiaba dominando la salida. Hizo venir
también por tierra a los metimneos en masa y trans-
portó el ejército de Quíos; le llegó también dinero de
Ciro. Conón, como estaba sitiado por tierra y mar y no 19
tenía medio de proveerse de víveres, ya que los hom-
bres de la ciudad eran muchos y los atenienses no
acudían en ayuda por no estar informados de estos
hechos, arrastró al mar las dos naves más rápidas y las
equipó antes de amanecer escogiendo los mejores re-
meros de todas las naves, colocando a los soldados en
la bodega y echando las telas protectoras[62]. Durante el 20
día se mantenían así preparados, pero al atardecer,
cuando estaba oscuro, los hacía desembarcar para que
al realizar estas maniobras no fueran vistos por los

[59] Jenofonte cita probablemente un conocido dicho.

[60] Véase I 5, 20.

[61] Según conjeturas de Hatzfeld, el número está en contradicción con I 6, 3.

[62] Una especie de láminas o planchas, probablemente de pieles de cabra, para protegerse de la intemperie y del mar, contra la vista del enemigo y contra el disparo de dardos.

enemigos. Pero al quinto día cargaron víveres suficien-
tes y cuando ya era mediodía y los que bloqueaban
estaban descuidados e incluso algunos descansaban, sa-
lieron del puerto y una enfiló hacia el Helesponto y la
21 otra hacia alta mar. Los que bloqueaban acudían des-
ordenados cortando las áncoras y apresurándose como
cada uno podía, pues se hallaban en tierra comiendo;
embarcaron y perseguían a la que se lanzó hacia alta
mar, y al ponerse el sol la atraparon, se apoderaron de
ella luchando, la pusieron a remolque y la llevaron al
22 campamento con la tripulación. Pero la que huyó hacia
el Helesponto burló las naves, llegó a Atenas y anunció
el asedio. Diomedonte que venía en socorro de Conón,
que estaba sitiado con doce naves, ancló en el canal de
23 los mitileneos. Calicrátidas le atacó de improviso y
tomó diez naves, pero Diomedonte huyó con la suya y
otra.

24 Los atenienses, cuando oyeron lo ocurrido y el ase-
dio, aprobaron por votación enviar una ayuda de ciento
diez naves, embarcando a todos los de edad adecuada,
esclavos y libres; equiparon las ciento diez naves en
treinta días y partieron. Embarcaron también muchos
25 de la clase de los caballeros [63]. Después de esto se diri-
gieron a Samos y de allí tomaron diez naves samias.
Reunieron también más de treinta de los demás alia-
dos, obligando a todos a embarcar, incluso a los que
tenían alguna nave fuera, con los atenienses; y eran en
total más de ciento cincuenta.

[63] Según la división de Solón, los ciudadanos se agrupaban en cuatro clases para las cargas económicas y militares: 1) los *pentakosiomédimnoi*, que ingresaban al año 500 medimnos al menos; 2) los caballeros, 300 como mínimo; 3) los *zeugîtai*, 150 como mínimo, y 4) los *thêtes*, menos de 150 medimnos de ingreso, o sea los jornaleros. Primero sólo servían como remeros los de la última clase, que no podían pagar la armadura pesada del hoplita o mantener un caballo.

Batalla de las islas Arginusas

Calicrátidas, cuando oyó que la expe- 26
dición de socorro estaba ya en Samos, dejó allí cincuenta naves y a Eteónico como jefe, zarpó con las ciento veinte y llegó a la hora de la cena al cabo Malea de Lesbos [enfrente de Mitilene]. En el mismo 27
día casualmente estaban a la hora de la cena los atenienses en las islas Arginusas. Éstas están [enfrente de Lesbos sobre el cabo Malea] enfrente de Mitilene. Al 28
ver de noche los fuegos y comunicarles algunos que eran los atenienses, intentó zarpar a media noche para caer de improviso; pero una lluvia intensa y los truenos que sobrevinieron impidieron la salida. Cuando cesó, marchaba al amanecer sobre las islas Arginusas. Los ate- 29
nienses salieron a su encuentro hacia alta mar por su izquierda y formados de la siguiente manera: Aristócrates en el ala izquierda mandaba quince naves, después de éste Diomedonte con otras quince; Pericles estaba formado detrás de Aristócrates y Erasínides detrás de Diomedonte; al lado de Diomedonte, los samios con diez naves, formados en una sola fila; era su estratego el samio [de nombre] Hipeo; a continuación las diez de los taxiarcos [64], también en una sola fila; detrás de éstas las tres de los navarcos y algunas [65] aliadas más. Protómaco tenía el ala derecha con quince naves; junto 30
a él Trasilo con otras quince; detrás de Protómaco, Lisias con igual número de naves; detrás de Trasilo, Aristógenes. Formaron así para no permitir rupturas 31
de líneas, pues eran más lentas. Las de los lacedemonios estaban todas formadas enfrente, en una sola línea, dispuestas para la ruptura de las filas enemigas y

[64] Jefes de *táxeis* o contingentes de cada tribu. Puede tratarse de naves con hoplitas para luchar en los islotes si fuera preciso.

[65] El término de navarco se aplica con propiedad sólo al jefe de la flota espartana. Aquí aparece aplicado, al parecer, a secciones de la flota.

32 el cerco[66], porque eran más rápidas. Calicrátidas tenía el ala derecha. El megarense Hermón, piloto de Calicrátidas, le dijo que estaría bien retirarse, pues las trirremes atenienses eran mucho más numerosas. Calicrátidas le respondió que, si él moría, Esparta no sería en absoluto peor administrada, y es vergonzoso huir, afir-
33 mó. Después de esto lucharon mucho tiempo, primero reunidas, luego dispersas. Pero cuando Calicrátidas cayó al mar y desapareció al atacar su nave, y Protómaco y sus hombres en el ala derecha vencieron a la izquierda enemiga, entonces se produjo la huida de la mayor parte de los peloponesios a Quíos y algunos a Focea. Los atenienses volvieron de nuevo a las islas Ar-
34 ginusas. Perdieron los atenienses veinticinco naves con su tripulación salvo unos pocos que fueron llevados a tierra; los peloponesios nueve laconias —eran diez en
35 total—, el resto de los aliados, más de sesenta. Los estrategos atenienses decidieron que Terámenes y Trasibulo que eran trierarcos[67] y algunos taxiarcos se dirigieran con cuarenta y siete naves a las que estaban hundiéndose en ayuda de su tripulación y con el resto marchar contra las de Eteónico ancladas en Mitilene. Cuando intentaban hacer esto, el viento y una fuerte tempestad que se produjo se lo impidió. Levantaron un
36 trofeo y se quedaron allí mismo. A Eteónico le informó

---

[66] *Diekploûn, periploûn:* complicadas maniobras de táctica naval. Cf. HERÓD., VI 12, 15, donde se citan por primera vez, y TUC., II 83, 84. Por la primera se irrumpe a toda velocidad en las líneas enemigas, y se pretende inutilizar sus naves, principalmente con la ruptura de remos y timones; se rodea al enemigo por detrás de sus líneas y se le ataca por detrás o por los flancos con los espolones, con la segunda. Cf. HERÓD., VIII 11, TUC., II 83.

[67] Jefe de una trirreme o nave de guerra. Los más ricos ciudadanos de Atenas debían cargar con los gastos de conservación y manutención de la tripulación. Era una de las *leitourgíai* o servicios públicos.

de todo lo ocurrido en la batalla naval una lancha rápida de servicio. Pero éste la despachó de nuevo ordenando a los que estaban dentro salir en silencio y no hablar con nadie, e inmediatamente volver de nuevo a su campamento coronados y gritando que Calicrátidas había vencido en una batalla naval y que las naves atenienses habían perecido todas.

Hicieron esto y él, cuando aquéllos regresaron, hizo 37
un sacrificio de gracias por la feliz noticia y mandó a los soldados cenar y a los comerciantes colocar en silencio sus mercancías en barcos y marchar para Quíos (pues era el viento favorable) y a las trirremes a la
velocidad máxima. Llevó a Metimna el ejército de tie- 38
rra después de incendiar el campamento. Conón entonces arrastró las naves al mar y, como los enemigos habían huido y el viento era más moderado, salió al encuentro de los atenienses que ya se habían hecho a la mar desde las islas Arginusas y comunicó lo hecho por Eteónico. Los atenienses entraron en Mitilene y desde allí volvieron a zarpar para Quíos y sin hacer nada marcharon de nuevo a Samos.

Proceso en Atenas a los estrategos de las Arginusas

En Atenas destituyeron a estos es- 7
trategos salvo a Conón; a más de a éste, eligieron a Adimanto y a un tercero, Filocles. De los estrategos que habían participado en la batalla naval
Protómaco y Aristógenes no regresaron a Atenas. Cuan- 2
do los otros seis volvieron —Pericles, Diomedonte, Lisias, Aristócrates, Trasilo y Erasínides—, Arquedemo, que estaba entonces al frente del partido democrático y encargado de la diobelia[68], impuso una multa[69] a Era-

[68] Fondo de ayuda a los pobres y desamparados por la guerra, o quizás compensación por la asistencia a la asamblea, fijado desde el 410/9. Cf. ARIST., *Constit. aten.* 28, 3. Como se ve eran dos óbolos al día.

[69] Los magistrados tenían el derecho y el deber de sancionar

sínides y le acusó ante el tribunal declarando que tenía dinero del Helesponto que era del pueblo. Le acusaba también por su gestión como estratego. Y el tribunal
3 decidió arrestar a Erasínides. Después de esto los estrategos informaron en el Consejo sobre la batalla naval y la violencia de la tempestad. Como Timócrates propuso que se debía arrestar también a los demás y entre-
4 garlos a la asamblea, el consejo los arrestó. Luego se celebró la asamblea en la que Terámenes sobre todo y otros acusaban a los estrategos de que era de justicia rendir cuentas porque no recogieron a los náufragos. Como testimonio de que no invocaban nada más mostraba una carta que enviaron los estrategos al Consejo y a la asamblea en la que echaban la culpa únicamente
5 a la tempestad. A continuación cada estratego se defendió brevemente —pues no se les fijó el tiempo de exposición que marca la ley[70]— y exponían los hechos: que ellos marchaban contra los enemigos, que habían ordenado la recogida de los náufragos a hombres competentes de entre los trierarcos y que ya habían sido
6 estrategos, a Terámenes, a Trasilo y a otros tales[71], y que si era necesario acusar a alguien por la recogida, ellos no podían acusar a nadie más que a estos a quienes fue encomendado. «Y no porque nos acusen a nosotros, afirmaron, vamos a mentir declarando que ellos son los culpables, sino que la violencia de la tempestad
7 fue lo que impidió la recogida.» Como testigos de estos hechos presentaban a los pilotos y a otros muchos compañeros de a bordo. Con tales argumentos empeza-

---

con una multa un delito contra las leyes o contra la desobediencia a la autoridad, y si se trataba de un delito de mayor castigo podía llevarse el caso ante un jurado.

[70] Cf. I 7, 23. En los procesos privados se mide el tiempo, igual para ambas partes, con la clepsidra o reloj de agua o arena.

[71] Véase I 6, 35.

ban a convencer a la asamblea y, levantándose, querían salir fiadores muchos particulares. Mas se decidió aplazarlo a la siguiente asamblea —pues era ya tarde y no podrían ver las manos en la votación— y que el consejo estudiara previamente una moción sobre el modo de juzgarlos[72]. Más tarde se celebraban la fiesta de las 8
Apaturias[73] en la que los miembros de las fratrías y los parientes se reúnen entre sí. Entonces los partidarios de Terámenes prepararon a hombres con mantos negros y con el pelo cortado a rape, pues había muchos en esta fiesta, para que vinieran a la asamblea como si fueran parientes de los que habían perecido y convencieron a Calíxeno de que acusara a los estrategos en el Consejo. Entonces celebraban la asamblea a la que 9
el consejo propuso su moción, la siguiente, que leyó Calíxeno: «Puesto que han oído a los acusadores de los estrategos y a la defensa de éstos en la asamblea anterior, todos los atenienses han de dar su voto por tribus[74]; que se coloquen dos urnas por cada tribu; que un heraldo anuncie en cada tribu que, quien considere

---

[72] La asamblea ateniense no podía tratar o decidir nada que antes no hubiera sido estudiado en una sesión del consejo y propuesto *(Proboúleuma)* en el orden del día de la asamblea. Véase también VII 1, 2.

[73] *Apaturias:* fiestas de las fratrías en las cuales los muchachos, que habían llegado a la edad de efebos, las mujeres recién casadas, los niños recién nacidos y los niños que habían pasado la fiesta de los Coes, eran incluidos en la lista de las fratrías.

Fratrías: hermandades familiares con cultos y normas propios.

[74] Clístenes dividió el Ática en diez tribus; cada una comprendía una parte de la ciudad de Atenas, una parte de la costa y una parte del interior. Las unidades políticas menores se llamaban *dēmos,* en cuyas listas estaban incluidos los ciudadanos libres. Cada tribu tenía por año 50 consejeros que durante una décima parte del año dirigían la administración *(prítanos).* Estos 50 de cada tribu formaban el Consejo de los 500. Además cada tribu aportaba una unidad militar *(táxis)* con su estratego y una sección de caballería.

que los estrategos son culpables al no recoger a los vencedores en la batalla naval, vote en la primera, quien
10 no, en la siguiente; si se declaran culpables, que sean condenados a muerte y entregados a los Once[75] y confiscados sus bienes, y que la décima parte sea para la
11 diosa[76]. Se presentó uno en la asamblea afirmando que se había salvado en un tonel de harina y que le habían encargado los que perecían, si se salvaba, que anunciara al pueblo que los estrategos no recogieron a los que
12 habían sido los mejores en defensa de la patria. Euriptólemo[77], hijo de Pisianacte, y algunos más demandaron a Calíxeno, alegando que había redactado propuestas ilegales[78]. Algunos de la asamblea lo aprobaban, pero la multitud gritaba que era monstruoso por uno no dejar
13 a la asamblea hacer lo que quería. A todo ello, como Licisco propuso juzgar también a éstos con el mismo voto que a los estrategos, si no deponían la demanda, y la masa de nuevo prorrumpió en gritos de aprobación,
14 se vieron forzados a retirar las demandas. Algunos prítanos[79] se negaban a proponer la votación ilegal y otra vez subió Calíxeno a la tribuna, y los acusaba de lo mismo. La multitud pedía a gritos citar a juicio a los
15 que se negaban. Los prítanos tuvieron miedo y todos convinieron en proponerla excepto Sócrates, hijo de

---

[75] Encargados de los prisioneros condenados y de la ejecución de la sentencia capital.

[76] A la pena de muerte iba siempre unida la confiscación de bienes.

[77] Sobrino de Alcibíades. Véase I 4, 19.

[78] Era ilegal la proposición de Calíxeno, ya que, desestimando el procedimiento normal, al juzgar por tribus, no garantizaba el secreto del voto y sobre todo establecía un solo juicio para todos los acusados.

[79] Comisión de la *bulé* o consejo de 50 miembros —cf. n. 74— de servicio permanente. Se turnaban cada 36 ó 37 días (décima parte del año).

Sofronisco. Éste se negó a hacer algo que no fuese legal[80].

Discurso de Euriptólemo

A continuación Euriptólemo subió a la tribuna y dijo lo siguiente en defensa de los estrategos: «Atenienses, en parte subí a esta tribuna para acusar, aunque Pericles es pariente y partidario mío y Diomedonte, amigo; en parte para defenderlos; en parte para aconsejar lo que me parece ser mejor para la ciudad entera. En efecto, los acuso porque disuadieron a sus colegas que querían enviar un escrito al consejo y a vosotros diciendo que ordenaron a Terámenes y a Trasibulo recoger los náufragos con cuarenta y siete trirremes, pero éstos no los recogieron. En consecuencia, ahora tienen una acusación común con aquellos que personalmente obraron mal, y, a cambio de la buena acción de entonces, ahora corren peligro de perecer por ser objeto de las intrigas de aquéllos y algunos más. No ocurrirá, al menos si vosotros me obedecéis y hacéis lo justo y bueno y aquello sobre todo de donde conoceréis la verdad, y no os encontraréis más tarde, cuando cambiéis de manera de pensar, con que habéis errado vosotros mismos en lo más importante ante los dioses y ante vosotros mismos. Os aconsejo, y en ello no es posible que vosotros seáis engañados ni por mí ni por ningún otro, castigar a los culpables, una vez convictos, con la pena que queráis, y todos juntos o uno por uno, mas otorgándoles al menos un día, si no se puede más, para defenderse, de modo que no creáis más en otros que en vosotros mismos. Todos sabéis, atenienses, que el decreto de Canono[81] es muy riguroso, que ordena, si uno comparece en juicio ante el pueblo ateniense, que se defienda se-

16 (beside "A continuación Euriptólemo subió a"); 17 (beside "jor para la ciudad entera. En efecto, los acuso porque"); 18 (beside "En consecuencia, ahora tienen una acusación común"); 19 (beside "llos y algunos más. No ocurrirá, al menos si vosotros"); 20 (beside "mos. Todos sabéis, atenienses, que el decreto de Ca-")

[80] Para la postura de Sócrates véase PLATÓN, *Ap.* 32 b; JEN., *Mem.* I 1, 18, y IV 42.

[81] Cf. ARISTÓFANES, *Asamblea* 1089.

parado, y si es reconocido culpable, sea arrojado muer-
to al Báratro[82], sus bienes confiscados y la décima
21 parte sea para la diosa. Según este decreto exijo juzgar
a los estrategos, y, por Zeus, si vosotros lo decidís, a
Pericles el primero, mi allegado —es para mí una ver-
22 güenza estimar más a aquél que a la ciudad entera—.
Pero si preferís otro, juzgarlos según la siguiente ley,
la que hay contra los saqueadores de templos y trai-
dores: si uno traiciona a la ciudad o roba objetos sa-
grados, sea juzgado ante un tribunal, si fuese conde-
nado, que no sea enterrado en el Ática, y sus bienes
23 sean confiscados. Con el que queráis de estos dos, oh
atenienses, sean juzgados los hombres uno por uno,
dividiendo el día en tres partes, pues es necesaria una
para reuniros vosotros y decidir con el voto con qué
procedimiento conviene que ellos sean juzgados, tanto
si consideráis que son culpables como si no; y otra
24 para acusarlos; y una tercera para defenderse. Si se
hace esto, los culpables conseguirán el máximo castigo,
los inocentes serán absueltos por vosotros, oh atenien-
25 ses, y no perecerán injustamente. Vosotros juzgadlos
según la ley, obrando piadosamente y jurando con sin-
ceridad, y no luchéis como aliados de los lacedemonios
contra aquellos que les arrebataron setenta naves y los
vencieron, condenando a éstos sin juicio, ilegalmente.
¿Y qué estáis temiendo tanto que así os apresuráis?
26 ¿Es que, si juzgáis según la ley, vosotros no podéis con-
denar a muerte o absolver a quien queráis; mas no
sucede lo mismo si juzgáis contra la ley, como Calíxeno
persuadió al consejo a proponerlo al pueblo con un
27 solo voto? Mas quizá os arrepentiréis, si condenáis a
muerte a uno que no es culpable, y arrepentirse más
tarde, recordad que es penoso e inútil entonces, y más
aún si os habéis equivocado en cuestiones de vidas hu-

[82] Cf. Tuc., II 67, 4.

manas. Haríais cosas horribles, si a Aristarco[83] que de- 28
rrocó primero el régimen democrático y luego entregó
Énoe a los tebanos, que eran nuestros enemigos[84], dis-
teis un día para defenderse como quisiera y le conce-
disteis otros derechos según la ley, pero a los estrategos
que hicieron todo según vuestro plan y que vencieron a
los enemigos, los vais a privar de estos mismos dere-
chos. No intentéis, atenienses, hacer nada fuera de las 29
leyes, mas sed dueños de vosotros mismos y guardad
éstas por las que principalmente sois muy poderosos.
Y volved a los hechos mismos, en los que incluso pa-
rece que los estrategos tuvieron errores. Pues cuando
volvieron a tierra después de vencer en la batalla naval,
Diomedonte propuso a todos hacerse a la mar en colum-
na y recoger los restos y a los náufragos y Erasínides
marchar todos juntos a toda velocidad contra los ene-
migos de Mitilene. Pero Trasilo dijo que podían rea-
lizar ambas proposiciones si dejaban allí unas naves y
con las otras marchaban contra los enemigos. Y si de- 30
cidían esto, que cada uno dejara tres naves de su grupo
—los estrategos eran ocho— y las diez de los taxiar-
cos, las diez de los samios y las tres de los navarcos[85];
todas eran en total cuarenta y siete, cuatro por cada
nave siniestrada, que eran doce[86]. De los trierarcos, que 31
se quedaban, eran Trasibulo y Terámenes, el que en la
asamblea anterior acusó a los estrategos, y con las de-
más naves marcharían contra las enemigas. ¿Y qué pro-
yectos no realizaron adecuadamente y bien? En efecto,
es justo que rindan cuenta de lo que no hicieron bien
ante los enemigos los encargados de éstos y también
que sean juzgados los encargados de la recogida, si no

83 Uno de los que establecieron el régimen oligárquico de los Cuatrocientos en 411 a. C. Cf. Tuc., VIII 90; 92; 98.

84 Cf. Tuc., VIII 98, también 90 y 92.

85 Véase I 6, 29.

86 Cf. I 6, 34.

realizaron lo que ordenaban los estrategos, ya que no
32 los recogieron. Pero algo importante tengo que decir en favor de ambos: que la tempestad impidió hacer algo de lo que los estrategos dispusieron. Son testigos de ello los que se salvaron por sí mismos, entre quienes hay uno de nuestros estrategos que se salvó sobre una nave que se estaba hundiendo, a quien exigen ser juzgado con el mismo voto —aunque él entonces tenía necesidad de salvación— que juzga a los que no ejecu-
33 taron las órdenes. No hagáis, pues, oh atenienses, lo mismo que los derrotados e infortunados a cambio de nuestra victoria y buena fortuna, no decidáis obrar desconsideradamente ante hechos fatales de un dios, culpando de traición en lugar de impotencia, ya que no fueron capaces de ejecutar lo ordenado a causa de la tempestad. Mas sería mucho más justo premiar a los vencedores con coronas que condenarlos a muerte por obedecer a hombres perversos.»

Ejecución y arrepentimiento

34 Después que dijo este discurso Euriptólemo redactó una moción: que los acusados sean juzgados uno a uno por separado conforme al decreto de Canono. Pero la del consejo era juzgar a todos en bloque con un solo voto. Los presentes votaron a mano alzada y aprobaron en un principio la de Euriptólemo. Pero Menecles la declaró ilegal bajo juramento[87] e hicieron una nueva votación a mano alzada y aprobaron la del consejo. Luego condenaron por votación a los estrategos que participaron en la batalla naval, que eran ocho. Fueron ejecutados los seis
35 presentes. No mucho tiempo después se arrepintieron

[87] La *hypomosía,* procedimiento por el cual se declara con juramento incoar contra el autor de un decreto o ley una acción de ilegalidad *(graphé paránomos).* El autor del decreto o ley era libre de retirar su proposición.

los atenienses y votaron que fueran demandados[88] aquellos que engañaron a la asamblea y que eligieran fiadores hasta que fueran juzgados y que Calíxeno era uno de ellos. Otros cuatro fueron también demandados y encarcelados por sus fiadores. Pero más tarde[89] se produjo una revuelta en la que Cleofonte[90] fue ejecutado y éstos huyeron antes de ser juzgados. Calíxeno regresó cuando los del Pireo[91] entraron en la ciudad y murió de hambre odiado por todos.

---

[88] *Probolé:* demanda presentada ante la asamblea alegando una ofensa contra el Estado. Véase nota anterior.

[89] En el año 405/4 después de la derrota de Egospótamos.

[90] Jefe del partido democrático.

[91] Los del partido democrático que acabaron con los Treinta.

II

El libro II refiere los hechos ocurridos entre los años 406 y 401 a. C. Los más sobresalientes son la derrota ateniense de Egospótamos, el bloqueo del Pireo, la rendición de Atenas, el gobierno de los Treinta, la muerte de Terámenes, la toma de File y del Pireo por Trasibulo, la caída de la oligarquía con la entrada en Atenas de los partidarios de la democracia (403).

Eteónico en Quíos

1 Los soldados que estaban en Quíos con Eteónico se alimentaron durante el verano de los frutos de la estación y del suelo, trabajando en el país; mas cuando llegó el invierno, como no tenían alimentos y estaban sin ropa y calzado, empezaron a reunirse y se pusieron de acuerdo para atacar la ciudad de Quíos. Quienes veían bien esto decidieron llevar una astilla de caña para saber entre ellos cuántos
2 eran. Cuando Eteónico se enteró del acuerdo, no sabía cómo tratar la cuestión por la cantidad de los que portaban la caña. Pues el atacarlos de una manera abierta parecía peligroso, por si se lanzaban a las armas y se apoderaban de la ciudad y convertidos en enemigos deterioraban la situación política general si dominaban; y a su vez el hacer perecer a muchos aliados parecía ser horrible, por si daban motivo de calumnia a los demás griegos, y los soldados se hacían reacios a la cau-

sa. Al fin tomó consigo a quince hombres provistos de 3
puñales y empezó a pasearse por la ciudad; se encontró con cierto individuo enfermo de la vista que salía de la casa del médico con una caña y le dio muerte. Se 4
produjo cierto alboroto y algunos preguntaban por qué se había matado a aquel hombre; Eteónico mandó anunciar que se había matado a aquel hombre porque tenía una caña. Por ese anuncio todos aquellos que tenían cañas las tiraban porque todo el que lo oía temía ser visto con ella.

Después de este suceso Eteónico convocó a los quio- 5
tas y les instó a reunir dinero para que los marineros recibiesen su sueldo y no cambiasen la situación. Y ellos lo reunieron. Al mismo tiempo dio la señal de subir a las naves; visitó cada nave, una por una, y los animó y elogió mucho, como si no supiera nada de lo ocurrido, y distribuyó a cada uno el sueldo de un mes.

Lisandro al frente de la flota

Más tarde los quiotas y los demás 6
aliados se reunieron en Éfeso y decidieron sobre la situación presente enviar a Lacedemonia embajadores para referir los hechos y reclamar a Lisandro al frente de las naves, pues era bien visto entre los aliados por la anterior navarquía, cuando venció en la batalla naval de Notio. Y fueron enviados embajadores 7
y con ellos unos mensajeros de parte de Ciro para decir lo mismo. Los lacedemonios les concedieron a Lisandro como secretario y a Araco como navarco, pues no les permitía la ley que una misma persona mandara la flota dos veces, pero de hecho confiaron las naves a Lisandro [habían pasado ya veinticinco años de la guerra [1]]. También en este año Ciro dio muerte a Auto- 8
besaces y a Mitreo, que eran hijos de la hermana de Darío —la hija de Jerjes, el padre de Darío—, porque

[1] Año 406/5, en realidad el 26. Cf. I 6, 1.

al venir a su encuentro no metieron sus manos en la *kore*, lo que se hace sólo ante el rey. (La *kore* es una prenda mayor que un guante; cuando se tiene la mano
9 en ella, no se puede hacer nada). Por ello Hierámenes[2] y su mujer dijeron a Darío que era horrible dejar pasar la excesiva desmesura de Ciro. Y lo mandó llamar con el pretexto de que estaba enfermo enviándole unos mensajeros[3].

10 Al año siguiente [cuando era éforo Arquitas y Alexias arconte en Atenas] Lisandro llegó a Éfeso, mandó venir a Eteónico de Quíos con las naves, y reunió todas las demás que pudiera haber en otros sitios, las reparó
11 y empezó a construir otras en Antandro. Luego vino a ver a Ciro y le pidió dinero. Éste le dijo que el del rey ya estaba gastado e incluso mucho más, mostrán-
12 dole cuanto tenía cada navarco, pero se lo dio. Lisandro tomó el dinero, puso trierarcos al frente de las trirremes y abonó el sueldo adeudado a la tripulación. También los estrategos atenienses preparaban la flota en Samos.

13 Ciro entonces llamó a Lisandro, pues llegó un mensajero en nombre de su padre diciendo que le llamaba porque estaba enfermo[4], cuando estaba en Tamneria de Media cerca de los cadusios, contra quienes hizo una
14 expedición porque se habían separado. Al llegar Lisandro no le permitía luchar contra los atenienses a menos que tuviera muchas naves más, pues el rey y él mismo tenían mucho dinero, de modo que podían equipar muchas por este motivo. Le mostró todos los tributos de las ciudades que le pertenecían personalmente, y le dio el dinero sobrante. Le recordó también la amistad que tenía con el pueblo lacedemonio y con

---

[2] Padre de Autobesaces y Mitreo.

[3] Parece que este largo pasaje es una interpolación, ya que la última frase parece una réplica de II 1, 13.

[4] Cf. *Anáb*. I 1, 1.

Lisandro particularmente, y luego marchó a ver a su
padre.
Después que Ciro le dio todo el dinero de que dis- 15
ponía y marchó a ver a su padre que estaba enfermo
y le había llamado, Lisandro repartió el sueldo al ejér-
cito, y zarpó de Caria para el golfo Cerámico. Y atacó
una ciudad aliada de los atenienses, por nombre Ce-
dreas, y la tomó al segundo día del ataque a la fuerza
y esclavizó a sus habitantes. Eran mezcla de helenos
y bárbaros. Desde allí partió para Rodas. Los atenien- 16
ses, teniendo Samos como base, devastaban el territorio
del rey y hostigaban Quíos y Éfeso, y se preparaban
para el combate. Y eligieron estrategos a Menandro,
Tideo y Cefisódoto además de los que tenían ya. Li- 17
sandro marchó desde Rodas, costeando la Jonia, al He-
lesponto para vigilar la salida de los barcos de co-
mercio[5] y atacar las ciudades que se habían separado
de ellos. También los atenienses partieron en dirección
a Quíos por alta mar, pues Asia les era hostil. Lisandro 18
desde Abido costeó Lámpsaco, que era aliada de los
atenienses. Y los abidenos y otros pueblos les acompa-
ñaron por tierra. Los conducía el lacedemonio Tórax.
Atacaron la ciudad y la tomaron a la fuerza y los sol- 19
dados la saquearon. Era rica y estaba bien abastecida
de vino, trigo y otros recursos. Mas Lisandro soltó a
todas las personas libres.

Derrota ateniense en Egospótamos

Los atenienses, que seguían sus pa- 20
sos, anclaron en Eleunte del Querso-
neso con ciento ochenta naves. Allí
cuando ya estaban comiendo se les
comunicó los sucesos de Lámpsaco y
zarparon directamente para Sesto. Desde allí, inmedia- 21
tamente después de avituallarse, marcharon para Egos-
pótamos enfrente de Lámpsaco.

---

[5] Los barcos que transportaban cereales del Ponto o Mar Negro a Atenas.

El Helesponto se extendía en esta zona unos quin-
22 ce estadios. Allí por fin cenaron. Lisandro, a la noche siguiente, al rayar el alba, dio la señal de subir a las naves después de desayunar, tomó todas las disposiciones para un combate extendiendo incluso las protecciones [6] para flechas, advirtió que nadie se moviera
23 de la fila ni se hiciera a la mar. Los atenienses, al salir el sol, formaron en línea delante del puerto para el combate. Pero como Lisandro no salió en contra y era
24 ya muy tarde volvieron de nuevo a Egospótamos. Lisandro ordenó a las naves más rápidas seguir a los atenienses y cuando desembarcaran volver después de observar lo que hacía y comunicárselo. Y no los dejó desembarcar antes de que llegaran estas naves. Hizo esto durante cuatro días y los atenienses a su vez salían
25 al mar a su encuentro. Alcibíades observó desde sus fortificaciones [7] que los atenienses estaban anclados en una playa, lejos de toda ciudad, que iban a buscar las provisiones a Sesto a quince estadios [8] de las naves; en cambio los enemigos estaban en un puerto y junto a una ciudad provistos de todo, y les dijo que no estaban anclados en buen sitio; al contrario, les aconsejaba cambiar este anclaje por el de Sesto, junto a un puerto y una ciudad, «estando allí, afirmó, lucharéis cuan-
26 do queráis». Mas los estrategos, sobre todo Tideo y Menandro, le mandaron marcharse, pues ellos eran
27 ahora los estrategos y no él. Y éste marchó. Pero Lisandro, al quinto día de la llegada de los atenienses, dijo a los que los seguían por orden suya que cuando los vieran ya desembarcados y dispersos por el Quersoneso —lo que precisamente hacían cada día mucho más, porque compraban lejos los alimentos y no se preocupaban ya de Lisandro porque no se enfrentaba—

[6] Cf. I 6, 19 (*pararrýmata:* telas protectoras).

[7] Cf. I 5, 17.

[8] Número erróneo, según Hatzfeld.

al volver del otro lado hacia él que levantaran un es-
cudo hacia la mitad del recorrido. Ellos lo hicieron
como ordenó. Lisandro inmediatamente dio la señal de 28
partir a la máxima velocidad; le acompañaba también
Tórax con el ejército de tierra. Conón, al ver el ataque,
dio la señal de acudir a las naves a la carrera. Pero
como sus hombres andaban dispersos, unas naves esta-
ban sólo con dos bancos de remeros, otras con uno solo
y otras completamente vacías. La de Conón y otras
siete equipadas que le acompañaban se hicieron a la
mar juntas y también la Páralos [9], Lisandro apresó en
la costa a todas las demás. Cogió en tierra a la mayoría
de los tripulantes; algunos huyeron a pequeñas fortifi-
caciones. Conón, cuando huía con las nueve naves, des- 29
pués que se dio cuenta de que la situación de los
atenienses estaba perdida, se detuvo en Abárnide, el pro-
montorio de Lámpsaco, y allí se apoderó de las grandes
velas de las naves de Lisandro y él partió con ocho
naves para Chipre a ver a Evágoras, y la Páralos a
Atenas para comunicar lo sucedido. Lisandro llevó a 30
Lámpsaco las naves, los prisioneros y todo lo demás.
Apresó entre otros estrategos a Filocles y Adimanto. El
día que concluyó esta operación, envió a Teopompo, el
corsario milesio, a Lacedemonia para comunicar lo su-
cedido. Éste llegó al tercer día y lo comunicó. Luego 31
Lisandro reunió a los aliados y pidió que deliberaran
sobre los prisioneros. Allí entonces se presentaron mu-
chas acusaciones contra los atenienses; a saber, lo que
ya habían hecho en contra de las leyes y lo que habían
votado hacer, si vencían en la batalla: cortar la mano
derecha de todos los prisioneros; también que apresa-
ron dos trirremes, una corintia y otra andria y arroja-
ron por la borda a todos sus hombres, y Filocles era
el estratego ateniense que hizo perecer a éstos. Le acu- 32

[9] La Páralos y la Salaminia eran naves oficiales encargadas de los despachos de las autoridades.

saban de muchas más cosas y se decidió condenar a muerte a todos los prisioneros atenienses, excepto a Adimanto, porque sólo él censuró en la asamblea el decreto de cortar las manos; además fue acusado por algunos de intentar entregar las naves. Lisandro, después de preguntar primero a Filocles [el que arrojó a los andrios y corintios] qué merecía sufrir por haber comenzado a violar las leyes establecidas para los griegos, lo decapitó.

Lisandro en el Bósforo

2 Después de arreglar los asuntos de Lámpsaco, partió para Bizancio y Calcedón. Allí lo recibieron despidiendo antes a las guarniciones atenienses bajo tregua. Los que entregaron Bizancio a Alcibíades[10] huyeron entonces al Ponto, más tarde a
2 Atenas y se hicieron ciudadanos atenienses. Lisandro enviaba a Atenas las guarniciones atenienses y a cualquier ateniense que veía donde fuera, y daba salvoconductos únicamente a los que partían por mar para allá y no a otro lado, pues sabía bien que cuantos más se reunieran en la capital y en el Pireo más pronto vendría la falta de víveres. Dejó en Bizancio y Calcedón al harmoste laconio Estenelao y él volvió a Lámpsaco y empezó a reparar las naves.

Consternación en Atenas

3 En Atenas se anunció de noche la desgracia, cuando llegó la Páralos, y un gemido se extendió desde el Pireo a la capital a través de los Muros Largos, al comunicarlo unos a otros, de modo que nadie se acostó aquella noche, pues no lloraban sólo a los desaparecidos, sino mucho más aún por sí mismos, pensando que iban a sufrir lo que ellos hicieron a los melios, que eran colonos de los lacedemonios, cuando los vencieron en el asedio y a los histieos,

[10] Cf. I 3, 14-22.

a los escioneos, a los toroneos, a los eginetas y a muchos helenos más [11]. Al día siguiente tuvieron una asamblea en la que se decidió cerrar los puertos, salvo uno, reparar las murallas, poner en ellas centinelas y todo lo demás para preparar la ciudad para el asedio. 4

Preparativos para el bloqueo

Y éstos se ocupaban de ello. Lisandro desde el Helesponto llegó a Lesbos con doscientas naves y se atrajo a Mitilene y las demás ciudades de la isla. Envió a Eteónico con diez trirremes a las regiones de Tracia, el cual pasó a todas las de allí a los lacedemonios. También el resto de la Hélade se había separado de los atenienses inmediatamente después de la batalla naval salvo los samios. Éstos degollaron a los ilustres [12] y dominaban la ciudad. Luego Lisandro envió un despacho a Agis, a Decelia, y a Lacedemonia comunicando que estaba en camino con doscientas naves. Los lacedemonios salieron en masa y el resto de los peloponesios, salvo los argivos, después que dio la orden Pausanias el otro rey lacedemonio. Después que se reunieron todos, tomó el mando y acampó junto a la ciudad, en la Academia [el nombre de un gimnasio]. Lisandro, cuando llegó a Egina, devolvió la ciudad a los eginetas, después de reunir el mayor número de ellos que pudo, lo mismo que a los melios y a otros que estaban privados de sus ciudades. Luego, después de saquear Salamina, ancló cerca del Pireo con ciento cincuenta naves e impedía la entrada a los barcos de carga. 5 6 7 8 9

[11] Para estos sucesos véase Tuc., Melos: V 84-116; Histiea: I 114; Escione: IV 130 y 55, V 32; Torone: IV 110, 114, V 2 y ss.; Egina II 27, IV 57.

[12] Los *gnórimoi*, uno de los nombres que aplica a los aristócratas o contrarios al partido democrático.

Negociaciones y rendición de Atenas

10 Los atenienses sitiados por tierra y
por mar no sabían qué hacer, pues no
tenían naves, aliados ni alimentos; pen-
saban que no había salvación ninguna,
salvo sufrir lo que ellos hicieron, no
por vengarse, pues habían maltratado a hombres de
pequeñas ciudades por insolencia y no por otra causa
11 más que porque eran aliados de los lacedemonios. Por
estos motivos devolvieron los derechos políticos a los
privados de ellos, y resistían sin iniciar conversaciones
sobre la reconciliación aunque muchos morían de ham-
bre en la ciudad. Pero cuando el trigo faltó totalmente,
enviaron embajadores a Agis declarando que querían
ser aliados de los lacedemonios si conservaban las mu-
rallas y el Pireo, y concluir un tratado con estas con-
12 diciones. Éste los mandó ir a Lacedemonia, pues él no
tenía poderes. Cuando los embajadores comunicaron
esto a los atenienses, los despacharon a Lacedemonia.
13 Cuando estaban en Selasia cerca de Laconia y los éfo-
ros se informaron por ellos de lo que proponían, que
era lo mismo que propusieron a Agis, les mandaron
marchar desde allí mismo y volver después de tomar
una decisión mejor si verdaderamente pedían la paz.
14 Después que llegaron los embajadores a su patria y lo
anunciaron a la ciudad, el desánimo se apoderó de to-
dos, pues creían que serían esclavizados y que muchos
perecerían de hambre mientras enviaban otros embaja-
15 dores. Sobre el derribo de las murallas nadie quería
presentar una moción, pues Arquéstrato, que había di-
cho en el consejo que era mejor hacer la paz con los
lacedemonios en los términos que proponían, fue dete-
nido —proponía derribar los Muros Largos en diez
estadios de cada lado— y salió un decreto que no per-
16 mitía presentar mociones sobre ellos. Cuando así esta-
ban las cosas, Terámenes dijo en la asamblea que, si
querían enviarle ante Lisandro, volvería sabiendo bien

si los lacedemonios persistían en la cuestión de los muros porque querían esclavizar la ciudad o por motivos de lealtad. Fue enviado y pasó más de tres meses con Lisandro, acechando el momento en que los atenienses iban a aprobar lo que se propusiera por carecer de
trigo por completo. Después que regresó, al cuarto mes, 17
notificó a la asamblea que Lisandro le había retenido hasta este momento y luego le mandó ir a Lacedemonia, pues no tenía él poderes sobre las cuestiones que le preguntaban, sino los éforos. Luego fue elegido embajador con otros diez con plenos poderes ante Lacede-
monia. Pero Lisandro envió a Aristóteles, un ateniense 18
desterrado, con algunos lacedemonios a los éforos para comunicarles que había contestado a Terámenes que únicamente ellos tenían plenos poderes sobre la paz y
la guerra. Terámenes y los demás embajadores, cuando 19
estuvieron en Selasia, fueron interrogados acerca de las propuestas con que venían y dijeron que con plenos poderes para tratar de la paz, y luego los éforos los mandaron llamar. Cuando llegaron, reunieron la asamblea, en la que los corintios y los tebanos sobre todo y muchos helenos más proponían no pactar con los ate-
nienses, sino arrasarlos. Pero los lacedemonios se nega- 20
ron a esclavizar una ciudad helena que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a la Hélade, mas harían la paz con tal que derribasen los Muros Largos y el Pireo, entregasen las naves excepto doce, admitiesen a los desterrados y tuvieran los mismos amigos y enemigos y, en consecuencia, siguieran a los lacedemonios por tierra y por mar adonde los lleva-
sen. Terámenes y sus acompañantes llevaron estas pro- 21
posiciones a Atenas. Un gentío numerosísimo los rodeó al entrar, pues temían que volvieran sin conseguir nada; en efecto, no podían aguantar ya más por la multitud de
los que perecían de hambre. Al día siguiente los emba- 22
jadores comunicaron en qué condiciones los lacedemo-

nios harían la paz; Terámenes habló por ellos y dijo que era necesario obedecer a los lacedemonios y derribar los muros. Se opusieron algunos, pero muchos más con-
23 vinieron y se aprobó aceptar la paz [13]. Después de esto Lisandro entró en el Pireo y regresaron los desterrados y derribaron los muros al son de las flautas con gran celo, pues creían que aquel día comenzaba la libertad
24 para la Hélade. [Y terminaba el año a mediados del cual el siracusano Dionisio, hijo de Hermócrates, se convirtió en tirano. Antes habían sido derrotados los cartagineses por los siracusanos, aunque tomaron por hambre Acragante, después de abandonar la ciudad los helenos y siciliotas].

Elección de los Treinta

3 Al año siguiente [que hubo olimpíada, en la que venció en el estadio el tesalio Crocinas, era éforo en Esparta Endio, Pitodoro arconte en Atenas, cuyo nombre los atenienses no mencionan porque fue elegido durante la oligarquía, y lo llaman el año sin arconte. Ocurrió esta oligarquía de la
2 siguiente manera]: el pueblo decidió elegir a treinta personas que compilaran las leyes tradicionales conforme a las cuales se gobernarían. Y fueron elegidos los siguientes: Polícares, Critias, Melobio, Hipóloco, Euclides, Hierón, Mnesíloco, Cremón, Terámenes, Aresias, Diocles, Fedrias, Queréleo, Anecio, Pisón, Sófocles, Eratóstenes, Caricles, Onomacles, Teognis, Esquines, Teógenes, Cleómedes, Erasístrato, Fidón, Dracóntides, Éumates, Aristóteles, Hipómaco, Mnesitides.

---

[13] Abril del 404.

Toma de Samos y regreso de Lisandro

Hecho esto][14] Lisandro partió para Samos y Agis retiró al ejército de tierra de Decelia y licenció a cada uno por ciudades. 3

Por esta fecha, durante un eclipse de sol[15], Licofrón de Feras intentó mandar sobre Tesalia entera, venció en una batalla a los tesalios que se le oponían, lariseos y otros, y dio muerte a muchos. 4

[En la misma época también Dionisio, el tirano de Siracusa, perdió Gela y Camarina, derrotado por los cartagineses. Y poco después los leontinos, que estaban unidos a Siracusa, se separaron de Dionisio y de los siracusanos y volvieron a ser independientes. Inmediatamente la clase de los caballeros siracusanos fueron desterrados a Catania][16]. 5

Los samios estaban sitiados por todas partes por Lisandro; al principio no querían pactar, pero cuando Lisandro se disponía a atacarlos pactaron marchar cada hombre libre con un solo manto y entregar el resto; y en estas condiciones salieron. Lisandro entregó la ciudad y cuanto había dentro a los antiguos ciudadanos[17], estableció diez arcontes para guardarla y despidió luego la flota aliada por ciudades. Con las naves laconias volvió a Lacedemonia, y se llevó los espolones de las naves capturadas, las trirremes del Pireo salvo doce, coronas que recibió de las ciudades como regalos personales, cuatrocientos setenta talentos de plata que sobraron de los tributos que le asignó Ciro para la guerra y todo lo que pudo conseguir en la misma. Entregó 6 7 8 9

[14] De este paréntesis se mantiene como de Jenofonte el párrafo 2, según una propuesta de Lotze, mas véase II 3, 11.

[15] 3 de septiembre del 404 a. C. Cf. II 3-36.

[16] Estos «caballeros» son partidarios del régimen oligárquico y contrarios a los tiranos, y abandonaron Siracusa después de un enfrentamiento frustrado. Parece que Catania es un error por Etna, ciudad que los acogió.

[17] O aristócratas. Cf. Tuc., VIII 2.

todo esto a los lacedemonios al terminar el verano[18] [en el que concluyó la guerra a los veintiocho años y seis meses[19] durante los cuales se pueden enumerar los siguientes éforos: primero Enesias, bajo cuyo mandato comenzó la guerra, en el año décimo quinto de la paz de treinta años[20] después de la toma de Eubea; después
10 de éste los siguientes: Brásidas, Isanor, Sostrátidas, Exarco, Agesístrato, Augénidas, Onomacles, Zeuxipo, Pitias, Plístolas, Clinómaco, Ilarco, León, Quérilas, Patesiadas, Cleóstenes, Licario, Epérato, Onomantio, Alexípidas, Misgolaidas, Isias, Áraco, Evarquipo, Pantacles, Pitias, Arquitas y Endio, en cuyo mandato Lisandro volvió a su patria después de realizar lo que se ha descrito.]

Actuación del gobierno de los Treinta

11 Los Treinta fueron elegidos tan pronto como se destruyeron los Muros Largos y los del Pireo; pero elegidos para redactar leyes con las que pudieran gobernarse, aplazaban continuamente el redactarlas y promulgarlas, y dispusieron el Consejo
12 y las demás Magistraturas como les parecía. A continuación, en primer lugar a los que todos sabían que vivían en la democracia del oficio de sicofantes[21] y eran molestos a los aristócratas[22], los detuvieron y los acusaban con la pena de muerte. Y el consejo con gusto los condenó y los demás que tenían conciencia de no
13 ser de tal clase no se preocuparon en absoluto. Pero

---

[18] Aquí terminaba la primera parte de las *Helénicas* según algunos.

[19] Cálculo erróneo del interpolador; en realidad duró 27 y medio. Cf. Tuc., V 26.

[20] En 446/5 tuvo lugar esta paz entre Atenas y Esparta.

[21] Especie de delatores oficiales que vivían de las denuncias. En un principio individuos que seguían y denunciaban la exportación ilegal de higos del Ática.

[22] *Kalós kagathós:* uno de los varios nombres que encontramos en Jenofonte para señalar a los aristócratas.

después comenzaron a tratar cómo podrían servirse de la ciudad a su voluntad y para ello primero enviaron a Lacedemonia a Esquines y Aristóteles y persuadieron a Lisandro a que enviase una guarnición para ayudarles hasta que restablecieran el régimen político desembarazándose de los malos ciudadanos. Y ellos se comprometieron a mantenerla. Persuadido éste les consiguió 14
que se enviase una guarnición con el harmoste Calibio. Ellos, cuando tuvieron la guarnición, empezaron a halagar a Calibio de todos los modos posibles para que aprobara todo lo que hacían y, como éste les enviaba a los soldados de la guarnición que querían, detenían con ellos no sólo a los malos ciudadanos y a los humildes, sino incluso a quienes creían que no soportaban que se les dejase marginados, y que si intentaban hacer algo por su parte, se atraerían el mayor número de simpatizantes.

Oposición de Terámenes

En los primeros tiempos Critias[23] 15
era de la misma opinión y amigo de Terámenes, pero después él se inclinó a dar muerte a muchos porque había sido desterrado por el partido democrático, y Terámenes se oponía alegando que no estaba bien condenar a muerte a uno porque era honrado por el pueblo, pero que no había hecho ningún daño a las personas de bien, «puesto que incluso tú y yo, afirmaba, dijimos e hicimos muchas cosas por agradar a la ciudad». El (pues aún trataba familiarmente a Terá- 16
menes) le replicaba que no podía ceder ante los que deseaban tener más, de modo que no impidiese quitar

[23] Critias: amigo de Alcibíades, de una de las familias más nobles y ricas de Atenas, pariente de Platón.

Aparece en los diálogos platónicos, uno de ellos lleva su nombre. Discípulo de Gorgias y Sócrates. Filósofo y escritor de poesía y prosa. Fue de los Cuatrocientos (Tuc., VIII 67 y ss.). Véase también *Memorables* I 2, 12.

de en medio a los más capaces: «Pero si crees, porque somos treinta y no uno solo, que se ha de utilizar menos en cierto modo este poder como tiranía, eres un ingenuo».
17 Y como morían muchos injustamente y se veía reunirse a muchos y no sabían en qué pararía el régimen, de nuevo Terámenes alegaba que sería imposible mantener el régimen oligárquico a menos que se tomase un número suficiente de participantes en los asuntos políticos.
18 Por esto Critias y el resto de los Treinta, llenos ya de temor, sobre todo de que los ciudadanos acudieran a Terámenes, formaron una lista de unos tres mil para participar en los asuntos[24] políticos.
19 Terámenes, por su parte, alegaba respecto a este asunto que le parecía ridículo, primero porque querían hacer partícipes a los mejores ciudadanos, tres mil, como si este número tuviese necesariamente por lógica que ser el de los perfectos y no fuera posible encontrar personas competentes fuera de esos y depravados dentro de ellos. «Después, dijo, veo yo que estamos haciendo dos cosas muy contradictorias, preparándonos un gobierno fuerte y a la vez inferior a los gobernados».
20 Estas ideas exponía Terámenes[25]. Y los Treinta pasaron revista de los tres mil en el ágora, y a los de fuera del catálogo en diversos lugares; luego ordenaron sobre las armas; mientras aquéllos se habían ido enviaron a unos guardias y ciudadanos de su partido y retiraron las armas de todos excepto de los tres mil, las llevaron a la acrópolis y las amontonaron en el templo[26].
21 Hecho esto, con la idea de que ya podían hacer lo que quisieran, dieron muerte a muchos por enemistad, a muchos

[24] Estos tres mil que participan en la política se pueden comparar a los cinco mil del 411. Cf. Tuc., VIII 65.

[25] Esta frase se encuentra también en Aristóteles, *Const. aten.* 36, 2.

[26] Probablemente en el *opisthódomos* del Partenón, que servía también de cámara de tesoros.

por sus riquezas. Decidieron igualmente, para poder pagar a la guarnición, que cada uno detuviera a un meteco, darle muerte y confiscar sus bienes. Ordenaban 22
a Terámenes detener a uno cualquiera. Él respondió: «Mas no me parece justo que nosotros, que nos proclamamos los mejores, hagamos mayores injusticias que los sicofantes. Pues aquéllos dejaban vivir a quienes quitaban sus bienes y ¿nosotros los mataremos sin cometer injusticia alguna para apoderarnos de sus bienes? ¿Cómo estas acciones no van a ser totalmente más injustas que aquéllas?».

Critias le acusa ante el Consejo

Ellos, considerando que Terámenes 23
era un obstáculo para hacer lo que deseaban, empezaron a conspirar contra él y privadamente le difamaban ante los del consejo, uno por uno, con que socavaba el régimen. Mandaron a unos jovenzuelos que les parecían muy osados presentarse con puñales bajo el brazo y convocaron el consejo. Cuando 24
Terámenes estuvo presente se levantó Critias y habló así:

«Consejeros, si alguno de vosotros considera que mueren más de lo que sería conveniente, reflexione que donde hay cambios de régimen en todas partes ocurre eso; y que aquí es forzoso que haya numerosísimos enemigos de los que cambiaron a la oligarquía por ser la ciudad helénica más poblada y por haberse mantenido el régimen democrático en libertad durante el mayor tiempo. Pero nosotros, conociendo que la demo- 25
cracia es un régimen hostil a hombres como nosotros y vosotros, conociendo que el régimen democrático nunca sería grato a los lacedemonios que nos salvaron, aunque los mejores siempre les permanecerían fieles, por ello, de acuerdo con los lacedemonios, establecimos este régimen. Y si vemos a alguno opuesto a la 26
oligarquía, en cuanto podemos le quitamos de en me-

dio; y mucho más aún nos parece justo que sea castigado si uno de nosotros mismos ataca a este régimen.
27 Ahora, por cierto, vemos a Terámenes, aquí presente, tratando de perdernos a nosotros y a vosotros por los medios que puede. Para ver que esto es verdad encontraréis, si reflexionáis, que nadie desprecia más la situación presente ni se opone más que Terámenes cuando queremos quitar de en medio a algún jefe del partido popular. Y, si desde un principio hubiera pensado así, sería un enemigo, pero no sería considerado con
28 toda justicia un cobarde. Mas ahora él, que fue el primero en conseguir la confianza y amistad de los lacedemonios, y también en el derrocamiento del régimen democrático y sobre todo nos lanzó a nosotros a imponer penas a los primeros acusados ante vosotros, y ahora que vosotros y nosotros hemos llegado a ser enemigos declarados del pueblo, ya no le agrada lo que ocurre, para él ponerse a salvo y nosotros sufrir cas-
29 tigo por nuestros actos. En resumen, que le conviene sufrir castigo no sólo como enemigo, sino también como traidor vuestro y nuestro. Pues la traición es tanto más peligrosa que la guerra cuanto más difícil es guardarse de lo invisible que de lo visible, y tanto más odiosa cuanto que los hombres hacen pactos con los enemigos y a su vez se prometen lealtad, pero a quienes cogen en traición, con ese nunca nadie hace pactos ni da ga-
30 rantías para el futuro. Y para que veáis que éste no hace nada nuevo, sino que es traidor por naturaleza, os recordaré lo hecho por él. Bien, éste, honrado por el pueblo desde un comienzo a causa de su padre Hagnón[27], se volvió muy propenso a cambiar la democracia

---

[27] Aparece en Tuc., IV 102, VII, como *oikistés* o fundador de la colonia de Anfípolis en 437. En 413 es miembro del consejo de los diez próbulos (*próbouloi*). Cf. Lisias, XII 65, Tuc., I 117; II 58; 95; VIII, 1.

por los Cuatrocientos y fue el primero entre ellos[28]. Mas, cuando vio que se había constituido un partido contrario a la oligarquía, de nuevo se convirtió en el primer guía del pueblo contra ellos. De aquí, sin duda, [pues] es apodado «coturno». [Pues el coturno parece 31
adaptarse bien a ambos pies, válido para ambos[29]]. Mas es necesario, Terámenes, que un varón digno de la vida no sea hábil para llevar adelante a los que están con él a la acción, y si algo se resiste, cambie al punto de bando; sino afanarse como en una nave, hasta que se pongan al viento favorable. Pues, de lo contrario, ¿cómo podrían llegar alguna vez a donde deben, si cuando algo sale al paso, inmediatamente se ponen a navegar con rumbo contrario? Y, por supuesto, los cambios de ré- 32
gimen son portadores de muertes, pero tú por tu versatilidad eres culpable de que muchísimos del partido oligárquico hayan perecido víctimas del partido democrático, muchísimos de la democracia víctimas de los mejores. Éste es ciertamente quien, designado por los estrategos para recoger los náufragos atenienses en la batalla naval cerca de Lesbos, no habiéndolos recogido él personalmente, sino acusándolos, dio muerte a los estrategos para poder salvarse él. Pero verdaderamente 33
cualquiera que muestra siempre preocuparse por tener más sin hacer caso de la moral ni de los amigos, ¿cómo se va jamás a perdonarle la vida? ¿Cómo no nos vamos a guardar sabiendo sus cambios, de modo que no nos pueda hacer lo mismo?

Nosotros, pues, os entregamos a éste como conspirador y traidor nuestro y vuestro. Como prueba de que a nuestro juicio hacemos cosas razonables, considerad lo siguiente. Bien, la constitución de los lacedemonios 34
parece sin duda ser la mejor, y si allí intentara un

---

[28] Tuc., VIII 68 cita como protagonista de la revuelta del 411 a Antifonte, Frínico y Terámenes.

[29] El texto parece estar incompleto y no tiene pleno sentido.

éforo en lugar de obedecer a la mayoría censurar a la autoridad y oponerse a sus actos, ¿no creéis que él sería juzgado digno de la máxima pena por los propios éforos y todo el resto de la ciudad? También vosotros, en consecuencia, si sois razonables, no perdonaréis la vida a éste sino a vosotros mismos, porque si éste se salva, hará coger ánimos a muchos de los que se os oponen, pero si perece, cortará de raíz las esperanzas de todos, los de la ciudad y los de fuera.»

Defensa de Terámenes

35 Dicho esto se sentó. Y Terámenes se levantó y dijo: «Bien, primero voy a recordar, varones, lo último que dijo contra mí. Declara que yo acusando a los estrategos les di muerte. Pero yo no comencé a hablar contra ellos realmente, sino que ellos declararon que no había recogido a los infortunados en la batalla naval cerca de Lesbos, si bien me fue ordenado por ellos mismos; y yo me defendí alegando que por la tempestad no era posible navegar ni mucho menos recoger a los hombres, y la ciudad admitió que yo alegaba cosas razonables y aquéllos daban la impresión de acusarse a sí mismos; ya que después de declarar que era imposible salvar a los hombres, partie-
36 ron dejándolos perecer. Sin embargo, no me sorprende que Critias haya entendido mal, pues cuando ocurría esto, casualmente no estaba presente, sino que organizaba la democracia en Tesalia al lado de Prometeo y
37 armaba a los penestes[30] contra sus amos. ¡Por cierto que nada de lo que éste hizo allí ocurría aquí! Sin embargo, en lo siguiente, al menos, estoy de acuerdo con él: Si alguien quiere que acabe vuestro poder y hace fuertes a los que conspiran contra vosotros, es justo que obtenga la máxima pena. ¿Quién es, sin embargo, el que está haciendo esto? Creo que vosotros lo podéis

[30] Siervos de Tesalia comparables a los hilotas de Lacedemonia y Mesenia.

juzgar muy bien si consideráis lo que ha hecho y lo que hace ahora cada uno de nosotros. En efecto, mientras 38
vosotros os limitabais al cargo de consejeros y a ser designados magistrados y procesar a los sicofantes declarados, todos éramos de la misma opinión, pero cuando ésos empezaron a arrestar a hombres de bien, desde este momento también yo empecé a ser de opinión contraria. Pues sabía que muriendo el salaminio León, va- 39
rón de prestigio auténtico y reconocido y que no había cometido la más mínima injusticia, los iguales a él sentirían miedo y sintiendo miedo serían contrarios a este régimen; asimismo reconocía que arrestado Nicérato, hijo de Nicias[31], hombre rico y que nunca hizo nada, igual que su padre, por el partido democrático, los iguales a él nos serían hostiles. Asimismo cuando Anti- 40
fonte fue condenado a muerte por nosotros, ya que había proporcionado dos trirremes rápidas durante la guerra, conocía bien que los celosos del Estado todos desconfiarían de nosotros. Protesté asimismo cuando declararon que cada uno de nosotros debía detener a un meteco, pues era evidente que si perecían éstos, todos los metecos serían enemigos del régimen. Protesté 41
asimismo cuando se quitaron las armas al pueblo, pues no creía que fuera preciso debilitar la ciudad, ni veía que los lacedemonios al querer salvarnos fuera por lo siguiente: que siendo pocos no pudiéramos serles útiles en nada, ya que habrían podido, si lo hubieran precisado, no dejar a nadie, oprimiendo un poco más de tiempo con el hambre. Ni el pagar a la guarnición me agra- 42
dó, cuando se podía atraer a tantos ciudadanos propios hasta que llegáramos a dominar con facilidad los gobernantes a los gobernados. Y realmente cuando vi en la

[31] Nicias: político que preparó la paz que lleva su nombre (421) y murió en Sicilia condenado por los siracusanos después del desastre del ejército ateniense (413).
De Nicérato hablan Lisias en XIII 6, y Diod., XIV 5, 5.

ciudad a muchos contrarios a este gobierno, a muchos que eran desterrados, no aprobaba asimismo que Trasibulo, Ánito[32] y Alcibíades fueran desterrados; pues de este modo la oposición sería fuerte, si añadían al partido de la mayoría jefes prestigiosos y si se mostraba
43 a los que querían ser jefes muchos partidarios. Bien, quien advierte eso públicamente ¿sería considerado con justicia leal o traidor? Critias, quienes impiden que los enemigos se multipliquen y quienes enseñan a adquirir muchos aliados ésos no fortalecen a los enemigos, sino mucho más quienes se apoderan injustamente de riquezas y condenan a muerte a los que no han cometido ninguna injusticia, ésos son quienes multiplican a los contrarios y traicionan no sólo a los amigos, mas incluso a sí mismos a causa de una ganancia reprobable.
44 Y si no es posible reconocer de otra manera que digo la verdad, examinad de la siguiente: ¿Creéis que Trasibulo, Ánito y los demás desterrados preferirían que ocurriese aquí lo que digo yo o lo que ésos hacen? Por supuesto, yo creo ahora que ellos piensan que todo está repleto de aliados; pero si lo mejor de la ciudad nos fuera favorable reconocerían ser difícil incluso el pisar
45 cualquier punto del territorio[33]. Por otra parte, sobre lo que dijo, que yo soy capaz de cambiar en cualquier ocasión, considerad esto: efectivamente el gobierno de los Cuatrocientos lo votó el mismo partido democrático, informado de que los lacedemonios darían más fe a
46 cualquier gobierno antes que a la democracia[34]. Pero cuando aquéllos no aflojaron nada y el grupo de estrategos de Aristóteles, Melantio y Aristarco fueron descubiertos cuando construían un parapeto en el dique[35], por el que querían recibir a los enemigos y someter la

[32] Más tarde sería el acusador de Sócrates.
[33] Alusión a la toma de File (II 4, 2 y ss.).
[34] Cf. Tuc., VIII 70, 2.
[35] Cf. Tuc., VIII 89-91.

ciudad a sí mismos y a su grupo, si yo al advertirlo lo impedí, ¿es esto ser un traidor de los amigos? Me apli- 47
ca también el nombre de coturno en la idea de que intento adaptarme a ambos partidos; pero a cualquiera que no agrada a ninguno de los dos, a éste, dioses, ¿qué debe llamársele? Pues tú en la democracia eras considerado el más odiado de todos los del régimen democrático y en la aristocracia has llegado a ser el que de todos tiene más odio a los hombres de bien. Pero yo, 48
Critias, siempre combato a aquellos que no creen que haya una democracia auténtica si los esclavos y los que están dispuestos a vender la ciudad por una dracma no participan del poder; y a su vez siempre soy adversario de estos que no creen que se implante una oligarquía auténtica antes de disponer que la ciudad sea tiranizada por unos pocos. Sin embargo, el administrar el poder con los que pueden defenderlo con caballos y escudos reconocía con anterioridad que era lo mejor, y ahora no cambio. Con todo, si puedes decir un ejemplo 49
de que yo intenté privar del gobierno a los hombres de bien tanto con un régimen democrático como uno tiránico, dilo; en efecto, si soy convicto de hacer eso ahora o de haberlo hecho antes alguna vez, confieso que moriría con justicia después de sufrir los últimos suplicios».

Arresto y condena de Terámenes

Cuando terminó de decir este dis- 50
curso y el consejo se manifestó favorable apoyándole con gritos, se dio cuenta Critias de que si encargaba al Consejo votar sobre él, se le escaparía, y estimando que no se podía soportar este resultado, salió después de acercarse y hablar un momento con los Treinta, y ordenó a los que tenían los puñales colocarse bien a la vista del Consejo junto a la valla [36]. Luego 51

[36] Que separaba a los consejeros del público.

volvió a entrar y dijo: «Yo considero, oh Consejo, que es función del presidente que es como debe ser, al ver a los amigos engañados, no consentirlo. Y yo, pues, lo haré, ya que también éstos que están de pie[37] dicen que no nos lo consentirán, si soltamos a un hombre que daña públicamente la oligarquía. Está en las nuevas leyes que ninguno de los tres mil sea condenado a muerte sin vuestro voto, pero a los que no están en catálogo los Treinta tienen plenos poderes para darles muerte. Yo, pues —dijo— borro a este Terámenes del catálogo con el consentimiento de todos nosotros. Y a éste —a-
52 ñadió—, nosotros lo ejecutamos.» Cuando Terámenes lo oyó, saltó sobre el altar de Hestia y dijo: «Consejeros, yo pido ante todo lo más legal —dijo—, que Critias no tenga poder de borrar ni a mí ni a cualquiera de vosotros, mas la misma ley que ellos redactaron sobre los del catálogo, según ella seamos juzgados vosotros y yo.
53 Dioses, no ignoro esto, que de nada me servirá este altar —dijo—, mas quiero mostrar que ellos no sólo son los más injustos entre los hombres, sino también los más impíos ante los dioses. Sin embargo, me sorprende de vosotros, hombres de bien —dijo—, si no os defendéis a vosotros mismos, pues conocéis que mi nombre no es nada más fácil de borrar que el de cada uno de vosotros».

54 Después de esto el heraldo de los Treinta dio la orden a los Once de prender a Terámenes. Aquéllos entraron con los ayudantes, guiados por Sátiro, el más audaz y sin escrúpulos, y dijo Critias: «Os entregamos a Terámenes —afirmó— a éste, condenado según la ley. Vosotros detenedle y llevadle a donde es preciso y ejecu-
55 tad lo demás». Cuando dijo esto, Sátiro lo arrancó del altar, lo arrancaron también los ayudantes. Terámenes, como se puede esperar, llamaba a dioses y hombres

[37] Se refiere al grupo armado que ha colocado junto a la valla.

para que viesen lo que ocurría. Pero el Consejo permanecía quieto al ver a los de la valla de la misma calaña que Sátiro y la parte delante del lugar del Consejo llena de guardias y no ignorar que estaban allí con puñales. Ellos lo llevaron a través del ágora mostrando 56
con sus grandes gritos lo mucho que sufría. Se dice de él esta frase: como le dijo Sátiro que se lamentaría si no callaba, preguntó: «Pero si callo, ¿me lamentaré?». Y después que obligado a morir bebió la cicuta, afirmaban que había dicho derramando el resto como si jugara al cótabo[38]: «Esto para el bello Critias».

No ignoro que estos dichos no son dignos de mención, pero considero que aquello es admirable en este hombre, el que ante la inminencia de la muerte no perdió la cordura ni el humor de su espíritu.

Los desterrados toman File

Terámenes, pues, así murió. Los 4
Treinta, pensando que ya podían gobernar sin miedo como tiranos, advirtieron a los que no estaban en el catálogo que no entraran en la ciudad; con todo los sacaban de sus fincas para apoderarse ellos y sus amigos de sus tierras. Y huyeron al Pireo y, como detuvieron incluso allí a muchos, llenaron Mégara y Tebas de fugitivos. Después de esto Trasibulo[39] se lanzó desde 2
Tebas con unos setenta hombres y toma File[40], un lugar fortificado. Los Treinta acudieron desde la ciudad con los tres mil y con las caballerías en un día muy bueno. Cuando llegaron, algunos jóvenes envalentonados atacaron inmediatamente el sitio y no consiguieron nada, mas se retiraron heridos. Los Treinta querían sepa- 3
rarlos con un muro para poder rendirlos cortando las

---

[38] *Cótabo:* juego preferido en los banquetes del siglo VI al IV en el cual los bebedores debían tirar el resto de vino de una copa sobre una meta, otra copa colacada a distancia.

[39] Cf. Tuc., VIII 73-76; 81.

[40] En la ruta de Atenas a Tebas, cerca de la frontera beocia.

entradas de víveres, pero durante la noche y el día siguiente se les echó encima una fuerte nevada. Impedidos por la nieve regresaron a la ciudad perdiendo numerosísimos portadores de bagajes por los ataques de
4 los de File. Como se dieron cuenta de que aquéllos podrían vivir del saqueo de los campos, si no había una guardia, enviaron por distintos puntos hasta la frontera, como unos quince estadios desde File, a la guarnición laconia salvo unos pocos y a dos escuadrones de caballería. Éstos acamparon en un lugar espeso y monta-
5 ban guardia. Pero Trasibulo, una vez reunidos en File unos setecientos, bajó de noche con ellos y dejando sus armas a unos tres o cuatro estadios de los hombres de
6 la guarnición permaneció quieto. Mas cuando se hacía de día y ya se estaba levantando cada uno a su quehacer sin las armas y los palafreneros hacían ruido al almohazar los caballos, en ese momento, el grupo de Trasibulo tomó de nuevo sus armas y atacó a la carrera. Abatieron a algunos, pusieron a todos en fuga y los persiguieron durante seis o siete estadios y mataron a más de ciento veinte hoplitas, y de los jinetes a Nicóstrato, apodado el bello, y a otros dos sorprendidos
7 aún en sus lechos. Retrocedieron de nuevo y erigieron un trofeo, recogieron las armas y el botín que tomaron y regresaron a File. La caballería acudió desde la capital, pero no vio ya a ningún enemigo, aguardaron a que los familiares recogieran los cadáveres y volvie-
8 ron a la ciudad. Después de esto los Treinta ya no consideraban segura la situación para sí y decidieron apoderarse de Eleusis de modo que les sirviese de refugio, si era necesario. Después de dar las órdenes pertinentes a la caballería vinieron a Eleusis Critias y el resto de los Treinta. Pasaron revista...[41], declarando que querían saber cuántos eran y qué guarnición nece-

[41] Texto confuso.

sitaban como suplemento y ordenaron inscribirse a todos. Cada uno que se iba inscribiendo debía salir por una portezuela que daba al mar. Colocaron a los de caballería sobre la costa a los dos lados y a cada uno que iba saliendo los ayudantes lo esperaban. Cuando todos estuvieron apresados, ordenaron a Lisímaco, jefe de la caballería, conducirlos a Atenas y entregarlos a los once. Al día siguiente llamaron al Odeón a los ho- 9
plitas del catálogo y al resto de la caballería. Critias se levantó y dijo: «Amigos, nosotros establecimos este régimen no menos para vosotros que para nosotros mismos. Vosotros debéis, pues, así como participáis de los honores, participar también de los peligros. En consecuencia, se debe condenar con el voto a los eleusinios arrestados, de modo que estéis contentos o temáis por lo mismo que nosotros». Señaló un sitio y ordenó depositar en él públicamente el voto. La guarnición laconia 10
estaba armada en medio del Odeón. Además eso agradaba a unos ciudadanos que sólo se preocupaban por poseer más.

Trasibulo en el Pireo

Después de esto Trasibulo con los reunidos en File, unos mil ya, llegó de noche al Pireo. Los Treinta, cuando se enteraron, inmediatamente acudieron con los laconios y con los caballeros y hoplitas y avanzaron por el camino de carros que lleva al Pireo. Los de File intentaron durante cierto tiempo 11
impedirles subir, pero luego, como el recinto amurallado era grande y les parecía que necesitaban una numerosa guarnición cuando aún no eran muchos, se concentraron en Muniquia. Los de la capital llegaron al ágora de Hipódamo[42] y primero formaron para ocupar el camino que lleva al templo de Ártemis Muniquia y al

[42] Hipódamo de Mileto: el puerto del Pireo fue construido de acuerdo con sus planos.

Bendideo[43]. En fondo no eran menos de cincuenta es-
12 cudos[44]. Y subían así formados. Los de File ocuparon la calle enfrente de ellos, y no eran más de unos diez hoplitas en fondo. Mas formaron detrás de ellos soldados con escudos ligeros y lanzadores de jabalina y, detrás de éstos, los lanzadores de piedras. Éstos, sin embargo, eran numerosos, pues se sumaron de allí mismo[45]. Mientras se acercaban los contrarios, Trasibulo ordenó a los suyos dejar los escudos e incluso lo dejó él, aunque conservó el resto del armamento, se puso
13 en medio y dijo: «Ciudadanos, quiero mostrar a unos y recordar a otros que los que se acercan, unos, los del ala derecha, son los que vosotros perseguisteis hace cuatro días poniéndolos en fuga, y los últimos, del lado izquierdo, esos evidentemente son los Treinta que nos privaron de la ciudad sin cometer injusticia alguna, nos echaron de las casas y proscribieron a nuestros seres más queridos. Pero ahora están del lado que ja-
14 más se imaginaron y nosotros siempre pedimos. En efecto, estamos frente a ellos con las armas; y los dioses, como entonces fuimos arrestados mientras comíamos, dormíamos o estábamos en el ágora y no porque cometiéramos alguna injusticia, mas éramos desterrados algunos sin estar incluso en Atenas, ahora públicamente son nuestros aliados. En efecto, de un buen día hacen un temporal de nieve cuando nos conviene, y cuando atacamos, aun siendo muchos los contrarios,
15 nos dan a unos pocos el erigir un trofeo. Y ahora nos han traído a un sitio donde ellos no van a poder usar sus lanzas ni sus jabalinas a causa de los que tienen

---

[43] Templo de Bendis, diosa tracia parecida a Ártemis. Cf. PLATÓN, *Rep.* I 327-328.

[44] La falange normal era de 8 filas en fondo.

[45] Jenofonte usa los términos *peltophóroi* y *petrobóloi* en lugar de las corrientes *peltastai* y *sphendonêtai* para indicar seguramente que se trata de fuerzas improvisadas, sin organizar.

formados delante por estar en cuesta, pero nosotros por la pendiente dejando caer lanzas, jabalinas y piedras los alcanzaremos y heriremos a muchos. Y alguno po- 16
dría creer que al menos con las primeras filas sería preciso luchar en igualdad de condiciones, pero ahora, si vosotros lanzáis los dardos con celo, como se debe, no fallará ninguno sobre aquellos que llenan la calle, y al resguardarse bajo los escudos huirán sin parar; de modo que se podrá golpearlos como a ciegos, donde queramos, y hacerlos retroceder lanzándose sobre ellos. Bien, 17
amigos, así se debe actuar, de modo que uno por uno se sienta como el principal responsable de la victoria. Ésta, pues, si Dios quiere, nos devolverá ahora nuestra patria, nuestros hogares, nuestra libertad, nuestros honores y, quienes los tengan, sus hijos y sus esposas. ¡Bienaventurados por cierto quienes de nosotros añadan al vencer ver aún el día más feliz de todos! ¡Feliz también si alguno muere!, pues ninguno por rico que sea logrará un monumento tan bello. Bien, yo entonaré el peán, cuando llegue el momento oportuno; y cuando invoquemos a Enialio[46], entonces todos a una tomaremos venganza de estos hombres por lo que fuimos injuriados».

Después de decir estas palabras se volvió hacia los 18
contrarios y permaneció quieto, pues el adivino les ordenó no atacar primero antes de que alguno de los suyos cayera o fuese herido, «pues cuando esto suceda, afirmó, nosotros guiaremos y vosotros tendréis la victoria si me seguís y yo la muerte, según me parece».

Y no se engañó, ya que después que volvieron a to- 19
mar las armas, como inducido por algún hado se lanzó el primero, cayó entre los enemigos y murió —está enterrado en el lugar de paso del Cefiso—. Pero los demás

---

[46] *Peán*: himno a Apolo. Cf. Tuc., VII 44, 6. Enialio, dios de la guerra identificado con Ares.

vencieron y los persiguieron hasta la llanura. Allí mu-
rieron Critias e Hipómaco de entre los Treinta, Cár-
mides, hijo de Glaucón, de entre los diez arcontes del
Pireo, y setenta de los demás. Se apoderaron de las
armas, pero no despojaron a ningún ciudadano de sus
túnicas. Después de hacer esto y recoger los cadáveres
bajo tregua, se acercaron muchos de los dos bandos y
20 conversaban unos con otros. Y Cleócrito, el heraldo de
los misterios, que tenía muy buena voz, mandó callar y
dijo: «Ciudadanos, ¿por qué nos expulsáis?, ¿por qué
queréis matarnos? Si nosotros nunca os hicimos ningún
mal, al contrario, participamos con vosotros de los ritos
más sagrados, de los sacrificios y de las fiestas más
hermosas, fuimos compañeros de coros, condiscípulos y
compañeros de armas y muchas veces con vosotros co-
rrimos peligros por tierra y por mar en defensa de la
salvación común y de nuestra libertad, de ambos par-
21 tidos. Por los dioses de nuestros padres y de nuestras
madres, por nuestro parentesco por sangre o afinidad y
por nuestra amistad —pues muchos participamos de
todo ello mutuamente— respetad a dioses y hombres y
cesad de ofender a la patria y no obedezcáis a los Trein-
ta, los hombres más impíos, quienes por su ganancia
particular casi han matado a más atenienses en ocho
meses que todos los peloponesios en diez años de gue-
22 rra. Cuando podíamos vivir en paz como ciudadanos,
ellos nos han ofrecido a unos y a otros la guerra más
vergonzosa, más cruel, más impía y más odiosa de todas
para dioses y hombres. En efecto, bien sabéis que no
sólo vosotros, sino también nosotros lloramos a algunos
de los muertos ahora por nosotros». Éste dijo tales pa-
labras; los demás arcontes retiraron a los suyos a la ca-
pital movidos en parte al oír tales argumentos.

Fin del gobierno de los Treinta

23 Al día siguiente los Treinta estaban reunidos en el consejo muy abatidos y solos; los tres mil estaban cada uno en los puestos asignados y en todo discutían entre sí. Pues los que habían cometido algún exceso, sintiendo miedo, sostenían con decisión que no debían entregarse a los del Pireo, pero los que creían no haber cometido ninguna injusticia consideraban y trataban de mostrar a los demás que estos males eran innecesarios, y afirmaban que no se debía obedecer a los Treinta ni dejarles arruinar la ciudad. Y al fin votaron que cesaran y eligieran a otros. Y eligieron diez, uno por tribu.

24 Los Treinta se retiraron a Eleusis. Los Diez, con los jefes de caballería, se encargaron de los habitantes de la capital que estaban muy alborotados y desconfiaban unos de otros. Los caballeros incluso dormían en el Odeón con sus caballos y escudos y por desconfianza hacían la ronda con los escudos de un lado desde el atardecer bajo las murallas, de otro al orto con sus caballos, temiendo continuamente que algunos de los del Pireo les cayeran encima. 25 Éstos eran ya muchos y de todas clases, se fabricaban armas, unos de madera, otros de mimbre y las blanqueaban. Antes de pasar diez días se dieron garantías de que los que lucharan con ellos, aunque fueran extranjeros, tendrían igualdad de impuestos[47]. Y muchos hoplitas y muchos con armadura ligera hacían salidas; tenían también unos setenta de caballería, y hacían expediciones para forrajear, cogían leña y frutos de la estación y volvían a dormir en el Pireo. 26 De los habitantes de la capital nadie más salía con las armas que los caballeros a veces y cogían prisioneros a algunos merodeadores de los del Pireo y

[47] *Isotéleia:* privilegio de los extranjeros por el que quedaban equiparados a los ciudadanos en las cargas militares y fiscales.

dañaban a su formación. Encontraron casualmente a algunos exoneos[48] que iban a sus campos por víveres; y Lisímaco, el jefe de la caballería, los decapitó, a pesar de sus reiteradas súplicas y de que muchos caballeros
27 no lo toleraban. Como respuesta mataron los del Pireo a Calístrato, de la tribu Leóntide, de entre los caballeros que apresaron en el campo. Y entonces estaban ya con muchos ánimos, de modo que intentaron atacar la muralla de la capital. Aunque también se debe decir lo siguiente del constructor de máquinas de guerra de la capital. Éste, cuando se dio cuenta de que iban a aplicar las máquinas por el camino del Liceo, ordenó a todas las yuntas llevar piedras del tamaño del carro y descargarlas en el camino donde cada uno quisiera. Como se hizo esto, cada una de las piedras causó muchas dificultades a los asaltantes.

Intervención de Lisandro y Pausanias

28 Los Treinta enviaron embajadores a Lacedemonia desde Eleusis y los del catálogo desde la capital, y pidieron ayuda alegando que el pueblo se había separado de los lacedemonios. Lisandro consideró que era posible rendir pronto mediante asedio por tierra y mar a los del Pireo si se les cortaban las provisiones, y consiguió que se les prestara cien talentos y que fuese enviado por tierra él como harmos-
29 te y su hermano Libis como navarco. Y salió él para Eleusis y reunió muchos hoplitas peloponesios. El navarco por su parte vigilaba por mar para que no les llegase ningún aprovisionamiento. Así muy pronto los del Pireo volvieron a estar en apuros y los de la ciudad, en cambio, otra vez tenían gran confianza en Lisandro. Cuando así iban las cosas, el rey Pausanias, que miraba con envidia a Lisandro, pues si llevaba a cabo ese plan conseguiría fama y tendría a la vez a Atenas

[48] De *Aixōnē*, demo de la costa sur de Atenas.

como suya, convenció a tres éforos y sacó el ejército.
Le acompañaban también todos los aliados corintios y 30
beocios. Alegaban éstos que consideraban que no serían
fieles al juramento si militaban contra los atenienses
que no habían hecho nada contra las treguas; pero en
realidad lo hacían porque sabían que los lacedemonios
querían asegurarse la posesión y fidelidad del territorio
ateniense. Pausanias acampó en un lugar llamado Ha-
lípedo, junto al Pireo; él tenía el ala derecha, Lisandro
con los mercenarios la izquierda. Pausanias envió em- 31
bajadores a los del Pireo y les ordenó marchar a sus
casas; como no obedecieron, se acercó lo suficiente
para que oyeran el grito de guerra, de modo que no se
pusiera en evidencia que les era favorable. Después se
retiró sin conseguir nada con este avance; al día si-
guiente con dos compañías lacedemonias y tres escua-
drones de la caballería ateniense se presentó en el
Puerto Mudo y observó por dónde era más fácil blo-
quear el Pireo. Al marchar, algunos le seguían a la ca- 32
rrera y le causaban dificultades; molesto por ello orde-
nó a la caballería avanzar contra ellos a rienda suelta
y a las diez clases más jóvenes seguirla, y él mismo
acompañaba con el resto. Y dieron muerte a cerca de
treinta hombres de armadura ligera, y persiguieron a los
demás hasta el teatro del Pireo. Allí se encontraban, 33
armándose, todos los peltastas y los hoplitas del Pireo.
Los de infantería ligera al punto salieron a la carrera
y atacaron con jabalinas, dardos, arcos y hondas. Los
lacedemonios, como muchos estaban heridos, se retira-
ron paso a paso muy acosados; los otros mientras tan-
to cargaban mucho más. Y entonces murió Querón y
Tríbaco, ambos polemarcos, y Lácrates el vencedor olím-
pico y otros lacedemonios que están sepultados delante
de la puerta del Cerámico[49]. Al ver eso Trasibulo acu- 34

---

[49] Barrio del NO. de Atenas.

dió con los demás hoplitas y formaron rápidamente delante de las Salinas a ocho filas en fondo. Pausanias, que estaba muy acosado y se había retirado unos cuatro o cinco estadios junto a una colina, ordenó a los lacedemonios y a los demás aliados avanzar hacia sí. Allí los ordenó en formación muy profunda en toda la línea y los llevó contra los atenienses. Éstos los recibieron cuerpo a cuerpo, pero luego unos fueron rechazados hacia la parte pantanosa de las Salinas, otros cedieron y murieron unos ciento cincuenta de ellos.

Negociaciones y reconciliación entre ambos bandos

35 Pausanias erigió un trofeo y se retiró; ni aun así se irritó con ellos, mas por un enviado secreto aconsejaba a los del Pireo enviar embajadores ante sí y los éforos que se hallaban presentes y lo que debían decir. Ellos obedecieron. Intentaban también dividir a los de la capital y les instaba a acudir a sí en grupo en el mayor número posible y que dijeran que de ningún modo debían luchar contra los del Pireo, sino reconciliarse y ser amigos ambos de los lace-
36 demonios. Con gusto oía eso Nauclidas, que era éforo; pues como es costumbre que acompañen al rey dos éforos en su campaña, y entonces estaba él y otro, ambos eran de la opinión de Pausanias más que de la de Lisandro. Por eso, pues, también enviaron con interés a Lacedemonia a los del Pireo que tenían las cláusulas del tratado de paz con los lacedemonios, y como particulares en representación de los de la capital, a
37 Cefisofonte y Meleto. Sin embargo, después de marchar ésos para Lacedemonia, enviaron también los del gobierno de la capital a otros anunciando que ellos entregaban los muros que tenían y a sus personas a los lacedemonios para hacer lo que quisieran, pero declararon que también era justo que los del Pireo, si afirmaban que eran amigos de los lacedemonios, entregaran
38 el Pireo y Muniquia. Después de oírlos a todos, los

éforos y los miembros de la Asamblea enviaron a Ate-
nas a quince hombres y les ordenaron con la colabora-
ción de Pausanias llegar a un arreglo en las mejores
condiciones posibles. Éstos se reconciliaron en estos
términos: mantener la paz los dos partidos, cada uno
retirarse a su casa, salvo los Treinta, los Once y los Diez
magistrados del Pireo. Con todo si alguno de los de la
capital tenía algún temor, se decidió que se refugiara
en Eleusis. Una vez concluidas estas negociaciones Pau- 39
sanias licenció al ejército y los del Pireo subieron con
las armas a la Acrópolis y sacrificaron a Atenea. Des-
pués que bajaron los estrategos convocaron la asamblea
y Trasibulo dijo: «Hombres de la ciudad, os aconsejo 40
que os conozcáis a vosotros mismos; y os podéis conocer
sobre todo si reflexionáis de qué os debéis sentir or-
gullosos como para intentar dominarnos. ¿Es que sois
más justos? Bien, el pueblo que es más pobre que vos-
otros, nunca os ofendió en nada por riquezas; pero vos-
otros que sois más ricos que todos habéis cometido
muchas cosas vergonzosas por avaricia. Y ya que de la
justicia nada podéis reclamar, mirad, pues, si por el va-
lor os debéis sentir orgullosos. ¿Y qué mejor juicio de 41
ello había que cuando luchamos unos con otros? Mas
diréis que aventajáis en inteligencia, vosotros que, te-
niendo murallas, armas y dinero y aliados pelopone-
sios, habéis sido acosados por quienes no tenían nada de
esto? Bien, ¿creéis, por fin, que os debéis sentir orgu-
llosos por los lacedemonios?[50] ¿Cómo, si incluso ellos

[50] Este discurso se inspira en la sentencia délfica «conócete a ti mismo» y recomienda como método de autocomprobación el canon habitual de las virtudes «cardinales»: justicia, valor, inteligencia o sabiduría, acompañadas irónicamente por la alianza con los lacedemonios.

Demuestra Trasibulo punto por punto que la pretendida superioridad de los oligarcas es en realidad inferioridad. Todo ello va unido a la idea socrática de que virtud y conocimiento son equivalentes y de que nadie, por consiguiente, yerra a sa-

se retiran y marchan después de entregaros a este pueblo ofendido como se entregan perros que muerden
42 atándolos con una cadena? Sin embargo, camaradas míos, al menos a vosotros os exijo que no quebrantéis nada de lo que habéis jurado [51], mas incluso deis prueba de lo siguiente además de otras cosas buenas: que sois fieles a lo jurado y piadosos». Después de exponer esto y otras razones semejantes, y también que no se debía en absoluto promover desórdenes, sino servirse de las leyes antiguas, levantó la asamblea.

43 Y entonces establecieron los cargos y se gobernaban pacíficamente; pero algún tiempo después, como oyeran que los de Eleusis pagaban a mercenarios extranjeros, hicieron una expedición en masa contra ellos y dieron muerte a sus estrategos que habían venido para unas conversaciones, enviaron a los demás a amigos y allegados y les persuadieron a reconciliarse. Y prestaron juramento solemne de no guardar rencor y aun ahora [52] se gobiernan pacíficamente unidos y el pueblo permanece fiel a los juramentos.

---

biendas. Cf. JENOF., *Memorables* IV 2 y ss.; III 9, 1 y ss.; PLATÓN, *Rep.* 472 e y ss.

[51] Se refiere a la amnistía que habían prometido.

[52] Este texto ha servido para fechar la redacción de las *Helénicas*. La amnistía terminó en 401 a. C. en tiempos del arconte Jenéneto. (ARIST., *Const. aten.* 40, 4).

III

El libro III refiere los acontecimientos comprendidos entre los años 401 (expedición de Ciro) y 395 (muerte de Lisandro en Haliarto y proceso de Pausanias). Ocupan lugar preferente las campañas de Tibrón y Dercílidas en Asia Menor (399-397) contra Tisafernes y Farnabazo; la muerte de Agis y elección de Agesilao (397); la conspiración de Cinadón; las campañas de Esparta contra Élide (399-397); el envío de Agesilao y Lisandro a Asia Menor (396); la batalla del río Pactolo y la ejecución de Tisafernes (395); la coalición contra Lacedemonia y consiguientes maniobras tebanas.

Ciro pide ayuda a Esparta

Así terminó la guerra civil en Atenas. 1
Después de esto Ciro[1] envió unos mensajeros a Lacedemonia y manifestó que era justo que como se portó él con los lacedemonios en la guerra contra los atenienses[2] así se comportaran los lacedemonios con él. Los éforos reconocieron que decía algo lógico, y

[1] El regreso de los demócratas de Trasibulo ocurrió en el otoño del 403 a. C. y la expedición de Ciro en la primavera del 401, de modo que hay una laguna de año y medio. Sin embargo, al final del libro II Jenofonte habla al menos de lo que ocurrió en Atenas aunque sin concretar hechos.

[2] Véase I 5, 1-7; 6, 18; II 1, 7-15; 3, 8.

enviaron a Samio[3], navarco en esa fecha, para ayudar a Ciro en lo que necesitara y en consecuencia, él realizó con celo lo que le pidió Ciro, pues con su flota y la de Ciro costeó hasta Cilicia y consiguió que Siénesis, jefe de Cilicia, no pudiera hacerle frente por tierra cuando
2 Ciro marchaba contra el rey. Por cierto, cómo Ciro reunió el ejército y con él marchó contra su hermano, cómo fue la batalla, cómo murió y luego cómo se pusieron a salvo hacia el mar fue escrito por Temistógenes de Siracusa[4].

Envío de Tibrón

3 Después Tisafernes, que se había ganado gran estima del rey en la guerra contra su hermano, fue enviado como sátrapa de los territorios que mandaba anteriormente y además de los de Ciro[5], y exigió inmediatamente la sumisión de todas las ciudades jonias. Éstas querían ser libres, pero al mismo tiempo temían a Tisafernes porque habían preferido a Ciro cuando aún vivía en lugar de él y no lo acogieron en las ciudades, sino que enviaron embajadores a Lacedemonia y exigían, ya que eran los guías de toda la Hélade, que se preocuparan de ellos, los helenos de Asia, de modo que su territorio no fuera sa-
4 queado y ellos pudieran ser libres. En consecuencia, los lacedemonios les enviaron al harmoste Tibrón y le dieron unos mil soldados neodamodes y otros cuatro mil peloponesios. Tibrón pidió también a los atenienses trescientos jinetes diciendo que él los pagaría. Éstos le enviaron algunos que habían servido en la caballería con los Treinta, pues consideraban una ventaja para el pue-
5 blo enviarlos fuera e incluso perecer allá. Después que

[3] En la *Anábasis* lleva el nombre de Pitágoras (I 4, 2). Según Hatzfeld, Beloch supone que el personaje se llamaba *Pythagóras Samíou* o *Sámios Pythagórou*.

[4] Pseudónimo de Jenofonte.

[5] Las satrapías de Jonia y Lidia.

llegaron a Asia, reclutó también tropas en las ciudades helenas del continente, pues entonces todas las ciudades obedecían las órdenes de un lacedemonio. Y con ese ejército Tibrón, teniendo en cuenta la caballería, no bajaba a la llanura y se contentaba con poder conservar la zona donde se encontraba sin ser saqueada. Pero 6
después que se le agregaron[6] los expedicionarios de Ciro que se salvaron, luego ya se enfrentaban a Tisafernes, incluso en la llanura, y se ganó las ciudades de Pérgamo, que se entregó voluntariamente, Teutrania y Halisarna, cuyos jefes eran Eurístenes y Procles, descendiente del lacedemonio Demarato, que había recibido esos territorios como regalo del rey por la ayuda en la expedición contra la Hélade[7]. Se le entregaron también Gorgión y Góngilo[8], que eran hermanos, y uno tenía Gambrio y Viejogambrio y el otro Mirina y Grinea. También esas ciudades eran presentes del rey a Góngilo, el único eretrio que fue desterrado por ser partidario de los medos. Había ciudades que estaban mal defendi- 7
das y Tibrón las tomó al asalto. Al contrario, a Larisa, llamada la Egipcia[9], como no se sometió, la cercó y sitió. Al no poder tomarla por otros medios, excavó un pozo y abrió una galería subterránea para cortarles el agua[10]. Pero como repetidas veces salieron de las murallas repentinamente y arrojaron al pozo maderas y piedras, hizo a su vez una «tortuga» de madera y la colocó sobre el pozo. Mas también la quemaron saliendo de noche repentinamente. Como parecía no conseguir nada,

---

[6] V. *Anáb.* VII 6, 1, y 8, 24. Se efectuó esta unión en febrero del 399 a. C.

[7] V. HERÓD., VI 65 y ss.

[8] Cf. también TUC., I 128 para Góngilo, y *Anáb.* VII 8, 8-22.

[9] Cf. *Ciropedia* VII 1, 45. El rey Ciro había establecido allí soldados egipcios.

[10] Para intentar cortar la conducción subterránea que lleva el agua a la ciudad y cuya localización exacta nadie conoce.

los éforos lo enviaron a luchar contra Caria tras dejar Larisa.

Campaña de Dercílidas

8 Cuando él estaba ya en Éfeso para marchar contra Caria, llegó para ponerse al frente del ejército, Dercílidas, hombre que tenía fama de muy ingenioso y era apodado «Sísifo»[11]. Tibrón, pues, volvió a su patria y, condenado, marchó al destierro; le acusaron efectivamente los aliados de que había impulsado a su ejército a saquear a los amigos.
9 Después de tomar el ejército, Dercílidas se dio cuenta de que Tisafernes y Farnabazo no se fiaban el uno del otro, y tras un acuerdo con Tisafernes llevó el ejército a la zona de Farnabazo, porque prefería luchar con uno de los dos antes que con ambos a la vez. Ya con anterioridad Dercílidas era enemigo de Farnabazo; efectivamente cuando fue harmoste en Abido, mientras Lisandro era navarco, calumniado por Farnabazo fue obligado a mantenerse firme con el escudo, lo cual los lacedemonios importantes tienen por un deshonor ya que es un castigo por indisciplina. Y por eso también
10 marchaba más contento contra Farnabazo. Desde el primer momento aventajó tanto a Tibrón en el modo de mandar que pasó el ejército por la zona amiga hasta la Eólide de Farnabazo sin dañar nada a los aliados.

Historia de Mania y Midias

Esa parte de Eólide era de Farnabazo, pero le administraba ese territorio como sátrapa el dardanio Zenis. Y después que éste murió de una enfermedad y Farnabazo se disponía a dar a otro la satrapía, Mania, la mujer de Zenis, dardania también ella, preparó una comitiva, se proveyó de regalos para obsequiar a Farnabazo en persona y congraciarse a sus concubinas y sobre todo a las personas

[11] El héroe corintio Sísifo era el prototipo del hombre inteligente e ingenioso.

influyentes de Farnabazo y se puso en camino. Vino a 11
una entrevista y le dijo: «Farnabazo, mi marido era tu amigo por muchos motivos y especialmente te entregaba los tributos, de modo que tú le apreciabas y elogiabas. En consecuencia, si yo no te sirvo peor que él, ¿por qué necesitas designar otro sátrapa? Mas si en algo no te agrado, sin duda está en tu poder quitarme
y dar a otro el cargo». Al oír eso Farnabazo decidió que 12
la mujer fuera sátrapa. Ella, después que fue dueña del territorio, no pagaba los tributos peor que su marido y además de esto, siempre que se presentaba a Farnabazo, le llevaba regalos y cuando él venía a su territorio lo recibía de una manera mucho más agradable que los
otros gobernantes; le conservó las ciudades que recibió 13
e incluso añadió algunas de la costa entre las no sujetas: Larisa e igualmente Hamáxito y Colonas, atacando con mercenarios helenos, a los que ella observaba desde su carroza, las murallas. Y a quien elogiaba, a ése daba regalos sin tacha, de modo que consiguió tener el ejército mercenario más famoso, y luchaba también al lado de Farnabazo siempre que atacaba a los misios o a los pisidios porque dañaban el territorio del rey. Y así Farnabazo la honraba a su vez magníficamente y a veces la llamaba para aconsejarse. Cuando 14
ella ya tenía más de cuarenta años, Midias, que era el marido de una hija suya, animado por algunos que pensaban que era vergonzoso que mandara una mujer y que él fuera un simple particular, y como ella se guardaba mucho de los demás, como convenía a una tirana, pero confiaba en él y le amaba como una mujer puede amar al yerno, se dice que entrando en su aposento la ahogó. Dio muerte asimismo a su hijo que era
de aspecto muy bello y de unos diecisiete años. Una vez 15
hecho eso, retuvo a Escepsis y Gergis, ciudades fortificadas, de donde Mania obtenía los ingresos principalmente; pero otras ciudades no lo dejaron entrar, sino

que las guarniciones que había en ellas las mantuvieron en poder de Farnabazo. Luego Midias envió presentes a Farnabazo y le pidió mantener el territorio como Mania. Él respondió que los guardara hasta que viniera él y tomara personalmente los regalos con él; efectivamente, afirmaba que no quería seguir viviendo si no vengaba a Mania.

Operaciones de Dercílidas

16 Dercílidas llegó en este momento y en seguida se apoderó en un solo día de Larisa, Hamáxito y Colonas, ciudades de la costa que se entregaron; y envió mensajeros a las ciudades eolias y les pidió que se declararan independientes, le recibieran dentro de sus murallas y se hicieran aliadas. En consecuencia, los meandrios, ilieos y cocilitas le hicieron caso, pues sus guarniciones helenas, después que murió
17 Mania, no eran tratadas muy bien. Pero el jefe de la guarnición de Cebrén, lugar bien fortificado, pensando que si mantenía la ciudad en poder de Farnabazo, sería recompensado por él, no dejó entrar a Dercílidas. Éste, irritado, se preparó a atacar. Como los sacrificios no le eran propicios al sacrificar el primer día, al siguiente volvió a sacrificar. Como tampoco éstos fueron favorables volvió a hacerlos al tercero; y durante cuatro días insistía en sacrificar, ya que lo soportaba muy mal, pues tenía prisa por hacerse dueño de toda la Eólide
18 antes de que acudiera Farnabazo. Aténadas, un capitán[12] sicionio, que creía que Dercílidas hacía el ridículo perdiendo el tiempo y que él era capaz de cortar el agua a los cebrenios, hizo una salida con su compañía e intentó cegar la fuente. Pero los de dentro salieron, le hirieron, mataron a dos y rechazaron al resto atacando con espadas y dardos. Mientras Dercílidas estaba

[12] *Lokhagós:* capitán o jefe de una *lókhos* o sección del ejército.

molesto y consideraba que el ataque se haría con mayor desánimo, llegaron de la muralla unos heraldos de parte de los helenos y declararon que lo que hacía el jefe no les agradaba y que ellos preferían estar con los helenos antes que con el bárbaro. Cuando aún estaban 19
ellos tratando esto, llegó uno de parte del jefe comunicando que cuanto decían los anteriores era también lo que le parecía a él. Dercílidas, pues, como se dio la circunstancia de que los sacrificios le fueron favorables ese día, inmediatamente volvió a tomar las armas y marchó al frente hacia las puertas; ellos las abrieron y lo acogieron. Estableció también aquí guarniciones y en seguida fue contra Escepsis y Gergis.

Castigo de Midias

Midias, que estaba esperando a Far- 20
nabazo, pero que desconfiaba ya de sus ciudadanos, envió mensajeros a Dercílidas y le dijo que vendría a una entrevista si recibía rehenes. Él le envió uno de cada ciudad aliada y le rogó tomar entre ellos cuantos quisiera en número y categoría. Tomó diez y marchó, y reuniéndose con Dercílidas le preguntó en qué condiciones se haría su aliado. Él le respondió que con tal que dejase a los ciudadanos libres y autónomos. Después de decir esto marchó a Escepsis. Midias se 21
dio cuenta que no podría impedírselo contra la voluntad de los ciudadanos y le dejó entrar. Dercílidas hizo un sacrificio a Atenea en la acrópolis de los escepsios y mandó salir a la guarnición de Midias, entregó la ciudad a sus habitantes y les animó a gobernar como conviene a helenos y libres, salió y marchó al frente contra Gergis. Le precedían asimismo muchos escepsios que le apreciaban y estaban contentos por lo que había hecho. Midias le acompañaba y le pedía que le 22
entregara la ciudad de Gergis. Dercílidas le respondía que no dejaría de obtener lo justo; y a la vez que decía eso marchaba contra las puertas con Midias, y el ejér-

cito le acompañaba en marcha pacífica en columna de a dos. Los habitantes como vieron desde las torres, que eran muy altas, a Midias con él no dispararon; y al decir Dercílidas: «Midias, manda abrir las puertas para que tú guíes y yo vaya contigo al santuario y sacrifique allí a Atenea». Midias dudaba en abrirlas, pero temiendo
23 ser detenido en el acto mandó abrirlas. Él, después de entrar, se dirigió a la acrópolis de nuevo con Midias, y ordenó al resto de los soldados colocarse con sus armas alrededor de la muralla, mientras él con su guardia hacía un sacrificio a Atenea. Después de sacrificar, ordenó a los lanceros de Midias tomar posición a la cabeza de su propio ejército para llevarlos como mercena-
24 rios, pues Midias ya no tendría ningún peligro. Midias, que no sabía qué hacer, dijo: «Bien, yo me voy a prepararte los presentes de hospitalidad». Y él replicó: «Por Zeus, no, pues sería bochornoso que yo que he sacrificado, fuera invitado por ti como huésped, mas yo debo invitarte. Quédate, pues, entre nosotros, mientras se prepara la cena, tú y yo consideraremos y haremos lo
25 que sea justo para ti y para mí». Después que se sentaron preguntó Dercílidas: «Dime, Midias, ¿tu padre te dejó como jefe de la hacienda?». «Exactamente», respondió. «¿Y cuántas casas tenías, cuántas tierras, cuántos pastos?» Mientras él estaba anotando la respuesta los escepsios presentes le dijeron: «Dercílidas, ese te en-
26 gaña». «Y vosotros no seáis tan puntillosos», replicó. Después de anotar los bienes paternos, preguntó: «Dime, ¿Mania de quién era vasallo?». Todos dijeron que de Farnabazo. «Por consiguiente, replicó, ¿sus bienes son también de Farnabazo?». «Exactamente», dijeron. «Y son nuestros, replicó, pues somos más poderosos. En efecto, Farnabazo es nuestro enemigo. Entonces, guíeme uno, añadió, a donde están depositados los tesoros de
27 Mania y Farnabazo». Y los demás le guiaron a la casa de Mania, de la que se había apoderado Midias, y también

él le acompañaba. Después de entrar llamó Dercílidas a los tesoreros, ordenó a los servidores detenerlos y les advirtió de que si eran cogidos robando algo de los tesoros de Mania, serían decapitados en el acto. Éstos mostraron los tesoros. Él, después de ver todo, lo cerró, selló y puso guardias. Al salir dijo a los taxiarcos y capi- 28
tanes que encontró en las puertas. «Señores, hemos preparado el sueldo para un ejército de ocho mil durante un año». Dijo esto reconociendo que al oírlo serían mucho más disciplinados y cuidadosos. Y al preguntarle Midias: «Dercílidas, ¿dónde debo yo residir?», respondió: «Midias, exactamente donde es muy justo, en tu propia patria Escepsis, en la casa paterna».

Tregua con Farnabazo

Dercílidas, una vez hecho eso y ha- 2
biendo tomado en ocho días nueve ciudades, estudiaba el modo de pasar el invierno en territorio amigo sin ser una carga para los aliados, como Tibrón, y a su vez de que Farnabazo no dañase las ciudades helenas confiando en la superioridad de su caballería. Le envió, pues, unos mensajeros y le preguntó si quería tener paz o guerra. Farnabazo, que creía que la Eólide había sido puesta como fortificación contra Frigia, su propia residencia, escogió la tregua.

Dercílidas en Bitinia

Cuando se hizo esa tregua, vino Der- 2
cílidas a Tracia de Bitinia [13] y allí pasó el invierno sin que se molestase mucho Farnabazo, ya que los bitinios le hacían la guerra con frecuencia. Por lo demás Dercílidas pasó el tiempo saqueando y pillando sin peligro toda clase de bienes, con abundantes provisiones; mas después que le llegaron del otro lado del mar de parte de Seutes unos doscientos jinetes aliados de los

---

[13] Región entre el Bósforo y Heraclea del Ponto, poblada por tracios.

odrisos y unos trescientos peltastas, éstos establecieron su campamento a unos veinte estadios del campamento griego y lo rodearon de una empalizada, pidieron a Dercílidas hoplitas para custodiar el campamento, salían
3 por botín y cogían muchos esclavos y bienes. Cuando tenían el campamento lleno de muchos prisioneros, los bitinios se informaron de cuántos salían y cuántos guardias griegos dejaban, se reunieron muchísimos peltastas y jinetes y al amanecer atacaron a los hoplitas, que eran unos doscientos. Cuando estuvieron cerca, unos lanzaban dardos, otros jabalinas contra ellos. Éstos, como eran heridos y morían y no conseguían nada por estar encerrados en la empalizada, que era de la altura de un hombre, arrancaron su propio atrincheramiento y
4 se lanzan contra ellos. Éstos cedían terreno allí donde los griegos salían y con facilidad huían de los hoplitas como peltastas que eran, y de un lado y otro les lanzaban jabalinas y abatieron a muchos de ellos en cada salida; por fin encerrados como en un redil fueron abatidos por las jabalinas. Sin embargo, unos quince se pusieron a salvo en el campamento griego; éstos se retiraron inmediatamente que se dieron cuenta de la situación, escapando durante el combate cuando los
5 bitinios estaban descuidados. Los bitinios se retiraron rápidamente después de hacer ese ataque y de matar a los guardias de las tiendas de los tracios odrisos y de recoger a todos los prisioneros; de modo que los griegos cuando se enteraron, acudieron y no encontraron en el campamento nada más que cadáveres despojados. Después que regresaron los odrisos, una vez que enterraron a los suyos y bebieron mucho vino y organizaron una carrera de caballos en su honor, en adelante acampando ya con los griegos saqueaban e incendiaban Bitinia.

Operaciones en primavera

Al empezar la primavera Dercílidas se retiró del país de los bitinios y llegó a Lámpsaco. Estando allí vinieron Araco, Naubates y Antístenes en nombre de las autoridades de su patria. Éstos vinieron para inspeccionar cómo estaban los asuntos de Asia y además para comunicar a Dercílidas que permaneciera y continuara en el mando el año siguiente [14]; y que los éforos les habían encargado que convocaran a los soldados y les dijesen que les llamaban la atención por lo que habían hecho anteriormente, pero que ahora no cometían injusticia alguna y los felicitaban y decían que en adelante no permitirían que cometieran injusticias, mas los felicitarían si se comportaban correctamente con los aliados. Y después de con- 7
vocar a los soldados y comunicarles ese aviso el jefe de los soldados de Ciro [15] les respondió: «Bien, varones lacedemonios, nosotros somos los mismos ahora y el año anterior, mas uno es el jefe ahora y otro era el año pasado. Luego la causa de no faltar ahora y entonces sí, evidentemente vosotros mismos sois capaces de conocerla». Mientras los embajadores de la patria com- 8
partían la tienda con Dercílidas, uno de los de Araco recordó que habían dejado en Lacedemonia unos embajadores del Quersoneso. Afirmaron que alegaban no poder cultivar ahora el Quersoneso, pues era saqueado y pillado por los tracios. Mas si se amurallaba de mar a mar, ellos tendrían mucha tierra y buena para cultivar y también todos los lacedemonios que lo desearan. De modo que afirmaron que no se extrañaran si era enviado un lacedemonio de la ciudad con tropas para realizarlo. Al oír este plan Dercílidas no les dijo la 9
opinión que tenía, mas los envió a Éfeso a través de

[14] Véase III 1, 8.

[15] Jenofonte mismo, que había llevado a Tibrón los soldados de Ciro.

las ciudades griegas, gozoso de que las vieran vivir en paz felizmente. Ellos al fin se pusieron en camino. Dercílidas, cuando se enteró que tenía que permanecer en el puesto, volvió a enviar mensajeros a Farnabazo y le preguntó si prefería mantener la tregua como durante el invierno o la guerra. Como Farnabazo eligió también entonces las treguas, dejó pacificadas las ciudades vecinas a aquél y cruzó el Helesponto con su ejército hacia Europa, y después de marchar a través de la Tracia amiga y de ser recibido por Seutes como huésped, llegó
10 al Quersoneso. Se informó que tenía once o doce ciudades, que era una tierra muy fértil y de muy buena calidad, pero que estaba destrozada, como se dijo, por los tracios; luego midió el istmo y encontró que tenía treinta y siete estadios de anchura; y no se demoró, mas después de sacrificar empezó a amurallarlo dividiendo la región por zonas entre los soldados; les prometió dar premios a los primeros que terminaran los muros y al resto según los méritos de cada uno, y terminó el muro que había comenzado en primavera antes del otoño. Consiguió que dentro del muro quedasen once ciudades, muchos puertos, muchos y buenos sembrados, muchas plantaciones, numerosísimos y magníficos pastos para
11 todo tipo de ganado [16]. Después de realizar ese proyecto pasó de nuevo a Asia.

Al inspeccionar las ciudades vio que en general estaban bien, pero encontró que unos desterrados de Quíos tenían Atarneo, una plaza fuerte, y tomándola como base, saqueaban Jonia y vivían del saqueo. Al enterarse de que tenían mucho trigo en ella, estableció su campamento alrededor y la sitió; y en ocho meses los subyugó, puso en ella como intendente al peleneo Dracón, almacenó víveres abundantes de todas clases para

[16] Cf. HERÓD., VI 36 para esta misma región y PLUTARCO, *Pericles* 19.

usarla como refugio cada vez que viniera y marchó a Éfeso que dista de Sardes tres días de camino.

Pasa a Caria

Y durante ese tiempo se mantuvieron en paz Tisafernes y Dercílidas y los helenos y bárbaros de esa zona. Pero después llegaron a Lacedemonia unos embajadores de las ciudades jonias y explicaron que estaba en manos de Tisafernes, si quería, dejar libres las ciudades griegas; y si Caria era asolada, donde estaba precisamente la residencia de Tisafernes, afirmaron que creían que de ese modo él consentiría pronto en dejarlas libres; después de oírlo los éforos enviaron mensajeros a Dercílidas y le ordenaron pasar con el ejército a Caria y al navarco Fárax costear con las naves. Éstos lo hicieron. Se daba la circunstancia de que en ese tiempo Farnabazo había ido a ver a Tisafernes, y al mismo tiempo éste había sido designado estratego de todas las fuerzas y a la vez le aseguraba que estaba dispuesto a luchar en común y a combatir y expulsar con él a los griegos del territorio del rey; mas por otro lado envidiaba a Tisafernes por el cargo de estratego y toleraba mal ser privado de la Eólide. Tisafernes le escuchó y dijo: «Bien, primero pasa conmigo a Caria y luego trataremos estos temas».

Encuentro de los dos ejércitos

Después de estar allí, decidieron dejar guardias en número suficiente en las fortificaciones y volver a Jonia. Cuando Dercílidas oyó que habían vuelto a cruzar el Meandro, dijo a Fárax que temía que Tisafernes y Farnabazo hicieran incursiones y saquearan el territorio, si estaba indefenso, y pasó también él. Cuando ellos marchaban con el ejército sin ninguna formación de combate, por creer que los enemigos habían salido antes para el territorio de Éfeso, de repente vieron frente a sí a unos espías sobre los monumentos funerarios; y subiendo ellos a su

vez a los monumentos y torres que estaban junto a sí vieron a algunos carios con escudos blancos desplegados junto al camino que tenían que seguir y contingentes del ejército persa que se encontraban presentes y del griego que tenía cada uno de los dos sátrapas y numerosísima caballería, la de Tisafernes en el ala de-
16 recha, la de Farnabazo en la izquierda. Dercílidas, al ver esto, mandó a los taxiarcos y capitanes formar rapidísimamente de ocho en fondo y a los peltastas colocarse a los flancos de cada lado y a la caballería que pudiera improvisarse, mucha o poca, buena o mala, y él
17 empezó los sacrificios. La parte del ejército que era del Peloponeso estaba tranquila y se preparaba para luchar, pero cuantos eran de Priene y de Aquileo, de las islas y de las ciudades jonias, unos abandonaron sus armas en los trigales y huyeron —efectivamente era ya alto el trigo en la llanura del Meandro— y cuantos quedaron daban pruebas claras de que no resisti-
18 rían. Se reveló que Farnabazo exigía luchar, pero que Tisafernes no lo deseaba porque pensaba en el ejército de Ciro cuando luchó contra ellos y creía que todos los griegos eran iguales que aquéllos y envió unos delegados a Dercílidas y le dijo que quería llegar a un arreglo. Dercílidas tomó a los soldados y jinetes de mejor presencia de entre los que le rodeaban, se acercó a los mensajeros y dijo: «Bien, por mi parte yo estaba dispuesto a luchar, como veis, pero ya que él desea llegar a un arreglo, yo no me opongo tampoco. Sin embargo, se han de tomar garantías y rehenes si es preciso hacer-
19 lo. Una vez aprobado y cumplido esto, los ejércitos se retiraron, el bárbaro a Trales de Caria, el griego a Leucofris, donde había un santuario de Ártemis muy venerado y un lago de fondo arenoso de más de un estadio de largo del que manaba agua potable caliente. Entonces se hizo eso; al día siguiente vinieron al lugar convenido y decidieron informarse mutuamente sobre

en qué condiciones podrían hacer la paz. Por supuesto, 20
Dercílidas dijo que si el rey dejaba autónomas las ciudades griegas; Tisafernes y Farnabazo dijeron que si salía del país el ejército griego y los harmostes lacedemonios de las ciudades. Después de decir esto hicieron una tregua recíproca hasta que se anunciase lo tratado a Lacedemonia por Dercílidas y al rey por Tisafernes.

Campañas contra Élide

Mientras en Asia realizaba estas co- 21
sas Dercílidas, los lacedemonios, en la misma época[17] estaban enojados hacía tiempo con los eleos; porque se aliaron con los atenienses, argivos y mantineos[18] y porque, como afirmaban que les habían ganado un juicio, los excluían de las competiciones hípicas y gimnásticas y no sólo les bastó eso, sino que además, al entregar Licas su carro a los tebanos, después que fueron proclamados vencedores por medio de un heraldo, cuando se acercó Licas para coronar al auriga, a pesar de ser un anciano lo azotaron y expulsaron[19]. Después de estos hechos, cuando Agis fue 22
enviado para sacrificar a Zeus de acuerdo con un oráculo, los eleos le impidieron rogar por la victoria alegando que incluso desde antiguo estaba prescrito así: que los griegos no consultaran un oráculo en una guerra contra griegos. En consecuencia, se marchó sin sacrificar. Enojados, pues, por todo esto los éforos y la 23
asamblea decidieron meterlos en razón[20]. Efectivamente, enviaron embajadores a Élide y comunicaron que las autoridades lacedemonias habían aprobado que

[17] En 400 a. C.

[18] En el año 420 a. C. Cf. Tuc., V 47.

[19] Cf. Tuc., V 49-50. Fue en el certamen de Olimpia de 420 a. C.

[20] El período iniciado en el 21 no se continúa con la esperada ilación sintáctica, sino que hay un anacoluto.

era justo que dejaran libres a las ciudades vecinas[21]. Como respondieron los eleos que no lo harían, pues tenían las ciudades por derecho de conquista, los éforos decretaron la movilización. Agis, que conducía el ejército, penetró en Élide a través de Acaya por el curso
24 del río Lariso. Cuando hacía poco tiempo que el ejército estaba en territorio enemigo y que se saqueaba el territorio, se produjo un seísmo. Agis, creyendo que era una señal divina, se retiró del territorio y licenció el ejército. Los eleos estaban mucho más animados por esto y enviaron embajadores a las ciudades que sabían
25 que eran hostiles a los lacedemonios. Al correr el año los éforos decretaron la movilización nacional contra Élide y formaron con Agis todos los demás aliados, incluso los atenienses[22], salvo beocios y corintios. Al entrar Agis por Aulón, inmediatamente los lepreatas se separaron de los eleos y se unieron a él[23], luego los macistios y a continuación los epitalieos. Al cruzar el río se
26 le unieron los letrinos, anfídolos y marganeos. Después de esto fue a Olimpia, sacrificó a Zeus olímpico y nadie intentaba ya impedírselo. Después de sacrificar marchó hacia la ciudad, devastó e incendió el territorio, cogió muchísimo ganado y muchísimos esclavos del país, tanto que al oírlo muchos arcadios y aqueos se unieron voluntariamente a su ejército y tomaron parte en el saqueo. Así esa expedición fue una especie de apro-
27 visionamiento para el Peloponeso. Al llegar a la ciudad destrozó los arrabales y los gimnasios, que eran magníficos, pero en cuanto a la ciudad opinaron que no que-

---

[21] Se trata de Pisatis, Trifilia y Acrorea, conquistadas por los eleos en los siglos VI y V.

[22] Los atenienses formaron parte de la liga del Peloponeso después de la derrota del 404.

[23] Debe de haber aquí un error de Jenofonte, ya que Lepreón se había separado de Élide antes de la paz de Nicias. Véase nota en Hatzfeld.

ría y no que no podía tomarla —efectivamente estaba sin murallas—. Mientras saqueaba el territorio y estaba la expedición en los alrededores de Cilene, quisieron los del partido de Xenias —de quien se decía que contaba por medimnos[24] el dinero heredado del padre— entregar la ciudad a los lacedemonios; salieron de pronto de una casa provistos de espadas, degollaron a algunos y como mataron a uno de ellos parecido a Trasideo, el jefe del partido popular, creyeron que habían dado muerte a Trasideo, de modo que el pueblo
se desanimó completamente y se mantuvo quieto; los 28
asesinos pensaron que todo estaba ya listo y sus partidarios dejaron sus armas en el ágora. Pero Trasideo se encontraba aún durmiendo donde se había embriagado. Cuando se dio cuenta el partido popular de que Trasideo no estaba muerto se apiñó alrededor de su casa como un enjambre de abejas alrededor de la reina.
Luego, volviendo a tomar el mando, dirigió al pueblo; 29
se dio un combate y venció el partido democrático; los que iniciaron la matanza escaparon con los lacedemonios. Por su parte Agis, al retirarse después de volver a cruzar el Alfeo, dejó una guarnición en Epitalio, cerca del río, con el harmoste Lisipo y los refugiados de
Élide, disolvió la expedición y volvió a su patria. Du- 30
rante el resto del verano y el invierno siguiente el territorio eleo fue saqueado por Lisipo y sus tropas. Pero al verano siguiente Trasideo envió delegados a Lacedemonia y consintió en derribar las murallas de Feax y Cilene, dejar libres las ciudades trifilias: Frixa y Epitalio, a los letrinos, anfídolos y marganeos y además de éstas también a los acroreos y Lasión, disputado por los arcadios. Sin embargo, los eleos consideraron justo conservar Epeo, ciudad en medio de Herea y Macisto, pues afirmaban que habían comprado todo el territorio

[24] Frase proverbial, en el sentido de «contaba sus monedas por cubos».

por treinta talentos a los que poseían entonces la ciudad y que habían entregado el dinero. Pero los lacedemonios les obligaron también a dejarla considerando que no era más justo tomarla de los más débiles comprando por fuerza que quitando por el mismo procedimiento; sin embargo, no los expulsaron de la presidencia del santuario de Zeus olímpico, aunque los eleos no la tenían de antiguo, considerando que los que se la disputaban eran unos campesinos incapaces de administrarlo. Hechas estas concesiones se concluyó la paz y la alianza de los eleos con los lacedemonios, cesando así la guerra entre ellos.

31

3

Muerte de Agis; elección de Agesilao

Después de estos hechos, Agis vino a Delfos y ofreció el diezmo; al regresar cayó enfermo en Herea; era ya anciano y fue llevado a Lacedemonia aún vivo y allí murió en seguida. Tuvo un entierro más solemne de lo habitual. Cuando pasaron los días[25] consagrados al duelo y hubo que designar un rey, se disputaban la realeza Leotíquides que aseguraba que era hijo de Agis, y su hermano Agesilao.

2 Como Leotíquides decía: «Mira, Agesilao, la ley exige que reine no el hermano, sino el hijo de un rey; pero si se da el caso de que no tenga hijos, entonces podrá reinar el hermano.

—Debería reinar yo.

—Y, ¿cómo?, si estoy yo.

—Porque al que tú llamas padre negó que tú fueras su propio hijo.

—Sin embargo, la madre que lo sabe mucho mejor que él, lo afirma ahora incluso.

—Mas Posidón te acusó de que mentías claramente, cuando, por medio de un terremoto, echó a tu padre[26]

---

[25] Diez días según Heródoto.

[26] Alcibíades, al parecer (PLUT., *Alcib.* 23; *Ages.* 3; *Lys.* 22; *Paus.* III 8, 7).

del lecho conyugal a la vista de todos. El tiempo, que se dice el más sincero, corrobora su testimonio, pues tú naciste al noveno mes de engendrarte y verle salir del lecho conyugal».

Ellos así discutieron.

Diopites[27], famoso intérprete de oráculos, habló a 3
favor de Leotíquides alegando que existía un oráculo de Apolo sobre que se había de evitar una realeza coja[28]. Mas Lisandro le replicó defendiendo a Agesilao que no creía que el dios mandara guardarse de eso, de que uno cojeara por haberse caído, sino más bien de que no reinara si no era del linaje. En efecto, la realeza sería verdaderamente coja en el caso de que no dirigieran el Estado los descendientes de Heracles. Después de oír de ambos tales argumentos en la ciu- 4
dad eligieron rey a Agesilao.

Conspiración de Cinadón

Aún no hacía un año que reinaba Agesilao, cuando, al hacer uno de los sacrificios prescritos en favor de la ciudad, el adivino le dijo que los dioses le habían revelado una conspiración de las más terribles. Después de volver a sacrificar declaró que las señales de las víctimas eran aún más temibles. Al sacrificar por tercera vez dijo: «Agesilao, como si estuviéramos en medio de los propios enemigos, así me parecen las señales». Después de esto sacrificaron a los dioses protectores y a los salvadores[29], pero con dificultad consiguieron que les fueran favorables. Dentro de los cinco días siguientes después de terminar el sacrificio alguien descubrió a los éforos una conspiración y a Cinadón su instigador. Éste era 5

---

[27] Parece ser el mismo que en ARISTÓF., *Cab.* 1085, *Avispas* 580, *Aves* 988.

[28] Agesilao era cojo.

[29] Son los Dioscuros; los *apotropaicos* son dioses indeterminados.

un joven de constitución fuerte y de ánimo muy decidido, pero no de los iguales [30].

Al intentar preguntar los éforos cómo aseguraba que se realizaría el plan, el denunciante dijo que Cinadón lo llevó al extremo del ágora y le mandó contar cuántos espartiatas había en ella. «Yo, afirmó, después de contar al rey, éforos, ancianos y a otros cuarenta aproximadamente, pregunté: Cinadón, ¿por qué me mandaste contarlos?». Él respondió: «Supón que esos son tus enemigos, y aliados todos los demás del ágora que pasan de cuatro mil». Añadió también que le había indicado haberse encontrado en las calles aquí con uno, allá con dos enemigos, pero que todos los demás eran aliados y que con cuantos espartiatas se encontraban en los campos, que había un enemigo, el dueño, pero
6 aliados muchos en cada uno. Como los éforos preguntaran si podía decir cuántos eran los confidentes que conocían el plan, declaró sobre eso que Cinadón decía que no tenían muchos directores, pero que eran los confidentes más fieles; éstos aseguraron que se comprometían con todos, hilotas, neodamodes, inferiores y periecos; efectivamente en cualquier sitio que se hable entre ellos de los espartiatas, nadie podía ocultar que los comería con gusto incluso crudos. Al volver a pre-
7 guntar si decían de dónde tomarían las armas, declaró que había dicho: «nosotros los que servimos en el ejército tenemos las armas que se precisan» y para la masa le había mostrado, llevándolo al mercado de herramientas, muchos puñales, espadas, muchos dardos, muchas hachas dobles y simples y muchas hoces. Declaró también que decía que todos cuantos trabajaban la tierra, los bosques y las canteras tenían estas armas, y que la mayor parte de los demás oficios tienen instrumen-

[30] Es decir, la clase de los espartiatas. Una clase inferior era la de los periecos y la última de los hilotas o esclavos. Cf. nota 37 de I.

tos que son armas suficientes y sobre todo contra
hombres desarmados. Por último, preguntando qué día
iba a realizarse el plan, dijo que le había sido comuni-
cado permanecer en la ciudad. Después de oír esas de- 8
claraciones los éforos creyeron que exponía proyectos
bien planeados y se aterrorizaron; no reunieron siquie-
ra la llamada pequeña asamblea [31], sino que se reunie-
ron los ancianos en diversos lugares y decidieron en-
viar a Cinadón a Aulón con otros jóvenes y ordenarle
volver con algunos aulonitas y con los hilotas inscritos
en la escítala [32]. Ordenaron incluso traer a una mujer
de la que se decía que era la más bella del lugar y
que tenía fama de seducir a los lacedemonios que lle-
gaban, viejos y jóvenes. Cinadón había prestado ya otros 9
servicios semejantes a los éforos. Así, también en esta
ocasión le dieron la escítala en la que estaban escritos
los nombres de las personas que había que detener. Al
preguntar a qué jóvenes llevaría consigo le respondie-
ron: «Vete y ordena al más antiguo de los hipagre-
tes [33] que te acompañen seis o siete de los que se hallen
presentes».

Se habían cuidado de que el hipagretes supiera tam-
bién a quiénes se debía enviar y que los enviados su-
pieran que se debía arrestar a Cinadón. Incluso dijeron
a Cinadón que enviaban tres carros para que no traje-
ran a los arrestados a pie, disimulando lo máximo po-
sible que los enviaban únicamente contra él. No lo de- 10
tuvieron en la ciudad porque no sabían qué importancia

---

[31] Se trata probablemente de la *apélla.* El consejo de ancianos o *gerousía* se componía de 28 miembros mayores de 60 años, más los dos reyes.

[32] La escítala consistía en un bastón al que se enrollaba en espiral una tira de papiro con el mensaje secreto. Sólo quien disponía de otro bastón semejante y lo ajustaba del mismo modo podía leerlo.

[33] Había tres *hipagrétoi* que mandaban los trescientos jinetes de la guardia real. JENOF., *Rep. lac.* 4, 3.

tenía la conspiración y querían oír primero de Cinadón quiénes eran los cómplices, antes de que se enteraran que estaban denunciados, para que no se escaparan. Los encargados de detenerle debían retenerle, y después de conocer por medio de él los conjurados y escribir sus nombres, remitir la lista rapidísimamente a los éforos. Éstos estuvieron tan pendientes del asunto que enviaron un escuadrón de caballería a los que des-
11 pacharon a Aulón. Después de ser detenido vino un jinete con los nombres de los denunciados por Cinadón, y al instante arrestaron al adivino Tisámeno y a los otros más importantes. Cuando compareció Cinadón y quedó convicto, confesó todo y dio los nombres de los conjurados; y por último le preguntaron por qué deseaba realizar esa conjuración. Él respondió que no quería ser menos que nadie en Lacedemonia. Después de esto, atado con una argolla de cuello y manos, azotado y aguijoneado, él y sus compañeros fueron paseados por la ciudad. Así encontraron su castigo.

Agesilao y Lisandro en Asia Menor

4 Después de estos sucesos Herodas, un siracusano que se encontraba en Fenicia con un armador, vio unas trirremes fenicias que venían de diferentes sitios, otras equipadas allí y otras aún en construcción. Oyó además lo siguiente: que era necesario llegar a trescientas; embarcó en el primer barco que zarpó para Grecia y comunicó a los lacedemonios que, a su juicio, el rey y Tisafernes estaban preparando esa flota, pero dijo que no sabía en abso-
2 luto para qué. Mientras los lacedemonios estaban asustados y reunían a los aliados para tratar qué se debía hacer, Lisandro, considerando que los griegos eran muy superiores por su flota y confiando en la infantería por haberse salvado la que se internó con Ciro, consiguió que Agesilao prometiera encargarse de una expe-

dición a Asia si le daban treinta espartiatas [34], unos dos mil neodamodes y seis mil aliados. A este plan se añadía el que él quería también acompañarle para restablecer con Agesilao las decarquías [35] establecidas por él y derribadas por los éforos que impusieron las constituciones tradicionales en las ciudades. Después que 3
Agesilao anunció la expedición, los lacedemonios le dieron cuanto pidió y víveres para seis meses. Después de hacer los sacrificios prescritos además de los de paso de fronteras, salió tras despachar mensajeros a las ciudades para fijar cuántos debían enviar cada una y dónde debían presentarse, él en persona quiso ir a sacrificar a Áulide, donde precisamente sacrificó Agamenón al dirigirse por mar a Troya. Cuando llegó allí, informa- 4
dos los beotarcas que estaba sacrificando, enviaron unos jinetes y les dijeron que no terminara el sacrificio y arrojaron a uno y a otro lado del altar las víctimas que encontraron sacrificadas. Encolerizado, invocando a los dioses como testigos, subió a la trirreme y marchó; cuando llegó a Gerasto reunió allí todo los contingentes de la expedición que pudo y emprendió la marcha para Éfeso. Después de llegar, Tisafernes le 5
envió inmediatamente mensajeros y le preguntó qué venía a reclamar. Él dijo: «que las ciudades de Asia sean libres, como las de Grecia entre nosotros». A eso contestó Tisafernes: «Bien, si deseas hacer una tregua, hasta que yo tenga tiempo de enviar una embajada al Rey, creo que tú podrías regresar por mar una vez conseguido eso, si lo deseas».

—Efectivamente, lo desearía si no creyera que voy a ser engañado por ti, añadió.

---

[34] Estos espartiatas no iban como combatientes, sino como comisarios, diríamos, del ejército. Cf. Tuc., V 63; Diod., XII 78.

[35] Son gobiernos de 10 magistrados, como los Treinta de Atenas, impuestos por Lisandro en las ciudades de la liga ático-délica después de la guerra del Peloponeso.

—Mas tú puedes, respondió, recibir garantías solemnes de que yo lo cumpliré sin engaño.

—Y tú puedes recibir de mí garantías solemnes de que si tú lo cumples sin engaño, nosotros no haremos ningún agravio a tu territorio durante las treguas.»

6 Después de esas propuestas Tisafernes prestó juramento solemne ante los enviados Herípidas, Dercílidas y Megilo de tratar sin engaño de conseguir la paz, y ellos a su vez juraron solemnemente ante Tisafernes en nombre de Agesilao guardar firmemente las treguas, si él cumplía esa condición. Sin embargo, Tisafernes quebrantó al punto lo que juró, pues en lugar de mantener la paz mandó traer un ejército numeroso del rey además del que ya tenía. Agesilao aunque se enteró de ello, sin embargo continuó con la tregua.

Rivalidad entre Lisandro y Agesilao

7 Mientras Agesilao pasaba el tiempo tranquilo y descansando en Éfeso; como la situación política de las ciudades estaba confusa, pues ni había aún democracia como en tiempo de los atenienses, ni decarquías como en tiempo de Lisandro, y a Lisandro todos le conocían, acudían a él creyendo que conseguiría de Agesilao lo que pedían; por eso, siempre le acompañaba un gentío numerosísimo que le hacía la corte, de modo que Agesilao parecía un simple
8 particular y Lisandro, en cambio, el rey. Por cierto, mostró más tarde que eso le ponía furioso; pero los otros treinta no se callaban de envidia y decían a Agesilao que Lisandro actuaba ilegalmente viviendo con más pompa que la realeza. Así cuando Lisandro empezó a presentar a algunas personas a Agesilao, éste despachaba a todos los que sabía que tenían tratos con él sin lograr nada. Como siempre le ocurría lo contrario de lo que deseaba, terminó por comprender lo que estaba ocurriendo; y entonces ya no permitía que la multitud le siguiera y decía abiertamente a quienes le pedían

que hiciera algo que conseguirían menos si intervenía él. Como lo soportaba de mala manera por el consi- 9
guiente deshonor, se le acercó y dijo: «Agesilao, bien sabes humillar a los amigos». «Sí, por Zeus, replicó, al menos a los que quieren mostrarse superiores a mí; en cambio me avergonzaría si no supiera corresponder a su vez a los que me ensalzan.» Lisandro añadió: «Bien, quizás tú actúas más correctamente que yo. En consecuencia, concédeme el siguiente favor: envíame a algún sitio para que ni me avergüence por no tener influencia contigo ni te sea un estorbo a partir de ahora, pues donde fuere, intentaré serte útil.» Agesilao decidió ac- 10
tuar tal como le propuso y lo envió al Helesponto. Allí al enterarse Lisandro que el persa Espitrídates[36] había sido humillado por Farnabazo, habló con él y le movió a separarse con sus hijos y las riquezas que tenía, más unos doscientos jinetes. Dejó todo lo demás en Cícico, pero a él y a su hijo los obligó a embarcar consigo y los llevó ante Agesilao. Éste se alegró del hecho al verlos y en seguida pidió información sobre el territorio y el poder de Farnabazo.

Tisafernes rompe las treguas

Tisafernes, como se sentía superior a 11
causa del ejército que el rey le había enviado, declaró la guerra a Agesilao si no salía de Asia. Los aliados e incluso los lacedemonios presentes estaban visiblemente muy asustados, creyendo que Agesilao tenía entonces fuerzas inferiores que los preparativos del rey, pero Agesilao, muy contento, mandó a los delegados anunciar a Tisafernes que le debía un gran favor porque al perjurar se granjeó unos dioses hostiles y en cambio los hizo aliados de los griegos. Después de esto inmediatamente dio orden a los sol-

[36] *El Anónimo de Oxirrinco* lo llama Espitradastas. La afrenta consistió en que Farnabazo quiso tomar como concubina una hija de Espitrídates. Cf. *Ages.* III 3.

dados de equiparse para una expedición y mandó a las ciudades por las que tenía obligatoriamente que pasar al marchar contra Caria que prepararan provisiones. Encargó también a los jonios, eolios y helespontios que le enviaran tropas a Éfeso para participar en la expe-
12 dición. Tanto porque Agesilao no tenía caballería como porque Caria no era adecuada para la misma y porque suponía que estaba enojado con él por el engaño, creyendo realmente que se lanzaría a Caria [37] contra sus posesiones, Tisafernes mandó pasar allí a toda la infantería, pero llevó la caballería a la llanura del Meandro dando un rodeo, creyendo que era capaz de aplastar con ella a los griegos antes de que llegasen a zonas difíciles para la misma. Pero Agesilao en lugar de ir contra Caria marchó contra Frigia [38] volviéndose de repente en dirección contraria. Se dirigió hacia allí recogiendo a la vez las fuerzas que encontraba sobre la marcha, sometió las ciudades y tomó muchísimas ri-
13 quezas atacando de improviso. Durante la mayor parte del tiempo marchó con toda tranquilidad, pero cuando ya no estaba lejos de Dascilio, unos jinetes suyos que iban en cabeza avanzaron hacia una colina para ver qué había delante de ellos. Por una casualidad también los jinetes de Farnabazo, los de Ratines [39] y Bageo, hermano bastardo de Farnabazo, que eran casi iguales que los griegos en número, avanzaron también ellos a esa misma colina, enviados por Farnabazo. Al verse unos a otros cuando no distaban ni cuatro pletros [40], primero se quedaron parados ambos, los jinetes griegos desplegados en formación de cuatro filas, los bár-

[37] Caria perteneció a la satrapía de Sardes hasta la muerte de Tisafernes.

[38] Así llama a la satrapía de Dascilio, de Farnabazo.

[39] Aparece también en *Anáb.* VI 5, 7 con las tropas de Farnabazo.

[40] Un pletro = 30 ms. aproximadamente.

baros con un frente no superior a doce, pero mucho más en fondo. Mas pronto los bárbaros atacaron. Cuando llegaron a las manos, todos los griegos que 14 chocaron con ellos rompieron sus lanzas, pero como los persas tenían jabalinas de madera de cornejo rápidamente mataron doce jinetes y dos caballos. Después de esto los jinetes griegos se volvieron. Mas, al acudir Agesilao con los hoplitas, entonces se retiraron los bárbaros y murió uno de ellos, un persa. Después 15 de ocurrir este combate de caballería, al día siguiente, cuando Agesilao sacrificaba para proseguir la marcha, le salieron las víctimas sin lóbulos[41]. Visto esto se volvió y marchó hacia el mar. Al darse cuenta de que si no conseguía caballería suficiente no podía realizar la campaña por las zonas llanas, decidió prepararla necesariamente para no tener que guerrear huyendo. Preparó una lista de los hombres más ricos de todas las ciudades de la zona que podían mantener caballos y, dando a conocer que podría librarse del servicio militar quien ofreciera un caballo, armas y un hombre apto, pudo así conseguirla rápidamente como si se buscase con celo a uno para morir en su lugar.

Entrenamiento en Éfeso

Después de esto, cuando comenzó a 16 aparecer la primavera, reunió todo el ejército en Éfeso, y como quería ejercitarlo ofreció premios a las unidades de hoplitas que tuvieran los mejores soldados y a los escuadrones de caballería que mejor cabalgaran; también prometió premios a los peltastas y arqueros, a cuantos se mostraran mejores en sus respectivas tareas. Por ello se podía ver todos los gimnasios llenos de hombres ejercitándose, el hipódromo de los que montaban a caballo y a los lanzadores de jabalina y a los arqueros entrenándose. Consiguió que la 17

[41] Es decir, de mal agüero.

ciudad entera en la que estaba se interesara por el espectáculo: efectivamente el ágora estaba llena de todo tipo de caballos y armas en venta, forjadores, carpinteros, herreros, zapateros y pintores, todos preparaban armas de combate, de modo que se podría creer que la
18 ciudad era realmente un taller de guerra. Uno cobraba ánimos al ver aquello, en primer lugar a Agesilao, luego a los demás soldados que salían coronados de los gimnasios y consagraban las coronas a Ártemis; pues donde los hombres honran a los dioses, se ejercitan en los combates y aprenden a obedecer, ¿cómo no va a ser natural que allí todo esté lleno de buenas esperan-
19 zas? Como reconocía también que el desprecio de los enemigos es un impulso que lanza a combatir, mandó decir por los heraldos que se vendieran desnudos los bárbaros cogidos prisioneros por los piratas, pues al verlos blancos por no desvertirse nunca, flojos y sin vigor por ir siempre en vehículos, creerían que la guerra no se diferenciaría mucho de un combate que tuvieran que hacer contra mujeres.

Batalla en el río Pactolo

20 Por esa época ya había pasado un año desde la salida de Agesilao y así Lisandro y los treinta regresaron por mar a su patria y se presentaron los sustitutos Herípidas y sus acompañantes. Agesilao puso a Jenocles y a otro de ellos al frente de la caballería, a Escites al frente de los hoplitas neodamodes, a Herípidas al frente del antiguo grupo de Ciro, a Migdón al frente de los soldados de las ciudades y les comunicó que inmediatamente los conduciría por el camino más corto contra los lugares fortificados de la zona para que de este modo se preparasen
21 ya para la lucha en cuerpo y alma. Sin embargo, Tisafernes creyó que lo decía porque quería volver a engañarlo, pero que ahora realmente se lanzaría contra Caria e hizo pasar la infantería a Caria, como anterior-

mente y apostó la caballería en la llanura del Meandro. Mas Agesilao no mintió, sino que inmediatamente se lanzó hacia la llanura de Sardes, como anunció. Durante tres días de marcha consiguió muchas provisiones para su ejército ante la falta de enemigos, pero al cuarto llegó la caballería enemiga[42]. Su guía mandó al 22
jefe de los bagajes acampar después de cruzar el río Pactolo, pero ellos al ver a los griegos dispersos para coger botín mataron a muchos de ellos. Al enterarse Agesilao ordenó acudir a la caballería. Los persas por su parte, cuando vieron los refuerzos, se agruparon, y formaron enfrente con muchísimos escuadrones de caballería. Entonces al darse cuenta Agesilao de que los 23
enemigos aún no tenían allí la infantería y que a él no le faltaba nada de las fuerzas de que disponía, creyó que era una buena ocasión para trabar batalla, si podía. En consecuencia, después de sacrificar llevó directamente su formación[43] contra la caballería formada enfrente, ordenó a las diez primeras clases de hoplitas correr a su encuentro y mandó a los peltastas ir delante a la carrera. Dio orden también a la caballería de atacar, mientras él los seguía con el grueso del ejército. Los persas de momento aguantaron a la caballería, pero 24
cuando todos los peligros se encontraron allí a la vez, cedieron y unos cayeron directamente al río y los demás huyeron. Los griegos les persiguieron y se apoderaron de su campamento. Los peltastas, como es natural, se dedicaron al botín y Agesilao acampó en círculo alrededor de todos amigos y enemigos. Entre otras mu-

[42] El relato de estos hechos que preceden a la batalla y la batalla misma no concuerdan con DIODORO, XIV 80, ni con el *Anón. de Oxyr.* VI 4-6. Este último es más preciso y más verosímil en muchos puntos. Cf. Hatzfeld en nota correspondiente.

[43] *Falange:* este término no es muy claro en Jenofonte. No parece significar simplemente el ejército en orden de batalla, sino la anchura en «línea» del ejército formado.

chas riquezas tomadas, que resultaron superiores a setenta talentos, se cogieron también entonces los camellos que Agesilao llevó a Grecia.

Ejecución de Tisafernes

25 Cuando ocurrió ese combate, Tisafernes estaba casualmente en Sardes y en consecuencia los persas le acusaron de traición. Cuando el rey de los persas conoció personalmente que Tisafernes era culpable de la mala marcha de sus propios asuntos, envió a Titraustes y le cortó la cabeza. Después de ejecutarle Titraustes envió unos embajadores a Agesilao que dijeron: «Agesilao, el causante de las dificultades tanto vuestras como nuestras tiene su castigo, el rey cree conveniente que tú vuelvas a casa y que las ciudades de Asia aun siendo independientes le paguen el
26 antiguo tributo». Como Agesilao le respondió que no lo haría sin contar con las autoridades de su patria, añadió: «Bien, tú retírate al territorio de Farnabazo, hasta que te informes de tu ciudad, pues yo incluso ejecuté a tu enemigo». Agesilao replicó: «Dame, pues, lo que precisa el ejército, mientras yo marcho allá». Entonces Titraustes le dio treinta talentos. Él, tomándolos, fue a
27 la zona de Frigia [44] de Farnabazo. Cuando estaba en la llanura de cerca de Cumas le llegó de las autoridades de su patria la orden de encargarse también de la flota y de que se pusiera al corriente y nombrara navarco a quien quisiera. Los lacedemonios hicieron eso por el siguiente cálculo: que si uno mismo mandaba a las dos, la infantería sería mucho más fuerte al estar unidas las fuerzas de ambas, y también la flota, presentán-
28 dose la infantería donde fuera preciso [45]. Después de oír esto, primero Agesilao dio orden a las ciudades de las islas y de la costa de construir cuantas trirremes

---

[44] Es decir, el norte de Frigia.

[45] Es la flota de Conón la que justifica esta reorganización. Jenofonte no la menciona hasta IV 8.

quisiera cada una de ellas. Consiguieron unas ciento veinte naves entre las que mandaron construir las ciudades y los particulares que querían complacer.
Nombró navarco a Pisandro, hermano de su mujer, am- 29
bicioso y de espíritu enérgico, pero demasiado desconocedor de una preparación adecuada. Pisandro marchó, pues, y se encargó de la flota. Agesilao partió para Frigia como proyectó.

Titraustes soborna a los griegos

Sin embargo, Titraustes, que estaba 5
informado, al parecer, de que Agesilao subestimaba las fuerzas del rey y de que de ningún modo pensaba retirarse de Asia y al contrario tenía grandes esperanzas de someter al rey, no sabía cómo resolver el asunto y así envió a Grecia al rodio Timócrates con una suma de unos cincuenta talentos de plata, ordenándole que intentara repartirlos entre los que estaban al frente de las ciudades, tomando las máximas garantías con la condición de que llevaran la guerra contra los lacedemonios. Al llegar lo repartió en Tebas a Androclidas, Ismenias y Galaxidoro, en Corinto a Timolao y Poliantes, en Argos a Cilón y a su grupo. Aunque no partici- 2
paron de ese dinero, los atenienses estaban dispuestos también a la guerra porque pensaban conseguir de nuevo el imperio. Los que recibieron dinero comenzaron a difamar a los lacedemonios en sus propias ciudades y después de infundir en ellas odio contra los mismos, unieron entre sí las mayores ciudades.

En Tebas, como los que estaban al frente se daban 3
cuenta de que los lacedemonios no querrían romper las treguas con los aliados si alguien no iniciaba la guerra, persuadieron a los locrios opuntios a que reclamaran dinero por la tierra que se disputaban los focidios y ellos mismos [46], creyendo que los focidios atacarían

[46] Pasaje dudoso.

Lócride si se hacía eso. Y no se equivocaron, pues invadieron inmediatamente Lócride y se apoderaron de
4 muchísimas riquezas. Entonces Androclidas y sus seguidores persuadieron a los tebanos a ayudar a los locrios inmediatamente, arguyendo que no habían atacado un territorio en disputa, sino a Lócride, reconocida amiga y aliada. Cuando los tebanos invadieron a su vez Fócide y devastaron el país, los focidios enviaron inmediatamente embajadores a Lacedemonia y reclamaron con razón que les socorrieran, insistiendo ellos en que no iniciaron la guerra, sino que fueron contra los locrios en propia defensa.

Preparativos en Esparta contra Tebas

5 Por su parte los lacedemonios acogieron contentos un pretexto para hacer una campaña contra los tebanos, pues estaban enojados con ellos hacía tiempo por la retención del diezmo de Apolo[47] en Decelia y por no querer acompañarles en la expedición contra el Pireo. También los acusaban de haber inducido a los corintios[48] a no participar en ella igualmente. Recordaban asimismo que no dejaron a Agesilao sacrificar en Áulide, que incluso arrojaron del altar[49] las víctimas que estaban sacrificadas y que además no quisieron acompañar a Agesilao en la expedición a Asia. Asimismo consideraban que era una buena ocasión para llevar el ejército contra ellos y poner fin a su insolencia; efectivamente los asuntos de Asia marchaban bien al dominar Agesilao, y en Grecia no
6 se lo impedía otra guerra. Como el Estado lacedemonio

---

[47] Se trata del botín que Lisandro cogió en Egospótamos y con el que dedicó un gran monumento de victoria en Delfos, con treinta y ocho estatuas, entre ellas la de Lisandro. Cf. PAUSANIAS, X 9, 7. Se conservan algunos restos y la inscripción con el epigrama de dedicación de Lisandro, del poeta Ión de Samos.

[48] Véase II 4, 30.

[49] Véase III 4, 4.

opinaba así, los éforos decretaron la movilización, enviaron a Lisandro con los focidios y le ordenaron que se presentara en Haliarto al frente de los propios focidios, eteos, heracliotas, melieos y anianos. Pausanias, que iba a ser el jefe, se había comprometido a comparecer allí también en el día fijado con los lacedemonios y los demás peloponesios. Lisandro además de cumplir lo ordenado consiguió incluso separar a los orcomenios de los tebanos. Por su parte Pausanias, después de ofre- 7
cer los sacrificios del paso de fronteras, acampó en Tegea, envió a los oficiales de los contingentes aliados[50] en diversas direcciones y esperó a los soldados de las ciudades cercanas. Cuando los tebanos vieron bien claro que los lacedemonios invadirían su territorio, enviaron embajadores a Atenas que dijeron lo siguiente:

Embajada tebana a Atenas

«Atenienses, lo que nos echáis en 8
cara por las duras proposiciones contra vosotros al acabar la guerra[51], no lo echáis en cara con razón: efectivamente la ciudad no lo votó, sino que lo propuso un solo hombre que casualmente estaba sentado entonces entre los aliados[52]. Mas cuando los lacedemonios nos mandaron llamar para ir contra el Pireo, entonces toda la ciudad se opuso con su voto a acompañarles en la expedición[53]. En consecuencia, como los lacedemonios están resentidos especialmente con nosotros por vosotros, consideramos justo que ayudéis a nuestra ciudad. Consideramos mucho más correcto 9
aún que vayáis con celo contra los lacedemonios cuantos fuisteis del partido de la capital. Efectivamente, ellos después de llevaros a la oligarquía y enemistad

[50] Oficiales espartiatas que acompañaban a los jefes de cada contingente aliado como consejeros militares.

[51] Cf. 2, 19.

[52] Según Plut., *Lys.* 15 era Eriantes, un jefe de la flota.

[53] Cf. II 4, 30.

del partido democrático llegando con grandes fuerzas
como aliados vuestros, os entregaron al partido de la
mayoría. De modo que estabais perdidos en lo que de-
pendía de ellos, aunque el partido democrático os con-
10 servó la vida. Bien, todos sabemos que vosotros, ate-
nienses, querríais recuperar el imperio que teníais
antes. ¿Y hay otro modo más natural de que ocurra eso
que si vosotros mismos ayudáis a los agraviados por
ellos? No temáis porque mandan sobre muchos, al
contrario, animaos mucho más por eso, considerando
que incluso vosotros cuando mandabais a muchísimos
más, entonces estabais ganando muchísimos enemigos.
Pero os ocultaban su enemistad mientras no sabían con
quién ir si se separaban, mas después que los lacedemo-
nios se pusieron al frente, entonces mostraron lo que
11 opinaban sobre vosotros. También ahora se verá que
son muchos los que los odian, sabedlo bien, si vosotros
y nosotros aparecemos juntos llevando los escudos con-
tra los lacedemonios. En seguida os daréis cuenta que
decimos verdad si reflexionáis detenidamente. En efec-
to, ¿quién les queda aún favorable? ¿Los argivos no se
encuentran continuamente desde antiguo enemistados
12 con ellos? Naturalmente los eleos se les suman como
enemigos, privados ahora de muchísimos territorios y
ciudades. ¿Qué diremos de los corintios, arcadios y
aqueos, quienes en la guerra contra vosotros, presiona-
dos constantemente por ellos, participaron en todos los
trabajos, peligros y gastos, pero después que los lace-
demonios consiguieron lo que querían, qué poder, honor
o bien les repartieron? Al contrario, consideran justo
nombrar harmostes a los hilotas, pero después que lo-
graron el éxito aparecen como amos de los aliados que
13 son libres. Mas por cierto, está claro que han engañado
particularmente a los que se separaron de vosotros:
efectivamente, en lugar de libertad les han ofrecido una
doble esclavitud, ya que son tiranizados por los harmos-

tes y por los Diez que Lisandro estableció en cada ciudad. Al rey de Asia, por su parte, que les ayudó muchísimo para dominaros, ¿le ocurre ahora algo distinto que si hubiera luchado con vosotros contra ellos? ¿Cómo, pues, no va a ser lógico que vosotros lleguéis 14
ahora a ser mucho más poderosos que los de entonces si os volvéis a poner al frente de hombres que sufren agravios tan notorios? En efecto, cuando mandabais sólo teníais predominio sobre el mar, por supuesto, pero ahora seríais los guías de todos, tanto de nosotros como de los peloponesios y de los que mandabais antes e incluso del rey mismo con su extensísimo poderío. Aunque éramos sus aliados más estimados, como sabéis vosotros, ahora es lógico que luchemos con vosotros con más valor en todo que entonces con los lacedemonios; efectivamente, ni vamos a acudir en ayuda de unos isleños o siracusanos ni de extraños, como entonces, sino de nosotros mismos, que somos los agraviados. Además, es preciso conocer bien lo siguiente: que 15
la superioridad de los lacedemonios es mucho más fácil de disolver que el antiguo imperio vuestro. En efecto, vosotros que teníais flota mandabais sobre quienes no la tenían, pero ellos que son pocos tienen preponderancia sobre los hombres que son mucho más numerosos y no están menos armados. Nosotros decimos, pues, estos argumentos, y vosotros, atenienses, sabéis bien que creemos que os estamos invitando a bienes mucho mayores para vuestra ciudad que para la nuestra».

Él terminó con estas palabras. Numerosos atenien- 16
ses hablaron en su favor y todos votaron socorrerlos[54]. Trasibulo, después de comunicarles la votación, añadió lo siguiente: que se exponían, no obstante, a devolverles un favor mayor que el recibido al estar el Pireo sin

[54] La votación fue seguida de la firma de un tratado de alianza defensiva entre Atenas y Tebas, conservado parcialmente (IG II² I 114).

murallas. «Efectivamente, afirmó, vosotros no los acompañasteis en la expedición en contra de nosotros, pero nosotros lucharemos contra ellos con vosotros, si os atacan».

Muerte de Lisandro en Haliarto

17 Cuando volvieron, los tebanos se preparaban ya para defenderse y los atenienses para ayudarlos. Pues los lacedemonios ya no estaban esperando, sino que el rey Pausanias marchaba a Beocia con su propio ejército y el del Peloponeso, salvo los corintios que no le acompañaban. Lisandro, que llevaba el ejército focidio, el de Orcómeno, más el de aquellas zonas, llegó a Haliarto antes que Pausanias.
18 Cuando llegó no esperó al ejército de Lacedemonia manteniéndose quieto, mas fue contra las murallas de los haliartios con las tropas que tenía. Primero intentó inducirlos a separarse e independizarse, pero después inició el ataque a las murallas, ya que algunos tebanos
19 que estaban dentro se opusieron. Al enterarse de esto los tebanos acudieron a la carrera los hoplitas y la caballería. Es incierto qué ocurrió: si cayeron sobre Lisandro sin que él lo advirtiera o si resistió viendo que se acercaban, creyendo que los dominaría. En todo caso, esto es claro: que el combate fue en las murallas; el trofeo está erigido junto a las puertas de Haliarto. Una vez muerto Lisandro, los demás huyeron al monte
20 y los tebanos los persiguieron con decisión. Cuando ya estaban en lo alto en su persecución, los detuvo un desfiladero en una zona difícil; los hoplitas se volvieron y lanzaban jabalinas y dardos. Como cayeron dos o tres de ellos entre los primeros y echaban a rodar piedras por la pendiente sobre los demás y acosaban con mucho valor, los tebanos dieron la vuelta en la pendiente y
21 murieron más de doscientos de los suyos. En consecuencia, los tebanos estaban desanimados ese día pensando que no habían sufrido menores males que los que ha-

bían causado; pero al día siguiente, cuando se enteraron de que los focidios y todos los demás habían marchado a sus casas durante la noche, después de esta noticia, naturalmente, estaban más contentos del resultado. Por el contrario, después que Pausanias apareció con el ejército de Lacedemonia, otra vez volvieron a pensar que estaban en gran peligro y se afirma que había en su ejército gran silencio y abatimiento.

Retirada de los lacedemonios

Mas al otro día, como llegaron los 22
atenienses y formaron a su lado y Pausanias ni avanzaba ni iniciaba la lucha, la moral de los tebanos era mucho mayor por ello. Pausanias convocando a los polemarcos y penteconteres[55] estudiaba si dar batalla o recoger bajo tregua el cadáver de Lisandro y de
los que cayeron con él. Consideraba Pausanias y los 23
demás cargos lacedemonios que Lisandro estaba muerto, que su ejército había retrocedido derrotado, que los corintios no los acompañaban en absoluto y que los presentes no hacían la campaña con decisión; consideraba asimismo que la caballería contraria era numerosa, pero la suya escasa, y lo más importante, que los cadáveres yacían bajo la muralla de modo que no les era fácil recogerlos ni aunque fueran superiores por impedírselo los enemigos desde los torreones; por todo
eso decidieron recoger los cadáveres bajo tregua. Sin 24
embargo, los tebanos dijeron que no devolverían los cadáveres si no era con la condición de retirarse del territorio. Ellos lo oyeron complacidos y después de recoger los cadáveres marcharon de Beocia. Una vez hecho esto, los lacedemonios se retiraron desmoralizados y los tebanos estaban muy insolentes e incluso si

[55] Los polemarcos mandaban una *móra* —600 hombres—; los *pentecontéres* la octava parte de la *móra* —75 hombres—. Entre éstos hay 2 *lokhagoí* que no se mencionan aquí y 16 *enomótarkhoi.*

un soldado pisaba las tierras, lo echaban al camino a golpes. Así terminó, pues, esta expedición de los lacedemonios.

Proceso contra Pausanias

25 Pausanias fue condenado a muerte al llegar a su patria. Era acusado también por llegar a Haliarto después que Lisandro, habiéndose comprometido a presentarse el mismo día, y de decidir recoger los cadáveres bajo tregua sin luchar y de soltar a los demócratas atenienses después de haberlos cogido en el Pireo[56]; a esas acusaciones se unía el no comparecer a juicio; se le condenó a muerte, huyó a Tegea y murió allí de enfermedad[57]. Estos hechos, pues, ocurrieron en Grecia.

---

[56] Cf. II 4, 34 y ss.

[57] Se habla de él aún en V 2, 3 y 6 (385 a. C.). Murió después del 381, pues en este año dedicó un monumento en Delfos a su hijo, que murió de unas fiebres.

IV

El libro IV comprende los acontecimientos de los años 395-388.
Entre ellos sobresalen la continuación de la campaña de Agesilao en Asia Menor (395/4); las batallas de Nemea (394), Cnido y Coronea (394); las operaciones en el Istmo (393-90) con la intervención de Ifícrates; la invasión de Acarnania por aqueos y lacedemonios (389); el ataque lacedemonio a Argos (388); las campañas de Farnabazo y Conón en Asia Menor, islas y Grecia (394), de Trasibulo (389), de Ifícrates por un lado, y por otro lado de Dercílidas, Antálcidas (392), Tibrón y Anaxibio.

Agesilao en Frigia, alianza con Otis

Después de llegar a la Frigia de Farnabazo a principios de otoño, Agesilao empezó a quemar y saquear el territorio y a atraerse las ciudades, a unas por la fuerza, a otras por propia voluntad[1]. Como le dijera Espitrídates que le procuraría una entrevista con su rey y le haría su aliado si iba con él a Paflagonia, se puso en camino muy decidido, pues hacía tiempo que deseaba separar algún pueblo del rey.

1 Después de llegar a la Frigia de Farnabazo

2 Como le dijera Espitrídates

[1] Esta campaña no fue tan fácil como da a entender Jenofonte. Cf. *Anón. Oxyr.* XVIII, 33-XX, 38.

3 Cuando llegó a Paflagonia, vino Otis[2] y concluyó una alianza; pues aunque el rey le había llamado no había acudido[3]. Otis dejó mil jinetes y dos mil peltastas a Agesilao movido por Espitrídates.

Matrimonio de Otis

4 Agesilao, que se sentía obligado con éste, le dijo: «Espitrídates, dime, ¿no desearías dar tu hija a Otis?». «Por supuesto, mucho más desearía que él tomara la hija de un desterrado siendo rey de grandes territorios y fuerzas», contestó. Entonces
5 sólo se dijo esto sobre el matrimonio. Mas cuando Otis se disponía a marchar, vino ante Agesilao para despedirse. Agesilao sacó el tema en presencia de los trein-
6 ta[4], después de mandar retirarse a Espitrídates. «Otis, dime, de qué familia es Espitrídates», preguntó. Él respondió que no era menos que cualquier persa. Y añadió: «¿Has visto qué hermoso es su hijo?». «¿Cómo no iba a verlo? Incluso ayer tarde cené con él.

—Se dice que tiene una hija aún más bella.

—Por Zeus, dijo Otis, sí, realmente es bella.

7 —Bien, prosiguió, ya que te has hecho amigo nuestro, yo te aconsejaría tomar a su hija por esposa, pues es muy bella, y ¿qué hay más grato para un hombre?; además es de un padre nobilísimo, que tiene gran poder, a quien Farnabazo ofendió y se vengó de él de tal modo que lo ha desterrado de todo el territorio, como
8 ves. Por tanto, añadió, debes saber bien que como puede vengarse de él por ser su enemigo, también podría de la misma manera favorecerle si fuera amigo. Si lo haces, piensa que no sólo él será de tu familia, sino

---

[2] No hay unanimidad en el nombre: el *Anón. Oxyr.* (XVII, 2) Gýes; Teopompo (en ATENEO, IV 144 b; X 4, 5 d) Thýs, de donde procede el Thuys de Nepote (*Datam.* 2-3), etc.

[3] Cf. *Anáb.* V 6, 8. Ocurrió en el año 400 a. C.

[4] Son como los comisarios del ejército: Herípidas y su grupo. Cf. III 4, 20 y IV 1, 20.

también yo y los demás lacedemonios y, como nosotros
mandamos en Grecia, incluso el resto de ella. Real- 9
mente, ¿quién podría casarse jamás con mayor pompa
que tú si lo llevas a cabo?; efectivamente, ¿a qué pro-
metida escoltaron jamás tantos jinetes, peltastas y ho-
plitas cuantos escoltarían a tu mujer hacia tu casa?».
Otis preguntó: «Agesilao, ¿dices esto de acuerdo con 10
Espitrídates?». «Por los dioses, no, contestó Agesilao, él
en verdad no me ordenó decirlo; mas yo, si bien me
alegro muchísimo cuando castigo a un enemigo, creo
que me alegro mucho más cuando encuentro algún bien
para los amigos. ¿Por qué no te informas, prosiguió, si 11
él lo quiere también?». Agesilao contestó: «Herípidas,
id vosotros y convencedle a que desee lo mismo que
nosotros». Éstos se levantaron e intentaban conven- 12
cerle. Como se retrasaban, dijo: «Otis, ¿quieres que
nosotros le llamemos aquí también?; al menos yo creo
que él será persuadido por ti mucho mejor que por
todos los demás». Después de esto Agesilao llamó por
fin a Espitrídates y a los demás. Cuando entraron, 13
Herípidas dijo directamente: «Agesilao, ¿para qué va-
mos a alargarnos contando el resto de la conversación?;
la conclusión es que Espitrídates afirma que hará con
gusto todo lo que tú decidas. «Espitrídates, añadió 14
Agesilao, me parece bien que tú des tu hija a Otis con
buena suerte, y que tú la tomes. Mas no podríamos
traer por tierra a tu hija antes de la primavera [5]». Otis
replicó: «Por Zeus, mas podría venir ahora mismo por
mar, si tú quieres». Después de esta conversación des- 15
pidieron a Otis dándose la mano.

---

[5] A causa del mal tiempo. Se encuentra en Cícico (III 4, 10) lejos de Paflagonia. Véase IV 1, 3.

Pasa el invierno en Dascilio

Inmediatamente Agesilao equipó una trirreme y mandó al lacedemonio Calias traer la hija, al darse cuenta que tenía prisa, y él se puso en marcha para Dascilio, donde Farnabazo tenía su corte; había muchas aldeas importantes en los alrededores con abundantes recursos y animales de caza magní-
16 ficos, unos en parques, otros en lugares abiertos. Corría al lado un río lleno de peces de todas las clases. Había también volátiles abundantes para los expertos en la caza de aves. Así pasó allí el invierno cogiendo víveres para el ejército tanto en esa zona como en
17 otras, efectuando incursiones para forrajear. Un día, mientras los soldados cogían provisiones despreocupados y sin vigilancia, ya que anteriormente no les había ocurrido nada, Farnabazo los sorprendió dispersos por la llanura, con dos carros armados de hoces y unos cuatrocientos jinetes. Pues por temer que fuera cercado y sitiado, si se establecía en un sitio, andaba por diferentes zonas del territorio, como los nómadas, ocul-
18 tando sobre todo sus acampadas. Los griegos al ver que se acercaba se juntaron rápidamente unos setecientos; mas él no se detuvo, sino que colocando delante los carros y poniéndose detrás con los jinetes, ordenó
19 avanzar sobre ellos. Cuando, lanzando los carros, dividieron el grupo compacto, los jinetes abatieron al punto a unos cien y los demás huyeron hacia Agesilao, pues se encontraba cerca con los hoplitas.

20

Herípidas ataca a Farnabazo

Al tercero o cuarto día de este hecho se enteró Espitrídates de que Farnabazo estaba acampado en Cave, una aldea grande, que distaba unos ciento sesenta estadios, e inmediatamente se
21 lo comunicó a Herípidas. Éste, que deseaba hacer alguna acción brillante, pidió a Agesilao dos mil hoplitas, otros tantos peltastas y los jinetes de Espitrídates y

los paflagonios y todos los griegos que quisieran. Des- 22
pués de prometérselo, empezó a sacrificar; al atardecer, al tener presagios favorables, terminó el sacrificio. Luego, al acabar la cena, les dio la orden de presentarse ante el campamento. Como era ya de noche, no
salió ni la mitad de cada contingente. Pero para que 23
no se burlaran de él los otros treinta si se volvía atrás,
se puso en marcha con las fuerzas que tenía. Al amane- 24
cer atacó el campamento y cayeron muchos de los primeros puestos, que eran misios, pero los persas huyeron; se tomó el campamento y muchas cosas y, por supuesto, otros bienes propios de Farnabazo, además
de muchos objetos y animales de carga. *Como los pa- 26
flagonios y Espitrídates se llevaban los bienes capturados, Herípidas apostó taxiarcos y capitanes y se lo quitó todo tanto a Espitrídates como a los paflagonios, naturalmente para llevar muchos prisioneros a los en-
cargados de la venta del botín [6]. Pero ellos no pudieron 27
soportarlo y considerándose ofendidos y deshonrados hicieron de noche sus preparativos y marcharon en dirección a Sardes ante Arieo, pues tenían confianza en él porque también se había separado del rey y luchado
contra él [7]. Por cierto, no le ocurrió nada más grave a 28
Agesilao en esta campaña que la deserción de Espitrídates, Megabates [8] y los paflagonios.

---

* Falta el § 25 en algunos mss.

[6] El jefe de la expedición —*hegemón*— en el ejército espartano tiene derecho absoluto sobre el botín. Esta costumbre se encuentra también en otras ciudades griegas y en los ejércitos mercenarios. Los encargados de la venta son los *laphyropôlai*.

[7] Arieo participó en la expedición de Ciro. Cf. *Anáb* I 8, 5; 9, 31; II 2, 1. En este momento es delegado de Titraustes en el gobierno de la satrapía de Sardes. Cf. *Anón. Oxyr.* XIV, 3.

[8] Era hijo de Espitrídates. Cf. *Ages.* V 4-6.

Entrevista de Agesilao y Farnabazo

29 Había un tal Apolófanes de Cícico, que desde antiguo era huésped de Farnabazo y también por aquel tiempo mantenía relaciones de hospitalidad con Agesilao. Este hombre dijo a Agesilao que esperaba reunir a Farnabazo con él para unas
30 conversaciones sobre un pacto de amistad. Le acogió favorablemente y después de aceptar una tregua y darse la diestra en señal de fidelidad, se presentó con Farnabazo en un lugar convenido, donde ya estaban esperando Agesilao y los treinta sentados en el suelo sobre la hierba. Farnabazo llegó con vestidos de mucho valor. Cuando los servidores le colocaron debajo alfombras bordadas, sobre las que se sientan muellemente los persas, se sonrojó por el uso de estos lujos, al ver la sencillez de Agesilao; en consecuencia, también él se
31 sentó en el suelo como estaba. En primer lugar se saludaron y luego Farnabazo tendió su mano derecha y Agesilao a su vez la suya. Luego Farnabazo comenzó
32 su discurso, pues era el mayor: «Agesilao y vosotros, todos, lacedemonios presentes, yo fui vuestro amigo y aliado[9], cuando luchabais contra los atenienses, contribuí a fortalecer vuestra flota proporcionándoos dinero e incluso en tierra luchando a caballo yo mismo con vosotros perseguí por mar a los enemigos[10]. No se me podría acusar nunca de hacer ni de decir nada ambiguo
33 con respecto a vosotros como Tisafernes. Después de ser tal amigo, ahora me encuentro por vuestra causa en tal situación que no tengo ni comida en mi propio territorio, a menos que recoja como las fieras lo que vosotros dejáis. Veo todo lo que mi padre me dejó, tanto hermosas mansiones como parques llenos de árboles y animales en los que me recreaba, en parte arra

[9] Cf. Tuc., VIII 6, 1, y VIII 80, 99.
[10] Véase I 1, 6.

sados, en parte quemados. Bien, si yo no sé lo que es piadoso y justo, explicadme ahora vosotros cómo pueden hacer eso unos hombres que saben devolver favores». Así habló. Los treinta, todos en bloque, se son- 34
rojaron y guardaron silencio. Poco después dijo Agesilao: «Farnabazo, creo que tú sabes a pesar de todo que hay personas unidas por lazos de hospitalidad recíproca en las ciudades griegas. Pero cuando éstas son enemigas, luchan con sus patrias contra los unidos por estos lazos, e incluso se matan unos a otros si se encuentran entonces. Así también nosotros que luchamos ahora con vuestro rey nos vemos obligados a considerar enemigo todo lo suyo aunque pongamos por encima de todo hacernos tus amigos. Si se te exigiese que nos to- 35
maras a nosotros como dueños a cambio del rey tu dueño, al menos yo no te lo aconsejaría; mas, pasándote a nuestro lado ahora, tú puedes vivir disfrutando de tus bienes sin postrarte [11] ante nadie y sin tener dueño, aunque yo creo que el ser libre es equivalente a todos los bienes. Mas ni siquiera te exigimos eso, ser pobre 36
pero libre; al contrario, no aumentar el poder del rey, sino el tuyo propio, sirviéndote de nosotros como aliados, sometiendo a los compañeros de la esclavitud actual para hacerlos tus súbditos [12]. Entonces si fueras a la vez rico y libre, ¿qué te faltaría para ser completamente feliz?» Farnabazo dijo: «Así, pues, ¿os debo res- 37
ponder sencillamente lo que voy a hacer?». «Efectivamente, te conviene». «Bien, dijo, si el rey envía a otro como estratego y a mí me hace su súbdito, decidiría ser vuestro amigo y aliado; pero si me confía a mí el mando —el poder de la ambición es tan fuerte, según bien

[11] Alude a la *proskýnēsis*, saludo con prosternación y beso de los pies, practicada en la corte de Susa y a la que estaban obligados incluso los funcionarios de la máxima categoría.

[12] Agesilao parece ofrecerle su ayuda para una eventual revuelta contra el rey y los sátrapas vecinos.

se ve—, debéis saber que lucharé contra vosotros como
38 mejor pueda». Después de oír esto Agesilao estrechó
su mano y le dijo: «Bravo, ojalá tú, que eres de tales
sentimientos, te hicieras nuestro amigo. Bien, sabe una
cosa, añadió, ahora me voy a retirar de tu territorio lo
más pronto que pueda, y en adelante, en caso de gue-
rra, nos apartaremos de ti y los tuyos mientras poda-
39 mos ir contra otro». Dicho esto terminó la reunión, Far-
nabazo montando a caballo marchó, mas un hijo suyo
de su mujer Parapita, que aún era un bello muchacho,
se quedó atrás, echó a correr y dijo: «Agesilao, te haré
mi huésped». —«Y yo te acepto». —«Bien, acuérdate». Al
punto dio a Agesilao su jabalina —tenía una magnífi-
ca—. Él la aceptó y como su secretario Ideo tenía una
testera hermosísima en su caballo se la quitó y se la dio
a cambio. Entonces el hijo saltando sobre su caballo
40 marchó al alcance de su padre. Cuando el hermano de
Farnabazo [13] le quitó el cargo en su ausencia y desterró
al hijo de Parapita, Agesilao le protegió en diferentes
ocasiones e incluso al enamorarse de un hijo del ate-
niense Evalces, por él hizo todo lo posible para que
este último fuese admitido en la carrera infantil en
41 Olimpia, aunque era mucho mayor [14]. Como prometió
a Farnabazo, empezó inmediatamente a retirarse del
territorio, cuando comenzaba a despuntar la primavera.
Al llegar a la llanura de Tebas estableció su campa-
mento alrededor del santuario de Artemis Astirene y
allí sumó al que tenía un ejército muy numeroso de
todas partes. Pues se estaba preparando para inter-

---

[13] No queda claro en el texto si es hermano o hijo de Farnabazo. Se supone que se trata de Ariobarzanes, su sucesor.

[14] Es decir, que excluido de las carreras infantiles por su estatura, Agesilao consiguió admitirlo y logró sin duda una victoria fácil. Cf. *Ages.* 13. Otros piensan en una carrera de hombres y el hijo de Evalces fue admitido por su estatura, aun siendo un niño.

narse en el territorio lo más posible, creyendo que todos los pueblos que había detrás se separarían del rey.

Preparativos lacedemonios

Así, pues, Agesilao se ocupaba en estos asuntos. Los lacedemonios, cuando se enteraron exactamente del dinero que había llegado a Grecia y de que las ciudades más poderosas se habían coaligado para una guerra contra ellos, pensaron que la ciudad estaba en peligro y reconocieron que era necesario hacer una expedición. Empezaron a prepararla y además enviaron inmediatamente a Epicídidas[15] ante Agesilao. Éste, cuando llegó, le explicó cómo estaban los diferentes asuntos y especialmente que la ciudad le ordenaba socorrer a la patria lo más rápidamente posible. 2 2

Regreso de Agesilao

Agesilao, cuando se enteró, lo acogió muy mal pensando que se quedaba privado de grandes honores y esperanzas; no obstante, convenció a los aliados y les expuso las órdenes de su ciudad y dijo que se debía ayudar a su patria: «aliados, sabed bien empero que, si aquello concluye favorablemente, no me olvidaré de vosotros —afirmó—, sino que volveré a presentarme para realizar lo que vosotros pidáis». Al oírlo muchos lloraron y todos votaron[16] socorrer a Lacedemonia con Agesilao y si los asuntos de allí iban bien, volver de nuevo a Asia con él. Éstos empezaron a prepararse para acompañarle. Agesilao dejó en Asia al harmoste Éuxeno y a una guarnición no inferior a cuatro mil para poder conservar las ciudades. Al ver que muchos soldados preferían quedarse a ir a luchar con- 3 4 5

[15] Parece ser el mismo que va a Tracia en 422 (Tuc., V 12) y que toma parte en la batalla de Egospótamos, pero distinto del muerto en 378 en Beocia. Véase V 4, 39.

[16] Los votantes son los delegados de las ciudades de Asia; sus soldados no muestran los mismos deseos. Véase § 5.

tra griegos, como quería llevar consigo a los mejores y a la vez al mayor número posible, ofreció premios a la ciudad que enviara la expedición mejor y al capitán de los mercenarios que participara en la expedición con la compañía mejor equipada en hoplitas, arqueros y peltastas. Prometió asimismo dar un premio al jefe de caballería que presentara el escuadrón mejor
6 equipado y con mejores caballos. Añadió que la elección se realizaría cuando pasaran de Asia a Europa, en el Quersoneso, para que vieran bien que se debía seleccionar cuidadosamente a los participantes en la expe-
7 dición [17]. La mayor parte de los premios tanto para los hoplitas como para la caballería eran armas embellecidas con adornos; había incluso algunas coronas de oro; el conjunto de premios no fue inferior a cuatro talentos. Aunque se gastó tanto, se prepararon armas
8 para la expedición por muchísimo más dinero. Después de cruzar el Helesponto, fueron designados como jueces los lacedemonios Menasco, Herípidas y Orsipo y un aliado por ciudad. Concluida la selección, Agesilao marchó con su ejército por el mismo camino que el rey cuando hizo la expedición contra Grecia.

Operaciones de los dos bandos

9 Durante ese tiempo los éforos decretaron la movilización. Como Agesípolis [18] era aún un niño, la ciudad mandó a Aristodemo, que era de la familia y además tutor del niño, tomar el man-
10 do del ejército. Cuando salieron los lacedemonios, los contrarios ya se habían concentrado y estaban reunidos estudiando cómo dar la batalla de la forma más conve-
11 niente para sí. Así, el corintio Timolao dijo: «Aliados, me parece que la actuación de los lacedemonios es idéntica a la de los ríos, afirmó. En efecto, los ríos

[17] Texto dudoso en esta línea última del párrafo.
[18] Agesípolis era hijo de Pausanias, y Aristodemo tío del niño, sin duda. Véase III 5, 25.

cerca de las fuentes no son grandes, sino fácilmente vadeables, pero cuanto más lejos están, con la afluencia de otros ríos, vuelven su corriente más impetuosa, de 12
la misma manera los lacedemonios, donde salen, están solos, pero al avanzar y unir las ciudades se vuelven más numerosos y más difíciles de combatir. Por cierto, también veo, yo al menos, que los que quieren destruir a las avispas, añadió, si intentan cazarlas cuando están volando después de salir, son picados por muchas; pero si aplican el fuego cuando aún están dentro, las someten sin sufrir ningún daño. En consecuencia, considerando esto reconozco que es mucho mejor dar la batalla en la misma Lacedemonia y si no es posible, cuanto más cerca». Como reconocieron que hablaba razonablemente aprobaron con su voto esa proposición.

Mientras discutían sobre el mando supremo y se 13
ponían de acuerdo sobre el número de filas para formar el ejército de modo que las ciudades no permitieran el cerco a los enemigos si las hacían demasiado profundas, en ese tiempo, después de tomar a su lado a los tegeatas y a los mantineos los lacedemonios salieron por... la costa, los estrechos[19]. Avanzando casi a la 14
vez llegaron a Nemea los corintios y su grupo, y a Sición los lacedemonios y sus aliados. Causaron mucho daño en un principio a cuantos de estos últimos atacaron en la zona de Epiecea[20] las tropas ligeras contrarias disparándoles con dardos y arcos desde las alturas de la derecha. Mas cuando bajaron a la costa, avanzaron 15
por ella en medio de la llanura, devastando e incendiando el territorio; volviéndose los otros entonces, acamparon, realizándolo delante del barranco; y cuando en su avance los lacedemonios ya no distaban diez esta-

[19] Texto mal conservado que no permite una traducción inteligible.
[20] Límite o frontera entre Corinto y Sición, cerca del riachuelo de Nemea.

dios de los enemigos, estableciendo también allí mismo el campamento, permanecieron quietos.

16 Mas voy a decir también el número de combatientes de ambos. Bien, se reunieron unos seis mil hoplitas lacedemonios; cerca de tres mil eleos, trifilios, acroreos y lasioneos; mil quinientos sicionios; los epidaurios, trecenios, hermioneos y halieos no fueron menos de tres mil. A esos se añadieron unos doscientos jinetes lacedemonios, trescientos arqueros cretenses aproximadamente y además no menos de cuatrocientos honderos marganeos, letrinos y anfídolos. Sin embargo, no les acompañaron los fliasios alegando que tenían una tre-
17 gua. Esas eran las fuerzas de los lacedemonios [21]. A su vez, de los contrarios se concentraron unos seis mil hoplitas atenienses, siete mil argivos aproximadamente, según decían, alrededor de cinco mil beocios, pues no se presentaron los orcomenios, pero sólo unos tres mil corintios, y además no menos de tres mil de toda Eubea. Tal era el número de hoplitas. Además unos ochocientos jinetes beocios [pues los orcomenios no se presentaron], unos seiscientos atenienses, unos cien calcidios de Eubea y unos cincuenta locros opuntios. Asimismo las tropas ligeras del ejército aliado de los corintios eran más numerosas, pues incluso los locrios ozolos, melios y acarnanios estaban con ellos.

Batalla de Nemea

18 Esas eran, pues, las fuerzas de ambos. Los beocios, mientras ocupaban el ala izquierda, no tenían ninguna prisa en dar batalla, mas cuando los atenienses estuvieron frente a los lacedemonios y ellos ocuparon el ala derecha y se vieron formados frente a los aqueos, inmediatamente dijeron a

[21] En las *Helénicas* ésta es la única batalla en la que Jenofonte enumera las fuerzas, aunque están incompletas, pues en el § 13 aparecen contingentes de Tegea y Mantinea y faltan los de Acaya y Arcadia.

voces que las víctimas eran buenas y dieron la orden de prepararse para trabar batalla. En un principio, descuidándose de las dieciséis filas, hicieron la formación muy profunda y además la llevaron sobre el ala derecha para desbordar el ala enemiga[22]; y los atenienses para no ser arrancados del resto los seguían, aun dándose cuenta que había peligro de ser cercados. Ahora bien, 19
durante cierto tiempo los lacedemonios no se enteraron de que los enemigos se acercaban; efectivamente la zona era boscosa; mas cuando entonaron el peán, entonces evidentemente se dieron cuenta e inmediatamente ordenaron disponerse todos en contra para el combate. Después de formar cada uno como mandaron los jefes espartanos de las tropas aliadas, transmitieron la orden de seguir a la primera columna; también los lacedemonios se apoyaban sobre el ala derecha y así extendieron tanto su ala que seis tribus atenienses quedaron frente a ellos y cuatro frente a los tegeatas. Cuando ya no distaban un estadio, después de sacrificar 20
los lacedemonios una cabrita a Agrótera[23], como es su costumbre, avanzaron contra los contrarios, doblando el extremo de la formación para el cerco. Al llegar a la lucha cuerpo a cuerpo, todos los demás aliados de los lacedemonios fueron dominados por los contrarios, mas los peleneos cuando quedaron frente a los tespieos

[22] La falta de los tebanos es doble según el relato —quizás tendencioso— de Jenof.: al disponer su falange en profundidad, recortan su frente y, por consiguiente, el del ejército completo; además se apoyan sobre la derecha siguiendo la tendencia instintiva de la infantería griega a desbordar siempre sobre su propia derecha, que no está protegida por el escudo (Tuc., V 71). Estas dos circunstancias favorecen naturalmente el movimiento envolvente de los lacedemonios cuyas primeras víctimas serán los atenienses.

[23] Diosa de la caza a quien sacrifican cuando están a la vista del enemigo (Cf. *Rep. Lac.* 13, 8); es, pues, una diosa guerrera y no sólo en Esparta, sino también en Atenas (*Anáb.* III 2, 12) y otras ciudades griegas.

lucharon y cayeron en sus puestos algunos de uno y
21 otro lado. Los propios lacedemonios dominaron a los atenienses que resistían y cercándolos con el ala envolvente mataron a muchos. Como ellos no sufrieron bajas, siguieron en formación compacta; pasaron delante de las otras cuatro tribus atenienses antes de volver de la persecución de modo que ninguno de ellos murió salvo alguno que se encontró con los tegeatas.
22 Mas los lacedemonios sorprendieron a los argivos cuando se retiraban, y como dudara el primer polemarco [24] en atacarlos de frente, se dice que es que uno había gritado que se dejase pasar a los primeros. Cuando esto ocurrió, naturalmente hiriendo en el lado indefenso [25] a los que pasaban, mataron a muchos. También sorprendieron a los corintios cuando se retiraban. Incluso sorprendieron los lacedemonios a algunos tebanos que volvían de la persecución y mataron a un gran número.
23 Ocurrido esto, los derrotados huyeron primero a las murallas, pero como lo impidieron los corintios [26], luego acamparon en el anterior campamento. Los lacedemonios por su parte se retiraron y levantaron un trofeo donde en un principio empezaron a luchar cuerpo a cuerpo con los enemigos. Así ocurrió esta batalla entonces.

Dercílidas anuncia la victoria

3 Agesilao acudió en ayuda desde Asia a toda prisa; cuando estaba en Anfípolis le anunció Dercílidas que los lacedemonios habían vuelto a vencer y que habían muerto ocho de ellos, pero muchísimos enemigos; mas le comunicó también que ha-

---

[24] Se trata sin duda del polemarco que manda la mora o compañía de cabeza.

[25] El costado derecho que no protege el escudo. Cf. nota 22.

[26] Demóstenes, al contrario, afirma que los corintios abrieron las puertas a los aliados, a pesar de la oposición del partido laconio.

bían caído no pocos aliados[27]. Preguntando Agesilao: 2
«Dercílidas, ¿no sería oportuno que las ciudades que nos han enviado soldados se enteraran de la victoria lo más pronto posible?». Dercílidas respondió: «Por supuesto, que al oírlo estarían con más ánimos». «Bien, como estuviste presente, ¿no podrías informar muy bien tú?». Él, satisfecho de oírlo, pues era amigo de estar siempre de viaje, dijo: «Si tú lo ordenas». «Pues lo ordeno, afirmó, y exijo que se comunique asimismo que si esto sale bien, de nuevo nos presentamos allí, como afirmamos».

Combates en Tesalia

3 En consecuencia, Dercílidas se puso en camino en dirección al Helesponto primero. Agesilao atravesando Macedonia llegó a Tesalia. Naturalmente los de Larisa, Cranón, Escotusa y Farsalia, que eran aliados de los beocios, le acosaban siguiéndole, y todos los tesalios, salvo cuantos se hallaban desterrados en esos momentos. Él hasta entonces lle- 4
vaba el ejército en cuadro[28] con la mitad de la caballería delante y la otra mitad en cola; mas cuando los tesalios le impidieron la marcha hostigando a la retaguardia, mandó también a la cola la caballería de cabeza salvo el contingente que le escoltaba. Cuando las 5
dos caballerías se colocaron en orden de batalla una contra otra, los tesalios creyeron que no era oportuno luchar a caballo al lado de los hoplitas y dando la vuelta se retiraron al paso. Los otros los siguieron con mucha precaución. Al darse cuenta Agesilao del error 6
que ambos estaban cometiendo, envió a los intrépidos jinetes de su escolta y mandó también dar orden a los

[27] DIODORO (XIV 83) habla de 1.100 entre los de Esparta y 2.800 entre sus enemigos. Cf. también *Ages.* VII 5.

[28] En cuadrado o rombo, posición normal de marcha cuando temen ser sorprendidos. En los ángulos iban los hoplitas, en medio las tropas ligeras y bagajes.

otros de perseguirlos inmediatamente y no dejarles
7 dar la vuelta de nuevo. Cuando los vieron atacar inesperadamente los tesalios huyeron sin volverse unos, otros fueron cogidos prisioneros con los caballos de
8 flanco al intentar realizarlo. Sin embargo, el farsalio Policarmo, jefe de la caballería, se volvió y murió luchando con su grupo. Al ocurrir eso, los tesalios se lanzaron a una huida inoportuna de modo que unos murieron y otros fueron cogidos prisioneros. No se detu-
9 vieron hasta que llegaron al monte Nartacio. Entonces Agesilao erigió un trofeo entre el Prante y el Nartacio y allí se quedó muy contento de la hazaña, ya que había vencido a hombres muy confiados en su caballería con la que él mismo reunió. Al día siguiente, después de pasar los montes de Acaya de Ptía [29] marchó durante todo el resto de la jornada por una zona amiga hasta los límites de Beocia.

Agesilao en Beocia. Derrota de Cnido

10 Cuando iba a entrar se vio el sol en forma de media luna [30] y se anunció que los lacedemonios habían sido derrotados en la batalla naval y que el navarco Pisandro había muerto. Se re-
11 firió asimismo cómo ocurrió la batalla. Que el ataque por mar de ambas flotas fue en los alrededores de Cnido, que Farnabazo, que era el navarco, estaba con las naves fenicias y que Conón estaba formado delan-
12 te de él con la flota griega [31]. Pisandro había formado enfrente y aunque apreció que sus naves eran muy infe-

---

[29] Así se llama la pequeña región situada al sur de Tesalia para distinguirla de la Acaya del Peloponeso, la Acaya de Ptía, que es, por otra parte, la primera residencia de los aqueos del Peloponeso.

[30] Es el eclipse del 14 de agosto del 394 a. C.

[31] Cf. II 1, 29. Por influencia de Farnabazo, Conón fue nombrado jefe de la flota persa. Ésta era griega solamente en el sentido de estar formada por mercenarios y voluntarios griegos.

riores en número a la flota griega de Conón[32] y que sus aliados del ala izquierda huyeron en seguida; él abordando a los enemigos había sido traído a tierra con la nave averiada por los ataques; los demás que fueron arrastrados a tierra se habían puesto a salvo como pudieron en Cnido abandonando sus naves, pero que él murió luchando en la nave. Al enterarse de ello 13
Agesilao lo soportó mal en un primer momento, pero después alterando la noticia dijo que se le comunicó la muerte de Pisandro, pero que había vencido en la batalla naval, considerando que la mayor parte de su ejército era capaz de participar a gusto en acciones que resultan bien, pero si veía alguna dificultad, no había medio de inducirlos a participar. Y a la vez que lo anun- 14
ciaba sacrificaba por las buenas nuevas y compartía con muchos las víctimas sacrificadas; de modo que en una escaramuza contra los enemigos, dominaron los de Agesilao animados con la idea de que los lacedemonios habían vencido en la batalla naval.

Batalla de Coronea

Los formados enfrente de Agesilao 15
eran beocios, atenienses, argivos, corintios, enianos, eubeos, y ambos locrios[33]; con Agesilao una compañía lacedemonia que vino por mar desde Corinto, media compañía de Orcómeno, además los neodamodes de Lacedemonia que le acompañaban, junto con éstos los del ejército aliado que mandaba Herípidas, más los de las ciudades griegas de Asia y los que tomó de las ciudades de Europa que atravesó; allí mismo se le sumaron hoplitas orcomenios y focidios. Por supuesto,

[32] Jenofonte no coincide con Diodoro (XIV 83, 4); éste da 85 naves a Pisandro, 90 a Conón y 170 al conjunto de la flota de Farnabazo.

[33] Esto es, los locros opuntios al norte de Fócide en el golfo de Eubea y los locros ózolos, al oeste de Fócide en el golfo de Corinto.

los peltastas de Agesilao eran muchos más; al contrario, la caballería de ambos era igual en número. He ahí las
16 fuerzas de ambos contendientes. Voy a descubrir la batalla y cómo fue cual ninguna de las de nuestros días. Bien, se reunieron en la llanura de Coronea los de Agesilao del lado de Cefiso, los de los tebanos del lado del Helicón. Agesilao tenía el ala derecha de su ejército, los orcomenios eran los últimos en su ala izquierda. Por su parte los propios tebanos estaban a la de-
17 recha y los argivos ocupaban el ala izquierda. Mientras se acercaban el silencio era total en ambos; mas cuando distaban entre sí un estadio aproximadamente, los tebanos atacaron derechos a la carrera lanzando el grito. Cuando aún había por medio tres pletros, salieron a su vez corriendo de la formación de Agesilao los que mandaba Herípidas y con ellos los jonios, eolios y helespontios; todos esos fueron los que atacaron en bloque a la carrera y al llegar al alcance de las lanzas hicieron volver a los que tenían delante. Mas los argivos no esperaron a los de Agesilao, sino que huyeron al
18 Helicón. Entonces algunos aliados empezaron a coronar ya a Agesilao, mas alguien le anunció que los tebanos estaban entre los portadores del bagaje, después de cortar en dos a los orcomenios. Él fue contra ellos inmediatamente desplegando la formación, mas los tebanos a su vez cuando vieron que los aliados habían huido al Helicón como querían abrirse paso hacia los
19 suyos, se concentraron y avanzaron con decisión. Desde este momento se puede hablar sin ninguna duda de la valentía de Agesilao, pues al menos no eligió el medio más seguro. Efectivamente, aunque podía someter a la retaguardia dejando avanzar a los que se abrían paso y seguirlos luego, no lo hizo, sino que irrumpió de frente contra los tebanos y entrechocando los escudos se rechazaban, luchaban, mataban y eran muertos. Por fin los tebanos unos se abrieron paso hacia el Helicón,

pero muchos murieron al retroceder. Cuando la victoria 20
era ya de Agesilao, fue llevado herido junto a su columna y acercándose unos jinetes le dijeron que unos ochenta enemigos armados estaban en el templo[34] y le preguntaron qué se debía hacer. Aunque estaba gravemente herido, no se olvidó, sin embargo, del deber sagrado, sino que ordenó dejarlos marchar a donde quisieran y no permitió causarles daño. Por el momento
cenaron y se acostaron, pues era ya muy tarde. Al ama- 21
necer ordenó al polemarco Gilis formar el ejército y erigir un trofeo, asimismo que todos se coronaran, en honor del dios[35] y que los flautistas tocaran. Ellos lo realizaron así. Los tebanos enviaron heraldos para pedir enterrar a los muertos bajo tregua. Concluyeron, pues, unas treguas y Agesilao llegando a Delfos ofreció al dios el diezmo del botín que no era inferior a cien talentos[36].

Los lacedemonios en Lócride

El polemarco Gilis se retiró a Fócide con el ejército y desde allí invadió Ló-
cride. Durante el resto del día los sol- 22
dados se apoderaron de objetos y alimentos en las aldeas; al atardecer los lacedemonios se retiraron los últimos y los locros los siguieron lanzándoles dardos y jabalinas. Mas como los lacedemonios se volvieran, los persiguieran y abatieran a algunos, ya no los seguían detrás, sino que
disparaban desde lo alto al flanco derecho. Intentaron 23
también perseguirlos cuesta arriba, pero como se hacía de noche, al retirarse unos cayeron por la dificultad del terreno, otros incluso por no ver lo que había delante, otros por los dardos; allí murieron el polemarco

[34] Es el templo de Atenea Itonia, situado en la llanura al pie de Coronea, centro religioso de la confederación beocia.

[35] Probablemente Apolo, el dios dorio por excelencia, a quien Agesilao va a hacer una ofrenda espléndida.

[36] El botín traído de Asia sobre todo. Cf. PLUT., *Ages.* 19.

Gilis y Peles de los de su escolta y todos los espartiatas —unos dieciocho—, unos apedreados, otros de heridas graves. De no haberles auxiliado desde el campamento los que estaban cenando, habrían perecido todos a la vez.

Operaciones en Corinto

4 Después de este suceso el resto del ejército se licenció por ciudades y Agesilao regresó por mar a su patria[37]. Luego siguieron guerreando atenienses, beocios, argivos y sus aliados atacando desde Corinto, y los lacedemonios y sus aliados desde Sición. Como los corintios veían su propio territorio devastado y que morían muchos por estar siempre cerca los enemigos, en cambio los demás aliados estaban en paz y sus tierras eran cultivadas, los aristócratas, que son la mayor parte, deseaban la paz y en sus reu-
2 niones la proponían. Cuando se dieron cuenta los argivos, atenienses, beocios y corintios que habían recibido dinero del rey o bien que habían sido los principales responsables de la guerra de que si no obstaculizaban a los partidarios de la paz, la ciudad volvería a correr riesgo de pasarse a los laconios, tramaron realizar una matanza. En principio decidieron el más impío de todos los planes; pues la mayoría de la gente aunque uno sea condenado legalmente, no lo ejecutan en una fiesta, mas ellos eligieron con premeditación el último día de las Eucleas[38] porque pensaban coger mu-
3 chos más en el ágora para matarlos. Cuando se dio la señal a los que se había comunicado a quiénes debían

[37] Es decir, atravesando el golfo de Corinto y evitando el istmo ocupado por el enemigo.

[38] El culto de Artemis Euclea existía en varias ciudades griegas, especialmente en Delfos y Tebas. Su fecha viene dada por el mes de Euclios, que corresponde en varias ciudades dorias a enero-febrero. Como se ve en el relato se celebraba en el ágora y había un concurso dramático.

matar, sacando las espadas hirieron a uno en medio de un grupo, a otro sentado, a otro en el teatro e incluso a un juez sentado en su puesto. Al conocerse el plan, inmediatamente huyeron los aristócratas, unos junto a las estatuas de los dioses en el ágora, otros a los altares; entonces estos hombres, sacrílegos y sin ningún respeto de la ley, tanto los responsables como los ejecutores, los degollaron junto a los lugares sagrados, de modo que incluso algunos que no fueron heridos, pero que eran hombres respetuosos de las leyes, estaban horrorizados al ver esta impiedad. Murieron 4
muchos ancianos, pues se hallaban en mayor número en el ágora; los jóvenes, al contrario, estaban quietos en el Craneo [39], pues Pasimelo sospechó lo que iba a ocurrir. Cuando oyeron los gemidos, como además vinieron junto a ellos algunos huyendo de la matanza, después de esto echaron a correr por la Acrocorinto y rechazaron a los argivos y a otros que les atacaron. Cuando 5
trataban lo que se debía hacer cayó el capitel de una columna sin que hubiera un movimiento sísmico o viento. Al hacer los sacrificios las víctimas les resultaban tales que los adivinos declararon que era mejor que bajaran de ese lugar. En un principio se retiraron con la idea de ir al destierro fuera del territorio; pero luego los amigos los intentaron convencer y hasta vinieron madres y hermanas e incluso algunos de los que estaban en el poder que les prometieron con juramento que no sufrirían ninguna molestia. Así algunos terminaron por volver a su patria. Viendo a los que estaban en el 6
poder gobernar como tiranos, observando que el estado era arruinado, arrancando incluso los mojones y llamando a su patria Argos en lugar de Corinto, que eran forzados a compartir la constitución de Argos, sin tener ninguna necesidad de ella, que tenían en la ciudad

---

[39] Barrio aristocrático al oeste de Corinto.

menos influencia que los metecos[40], hubo algunos de ellos que consideraron que así no se podía vivir; pero que valía la pena intentar hacer de Corinto su patria como así era desde antiguo, presentarla libre y pura de las manchas de homicidas y dotarla de un buen gobierno y, si lo podían realizar, convertirse en salvadores de la patria, y si no podían, lograr el fin más encomia-
7 ble buscando los mayores y mejores bienes. Así intentaron dos hombres, Pasimelo y Alcímenes, atravesando a nado un torrente, reunirse con Praxitas el polemarco de los lacedemonios, que se encontraba con su compañía de guarnición en Sición y le dijeron que le podían facilitar la entrada por la muralla que se extiende hasta el Lequeo[41]. Él confió en ellos, pues ya sabía antes que los dos hombres eran dignos de crédito y después de conseguir que se quedara la compañía que iba a
8 retirarse de Sición, preparó la entrada. Cuando los dos hombres, tanto por azar como por premeditación, estuvieron de guardia en las puertas donde estaba levantado un trofeo, Praxitas llegó precisamente entonces con la compañía, algunos sicionios y los corintios desterrados. Estando ante las puertas y temiendo entrar, decidió enviar dentro a un hombre fiel para examinar la situación interna. Los dos lo introdujeron y le informaron con tanta sencillez que el introducido salió comunicando que todo estaba como decían sin engaño.
9 Luego, entró. Como las murallas distaban mucho una de otra, una vez desplegados tuvieron la impresión de que eran pocos, hicieron una empalizada y un foso delante de sí como pudieron hasta que los aliados les auxiliasen. Había también detrás de ellos en el puerto una guarnición beocia. Pasaron sin luchar el día que

[40] Metecos: extranjeros residentes en la ciudad sin derechos políticos y sujetos a determinados impuestos.

[41] Puerto de Corinto unido a la ciudad con murallas como Atenas lo estaba con su puerto por los Muros Largos.

siguió a la noche de entrada; pero al otro día los ar-
givos llegaron a toda prisa en ayuda, encontrando a los
lacedemonios formados a su derecha, a los sicionios a
continuación y a los desterrados corintios —unos cin-
cuenta— junto al muro de levante; los mercenarios de
Ifícrates formaron en frente a continuación de este
muro y junto a ellos los argivos; el ala izquierda la
tenían los corintios de la ciudad. Avanzaron directa- 10
mente confiados en su número; dominaron a los sicio-
nios y arrancando la empalizada los persiguieron hasta
el mar y allí mataron a muchos de ellos. Mas Pasímaco,
el harmoste de la caballería, con algunos jinetes, no
muchos, al ver a los sicionios acosados, atando los ca-
ballos a los árboles y embrazando sus escudos, marchó
con los voluntarios en contra de los argivos. Éstos al
ver la sigma de los escudos, no temieron en absoluto
por creer que eran sicionios. Pero se cuenta que enton-
ces diciendo Pasímaco: «Argivos, sí, por los dioses[42],
os engañarán esas sigmas», avanzó sobre ellos; y de
este modo luchando con pocos contra muchos murió
él y otros de su grupo. Sin embargo, los corintios des- 11
terrados vencieron a los que tenían enfrente, se infil-
traron y llegaron cerca del recinto amurallado de la
ciudad. Los lacedemonios a su vez, cuando vieron do-
minada la zona de los sicionios, acudieron en ayuda
saliendo de sus posiciones, teniendo[43] a su izquierda
la empalizada. Los argivos al oír que los lacedemonios
estaban detrás, se volvieron y se lanzaron fuera de la
empalizada a la carrera. Los últimos del flanco derecho
murieron heridos por los lacedemonios en los costados
no protegidos y otros se retiraron a la ciudad apiñán-
dose con gran desorden junto a las murallas. Mas cuan-
do se encontraron con los corintios desterrados y se

---

[42] Cástor y Pólux. Estas palabras están en dialecto laconio.
[43] Texto ininteligible.

dieron cuenta que eran enemigos, volvieron a ceder. Entonces unos subiendo por las escalas saltaron desde la muralla y se mataron, otros aprisionados alrededor de las escalas murieron de las heridas recibidas, otros pi-
12 soteados por sus compañeros murieron asfixiados. Los lacedemonios no tenían problemas para matar: efectivamente el dios les dio tarea como jamás se hubieran atrevido a pedir. Pues el poner en sus manos una multitud que huía llena de miedo, aterrorizada, presentando el flanco sin protección, donde nadie se volvía a combatir, mas todos ponían todos los medios para destruirse, ¿cómo no se iba a reconocer intervención divina? En consecuencia, cayeron allí tantos en tan poco espacio que acostumbrados los hombres a ver montones de trigo, de madera o piedras entonces pudieron contemplar montones de cadáveres. Murió asimismo la guardia beocia del puerto, unos en las murallas, otros
13 subidos a los tejados del arsenal. Después de esto, pues, los corintios y argivos retiraron los cadáveres bajo tregua y los aliados lacedemonios acudieron en ayuda. Cuando se reunieron, Praxitas decidió primero derribar parte de las murallas, la suficiente para que pudiese pasar un ejército [44], luego llevó el ejército en dirección a Mégara, se apoderó primero de Sidunte mediante un ataque y luego de Cromión. Después de establecer guarniciones en esos lugares fortificados, regresó; luego fortificó Epiecea para que los aliados tuvieran un fuerte delante del territorio aliado, licenció el ejército y él personalmente se retiró a Lacedemonia.

14 Después de estos sucesos los grandes ejércitos de ambos bandos dejaron de actuar por cierto tiempo, mas las ciudades mantenían vigilancia en las murallas enviando guarniciones unas a Corinto, otras a Sición.

---

[44] Para evitar la ruta de montaña que pasa al sur de Corinto, difícil, y fácil de guardar.

No obstante, como ambos tenían mercenarios, luchaban con dureza por medio de ellos.

Ifícrates en el Peloponeso

Entonces Ifícrates después de penetrar en Fliunte y preparar una emboscada y salir a coger botín con unos cuantos, acudiendo en ayuda los de la ciudad sin precaverse, mató a tantos que los fliasios —que antes no admitieron a los lacedemonios dentro de las murallas porque temían que acogieran a los que afirmaban que estaban desterrados por ser partidarios de los laconios— tanto se aterrorizaron entonces ante los procedimientos de los de Corinto que incluso mandaron venir a los lacedemonios y les confiaron la vigilancia de la ciudad y de la ciudadela. Mas los lacedemonios, aunque mantenían buenas relaciones con los desterrados, durante el tiempo que tuvieron la ciudad no pensaron nunca en hacerles regresar; al contrario, después que pareció reanimarse, salieron entregándola con sus leyes tal cual la recibieron. Por su parte Ifícrates y su grupo penetrando por muchos puntos de Arcadia, cogían botín y atacaban los lugares fortificados; pues los hoplitas arcadios no salían fuera de las murallas a su encuentro; tanto era el miedo que tenían a los peltastas [45]. Mas éstos a su vez temían tanto a los lacedemonios que no se acercaban a los hoplitas dentro del alcance de la jabalina; pues incluso una vez los lacedemonios más jóvenes persiguiéndolos a esa distancia los alcanzaron y mataron a algunos. Si bien los lacedemonios menospreciaban a los peltastas aún menospreciaban más a sus propios aliados; efectivamente los mantineos acudiendo un día contra unos peltastas que salieron a la carrera del muro que se extiende so-

[45] Ifícrates había modificado el armamento y táctica de los peltastas (Diod., XV 44; Nepote, *Ifícr.* 3-4) de modo que eran más peligrosos que antes, incluso para los hoplitas espartiatas. Véase 5, 14-17.

bre el Lequeo, se retiraron al ser alcanzados por las jabalinas que lanzaban, y algunos murieron cuando huían, de modo que los lacedemonios se permitieron incluso burlarse porque según ellos «los aliados temían a los peltastas como los niños al coco». Mas ellos saliendo del Lequeo con una compañía y con los desterrados corintios acamparon en círculo alrededor de
18 la ciudad de Corinto. Los atenienses por su parte, que temían que las fuerzas lacedemonias vinieran contra ellos, ya que los Muros Largos corintios estaban abiertos, consideraron que era mejor reconstruir las partes de la muralla abierta por Praxitas. Viniendo en masa con canteros y carpinteros levantaron en pocos días el magnífico muro que mira a Sición y hacia el poniente, mas el oriental lo construyeron con más tranquilidad[46].

Agesilao ataca la Argólide

19 Por su parte los lacedemonios, al darse cuenta que los argivos seguían recogiendo la cosecha en su patria y veían bien la guerra, hicieron una expedición contra ellos. Agesilao los condujo y después de devastar todo el territorio, pasando desde allí directamente a Corinto por los montes de Tenea, tomó los muros reconstruidos por los atenienses. Le apoyó por mar su hermano Teleutias con unas doce trirremes, de modo que su madre se sintió feliz porque en el mismo día uno de los que dio a luz había tomado por tierra las murallas enemigas y el otro por mar las naves y los arsenales. Luego, una vez realizado esto, Agesilao despidió el ejército aliado y llevó a su patria el suyo.

---

[46] Es evidente que esta operación la han podido realizar los atenienses estableciéndose previamente en el Lequeo, evacuado (§ 18) por la guarnición que lo ocupaba desde la batalla de los Muros Largos (§ 12). Esto explica que Teleutias tenga que recuperar el puerto con la flota lacedemonia.

Agesilao en Corinto

Más tarde los lacedemonios oyendo 5
de los desterrados que los habitantes
de la ciudad tenían y guardaban todo
su ganado en el Pireo[47] y que muchos
incluso vivían allí, volvieron a realizar
una expedición al territorio corintio y también en esta
ocasión mandaba Agesilao. Primero vino al Istmo, pues
era el mes de los juegos ístmicos y los argivos se halla-
ban allí celebrando los sacrificios a Posidón como si
Corinto fuese de Argos[48]. Cuando se enteraron que se
acercaba Agesilao se retiraron a la ciudad por el ca-
mino de Cencreas con mucho temor, abandonando las
víctimas sacrificadas y la comida preparada. Agesilao 2
no los persiguió aunque los vio, pero estableció sus tien-
das en el santuario, sacrificó al dios y esperó a que
los desterrados corintios realizaran los sacrificios y los
juegos en honor de Posidón. Cuando marchó Agesilao,
los argivos celebraron también los juegos ístmicos vol-
viendo a empezar. En aquel año hubo competiciones
en las que cada uno de los concursantes fue vencido
dos veces y otras en las que los mismos vencedores
fueron proclamados dos veces. Al cuarto día Agesilao 3
llevó el ejército al Pireo. Al ver que estaba custodiado
por muchos, se retiró a la ciudad después de la comida
como si la ciudad fuese a entregarse; de modo que los
corintios mandaron venir a Ifícrates con la mayor par-
te de los peltastas[49] temiendo que algunos se la entre-
garan a traición. Al enterarse de su llegada durante la
noche, dando media vuelta, Agesilao se dirigió al Pireo
al amanecer. Él avanzó por la zona de las aguas terma-

[47] *Peiraîon* —Pireo— es, sin duda, la península montañosa (hoy Perakhosa) que separa la bahía de Corinto de la Egostena, según Hatzfeld.

[48] Cf. IV 4, 6.

[49] Según *Ages.* II 19, eran precisamente las tropas de Ifícrates las que guardaban el Pireo, que luego queda indefenso.

les[50], pero mandó subir a una compañía por la parte
más alta. En esa noche él acampó junto a las aguas
termales y la compañía pernoctó, manteniéndose en la
4 zona alta. En esa ocasión Agesilao fue felicitado por
una pequeña pero oportuna ocurrencia. Efectivamente,
ninguno de los que llevaban los víveres de la compañía
se proveyó de fuego y como hacía frío, ya que estaban
en lo más alto y además llovió y granizó al atardecer
e incluso habían subido con vestidos ligeros propios
del verano, estaban tiritando de frío y desanimados a
la hora de la cena en medio de la oscuridad; Agesilao
envió, pues, a no menos de diez con fuego en unas
ollas. Después de subir por distintos sitios, encendieron
grandes hogueras, numerosas, pues había leña abun-
dante allí, se ungieron todos[51] y muchos volvieron a
cenar incluso. En esa noche se vio arder el templo de
5 Posidón, pero nadie sabe quién le prendió fuego.
Después que se dieron cuenta que las alturas estaban to-
madas, los del Pireo ya no se preocuparon de defender-
se; mas hombres, mujeres, esclavos y libres con la ma-
yor parte del ganado se refugiaron en el Hereo. Agesilao
a su vez marchó con el ejército junto al mar, simul-
táneamente la compañía bajó de las cimas, tomó Énoe,
el recinto amurallado, se apoderó de los que estaban
dentro y todos los soldados en ese día cogieron mu-
chos víveres de las aldeas. Los que se habían refugiado
en el Hereo salieron dejando a Agesilao decidir a su
voluntad sobre sus personas. Él decidió entregar a los
desterrados los responsables de la matanza[52] y vender
6 a todos los demás. Luego salieron del Hereo un gran
número de prisioneros con sus bienes y se presentaron
muchas embajadas de distintos lugares e incluso lle-

---

[50] Hoy día la pequeña estación termal de Loutraki, según Hatzfeld.

[51] Cf. una escena análoga en *Anáb.* V 4, 11-12.

[52] Cf. IV 4, 2-4.

garon algunos beocios para preguntar qué podían hacer para conseguir la paz. Agesilao, muy altivo, parecía no darse por enterado, aunque el próxeno Fárax[53] se ofreció a presentarlos; sentado sobre un edificio circular alrededor del lago, observaba todo lo que se sacaba del Hereo. Algunos lacedemonios del campamento armados con lanzas acompañaban a los prisioneros como guardianes y eran contemplados constantemente por los presentes; pues, en cierto modo, los afortunados y poderosos parecen constituir siempre un digno espectáculo.

Desastre de la compañía de Amiclas

Estando sentado aún Agesilao y muy 7
ufano de lo hecho, a juzgar por las apariencias, apareció un jinete con su caballo cubierto de sudor. Aunque muchos le preguntaron qué noticia traía, no respondió a nadie, mas cuando estaba cerca de Agesilao, saltando del caballo y echándose a correr le comunicó, muy triste, el desastre de la compañía del Lequeo. Él, al oírlo, saltó inmediatamente de su asiento, tomó la lanza y ordenó al heraldo llamar a los penteconteres, jefes de sección y jefes de las tropas aliadas.
Cuando éstos llegaron corriendo, dijo a los demás que 8
vinieran lo antes posible, comiendo lo que pudieran —pues no lo habían hecho aún— e incluso él marchó delante sin comer con los de su tienda[54]. También los lanceros[55] armados le siguieron con prontitud, él en cabeza, éstos detrás. Cuando estaba pasando de las aguas termales a la llanura del Lequeo, aparecieron unos jinetes y le comunicaron que los cadáveres estaban

[53] Es probablemente el navarco de III 2, 12 y 14.

[54] En campaña el rey de Esparta es alimentado a espensas del Estado, su tienda es, pues, llamada pública; los polemarcos y tres *homoîoi* comparten su tienda y su mesa. Cf. IV 7, 4. V. *Rep. Laced.* XIII, 1.

[55] Son probablemente los mencionados en el § 6, según Hatzfeld.

recogidos. Al oírlo ordenó dejar las armas y descansar un poco, luego retiró de nuevo el ejército al Hereo; al día siguiente vendió los prisioneros.

9 Cuando fueron llamados los embajadores beocios y se les preguntó el motivo de su venida, ya no mencionaron la paz, mas dijeron que si no había impedimento, querían presentarse en la ciudad ante sus propios soldados. Él sonriéndose dijo: «Bien, sé que no deseáis ver a los soldados, sino contemplar cuán grande ha sido el éxito de vuestros amigos. Aguardad, pues, ya que os voy a llevar yo mismo y conoceréis conmigo cómo
10 ocurrió el hecho», añadió. Y no mintió, sino que al otro día llevó el ejército a la ciudad después de sacrificar. No derribó el trofeo, mas les demostró que nadie salía a su encuentro talando y quemando los pocos árboles que aún quedaban. Después de hacer esto acampó alrededor del Lequeo, pero no dejó marchar a la ciudad a los embajadores tebanos, sino que los despachó por mar a Creusis. Como tal desgracia no era habitual entre los lacedemonios, había mucho duelo en el ejército laconio, salvo los hijos, padres o hermanos de los muertos en su puesto; éstos se paseaban contentos y
11 ufanos por la desgracia familiar como vencedores. Ocurrió el desastre de la compañía de la siguiente manera: Los de Amiclas desde antiguo se encuentran siempre en las Jacintias para cantar el Peán [56], aunque se encuentren en compañía o fuera del país por algún otro motivo. Precisamente en esta ocasión Agesilao dejó a todos los amicleos que había en el ejército en el Lequeo. El

[56] Amiclas, en el valle del Eurotas, a una hora de camino al sur de Esparta. Las *Jacintias* se celebraban cada año allí, al principio del verano, en honor de un héroe local, Jacinto, suplantado en época histórica por el gran dios dorio Apolo; en estas fiestas el primer día se consagraba al duelo, los otros dos a las manifestaciones de gozo (peán, comida, concursos), ya que su origen era la celebración de la muerte y resurrección del dios.

polemarco de la guarnición de allí ordenó vigilar la muralla a los aliados de la misma y él con la compañía de hoplitas y jinetes escoltó a los amicleos a lo largo de la ciudad de Corinto. Cuando distaban veinte o treinta 12
estadios de Sición, el polemarco regresó al Lequeo con los hoplitas, que eran unos seiscientos, y ordenó al jefe de caballería alcanzarle con el escuadrón cuando escoltaran a los amicleos hasta donde desearan. No desconocían, por supuesto, que había en Corinto muchos peltastas y hoplitas, pero presumían que nadie los atacaría, engreídos por los éxitos anteriores. Mas los corintios 13
de la ciudad, Calias, hijo de Hipónico[57], estratego de los hoplitas atenienses, e Ifícrates, jefe de los peltastas, observando que no eran muchos y estaban sin peltastas y jinetes, consideraron seguro atacarlos con las tropas peltastas. En efecto, si marchaban por el camino, perecerían alcanzados por las jabalinas en el flanco sin protección; y si intentaban perseguirlos, fácilmente se librarían de los hoplitas con peltastas muy veloces. Considerando esos argumentos salieron. Calias desplegó a 14
los hoplitas no lejos de la ciudad e Ifícrates atacó a la compañía con los peltastas. Los lacedemonios, como al ser alcanzados por las jabalinas unos estaban heridos y otros habían perecido, ordenaron a los escuderos[58] recoger a estos últimos y llevarlos al Lequeo; en realidad sólo éstos se salvaron de la compañía; el polemarco ordenó a las diez clases más jóvenes rechazar a los atacantes. Como perseguían a peltastas, no cogían a na- 15
die dentro del alcance de la jabalina, ya que eran ho-

[57] Se trata del rico personaje bien conocido por Aristófanes, el *Protágoras* de Platón y el *Banquete* de Jenofonte; aunque nació en el 450, parece que entró tarde en la política y quizás este año era estratego por vez primera.

[58] En el ejército medio feudal de Esparta el hoplita va acompañado de un ayudante de las clases inferiores, que le lleva su escudo y se lo entrega en el momento justo del combate. Cf. IV 8, 39.

plitas; pues Ifícrates les ordenaba retirarse siempre antes de que los hoplitas llegaran junto a ellos; cada vez que se retiraban se dispersaban, pues se lanzaban a la velocidad que cada uno podía y volviéndose de nuevo los de Ifícrates, unos volvían a lanzar sus jabalinas de frente y otros, colocándose rápidamente de costado, disparaban al lado sin protección. En la primera persecución pronto alcanzaron con la jabalina a nueve o diez de ellos. Cuando ocurrió eso, luego ata-
16 caban con nueva decisión. Como eran atacados, el polemarco ordenó de nuevo a las quince clases más jóvenes que los persiguieran y al retroceder por segunda vez cayeron incluso más que la primera. Cuando ya habían perecido los mejores aparecieron sus jinetes y con ellos volvieron a realizar una persecución. Como los peltastas cedieron, entonces los jinetes atacaron en malas condiciones, pues no los persiguieron hasta matar a algunos, sino que se volvieron haciendo un frente común con los soldados ligeros, causándose y sufriendo otra vez males iguales a los anteriores. Ellos eran cada vez inferiores y más débiles y los enemigos más osa-
17 dos, y más numerosos cada vez los atacantes. Cuando ya estaban en una situación apurada consiguieron concentrarse en una pequeña colina que distaba del mar unos dos estadios y del Lequeo dieciséis o diecisiete. Al verlos los del Lequeo subieron a unas barcas y costearon hasta llegar frente a la colina. Ellos, que estaban ya muy apurados y morían por los ataques, no pudieron hacer nada y, al ver además de los peltastas también a los hoplitas[59] que venían en contra, se retiraron. Unos cayeron al mar, otros pocos con los jinetes se pusieron a salvo en el Lequeo. En el conjunto de combates y en la huida murieron unos doscientos
18 cincuenta. Esta desgracia así ocurrió.

---

[59] Los hoplitas de Calias. Cf. § 14.

Después de este desastre Agesilao se retiró con la compañía derrotada y dejó otra en el Lequeo. Al atravesar las ciudades camino de la patria se aproximaba lo más tarde posible y partía cuanto antes podía. Pasó delante de Mantinea aún de noche, levantándose de Orcómeno al alba. ¡Tan mal se resignaban los soldados a ver a los mantineos alegrarse por su desgracia! Des- 19
pués de éste, Ifícrates tuvo éxito en otros muchos combates. Efectivamente, Praxitas había puesto guarniciones en Sidunte y Cromión, cuando tomó esos lugares fortificados, y Agesilao en Énoe, cuando tomó el Pireo, mas él se apoderó de todos esos lugares. Pero los lacedemonios y sus aliados mantenían la guarnición del Lequeo. Los desterrados corintios ya no iban a pie desde Sición por el desastre de la compañía, sino por mar y desde allí causaban dificultades a los de la ciudad y éstos se las creaban.

Agesilao en Acarnania

Después de estos hechos los aqueos 6
que tenían Calidón, que antiguamente era de Etolia, concedieron la ciudadanía a los calidonios y se vieron obligados a poner una guarnición en ella. En efecto, los acarnanios los atacaban e incluso les acompañaban algunos atenienses y beocios por ser sus aliados[60]. Presionados por ellos los aqueos enviaron embajadores a Lacedemonia. Cuando llegaron alegaron que no recibían buen trato de los lacedemonios. «Espar- 2
tanos, nosotros militamos con vosotros y os seguimos a donde nos lleváis en cuanto nos dais la orden», «afirmaron, pero vosotros no nos prestáis ninguna atención cuando estamos sitiados por los acarnanios y sus aliados atenienses y beocios. Ahora bien, nosotros no podríamos resistir en esas condiciones sino que o bien

[60] Los acarnanios forman parte desde el 395 de los aliados contra Esparta. Cf. Diod., XIV 82, 3.

dejando la lucha del Peloponeso, pasamos todos y luchamos contra los acarnanios y sus aliados o bien hacemos la paz en los términos que podamos».

3 Alegaban esto amenazando veladamente a los lacedemonios con apartarse de la alianza si no los socorrían. Dicho esto, los éforos y la asamblea decidieron que era necesario realizar una campaña con los aqueos contra los acarnanios. Enviaron a Agesilao con dos compañías y la parte correspondiente de aliados[61]; los
4 aqueos por su parte les acompañaron en masa. Después de pasar Agesilao, todos los acarnanios de los campos huyeron a las villas y se llevó lejos el ganado para que no fuese arrebatado por el ejército. Cuando llegó a los límites del territorio enemigo, Agesilao envió una embajada a Estrato[62] ante la confederación acarnania[63] y dijo que si no rompían la alianza con los beocios y atenienses y los elegían a ellos como aliados, devastarían todo su territorio sin interrupción sin dejar
5 nada. Como no obedecieron, actuaron de ese modo y devastando sin interrupción no avanzaba al día más de diez o doce estadios. En consecuencia, los acarnanios bajaron el ganado de los montes y cultivaron la mayor parte del territorio considerando que era una operación
6 segura por la lentitud del ejército. Pero como Agesilao tenía la impresión de que ya estaban muy animados, al decimoquinto o decimosexto día de la invasión, después de sacrificar temprano, recorrió ciento sesenta es-

---

[61] Se ve por este pasaje (Cf. VI 1, 1) que había una relación determinada entre la importancia de los contingentes proporcionados por Esparta y por sus aliados y por otro lado que el Estado en cuyo territorio tiene lugar la expedición debe participar en ella con todas sus fuerzas. Cf. Tuc., V 57.

[62] La capital de Acarnania.

[63] Es la primera vez que se menciona esta confederación y su sede. Parece de formación reciente, pues durante la guerra del Peloponeso no se encuentra aún unido este país muy atrasado. Cf. Tuc., I 5, 3; II 9, 4; 81.

tadios antes del atardecer en dirección a un lago[64] en cuyos alrededores estaba casi todo el ganado acarnanio y cogió muchísimos rebaños de bueyes y caballos y otro ganado de todas clases además de muchos esclavos. Después de tomarlo permaneció allí otro día y
vendió lo apresado. Entonces llegaron muchos peltastas 7
acarnanios y, como Agesilao estaba acampado junto al monte, lanzaban dardos y disparaban con hondas desde la cima sin sufrir daño y obligaron al campamento a bajar al llano, aunque a la cena ya estaba preparada. Los acarnanios se retiraron al anochecer y los soldados
descansaron después de poner guardias. Al día siguien- 8
te Agesilao retiró el ejército. La salida del prado y de la llanura alrededor del lago era estrecha por los montes que la rodeaban en círculo. Acosaban los arcananios lanzando dardos y jabalinas desde las alturas y atacaban causando dificultades, pues bajaban ocultamente hasta la falda de las montañas, de modo que el
ejército no pudo continuar la marcha. Los hoplitas y 9
jinetes que perseguían a los atacantes desde la columna no les causaban ningún daño; pues pronto se ponían los arcananios en lugar seguro cada vez que se retiraban. Considerando que era difícil salir a causa de la estrechez del paso soportando esos ataques, Agesilao decidió perseguir a los que atacaban desde el flanco izquierdo, que eran muy numerosos, pues ese monte era
más accesible a los hoplitas y a los caballos. Mientras 10
sacrificaba presionaban insistentemente los acarnanios lanzando dardos y jabalinas y acercándose herían a muchos. Pero después de dar la orden, las quince clases más jóvenes de los hoplitas echaron a correr, los jinetes avanzaron y él personalmente siguió con los de-
más. Así los acarnanios que habían bajado ocultamente 11

[64] Según Hatzfeld se trata del lago de Rivion, en el desfiladero que separa su cuenca de la llanura de Estrato mencionada más tarde, §§ 8-9.

y disparaban desde lejos, se retiraron rápidamente y murieron al huir cuesta arriba; pero en lo más alto estaban los hoplitas acarnanios desplegados y la mayor parte de los peltastas y allí resistieron y lanzaron sobre ellos más dardos y aparte de alcanzarlos con las lanzas hirieron a algunos jinetes y mataron algunos caballos. Pero cuando faltaba ya poco para llegar al cuerpo a cuerpo con los hoplitas lacedemonios, cedieron y mu-
12 rieron unos trescientos en aquel día. Ocurrido esto, Agesilao levantó un trofeo. Desde ese momento devastó e incendió el territorio con correrías; atacó algunas ciudades, obligado por los aqueos, pero no tomó ninguna. Por fin cuando vino el otoño, se retiró del territorio.
13 Los aqueos opinaron que no había conseguido nada porque no había tomado ninguna ciudad ni por las buenas ni por la fuerza y, a falta de otra cosa, le pidieron que al menos permaneciera el tiempo necesario para impedir a los acarnanios sembrar. Él respondió que proponían lo contrario de lo que convenía: «Pues yo volveré aquí con la expedición en el verano siguiente, afirmó; esos cuanto más siembren tanto más desea-
14 rán la paz». Después de responder eso marchó a pie por Etolia por caminos imposibles de seguir tanto a pocos como a muchos si los etolios no lo permitían; mas a él le dejaron pasar, pues esperaban que colaborase con ellos en la toma de Naupacto[65]. Mas al llegar al promontorio Río, cruzando por esa zona, marchó a su patria; pues los atenienses impedían el paso por mar con sus trirremes desde Calidón al Peloponeso utilizando como base el territorio de los eniados.

[65] Naupacto fue devuelta a los beocios al final de la guerra del Peloponeso; mas los etolios parece que la codiciaron largo tiempo, aunque no la recibieron hasta el año 338 de manos de Filipo II de Macedonia.

Los acarnanios piden la paz

Pasado el invierno, volvió a decretar 7
la movilización contra los acarnanios en cuanto comenzó la primavera, como había prometido a los aqueos. Ellos cuando se enteraron, considerando que eran sitiados por los que destruían su cosecha exactamente igual que si los sitiaran acampados alrededor de sus ciudades por estar éstas en el interior, enviaron embajadores a Lacedemonia y firmaron la paz con los aqueos y una alianza con los lacedemonios. Los asuntos de los acarnanios así concluyeron.

Agesípolis invade la Argólide

Después de esto, los lacedemonios 2
decretaron una movilización contra Argos porque consideraron que no era seguro hacer una expedición contra los atenienses o los beocios si dejaban atrás un vecino enemigo de Lacedemonia y tan importante como la ciudad de Argos. Agesípolis, cuando supo que debía guiar las tropas, después de resultarle favorables los sacrificios del paso de fronteras, fue a Olimpia, consultó al oráculo y preguntó al dios si le era lícito no aceptar las treguas de los argivos, ya que alegaban como pretexto los meses sagrados [66], no cuando era su época, sino cada vez que los lacedemonios se disponían a atacarlos. El dios le indicó por signos que era lícito el no aceptar las treguas injustamente alegadas como pretexto. De allí fue directamente a Delfos y volvió a preguntar a Apolo si pensaba lo mismo que su padre sobre la tregua. Éste respondió exactamente 3
lo mismo. Entonces Agesípolis atacó por Nemea vol-

[66] Se trata de la gran fiesta doria de las *Carneas* que implicaba una tregua *(hieromenía)*. La táctica de los argivos consistía en desplazar la fecha aprovechando la inexactitud de su calendario para poder alegar la tregua o al contrario no respetarla como en el año 419, según las necesidades del momento. Cf. TUC., V 54. El dios consultado es Zeus, padre de Apolo.

viendo a tomar el ejército en Fliunte —pues aquí lo había concentrado mientras estuvo en los santuarios—. Cuando se dieron cuenta que no podían impedirlo, los argivos enviaron dos heraldos coronados alegando una tregua como era su costumbre. Agesípolis respondió que los dioses juzgaban que no la proponían con razón y no aceptó la tregua; al contrario, atacó y causó grandes dificultades y terror en los campos e incluso en la
4 ciudad. Mientras él estaba cenando en territorio argivo la primera tarde, cuando iban ya a ofrecer las libaciones después de cenar, el dios provocó un terremoto. Todos los lacedemonios entonaron el peán[67] a Posidón comenzando por los de la tienda real; pero los demás soldados pensaron que se marcharía, porque también Agis se retiró de Élide[68] en otra ocasión que se produjo un terremoto. Mas Agesípolis replicó que si hubiera provocado el terremoto cuando se disponía a invadir, habría reconocido que se lo impedía, mas una vez que había
5 invadido ya, consideraba que lo animaba. Y así al día siguiente, después de sacrificar a Posidón, se volvió a internar profundamente en el territorio. Como Agesilao había hecho recientemente una expedición contra Argos[69], Agesípolis se informó por los soldados hasta qué punto había llegado y devastado el territorio tomando como referencia las murallas e intentó sobrepasarle en
6 todo como un atleta en el pentatlon. Incluso un día solamente al ser alcanzado por los disparos hechos desde las torres volvió a cruzar los fosos que rodeaban la muralla; hubo una ocasión en la que llegó tan cerca de las puertas, cuando la mayor parte de los argivos

[67] El peán es una invocación en honor de un dios que ha de alejar un azote o traer el triunfo, aunque generalmente se canta en honor de Apolo, no es extraño el ver que aquí se entone en honor de Posidón causante de los movimientos sísmicos

[68] Cf. III 2, 24.

[69] Cf. IV 4, 19.

habían marchado contra el territorio laconio, que los que estaban junto a ellas se las cerraron a los jinetes beocios que querían entrar, por temor a que los lacedemonios se precipitaran por ellas, y así se vieron obligados los jinetes a acomodarse junto a la muralla bajo los torreones como murciélagos. Si entonces no hubiera coincidido con que los cretenses [70] estaban haciendo una correría por Nauplia, muchos hombres y caballos habrían sido alcanzados por los disparos de sus arcos. Más tarde, estando acampado cerca de los Reductos, 7
cayó un rayo en el campamento y unos murieron fulminados y otros aterrorizados. Luego quiso fortificar un puesto junto al desfiladero de Celusa [71] e hizo un sacrificio, mas le resultaron las víctimas sin lóbulos. Al ocurrir esto, retiró el ejército y lo licenció, después de causar muchísimo daño a los argivos, porque los atacó de improviso.

Farnabazo y Conón en Asia Menor

Bien, la guerra así se realizó por tierra. Voy a explicar a su vez lo ocurrido por mar en las ciudades de la costa mientras se efectuó todo lo anterior; escribiré los hechos dignos de mención y omitiré los que no merecen que se relaten. 8

En primer lugar, pues, Farnabazo y Conón, después de vencer a los lacedemonios en la batalla naval [72], costeando las islas y ciudades marítimas expulsaron a los harmostes lacedemonios y aconsejaron a las ciudades que no fortificasen las acrópolis y ellos las dejarían libres. Ellos se alegraron al oírlo, elogiaron y enviaron 2
con entusiasmo regalos de hospitalidad a Farnabazo. En

[70] Son los arqueros cretenses auxiliares de los peloponesios. Véase IV 2, 16.

[71] Es el macizo montañoso (hoy Megalo-Vouno) por cuya falda pasa la ruta que lleva de la llanura de Argólide a Nemea y Fliunte.

[72] Cf. IV 3, 10 y ss.

efecto, Conón explicó a Farnabazo que si actuaba de ese modo, todas las ciudades serían amigas suyas, mas si veía claramente que quería esclavizarlas, añadía que una a una podrían causarle muchos problemas y habría peligro de que incluso los griegos se unieran al verlo.
3 Farnabazo le obedeció en eso y desembarcando en Éfeso, después de entregarle cuarenta tirremes, dijo a Conón que se encontrarían en Sesto, y marchó por tierra a su dominio [73].

Dercílidas en Sesto y Abido

Pues también Dercílidas, su enemigo de hacía tiempo [74], se encontraba en Abido cuando ocurrió la batalla naval y no la abandonó como los otros harmostes, sino que la retuvo y conservó como amiga de los lacedemonios. Convocó a los abidenos y dijo lo siguiente:

4 «Señores, ahora vosotros, que fuisteis también antes amigos de nuestra ciudad, podéis mostraros como bienhechores de los lacedemonios. Efectivamente, mostrarse fieles en las situaciones buenas no es nada extraño, mas cuando alguien se muestra leal con los amigos que están en desgracia, eso se recuerda siempre. Aunque fuimos vencidos en la batalla naval, es cierto que no está la situación tan mal que no seamos ya nada, pues también antes, cuando los atenienses mandaban en el mar, nuestra ciudad era capaz de hacer bien a los amigos y mal a los enemigos. Incluso si todas las ciudades se separan de nosotros cuando la fortuna les sonríe, en realidad mejor se apreciará vuestra fidelidad. Pero si alguno teme esto, que seamos sitiados aquí por tierra y por mar, considere que no hay aún flota griega en el mar [75], y si los bárbaros intentasen dominar el

[73] Dascilio, satrapía que guardó hasta el 388. Cf. V 1, 28.
[74] Cf. III 1, 9.
[75] Dercílidas considera, sin duda, que la flota de Conón, aun-

mar, Grecia no lo toleraría, de modo que al ayudarse a sí misma llegaría a ser vuestra aliada al mismo tiempo». Al oírle se convencieron no de mala gana, sino con 5 entusiasmo; acogieron amistosamente a los harmostes que habían llegado y mandaron llamar a los que estaban fuera. Después que se juntaron en la ciudad muchos hombres de grandes dotes, Dercílidas pasó a Sesto, que está enfrente de Abido y no dista más de ocho estadios, reunió a los que tenían tierras en el Quersoneso gracias a los lacedemonios [76]; a los harmostes que fueron expulsados a su vez de las ciudades de Europa también los acogió y les dijo que no debían desanimarse considerando que en Asia, que desde antiguo es del rey, está incluso Temnos, ciudad no muy grande, Egas y otras plazas que pueden gobernarse sin ser súbditos del rey. «Aunque, ¿qué lugar más fuerte que Sesto se podría tomar, cuál más difícil de sitiar? —afirmó— que precisa de naves e infantería para ser sitiado». Aduciendo tales argumentos les quitó el miedo.

Campaña de Conón y Farnabazo

Cuando encontró Abido y Sesto en 6 esta situación, Farnabazo mandó comunicarles que les declararía la guerra si no expulsaban a los lacedemonios. Como no obedecieron, ordenó a Conón que les impidiera el paso por mar y él personalmente devastó el territorio abideno. Al no conseguir nada en lo referente a la entrega, se retiró a su casa y ordenó a Conón conciliarse con las ciudades griegas del Helesponto para reunir en primavera la mayor flota posible. En efecto, enemistado con los lacedemonios por lo que había sufrido, tomaba todos los medios para venir a su territorio y vengarse como podía. Pasaron el 7

que compuesta de elementos griegos (cf. IV 3, 11) está a sueldo y servicio del rey.

[76] Cf. III 2, 8-10.

invierno con tales proyectos; al llegar la primavera después de equipar muchas naves y pagar a sueldo un ejército extranjero, Farnabazo zarpó para Melos por medio de las islas, y Conón con él, atacando desde allí Lacedemonia. Primero desembarcó en Feras y devastó ese territorio; luego en otros lugares de la costa causó todo el daño que pudo. Mas por temer la falta de puertos en la zona, las fuerzas de socorro y la escasez de alimentos, pronto dio la vuelta y zarpó para Fenicunte
8 de Citera. Como los citerios que tenían la ciudad temían que la tomara a la fuerza, abandonaron las murallas y él los envió a Laconia bajo tregua; reparó la muralla y dejó una guarnición entre los citerios con el ateniense Nicofemo de harmoste [77]. Después de realizar eso, partió para el istmo de Corinto, animó a los aliados a luchar con ardor y dar muestras de fidelidad al rey y zarpó para su patria dejándoles todo el dinero que te-
9 nía. Conón expuso a Farnabazo que si le dejaba la flota, la mantendría con los recursos de las islas, desembarcaría en su patria para ayudar a los atenienses a levantar los Muros Largos y las murallas del Pireo —añadió que sabía que esto era lo más molesto para los lacedemonios— «y así tú te ganarás el agradecimiento de los atenienses por ello y te vengarás de los lacedemonios —afirmó—, efectivamente, aquello por lo que más se afanaron se lo dejarás anulado». Farnabazo después de oírle lo despachó con entusiasmo a Atenas, e incluso le dio dinero para la reconstrucción de las murallas.
10 Después de llegar, levantó gran parte de ellas [78], ofre-

[77] El término harmoste, tomado de la lengua administrativa de Esparta, se aplica aquí indebidamente al gobernador ateniense que reemplaza al harmoste espartiata de Citera. También a gobernadores enviados por Tebas (VII 1, 43; 3, 4 y 9).

[78] En realidad sabemos por documentos epigráficos que habían empezado a reconstruir los Muros Largos desde el año 394, algunas semanas antes de la batalla de Cnido (*I.G.* II^2, 1656).

ciendo su tripulación y dando un sueldo a carpinteros y canteros y gastando todo lo que se precisaba. Había en verdad partes de la muralla que construyeron los propios atenienses, beocios y otras ciudades que se ofrecieron voluntariamente. Los corintios equiparon naves con el dinero que les dejó Farnabazo, designaron navarcos a Agatino y dominaron el mar en la zona de Acaya y Lequeo. También los lacedemonios equiparon las naves que mandaba Podánemo. Después que éste 11 murió en un abordaje que se produjo, y se retiró también herido su secretario Polis, Herípidas tomó el mando de esas naves. El corintio Proeno al sustituir a Agatino en las naves abandonó el cabo Río y los lacedemonios lo tomaron. Después Teleutias vino al frente de las naves de Herípidas y volvió a dominar el golfo.

Embajada de Antálcidas

Los lacedemonios, cuando oyeron que 12 Conón con el dinero del rey volvía a levantar las murallas de los atenienses, y mantenían la flota con el dinero del mismo y ganaba para Atenas las islas y las ciudades marítimas del continente, pensaron que si informaban de ello a Tiribazo, el estratego del rey, se atraerían a éste [79] o dejaría de mantener la flota de Conón. Pensando así, enviaron a Antálcidas ante Tiribazo, con órdenes de informarle e intentar conseguir del rey la paz para la ciudad. Los atenienses, cuando 13 se enteraron, enviaron por su parte como embajadores a Conón con Hermógenes, Dión, Calístenes y Calimedonte. Invitaron a la vez a los embajadores aliados y se presentaron de los beocios, de Corinto y de Argos. Cuando llegaron allá, Antálcidas dijo a Tiribazo que ha- 14 bía venido a pedir del rey la paz para la ciudad, la misma que el rey deseaba hacía tiempo; por supuesto que los lacedemonios no reivindicarían al rey las ciu-

[79] Cf. *Anáb.* IV 4, 4-6.

dades griegas de Asia y que todas las islas y las demás ciudades se contentarían con ser libres. «Bien, si nosotros queremos tales cosas, ¿por qué [+ los griegos o] el rey nos declararía la guerra o gastaría dinero? Efectivamente no sería posible a los atenienses hacer una expedición contra el rey si nosotros no mandamos,
15 ni a vosotros si las ciudades son libres», añadió. Tiribazo al oír a Antálcidas se alegró muchísimo de sus proposiciones, pero los otros se oponían a ellas. En efecto, los atenienses temían comprometerse a que las ciudades y las islas fuesen libres por no verse privados de Lemnos, Imbros y Esciros[80]; los tebanos para no verse obligado a dejar independientes las ciudades beocias, y los argivos creían que no podrían mantener Corinto como dependiente de Argos, que era lo que deseaban, si ratificaban semejantes tratados y treguas. En consecuencia, esa paz quedó frustrada y cada uno
16 volvió a su patria. Tiribazo no consideraba seguro mantener relaciones con los lacedemonios sin el consentimiento del rey; mas dio dinero a Antálcidas secretamente para que los lacedemonios equiparan una flota y, de este modo, obligar a los atenienses y aliados a pedir la paz; encerró a Conón alegando que ofendía al rey y que los lacedemonios tenían toda la razón[81]. Después de esto marchó a ver al rey para explicarle las proposiciones lacedemonias y la detención de Conón, alegando que le ofendía, y preguntarle qué debía hacer
17 sobre este asunto en su conjunto. Mientras Tiribazo estaba en el interior del país con el rey, éste envió a Asia Menor a Estrutas para que se encargara de los

---

[80] Atenas la había perdido al final de la guerra del Peloponeso y recuperado recientemente.

[81] Jenofonte silencia la continuación de estas conversaciones, reemprendidas sin éxito por una delegación de Atenas en Esparta. Cf. ANDÓC., III; DÍDIMO, *De Demosth.* col. 7, I 19; DEMÓST., XIX 277-279.

territorios del mar. Estrutas prestó muchísima atención a atenienses y aliados, acordándose de todos los males que había sufrido el territorio por medio de Agesilao.

Muerte de Tibrón

Al ver que Estrutas les era hostil y amigo de los atenienses, los lacedemonios enviaron a Tibrón[82] para luchar contra él. Éste, después de pasar allá, saqueó y pilló el territorio del rey, tomando como base Éfeso y las ciudades de la vega del Meandro, Priene, Leucofris y Aquileo. Andando el tiem- 18
po Estrutas pudo observar que Tibrón acudía en cada ocasión sin orden ni cuidado; por ello envió unos jinetes a la vega y les ordenó avanzar lo más posible para cercarlos por medio de incursiones. Tibrón se encontraba casualmente con el flautista Tersandro lanzando el disco después del almuerzo. Efectivamente, Tersandro no era sólo buen flautista, sino que también rivalizaba en fuerza, como buen partidario de los laconios. Estru- 19
tas al verlos acudir en desorden y que los primeros eran pocos, los sorprendió con muchos jinetes bien agrupados. Primero dieron muerte a Tibrón y a Tersandro y después de caer éstos hicieron retroceder al resto del ejército y abatieron a muchos en la persecución; hubo algunos que se salvaron en las ciudades amigas y muchos otros porque se enteraron de la expedición con retraso. Pues muchas veces se organizaba sin anunciarla y así ocurrió en esta ocasión. Así se produjeron estos hechos.

---

[82] Cf. III 1, 4-8.

Ayuda lacedemonia a Rodas y Asia Menor

20 Cuando los rodios, expulsados por el partido democrático, llegaron a Lacedemonia [83], informaron que no era justo dejar con indiferencia que los atenienses sometieran Rodas y se sumaran fuerzas tan grandes. Al darse cuenta de que si el partido democrático dominaba, Rodas entera sería de los atenienses, pero si dominaban los ricos, sería de ellos, equiparon ocho naves y designaron como navarco
21 a Écdico. Enviaron también en esas naves a Dífridas. Le ordenaron que después de pasar a Asia mantuviese las ciudades que acogieron a Tibrón, tomara a su cargo el ejército que quedaba, reuniera otro de donde fuera y luchara contra Estrutas. Naturalmente, Dífridas cumplió estas órdenes y, además de otros hechos que ocurrieron, apresó a Tigranes, casado con la hija de Estrutas, cuando se encaminaba a Sardes con su mujer, y lo soltó a cambio de mucho dinero; así pudo pagar inmediatamente a los mercenarios desde ese momento.
22 No era este hombre menos agradable que Tibrón, y estratego más ordenado y emprendedor. Pues no se dejaba dominar por los placeres corporales y siempre estaba pendiente de la tarea que tenía entre manos.

Écdico zarpó después para Cnido y se enteró de que el partido democrático dominaba la situación en Rodas y era dueño por tierra y mar... cruzaban el estrecho con doble número de trirremes que él [84], permaneció
23 quieto en Cnido. Por su parte, los lacedemonios cuando se dieron cuenta de que él tenía fuerzas inferiores a las

[83] Jenofonte no dice nada de estos acontecimientos. En 396 los rodios se desembarazaron de la escuadra peloponesia anclada en su puerto y acogieron a Conón y su flota (Diod., XIV 79, 6); en 395 Conón preparó un levantamiento popular y dieron muerte a la familia de los Diagóridas, que ejercían una especie de tiranía en la ciudad con ayuda de Esparta e instauraron un régimen democrático (*Anón. Oxyr.* X).

[84] Texto mal transmitido.

adecuadas para socorrer a los amigos, ordenaron a Teleutias costear para unirse a Écdico con las doce naves que tenía en el golfo[85] en las zonas de Acaya y Lequeo, despedir a Écdico y que él se encargara de los que deseaban ser amigos y causara a los enemigos todo el daño que pudiera. Después de llegar a Samos, sumando las naves de allí, Teleutias marchó por mar para Cnido y Écdico para su patria. Luego zarpó para Rodas 24
con veintisiete naves ya, y en la travesía se encontró con Filócrates, hijo de Efialtes, que iba con diez trirremes de Atenas a Chipre para una alianza con Evágoras[86] y se apoderó de todas; realizando los dos los planes más opuestos entre sí; efectivamente, unos atenienses que tenían al rey como amigo enviaban ayuda a Evágoras que luchaba contra el rey, y Teleutias, cuando los lacedemonios luchaban contra el rey, destruyó a quienes iban a una guerra contra aquél. Después de regresar a Cnido y poner en venta lo que tomó, llegó por fin a Rodas y ayudó a sus partidarios.

Campaña de Trasibulo

Los atenienses que creían que los 25
lacedemonios estaban preparando de nuevo fuerzas navales, enviaron a su vez a Trasibulo[87] de Estirea con cuarenta naves. Zarpando retrasó la ayuda a Rodas porque creía que ni él podría vengar con facilidad a los amigos de los lacedemonios que tenían un lugar fortificado y a su aliado Teleutias con las naves,

---

[85] Cf. IV 5, 19 y 8, 11.

[86] Los persas habían movilizado un ejército y una flota para impedir a Evágoras convertir a Chipre en independiente; los atenienses no quisieron abandonar al amigo de Conón, sin renunciar no obstante a la alianza con el rey: de ahí la paradoja de que habla Jenofonte.

[87] Es el que restableció la democracia en el año 404/3, designado con el nombre de su demo para distinguirlo de su homónimo Trasibulo del demo de Colito, estratego en 387 (V 1, 26) y político importante en los años siguientes.

ni que sus propios amigos se someterían a los enemigos, ya que tenían las ciudades y eran muchos más y
26 habían vencido en una batalla. Mas dirigiéndose al Helesponto, al no comparecer ningún rival, pensó en qué podía ser útil a su ciudad. En consecuencia, después de conocer que Amédoco[88], rey de los odrisos, y Seutes, jefe de los territorios de la costa, mantenían discusiones, los reconcilió y los hizo amigos y aliados de los atenienses, creyendo que las ciudades griegas establecidas en Tracia prestarían mayor atención a los ate-
27 nienses, si esos eran amigos. Como estas ciudades les eran favorables e igualmente las de Asia Menor, ya que el rey era amigo de los atenienses, se dirigió a Bizancio y exigió el diezmo a las naves procedentes del Ponto. Consiguió pasar a los bizancios de la oligarquía a un gobierno democrático; así el partido democrático de los bizancios no veía mal que hubiera muchísimos ate-
28 nienses en la ciudad. Después de hacer eso y ganarse como amigos a los calcedonios, salió del Helesponto. Encontrándose en Lesbos con que todas las ciudades se habían pasado al partido laconio, salvo Mitilene, no fue contra ninguna de ellas antes de concentrar a los cuatrocientos hoplitas de sus propias naves y a los desterrados de las ciudades que se habían refugiado en Mitilene, de añadir a los más decididos de los propios mitilenos y de infundir esperanzas en éstos de que serían los jefes de Lesbos entera si se apoderaban de las ciudades; a los desterrados, que serían capaces unidos todos de recobrar sus patrias si marchaban juntos contra cada una de las ciudades, una a una; asimismo a los tripulantes, que conseguirían muchísimo dinero si se ganaban a Lesbos como amiga; después de animarles con estos alicientes, una vez formados los llevó contra Metimna.

---

[88] Cf. *Anáb.* VII 2, 31 y ss.

Mas Terímaco, que era casualmente el harmoste lacedemonio, cuando oyó que Trasibulo se acercaba, mandó a la tripulación de sus naves, a los propios metimneos y a los desterrados mitilenios que se encontraban allí salir a su encuentro en las fronteras. Se dio un combate, Terímaco murió allí y otros muchos murieron también al huir. Luego se atrajo algunas ciudades, cogió botín para los soldados en otras que no se entregaron y luego se apresuró por llegar a Rodas. Allí reunió dinero de otras ciudades para fortalecer el ejército y llegando a Aspendo ancló en el río Eurimedonte. Cuando ya había recibido dinero de los aspendios, los soldados cometieron atropellos en algunas zonas de los campos; enojados los aspendios le atacaron de noche y le decapitaron en la tienda. 29

30

Actuación de Anaxibio e Ifícrates

Así terminó Trasibulo, que tenía fama de ser un varón excelente[89]. Los atenienses eligiendo en su lugar a Agirrio lo enviaron al frente de las naves. Cuando se enteraron que el diezmo de las naves procedentes del Ponto era vendido en Bizancio por los atenienses, que tenían Calcedón, y que otras ciudades del Helesponto mantenían buenas relaciones con ellos y que Farnabazo era su amigo, los lacedemonios decidieron que se había de actuar. No reprocharon nada a Dercílidas, mas Anaxibio, que era amigo de los éforos, consiguió salir para Abido como harmoste. Prometió luchar contra los atenienses para que no les fueran bien los asuntos del Helesponto si disponía de recursos y naves. 31

32

[89] Alude con esta frase a los últimos acontecimientos políticos de su vida. Las acusaciones de §§ 29 y 30 produjeron mal efecto en Atenas; un decreto obligaba a él y a sus colegas a venir y rendir cuentas en Atenas; su muerte paralizó el proceso, mas su colaborador Egocles fue condenado a muerte. Cf. LISIAS, XXVIII y XXIX.

33 Ellos enviaron a Anaxibio[90], con tres trirremes y recursos para mil mercenarios. Después de llegar reunió mercenarios de las ciudades eolias del continente, separó algunas de Farnabazo, realizó ataques contra las ciudades que a su vez habían atacado a Abido, marchó sobre ellas y devastó su territorio; equipó otras tres naves de Abido, además de las que tenía para remolcar al puerto cualquier barco ateniense o aliado que pu-
34 diera apresar. Al observarlo los atenienses y temer que se deteriorara la situación que logró Trasibulo en el Helesponto, enviaron a su vez a Ifícrates con ocho naves y unos mil doscientos peltastas. La mayor parte eran los que tuvo a su mando en Corinto. En efecto, después de convertir a Corinto en parte de Argos, los argivos declararon que no los necesitaban más —pues se había dado muerte incluso a algunos partidarios de Argos— y así vueltos a Atenas se encontraban en su
35 patria. Después de llegar al Quersoneso Anaxibio e Ifícrates, lucharon primero entre sí por medio de expediciones de piratas; mas andando el tiempo Ifícrates se informó de que Anaxibio había marchado a Antandro con los mercenarios, los laconios de su escolta y con doscientos hoplitas abidenos; oyó que se había ganado la amistad de Antandro y sospechó que regresaría de nuevo y llevaría los abidenos a su patria una vez restablecida la guarnición allí; así, cruzó de noche por la zona más desierta de Abido, subió a los montes y preparó una emboscada. Ordenó a las trirremes que le pasaron costear al amanecer hacia arriba a lo largo del Quersoneso, para dar la impresión de hacerse a la mar
36 a recoger dinero, como era costumbre. Al efectuar este plan, no se equivocó; al contrario, Anaxibio regresaba —como se dijo— sin hacer los sacrificios en aquel día, incluso despreocupado porque estaba atravesando una

[90] Cf. *Anáb.* VII para este personaje.

zona amiga y hacia una ciudad amiga, y también porque oía a los que encontraba que Ifícrates había zarpado para la ciudad de Proconeso, con lo que marchaba aún más descuidado. Ifícrates no se lanzó mientras el 37
ejército de Anaxibio estuvo en zona llana, pero cuando los abidenos iban a la cabeza por la llanura frente a Cremaste, donde tienen las minas de oro, y el resto del ejército que seguía estaba en la pendiente y Anaxibio acababa de descender con los laconios, Ifícrates en ese momento lanzó la emboscada y los llevó contra él a la carrera. Anaxibio dándose cuenta de que no había es- 38
peranzas de salvación, al ver su propio ejército desplegado en una fila muy estrecha y larga, y pensando que los que iban delante no podrían ayudarle con facilidad a causa de la pendiente, viendo incluso a todos aterrorizados ante la emboscada, dijo a los que estaban con él: «Amigos, es hermoso que yo muera aquí, pero vosotros buscad aprisa la salvación antes de llegar a las manos con los enemigos». Dicho esto, tomó el escudo 39
de su escudero y murió allí mismo luchando en su puesto. También su mancebo permaneció a su lado y murieron luchando con él unos doce lacedemonios, harmostes de las ciudades que le acompañaban. Los demás cayeron en la huida. Los persiguieron hasta la ciudad. Del resto murieron unos doscientos y unos cincuenta hoplitas abidenos. Después de realizar este ataque Ifícrates volvió a retirarse al Quersoneso.

V

El libro V refiere los acontecimientos de los años 389-375 a. C. Jenofonte se detiene especialmente en las luchas entre lacedemonios y atenienses por la isla de Egina, la campaña y la paz de Antálcidas (386), el asedio de Mantinea (385) y Fliunte (384-379), las campañas contra Olinto desde el año 383, la toma de la acrópolis de Tebas (383) y posterior rendición de la guarnición lacedemonia (379), las expediciones anuales de Esparta contra Tebas a partir del 378 y los enfrentamientos navales de atenienses y macedonios (376-375).

Operaciones en Egina y Asia Menor

1 Tales fueron, pues, los asuntos atenienses y lacedemonios del Helesponto. Eteónico[1] estaba otra vez en Egina y aunque los eginetas mantenían relaciones comerciales con los atenienses desde antes, como había guerra declarada por mar, envió piratas voluntarios a saquear el Ática con el consenti-
2 miento de los éforos. Sitiados por ellos los atenienses enviaron hoplitas a Egina con Pánfilo como estratego, construyeron fortificaciones contra los eginetas y los sitiaron por tierra y por mar con diez trirremes. Mas Teleutias, que había llegado casualmente a las islas para

[1] Aparece al fin de la guerra del Peloponeso (II 2, 5), Jenofonte no dice cuándo estuvo en Egina por primera vez.

recaudar fondos, al oír lo de la fortificación, acudió en ayuda de los eginetas; rechazó a la flota, pero Pánfilo conservó la fortificación.

3 Después de esto llegó el navarco Hiérax enviado por los lacedemonios. Se encargó de la flota y Teleutias partió para su patria triunfalmente. En efecto, cuando descendió al mar para dirigirse a su patria, no hubo soldado que no le diera la mano, uno le coronaba, otro le ponía cintas[2], otros que llegaron tarde cuando ya se había hecho a la mar arrojaban coronas al agua y le deseaban toda clase de bienes. Por supuesto, reconozco 4 que ahora no estoy hablando de gastos, peligros, ni de ningún artificio digno de mención; mas, por Zeus, me parece que es digno de considerar lo siguiente en este hombre: qué hizo Teleutias para atraerse a los que mandaba de este modo. Pues evidentemente ese hecho es más digno de mencionarse que muchas riquezas o peligros. Hiérax a su vez, después de tomar las demás 5 naves, se dirigió a Rodas; en Egina dejó doce trirremes y a su secretario Gorgopas como harmoste. Después de esto los atenienses de la fortificación fueron los sitiados en lugar de los de la ciudad, de modo que Atenas retiró de Egina al quinto mes a los de la fortificación equipando muchas naves por medio de una votación. Hecho esto, los atenienses volvieron a tener dificultades con los piratas y con Gorgopas; equiparon a su vez trece naves y eligieron a Éunomo como navarco[3]. Cuan- 6 do Hiérax estaba en Rodas, los lacedemonios enviaron a Antálcidas como navarco, creyendo al designarlo que agradarían mucho a Tiribazo. Antálcidas al llegar a Egina tomó las naves de Gorgopas y se dirigió a Éfeso; despachó de nuevo a Gorgopas para Egina con las doce naves y encargó de las demás al secretario Nicóloco.

[2] Como señal de victoria.

[3] Se vuelve a encontrar aquí el término específico espartiata de navarco aplicado a un oficial de la flota ateniense (I 6, 29).

Éste se dirigió a la ciudad de Abido para ayudar a sus habitantes; desviándose a Ténedos, saqueó el territorio,
7 tomó dinero y partió para Abido. Los estrategos atenienses procedentes de Samotracia, Tasos y la zona situada frente a esas islas se reunieron y ayudaron a los tenedios. Cuando se enteraron de que Nicóloco había desembarcado en Abido, partieron del Quersoneso con treinta y dos naves y lo sitiaron a él, que sólo tenía veinticinco. Por su parte Gorgopas se encontró con Éunomo al volver de Éfeso; y de momento se refugió en Egina poco antes de la puesta del sol. Después de desembarcar mandó cenar a los soldados inmediata-
8 mente. Éunomo esperó un poco y luego se alejó. Al caer la noche marchaba en cabeza llevando una luz como es costumbre, para que no se extraviasen las naves que seguían detrás. Gorgopas después de embarcar siguió a la que llevaba la tea, retrasándose un poco para no ser visto ni dejarse ver, sirviéndose los cómitres del ruido de piedras en lugar de la voz y remando sin hacer ruido.
9 Cuando las naves de Éunomo llegaron a la costa del Ática en la zona de Zoster, Gorgopas ordenó atacar al son de la trompeta. Algunos acababan de desembarcar de las naves de Éunomo, otros estaban aún anclando, otros aún navegando. Se trabó combate a la luz de la luna y Gorgopas apresó cuatro trirremes y partió para Egina remolcándolas. Las demás naves atenienses se refugiaron en el Pireo.

10 Después de estos acontecimientos Cabrias[4] zarpó para Chipre para ayudar a Evágoras con ochocientos peltastas y diez trirremes, además de otras naves y hoplitas de Atenas. Desembarcó de noche en Egina y

[4] Es la primera vez que menciona Jenofonte a este estratego a pesar de haber realizado ya varias campañas. El texto incluso indica que no viene de Atenas; sin duda procedía del Peloponeso, donde había hecho una afortunada campaña con sus tropas ligeras. Murió en el año 357 a. C.

más allá del Heracleo en una hondonada tendió una emboscada con los peltastas. Como se había convenido, al amanecer llegaron los hoplitas atenienses al mando de Deméneto y se internaron unos dieciséis estadios detrás del Heracleo, en la zona llamada Tres Torres. Al enterarse Gorgopas acudió con los eginetas, los sol- 11 dados de cubierta y ocho espartiatas que se encontraban allí. Anunció por un heraldo que acudieran también todos los hombres libres de la tripulación; de modo que muchos de ellos acudieron incluso con el arma que cada cual pudo conseguir. Cuando los primeros pasa- 12 ron la emboscada, se levantaron los de Cabrias e inmediatamente empezaron a lanzar jabalinas y dardos. Asimismo se agregaron los hoplitas desembarcados de las naves. En consecuencia, como no había ninguna formación cerrada, los primeros murieron pronto, entre los cuales estaban Gorgopas y los lacedemonios; después que cayeron éstos, los demás se volvieron. Murieron unos ciento cincuenta eginetas y no menos de doscientos aliados, metecos y marineros que vinieron en ayuda. Después de esta emboscada los atenienses reco- 13 rrían el mar como en tiempos de paz. Efectivamente, los marineros no querían remar, aunque Eteónico[5] los obligaba, porque no les pagaba. Por ello los lacedemonios volvieron a enviar a Teleutias [a esa isla][6] como navarco de las naves. Los marineros se alegraron mucho cuando lo vieron llegar. Él los reunió y dijo lo siguiente:

«Soldados, yo he llegado sin dinero, mas si un dios 14 lo quiere y vosotros ayudáis con interés, intentaré pro-

---

[5] Sin duda volvió a Egina de harmoste después de la muerte de Gorgopas. Cabrias no intentó quedarse en Egina después de su victoria, sino que marchó para Chipre en ayuda de Evágoras.

[6] Hay una laguna en los manuscritos y los textos no son uniformes en este pasaje.

porcionaros abundantes provisiones. Sabed bien: cuan-
do yo os mando deseo que vosotros no viváis nunca
peor que yo y en cuanto a las provisiones os extra-
ñaréis quizás si afirmo que deseo que vosotros tengáis
más que yo; por los dioses, yo preferiría estar dos días
en ayunas antes que vosotros uno solo; lo juro, mi
puerta estaba abierta para quien quería entrar y pe-
dirme algo en la época anterior y estará abierta asi-
15 mismo ahora. De modo que cuando vosotros tengáis
provisiones abundantes, entonces me veréis también a
mí llevando un régimen de vida más abundante; pero
si me veis soportando los rigores del frío, del calor o
las noches en vela, esperad también vosotros soportar
todo eso. Pues yo no ordeno hacer nada para molesta-
16 ros, sino para que saquéis algún bien de ello. Soldados,
realmente nuestra ciudad, que es considerada afortu-
nada, sabéis bien que no consiguió nada bueno ni
bello [7] por la indolencia, sino con el esfuerzo y el riesgo
voluntariamente aceptado cuando fue necesario. Por
supuesto, vosotros fuisteis hombres valientes anterior-
mente, como yo sé, pero ahora es necesario que inten-
téis ser mejores aún para que todos participemos con-
17 tentos del trabajo y del éxito. Pues, ¿qué hay más agra-
dable que el que nadie se vea obligado a adular a un
griego o a un bárbaro por un sueldo, mas sea capaz
de procurarse sustento de donde es mejor? Efectiva-
mente, bien sabéis que en la guerra un botín abundante
procedente del enemigo acarrea al mismo tiempo sus-
tento y fama a todos los hombres».

---

[7] Es ideal de la aristocracia griega, especialmente de la doria *(Kalokagathía)*.

Teleutias ataca el Pireo

Así habló y todos pidieron a gritos que diera las órdenes precisas, que ellos las cumplirían. Acababa casualmente de hacer un sacrificio cuando dijo: «Ea, amigos, cenad y haced lo que ibais a hacer como pensabais, mas traed comida para un día. Luego venid a las naves inmediatamente para dirigirnos a donde dios quiera y llegar en el momento oportuno». 18

19 Después que vinieron y embarcaron en las naves se dirigió de noche al puerto ateniense dando órdenes, ya de acostarse, ya de dedicarse a remar. Si alguien piensa que se dirigía imprudentemente con doce trirremes contra quienes tenían muchas naves más, considere el razonamiento de Teleutias. 20 Efectivamente, pensaba que los atenienses descuidaban un poco la flota del puerto porque había perecido Gorgopas; y aunque hubiera trirremes ancladas, consideraba más seguro marchar contra veinte naves que estuvieran en Atenas[8] que contra diez en otro lugar. Pues sabía que los marineros de las que estaban fuera tenían que residir en la propia nave, mas conocía que los trierarcos de las que estaban en Atenas pernoctaban en sus casas y los marineros se alojaban cada uno por su lado. Con esta consideración se puso en marcha. 21 Cuando distaba cinco o seis estadios del puerto, se quedó quieto y descansó; al despuntar el día, se puso en cabeza y los demás siguieron. No permitió hundir ninguna nave redonda[9] ni dañarla con las propias; pero cualquier trirreme que vieran anclada debían intentar dejarla fuera de servicio y conducir fuera las naves de carga, incluso con

[8] Se considera el Pireo como una dependencia de Atenas.

[9] Se distinguen los diversos tipos de naves con precisión: trirremes de guerra, naves oblongas que pueden emplearse como transporte (de hombres, caballos, mercancías) y naves de comercio.

tripulación, remolcándolas, y apresar a las mayores con sus tripulantes abordándolas como pudieran. Hubo algunos que saltando al Mercado[10] y apoderándose de algunos comerciantes y patronos de navíos los llevaron
22 a bordo. Mientras él estaba realizando esto, los atenienses que se encontraban en sus casas salían corriendo para indagar el motivo del alboroto y los de fuera corrían a sus casas por las armas y otros a la capital para comunicarlo. Todos los atenienses, hoplitas y jinetes acudieron entonces en la idea de que el Pireo
23 había sido tomado. Teleutias envió las naves a Egina y ordenó escoltarlas a tres o cuatro trirremes y con las demás costeando el Ática, como si saliera del puerto, apresó también muchas de pesca y de transporte cargadas de hombres que venían de las islas. Al llegar a Sunio apresó asimismo naves de carga, unas con trigo, otras con mercancías. Después de hacer eso volvió a
24 Egina. Con la venta del botín anticipó a sus soldados el sueldo de un mes. En adelante navegando por los alrededores tomaba lo que podía. Con ello mantenía las naves equipadas y a los soldados contentos y dispuestos para el servicio.

Campaña de Antálcidas

25 Antálcidas regresó con Tiribazo después de conseguir la alianza del rey en el caso de que los atenienses y sus aliados no quisieran aceptar la paz que proponía. Cuando oyó que Nicóloco estaba sitiado con sus naves en Abido por Ifícrates y Diotimo marchó por tierra para allá. De noche se hizo a la mar desde allí con los preparativos, haciendo correr el rumor de que le llamaban los calcedonios;
26 anclando en Percote permaneció quieto. Mas, enterándose los de Deméneto, Dionisio, Leóntico y Fanias, le

[10] *Deîgma:* lugar del muelle que servía de exposición o muestra de las mercancías, como indica su nombre.

persiguieron por el territorio de Proconeso; cuando aquéllos pasaron delante, se volvió y regresó a Abido, pues había oído que se acercaba Políxeno con las veinte naves de Siracusa e Italia para encargarse además de ésas. Después de esto Trasibulo el Coliteo[11] navegaba con ocho naves desde Tracia, pues quería unirse a las demás naves áticas. Cuando los vigías le comunicaron 27 por medio de señales que se acercaban ocho trirremes, Antálcidas preparó una emboscada con el mayor secreto posible, embarcando a los marineros en las doce naves más rápidas y ordenando equiparlas con los que quedaban en tierra si era preciso. Después que pasaron delante, las persiguió; ellos huyeron al verlos. Naturalmente apresó pronto con las más rápidas a naves muy lentas; dio la orden a los suyos, que iban los primeros, de no atacar a las últimas y persiguió a las que iban en cabeza. Después de apresarlas, los últimos se desanimaron al ver apresados a los suyos que marchaban delante e incluso fueron cogidos por las más lentas; de modo que todos fueron cogidos sin excepción. Des- 28 pués de llegar las veinte naves de Siracusa y además las de Jonia, de la zona que dominaba Tiribazo, fueron equipadas completamente con hombres procedentes del territorio de Ariobarzanes[12], pues desde antiguo era huésped de Ariobarzanes; en cuanto a Farnabazo había marchado ya al interior llamado otra vez, cuando se casó con la hija del rey, y Antálcidas dominó el mar con todas las naves que llegaron a ser más de ochenta; así impidió a las naves del Ponto[13] regresar a Atenas y las llevó a los puertos de sus aliados.

[11] Cf. IV 8, 25.

[12] Esto es, de la satrapía de Dascilio.

[13] Sobre las dificultades de aprovisionamiento de Atenas durante el año 387/6, Cf. Lisias, XXII 14.

Paz de Antálcidas

29 Por ello los atenienses deseaban ardientemente la paz, al ver que eran muchas las naves enemigas, temiendo que fueran derrotados como anteriormente[14], siendo el rey aliado de los lacedemonios y además estando bloqueado por los piratas de Egina. A su vez, los lacedemonios soportaban la guerra con dificultad, pues tenían una compañía de guarnición en el Lequeo, otra en Orcómeno[15], vigilaban las ciudades en las que confiaban para que no se echaran a perder y de las que desconfiaban para que no se separaran, y tenían o causaban dificultades con Corinto. Los argivos, por su parte, también eran favorables a la paz, pues habían visto la movilización decretada contra ellos y se daban cuenta que el pretexto
30 de los meses sagrados[16] ya no les servía de nada. En consecuencia, cuando Tiribazo comunicó que se presentaran los que deseaban firmar la paz anunciada por el rey, se presentaron todos inmediatamente. Después de reunirse, Tiribazo mostró el sello real y leyó el escrito. Era el siguiente:

31 «Artajerjes, el rey, considera justo que sean suyas las ciudades de Asia y las islas de Clazómenas y Chipre[17], que queden libres las otras ciudades griegas, pequeñas o grandes, excepto Lemnos, Imbros y Esciros; que éstas sean de los atenienses como antaño. A cuantos no acepten esta paz, a ésos yo les declararé

---

[14] Alusión al año 405, cuando Lisandro con la flota matenida por el oro persa amenazaba los estrechos como ahora Antálcidas.

[15] Cf. IV 3, 15.

[16] Cf. IV 7, 2.

[17] Clazómenas era en esta época una isla; fue unida a tierra por un dique en tiempos de Alejandro. La proximidad del continente y las revueltas políticas de que fue escenario en el año 387 explica que no se beneficie de la autonomía concedida a otras islas.

la guerra, junto con quienes la acepten, por tierra y por mar con naves y con dinero».

Oídas estas condiciones, los embajadores las comunicaron a sus respectivas ciudades. Todos los demás juraron solemnemente atenerse a esas condiciones, mas los tebanos creyeron oportuno jurar en nombre de todos los beocios. Agesilao se negó a aceptar los juramentos si no juraban, como decía el escrito del rey, que «las ciudades grandes o pequeñas sean libres». Los embajadores tebanos replicaron que no eran éstas las órdenes recibidas. Agesilao contestó: «Id, pues, y preguntad, anunciándoles además que si no lo cumplen, serán excluidos del tratado». Ellos marcharon. 32

Agesilao no esperó, por odio a los tebanos, sino que sacrificó en seguida después de persuadir a los éforos. Una vez realizados los sacrificios del paso de fronteras, al llegar a Tegea despachó unos jinetes a los habitantes cercanos para que se apresuraran, despachó asimismo a las ciudades a los jefes de los contingentes aliados. Antes de lanzarse desde Tegea se presentaron los tebanos diciendo que dejaban libres las ciudades. Entonces los lacedemonios volvieron a sus casas y los tebanos se vieron obligados a entrar en las treguas dejando libres las ciudades beocias[18]. Los corintios por su parte no expulsaron la guarnición argiva. Pero Agesilao advirtió a unos que, si no echaban a los argivos, a otros que, si no salían de Corinto, les declararía la guerra. Después de salir los argivos y volver a gobernarse independiente la ciudad de Corinto, los asesinos y los causantes de la matanza, ambos por temor, salieron de la ciudad por propia iniciativa; los demás ciudadanos acogieron voluntariamente a los desterrados anteriores. Después de cumplir estas condiciones y jurar las ciudades mantener la paz propuesta por el

[18] Esto supone la disolución de la liga beocia que será reconstruida en el 371 a. C.

rey, se licenciaron los ejércitos de tierra e igualmente las fuerzas navales. En consecuencia, entonces se concluyó por vez primera esta paz entre lacedemonios, atenienses y aliados después de la última guerra en la
36 que destruyeron las murallas de Atenas. Aunque en la guerra los lacedemonios actuaron contra los adversarios más de contrapeso que de otra cosa, consiguieron mucha mayor influencia por medio de la llamada paz de Antálcidas. Efectivamente, al convertirse en los representantes de la paz otorgada por el rey y lograr la libertad de las ciudades, se ganaron a Corinto como aliado, dejaron las ciudades beocias libres de los tebanos, precisamente lo que deseaban hacía tiempo, y obligaron a los argivos a dejar de considerar como propia a Corinto, decretando la movilización contra ellos si no salían de la ciudad.

Agesípolis en Mantinea

2 Ocurriendo estos hechos como deseaban, los lacedemonios decidieron castigar a los aliados que fueron contrarios en la guerra y más bien favorables a los enemigos que a Lacedemonia y disponerlos de modo que no pudieran serles infieles. Así, para empezar, enviaron mensajeros a los mantineos y les ordenaron destruir la muralla, alegando que de actuar de otra manera creerían que iban a pasarse
2 a los enemigos. Afirmaron efectivamente haber observado que enviaron trigo a los argivos cuando ellos les declararon la guerra y que a veces no les acompañaron en las expediciones alegando una tregua, y cuando les acompañaban, que participaban en la expedición de mala gana. Asimismo afirmaron haberse dado cuenta de que se molestaban si les ocurría algo bueno, pero se regocijaban si les sucedía alguna desgracia. Alegaron asimismo que la tregua con los mantineos había expirado ese año, la tregua de treinta años, firmada des-

pues de la batalla de Mantinea[19]. Puesto que no qui- 3
sieron destruir las murallas, decretaron la movilización
contra ellos. Agesilao pidió a la ciudad que le liberase
del cargo de estratego por esta vez alegando que la
ciudad de Mantinea había ayudado mucho a su padre
en las guerras contra Mesenia[20]. Agesípolis llevó las tro-
pas aunque su padre Pausanias mantenía relaciones
amistosas con los dirigentes del partido democrático
de Mantinea[21]. Cuando invadió, devastó primero el te- 4
rritorio. Como a pesar de ello no destruyeron las mu-
rallas, cavó un foso circular alrededor de la ciudad, con
la mitad de los soldados colocados con sus armas de-
lante de la otra mitad que realizaba la obra. Después
de concluir el foso construyó un muro circular alre-
dedor de la ciudad, con toda tranquilidad. Habién-
dose enterado de que había mucho trigo en la ciudad
por la buena cosecha del año anterior y considerando
que era una lástima arruinar la ciudad y a los aliados
con expediciones si se iba a emplear mucho tiempo,
puso un dique al río, que era muy caudaloso y corría
por medio de la ciudad. Obstruida la corriente, el agua 5
inundó los cimientos de las casas y de la muralla. Una
vez mojados los ladrillos inferiores y al no aguantar los
superiores, la muralla se agrietó primero y luego cayó.
Durante algún tiempo aplicaron maderos y se ingeniaron
para que no cayera el torreón; pero luego acordaron
destruirlo vencidos por el agua y por temor a que
cayendo por algún lado el recinto amurallado fueran
presa de la guerra. Los lacedemonios se negaron a pac-

[19] Según TUC., V 81 fue firmada en 418/7; la paz de Antálcidas es del 386; Diodoro dice que los espartiatas no la respetaron durante dos años, lo que colocaría en el 385 la expedición contra Mantinea, según Hatzfeld.

[20] Se trata de la revuelta de Mesenia en 464, mas no se sabe cómo el rey Arquidamo fue ayudado por Mantinea.

[21] Se trata de Pausanias desterrado cerca de ahí, en Tegea (III 5, 25, y más arriba, § 3).

tar si no se distribuían por aldeas. Ellos a su vez, considerando que no había más remedio, consintieron
6 en hacerlo. Cuando los partidarios de Argos y los dirigentes del partido democrático creían que iban a morir, consiguió el padre[22] de Agesípolis darle seguridad a ellos, que eran unos sesenta, si se alejaban de la ciudad. Los lacedemonios se colocaron con lanzas a ambos lados de la ruta, comenzando desde las puertas, contemplando a los que salían. Aunque los odiaban, sin embargo los respetaron con más facilidad que los aristócratas mantineos. Debe referirse este gran testi-
7 monio de disciplina. Luego se destruyó la muralla, se dividió Mantinea en cuatro aldeas, como vivían antiguamente. Al principio estaban molestos porque debían destruir las casas que tenían y construir otras, pero luego, como los que tenían bienes vivían más cerca de las fincas que poseían en las aldeas, se servían de un régimen aristocrático y estaban libres de los pesados demagogos, quedaron contentos de la situación. Los lacedemonios no les enviaron un solo jefe de las tropas aliadas, sino uno por aldea. Asimismo participaban en las campañas con mucho más celo que cuando tenían un régimen democrático. Así concluyeron los asuntos de Mantinea y los hombres en adelante fueron más sensatos, al menos en lo referente a no pasar ningún río por medio de las murallas.

Ayuda a los desterrados de Fliunte

8 Los desterrados de Fliunte, al enterarse de que los lacedemonios inspeccionaban cómo se habían portado con ellos durante la guerra cada uno de los aliados, reconociendo que era una buena ocasión, marcharon a Esparta y explicaron que mientras ellos estuvieron en su patria, la ciudad acogió a los lacedemonios dentro de las murallas y les acom-

[22] Véase IV 2, 16.

pañaron a donde mandaban; mas después que los expulsaron, no querían acompañarlos a ningún sitio y únicamente no acogían dentro de sus puertas[23] a los lacedemonios de entre todos los hombres. Por ello, des- 9
pués de oírlos los éforos, decidieron que merecían el regreso. Enviando unos mensajeros a la ciudad de Fliunte dijeron que los desterrados eran amigos de la ciudad de los lacedemonios, que estaban desterrados sin haber cometido ninguna injusticia y declararon que consideraban justo conseguir su regreso no por la fuerza, sino con su consentimiento. Al oírlo los fliasios temieron que si hacían una expedición contra ellos, algunos de dentro los dejaran entrar en la ciudad. Efectivamente, había muchos parientes de los desterrados e incluso simpatizantes, y además algunos que deseaban cambios políticos, como en muchísimas ciudades, querían su retorno. Por temor votaron acoger a los deste- 10
rrados, devolverles los bienes inmuebles y a sus compradores reintegrarles el valor a costa del tesoro público; además resolver los asuntos litigiosos entre unos y otros por medio de un juicio. Estas gestiones se realizaron a su vez en aquella época sobre los fliasios desterrados.

Embajada de Apolonia y Acanto

Unos embajadores de Acanto y Apo- 11
lonia, precisamente las ciudades mayores de los alrededores de Olinto, llegaron a Esparta. Los éforos los llevaron ante la asamblea de los aliados[24] después de oír el motivo de su llegada. Allí habló, pues, 12
el acantio Clígenes: «Lacedemonios y aliados, creemos

[23] Se contradice con IV 4, 15, donde cuenta que en 392 por temor a Ifícrates acogieron a una guarnición laconia para la vigilancia de la ciudad y de la acrópolis y que en 387 Fliunte fue el lugar de concentración del ejército de Agesípolis (IV 7, 3).

[24] Jenofonte se salta dos años, desde el final del 385 a la primavera del 382, sin decir una palabra.

que no os dais cuenta de un gran problema que está surgiendo en la Hélade. Efectivamente, casi todos sabéis que Olinto es la mayor ciudad de Tracia. Los olintios se atrajeron algunas ciudades con la condición de servirse de sus mismas leyes y constituir un mismo estado, incluso luego sumaron algunas de las mayores. Más tarde intentaron asimismo liberar las ciudades de
13 Macedonia de Amintas, su rey. Después que las más próximas les prestaron atención, marcharon en seguida contra las alejadas e incluso las mayores; cuando nosotros los dejamos tenían ya Pela[25], precisamente la ciudad más importante de Macedonia, además de otras muchas; observamos que Amintas se retiraba de las ciudades y que ya casi había sido expulsado de toda Macedonia. Incluso nos enviaron embajadores a los apoloniatas y a nosotros y nos advirtieron que vendrían contra nosotros si no nos presentábamos para parti-
14 cipar en una expedición. Pero es que nosotros, lacedemonios, queremos servirnos de las leyes patrias y ser ciudadanos independientes; mas no tendremos más remedio que estar con ellos si nadie nos ayuda. Por supuesto, ahora no tienen ya menos de ochocientos[26] hoplitas y muchos más peltastas; los jinetes serán más
15 de mil si nosotros nos unimos a ellos. Igualmente dejamos allí mismo a unos embajadores atenienses y beocios y oímos que se había votado por los olintios enviar embajadores a esas ciudades para una alianza en compañía de esos mismos. Si se añaden, pues, fuerzas tan grandes a las atenienses y tebanas, mirad que aquéllas ya no os serán muy fáciles de someter y puesto que tienen ya Potidea que está en el istmo de Palene, con-

---

[25] Efectivamente, habían ocupado la baja Macedonia y Pela, mas fue Amintas quien los llamó al ver su reino mermado por los ilirios y por el pretendiente Argeo. V. Hatzfeld.

[26] Probablemente el texto está mal conservado; el número parece muy bajo.

siderad asimismo que las ciudades del istmo serán súbditas suyas. He aquí otra prueba de que esas ciudades temen seriamente: en efecto, por más que odian a los olintios, sin embargo no se atrevieron a enviar embajadores con nosotros para dar a conocer esa situación.
Considerad esto asimismo, cuán natural es que vos- 16
otros os preocupéis de que Beocia no esté unida, pero mientras os despreocupáis de que esté reuniendo un ejército mucho mayor y que es fuerte no sólo por tierra, sino incluso por mar. Pues, ¿qué lo impide, si en el mismo territorio hay madera apta para la construcción de naves e ingresos procedentes de muchos puertos, de muchos mercados y mucha población por la
abundancia de víveres? Por otra parte, son vecinos de 17
los tracios que no tienen rey, que ahora están ya a su servicio; y si se les somete, añadirán además esa gran fuerza. Por supuesto, si esos los siguen, las minas de oro del Pangeo les tenderán una mano. Nosotros no decimos nada que no se haya dicho miles de veces en la
asamblea olintia. Y, ¿qué se podría decir de su ambi- 18
ción? Pues, sin duda, el dios fomenta el crecimiento de las ambiciones humanas junto con su poder. Lacedemonios y aliados, en resumen, nosotros os comunicamos que así están los asuntos allí; vosotros deliberad y decidid si merecen atención. Es preciso que vosotros sepáis además lo siguiente: que el poder que hemos dicho, aunque es grande, aún no es imposible de vencer. Pues las ciudades que participan a disgusto de un régimen común, si ven otra alternativa, se separan
pronto; pero una vez unidos estrechamente por matri- 19
monios y posesiones que se aprobaron entre ellos por votación, se darán cuenta que es ventajoso acompañar a los que dominan —como los arcadios cuando van con vosotros, pues conservan sus propios bienes y arrebatan los ajenos— y probablemente ya no será fácil por la misma razón desunirlas.

20 Dicho esto, los lacedemonios dieron la palabra a los
aliados y les invitaron a proponer lo que creían mejor
para el Peloponeso y para sí. A continuación, muchos
propusieron preparar una expedición, principalmente
los que deseaban complacer a los lacedemonios; se
aprobó que cada ciudad enviara el contingente necesa-
21 rio para llegar a unos diez mil. Asimismo hubo propo-
siciones de que se permitiera a la ciudad que lo de-
seara dar dinero en lugar de hombres —un trióbolo
egineta [27] por hombre— y la que proporcionaba jinetes,
22 dar el sueldo de cuatro hoplitas por jinete [28], pero si
alguna ciudad abandonaba la expedición, los lacedemo-
nios podían imponer una multa de un estatero por hom-
23 bre y día. Después de aprobar estas mociones, los
acantios volviéndose a levantar trataron de mostrar que
esas votaciones estaban bien, pero que no se podían
llevar a la práctica con prontitud. Por ello afirmaron
que era mejor enviar un hombre como jefe, mientras
se reunía esa expedición, lo antes posible, y todas las
fuerzas de Lacedemonia y de otras ciudades que pu-
dieran salir con prontitud; pues si se hacía esto, las
ciudades que no se habían entregado aún se manten-
drían firmes y las forzadas lucharían con menos ardor.
24 Aprobadas también estas proposiciones, los lacedemo-
nios enviaron a Eudámidas y unos dos mil neodamo-
des, periecos y escIritas [29] con él. Al salir Eudámidas
pidió a los éforos que su hermano Fébidas le siguiera
después de reunir los últimos de los que le habían sido

[27] La dracma de Egina valía 8 óbolos (la ática 6) y era la moneda internacional fuera del imperio ateniense.

[28] Parece que es la primera vez que encontramos en la confederación peloponesia esta tasa de reemplazo, frecuente a partir de esta fecha.

[29] Los escIritas son los habitantes de la zona montañosa entre Laconia y Arcadia. Constituían en el ejército espartano un cuerpo especial para momentos difíciles. Cf. TUC., V 67; JEN., *Rep. lac.* XII 3, XIII 6.

asignados. Cuando llegó a los territorios de Tracia, envió guarniciones a las ciudades que las pidieron, se atrajo voluntariamente a Potidea, que ya era aliada de aquéllos, y utilizándola como base luchaba según era conveniente para sus fuerzas, inferiores en número.

Toma de la acrópolis de Tebas

Después de concentrarse los últimos 25
de Eudámidas, Fébidas se puso en marcha con ellos. Cuando llegaron a Tebas, acamparon fuera de la ciudad, en los alrededores del gimnasio. Los tebanos andaban en revueltas cuando se encontraban como polemarcos Ismenias y Leontiades, que eran rivales y ambos jefes de una facción oligárquica[30]. Ismenias ni siquiera se acercó a Fébidas por odio a los lacedemonios. Mas Leontíades le trató de modo diferente y una vez que tuvo confianza con él le dijo lo
siguiente: «Fébidas, tú puedes en este día rendir el 26
mayor bien a tu patria, pues si me acompañas con los hoplitas, yo te introduciré en la acrópolis. Piensa que toda Tebas estará con los lacedemonios y con nosotros,
vuestros amigos, si se realiza este plan. Aunque ahora, 27
como ves, se ha proclamado que ningún tebano te acompañe en la expedición contra los olintios, no obstante si tú haces eso con nosotros, inmediatamente nosotros enviaremos muchos hoplitas y jinetes contigo; de modo que ayudarás a tu hermano con grandes fuerzas y mientras él va a someter Olinto, tú someterás Tebas, ciu-
dad mucho mayor que aquélla». Al oír ese proyecto 28
Fébidas se llenó de esperanzas; efectivamente deseaba incluso más que la vida realizar alguna acción brillante, mas no parecía ser un hombre calculador ni muy prudente. Cuando aceptó, le ordenó disponerse como si estuviera preparándose para marchar; Leontíades añadió: «Cuando sea el momento oportuno, yo me presen-

[30] *Hetairía:* facciones o partidos oligárquicos.

29 taré y guiaré personalmente». Mientras el Consejo estaba en sesión en el pórtico del ágora porque las mujeres celebraban las Tesmoforias en la Cadmea, y había la mayor soledad en las calles por ser verano y mediodía, en esos momentos Leontíades se acercó a caballo, mandó a Fébidas dar la vuelta y lo llevó directamente a la acrópolis; después de apostar allí a Fébidas con los suyos, entregarle el cerrojo de las puertas y ordenar que nadie pasara a la acrópolis si no lo mandaba él
30 personalmente, se dirigió al Consejo. Al llegar dijo lo siguiente: «Ciudadanos, no os desaniméis en absoluto porque los lacedemonios tengan la acrópolis, pues aseguran que no han venido como enemigos de nadie que no desee la guerra. Como la ley prescribe que el polemarco puede detener a quien juzgue que realiza acciones merecedoras de la pena de muerte, yo detengo a Ismenias, aquí presente, por declarar la guerra. Vosotros los capitanes y los que estáis a sus órdenes, levantaos
31 y llevadlo detenido a donde se dijo». Entonces se presentaron los que estaban al tanto del plan, obedecieron y lo detuvieron. Los que no lo sabían y eran rivales de los de Leontíades, unos huyeron en seguida fuera de la ciudad por miedo a morir, otros se refugiaron primero en sus casas, mas cuando se enteraron que Ismenías estaba preso en la Cadmea, entonces se refugiaron en Atenas; eran unos trescientos los partida-
32 rios de Androclidas y de Ismenias. Una vez realizado este plan eligieron a otro polemarco en lugar de Ismenias, y Leontíades marchó inmediatamente para Esparta. Allí encontró a los éforos y a la mayor parte de la ciudad irritados con Fébidas por no haber cumplido las órdenes recibidas; aunque Agesilao alegó que de haber ocasionado algún perjuicio a Lacedemonia, sería justo castigarlo, pero si eran hechos favorables, que había una costumbre antigua que permitía improvisar

los tales. Afirmó, pues: «Conviene investigar eso mismo, si los hechos son buenos o malos».

33 Luego Leontíades compareciendo ante los asambleístas dijo lo siguiente: «Varones lacedemonios, que los tebanos eran hostiles antes de ocurrir lo que se ha hecho ahora, lo decíais incluso vosotros, pues los veíais siempre como amigos de vuestros contrarios y enemigos de vuestros amigos. ¿No es verdad que no quisieron participar en una expedición contra el partido democrático del Pireo, que era vuestro mayor enemigo? ¿No efectuaron una campaña contra los focidios al ver que
34 os eran leales? Asimismo concluyeron una alianza con los olintios al saber que vosotros ibais a declararles la guerra, y entonces vosotros siempre prestabais atención cuando oíais que ellos tenían sometida Beocia a la fuerza, mas ahora cuando se ha logrado esto, no debéis temer ya a los tebanos, pues os bastará una pequeña escítala para que os ayuden desde allí en todo lo que pidáis si vosotros os cuidáis de nosotros como nosotros
35 de vosotros». Los lacedemonios le escucharon y decidieron conservar la acrópolis, ya que se había tomado, y juzgar a Ismenias; luego enviaron tres jueces lacedemonios y uno por cada ciudad grande o pequeña. Después de constituirse el tribunal se acusó a Ismenias de ser partidario del bárbaro y huésped del Persa, por supuesto, no para bien de Grecia; de haber recibido dinero del rey y de que él y Androclidas eran los mayores culpables de todos los desórdenes de Grecia. Él
36 se defendió de todas estas acusaciones, mas no consiguió librarse de las de ambición y hostilidad. Fue condenado y ejecutado. El grupo de Leontíades conservó la ciudad y ayudó a los lacedemonios más de lo que se les pidió.

Campaña de Teleutias en la península Calcídica

37 Después de estos hechos los lacedemonios enviaron la expedición a Olinto con mucho más celo. Mandaron a Teleutias como harmoste, mandaron también al mismo tiempo a todos los contingentes que formaban los diez mil y enviaron escítalas a las ciudades aliadas con órdenes de acompañar a Teleutias según el decreto de los aliados. Los demás ayudaron con entusiasmo a Teleutias, pues no era desagradecido con los que prestaban algún servicio e incluso la ciudad de Tebas le envió con celo hoplitas y
38 jinetes por ser hermano de Agesilao. Iba sin apresurarse demasiado, cuidándose en el trayecto de no ofender a los amigos y de reunir la mayor fuerza posible. Primero envió mensajeros a Amintas, le pidió que reclutara mercenarios y diera dinero a los reyes vecinos para que se aliaran con él si quería recuperar el poder. Asimismo envió mensajeros a Derdas, jefe de Elimia[31], mostrándole que los olintios habían sometido el mayor poder de Macedonia y no iban a dejar el menor, si no
39 se les obligaba a acabar con su desmesura. Después de hacer eso, llegó al territorio aliado con un ejército muy grande. Luego fue a Potidea y desde allí marchó contra el territorio enemigo formado en orden de batalla. Al marchar contra la ciudad no quemó ni devastó nada, creyendo que si lo hacía, eso sería un obstáculo para él tanto al acercarse como al retirarse; mas cuando se alejase de la ciudad, que entonces sería oportuno talar los árboles y ponerlos de obstáculos a cualquiera que
40 le siguiera. Cuando no distaba de la ciudad ni diez estadios, formó las tropas, él en el ala izquierda, pues así podía encontrarse bajo las puertas por donde salían los enemigos, y el resto de la formación de los aliados estaba ordenado a la derecha. Colocó a los jinetes la-

[31] Situado al sur de Macedonia, cerca del camino seguido por Teleutias.

conios, tebanos y macedonios que estaban presentes en el ala derecha; tenía a su lado a Derdas con sus jinetes, unos cuatrocientos, porque estimaba ese contingente de caballería y a la vez distinguía a Derdas, alegrándose de que estuviera allí. Después de venir los enemigos, 41
formaron enfrente bajo la muralla y agrupándose sus jinetes atacaron a los laconios y beocios. Tiraron del caballo a Policarmo, jefe de la caballería lacedemonia, y le hirieron gravemente en el suelo, mataron a otros y finalmente hicieron volverse a la caballería del ala derecha. Al huir la caballería, cedió también la infantería contigua a ella y el ejército entero habría corrido peligro de ser derrotado si Derdas no hubiera avanzado derecho hacia las puertas de Olinto con su propia caballería. Teleutias le siguió también con los suyos formados. Cuando lo vieron los jinetes olintios, por temor 42
a ser alejados de las puertas, se volvieron y se retiraron rápidamente. Entonces Derdas mató a muchísimos al pasar delante. La infantería olintia se retiró igualmente a la ciudad, mas no murieron muchos porque estaba cerca la muralla. Después de erigir un trofeo, al conseguir esa victoria, Teleutias taló los árboles al retirarse. Realizada esa expedición en el verano, licenció el ejército macedonio y el de Derdas; mas los olintios continuaban tomando y matando hombres de las ciudades aliadas de los lacedemonios con frecuentes incursiones.

Nuevas campañas en la península Calcídica

Al despuntar la primavera los jinetes olintios, que eran unos seiscientos, 3
realizaron una incursión contra Apolonia a mediodía y se dedicaron a coger botín dispersos. Se daba la circunstancia de que Derdas había llegado este día con sus propios jinetes y estaba almorzando en Apolonia. Cuando vio la incursión, se quedó quieto con los caballos preparados y los jinetes armados. Y cuando los olintios

avanzaban despreocupados hacia el arrabal y las puer-
2 tas mismas, entonces salió con ellos formados. Al verlos comenzaron a huir. Una vez que les hizo dar la vuelta, no dejó de perseguirlos y sembrar la muerte durante noventa estadios[32], hasta la misma muralla de Olinto. Se dice que Derdas mató a unos ochenta jinetes en esa persecución. Desde este acontecimiento los enemigos se mantuvieron dentro de las murallas con más cautela
3 y cultivaron generalmente muy poco territorio. Andando el tiempo Teleutias efectuó una expedición contra la ciudad de Olinto y destruyó los pocos árboles y cultivos que le quedaban; los jinetes enemigos salieron a paso lento, atravesaron el río que corre junto a la ciudad y marcharon contra el ejército contrario. Cuando Teleutias los vio, encolerizado por su audacia, ordenó inmediatamente a Tlemónidas, el jefe de los pel-
4 tastas, dirigirse contra ellos a la carrera. Cuando vieron correr a los peltastas, los olintios dando media vuelta se retiraron a paso lento y volvieron a cruzar el río. Ellos los siguieron intrépidos y pasaron también persiguiendo a los que huían. Entonces los jinetes olintios, cuando les pareció que estaban ya a su alcance los que habían pasado, se volvieron, los atacaron y mataron a
5 Tlemónidas y a otros cien más. Al ver lo que ocurría, Teleutias irritado tomó las armas, llevó rápidamente a los hoplitas y ordenó a los peltastas y jinetes perseguirlos sin ceder. En consecuencia, muchos, después de perseguirlos hasta las murallas, más cerca incluso de lo que convenía, se retiraron con dificultad, pues disparaban desde los torreones y se vieron obligados a reti-

[32] Había una sola Apolonia en la región, a unos cuarenta kilómetros de Olinto. Jenofonte habla de 90 estadios, es decir, unos 16 kilómetros; hay, pues, un error de Jenofonte en la apreciación de la distancia o una falta del texto. No parece verosímil la hipótesis de dos Apolonias muy próximas. Cf. nota de Hatzfeld.

rarse desordenadamente guardándose de los dardos. Entonces los olintios sacaron la caballería y acudieron los peltastas también; por último salieron los hoplitas a la carrera y cayeron sobre una formación desordenada. Teleutias murió luchando allí. Al ocurrir esto los que le rodeaban cedieron en seguida y ninguno se mantuvo firme, sino que huyeron todos, unos a Espartolo, otros a Acanto, otros a Apolonia y los más a Potidea. Como cada uno huyó por su lado, así también los enemigos persiguiendo cada uno por su lado, mataron a muchísimos hombres, y con ellos a la parte más preparada del ejército. 6

En consecuencia, yo puedo afirmar que los hombres han aprendido de tales desgracias que nadie, ni siquiera los criados, deben ser castigados cuando uno está encolerizado; pues muchas veces dueños encolerizados sufren incluso mayores males que los que causan; y, por supuesto, es un error completo atacar a los contrarios por cólera y sin reflexión. Pues la cólera no prevé, mas la reflexión considera tanto si se va a salir perjudicado como si se va a dañar al enemigo. 7

Después de enterarse de la desgracia, los lacedemonios deliberaron y decidieron que era preciso enviar fuerzas no pequeñas para apagar los humos de los vencedores y no dejar anulados los esfuerzos realizados. Por ello después de la votación enviaron como jefe al rey Agesípolis y treinta espartiatas con él como en la campaña de Agesilao por Asia Menor. Le acompañaron voluntariamente muchos periecos distinguidos, extranjeros de los llamados trófimos [33] y espartiatas bastardos, muy bellos y no faltos de la educación estatal. Participaron en la expedición voluntarios de las ciudades aliadas, jinetes tesalios que deseaban ser conocidos de 8 9

[33] Los *tróphimoi* son extranjeros residentes en el país desde niños o nacidos en Esparta de extranjeros. Tenían la misma educación que los espartanos.

Agesípolis, Amintas y Derdas con más entusiasmo que antes. Agesípolis marchó contra Olinto una vez realizado esto.

Sitio de Fliunte

10 La ciudad de Fliunte fue elogiada por Agesilao porque con prontitud le dio mucho dinero para la expedición; mas creyendo que Agesilao no saldría contra ellos cuando Agesípolis estaba fuera, pues no solía ocurrir que ambos reyes estuvieran fuera de Esparta al mismo tiempo[34], no trataban nada bien a los regresados por insolencia. Efectivamente, los desterrados consideraban justo que se resolviesen los asuntos litigiosos en un tribunal imparcial, pero ellos les obligaron a juzgarlos en la misma ciudad. Aunque los regresados alegaron que cómo podría hablarse de juicio si los mismos que incurrieron en falta son
11 los que juzgan, y no les hicieron ningún caso. Por ello los regresados fueron a Esparta para acusar a su ciudad y les acompañaron algunos conciudadanos confirmando que muchos creían que no recibían un trato justo. Molesta por ello la ciudad de Fliunte multó a todos los que
12 fueron a Esparta sin haberlos enviado. Los castigados dudaban en volver a su patria; al fin se quedaron e insistían en que éstos, los que les obligaron a quedarse, eran los mismos que los que los expulsaron a ellos y cerraron las puertas a los lacedemonios[35], que vendieron sus bienes y exigieron no devolvérselos, esos incluso ahora habían logrado que fueran multados los que vinieron a Esparta para que en adelante nadie se atreviera a venir a denunciar lo que ocurría en la ciudad.
13 Como parecía que los fliasios actuaban realmente con

[34] Desde el año 506 los dos reyes no participaban en la misma expedición; en 405 vemos una excepción (II 2, 7-8); pero podían mandar expediciones diferentes al mismo tiempo: en 395 Pausanias va a Beocia y Agesilao está en Asia.

[35] Cf. V 2, 8.

insolencia, decretaron la movilización contra ellos. Esto no lo vio mal Agesilao, pues los familiares de Podánemo eran huéspedes de su padre Arquidamo y se encontraban entonces entre los regresados; y suyos los de Procleas, el hijo de Hipónico. Como no se demoró una vez 14
hechos los sacrificios del paso de fronteras, sino que se puso en marcha, muchas embajadas le salieron al encuentro y le dieron dinero para que no invadiera. Respondió que no iba a causar ningún agravio, sino a ayudar a quienes lo habían sufrido. Por último, le ase- 15
guraron que estaban dispuestos a todo, mas le pedían que no invadiera. Replicó que no creía en palabras, pues incluso anteriormente habían mentido, y añadió que exigía algún hecho digno de fe. Como le preguntaron qué podrían hacer, volvió a responder: «Precisamente lo mismo que hicisteis anteriormente sin que fuerais molestados por nosotros». Era eso entregar la acrópolis. Como no quisieron hacerlo, invadió el territorio y los 16
sitió rápidamente, rodeándoles de muros. Muchos lacedemonios replicaban que por unos pocos se ganaban el odio de una ciudad de más de mil quinientos varones, y efectivamente para mostrar ese disgusto los fliasios celebraban las asambleas en un lugar que veían los de fuera. Pero Agesilao maquinó un ardid contra eso. Cada vez que salían por amistad o por parentesco 17
con los desterrados los inducía a preparar sus comidas en común y les daba medios suficientes para cubrir las necesidades de todos los que quisieran ejercitarse; mandaba proporcionar armas a todos y no dudar en prestarles dinero para ello. Con estas ayudas pudieron presentar más de mil hombres en las mejores condiciones físicas, disciplinados y bien armados; de modo que al fin los lacedemonios reconocieron que necesitaban tales compañeros de armas.

Muerte de Agesípolis

18 Agesilao se ocupaba con estos asuntos. Por su parte Agesípolis avanzando directamente desde Macedonia colocó sus armas contra la ciudad de Olinto. Como nadie salió a su encuentro, devastó todo lo que podía quedar en territorio olintio, marchó contra las ciudades aliadas de los olintios y destruyó sus mieses. Atacó y tomó Torone por la fuer-
19 za. Cuando estaba con estos asuntos le cogió una fiebre ardiente en pleno verano. Como en una ocasión anterior había visto el santuario de Dioniso en Afitis, entonces se apoderó de él el deseo de las tiendas sombrías y de sus aguas claras y frías. Por ello fue llevado allí aún con vida; sin embargo, murió fuera del santuario al séptimo día de llegar. Puesto entre miel fue llevado a su patria y tuvo un entierro regio.

20 Cuando Agesilao se enteró, no se alegró, según podría pensarse, como si fuera un rival, sino que lloró y echó de menos su compañía, pues los reyes se alojan en la misma tienda cuando están en casa. Agesípolis era un hombre capaz de tomar parte con Agesilao en las conversaciones de juventud, de caza, de caballos y amores. Aparte de eso le respetaba en la tienda común, como es natural, ya que era mayor. Los lacedemonios en su lugar enviaron a Olinto al harmoste Polibíades.

Rendición de Fliunte

21 Agesilao había sobrepasado ya el plazo para el que se decía que había trigo en Fliunte; pues la sobriedad puede tanto sobre el vientre que los fliasios habían aprobado por votación consumir la mitad de trigo que antes y poniéndolo en práctica aguantaron sitiados el doble del tiempo pre-
22 visto. Asimismo la audacia aventaja tanto a veces a la falta de ella que un tal Delfión, de familia ilustre al parecer, tomando consigo trescientos varones fliasios fue capaz de obstaculizar a los que querían firmar la

paz, capaz de mantener la vigilancia encerrando a los que no ofrecían confianza, de obligar a la multitud a ir a las guardias y, haciendo la ronda, conseguir que fueran fieles. Muchas veces salía a la carrera con los que tenía consigo y rechazaba a los guardias en un sitio y otro del recinto circular amurallado. Mas una vez 23
que esos elegidos no encontraron trigo en la ciudad aunque lo buscaron por todos los medios, después de eso enviaron mensajeros ante Agesilao y pidieron por fin enviar una embajada a Esparta bajo tregua; pues afirmaron que había sido decretado por ellos dejar a las autoridades lacedemonias servirse de la ciudad a su voluntad. Agesilao, encolerizado porque no contaron 24
con él, envió mensajeros a los amigos, a su patria y consiguió que le confiaran los asuntos de Fliunte y pactó con la embajada. Vigiló con una guardia aún mayor que antes para que nadie saliera de la ciudad. No obstante, Delfión y un esclavo marcado a fuego, que sustrajo muchas armas a los sitiadores, huyeron de noche. Cuando volvieron de Lacedemonia anunciando que la 25
ciudad encargaba a Agesilao el decidir los asuntos de Fliunte como le pareciera, entonces Agesilao resolvió lo siguiente: primero, que cincuenta hombres de los regresados y cincuenta de la ciudad decidieran quién debía vivir en la ciudad y quién debía morir; luego, establecer leyes para gobernarse; mientras se realizaban esas cosas dejó una guardia y sueldo para los de la guarnición durante seis meses. Realizado esto, licenció a los aliados y retiró el ejército de su ciudad a su patria. Así terminaron los asuntos de Fliunte esta vez después de un año y ocho meses.

26 *Paz con Olinto*

Asimismo Polibíades obligó por fin a los olintios a enviar mensajeros a Esparta para tratar de la paz, ya que estaban en una situación desesperada a causa del hambre, pues no recibían alimentos por tierra ni por mar. Llegaron los embajadores con plenos poderes y concluyeron un tratado en los siguientes términos: considerar enemigo y amigo a los mismos que los lacedemonios, acompañarlos a donde los llevasen y ser sus aliados. Después de jurar permanecer fieles a estas cláusulas regresaron a su patria.

27 Como los acontecimientos eran favorables a los lacedemonios, pues los tebanos y los demás beocios estaban completamente a su disposición, los corintios se habían vuelto los más fieles, los argivos estaban humillados por no servirles de nada en adelante el pretexto de los meses sagrados, los atenienses se encontraban solos, y a su vez los aliados hostiles habían sido castigados, les pareció que el imperio evidentemente era bien sólido y seguro.

4 *Capitulación de los lacedemonios de Tebas*

Por supuesto, se podrían referir otros muchos hechos griegos y bárbaros; por ejemplo, cómo los dioses no se olvidan de los que violan las leyes divinas y humanas; mas ahora voy a referir lo que me he propuesto. Los lacedemonios, que habían jurado dejar las ciudades libres, al retener la acrópolis de Tebas fueron castigados por los mismos agraviados con anterioridad, aunque nadie los había vencido nunca. Sólo siete desterrados bastaron para acabar con el gobierno de los ciudadanos que introdujeron a los lacedemonios en la acrópolis y decidieron someterles la ciudad para ser ellos los tiranos. Voy a explicar cómo ocurrió esto.

2 Había un cierto Fílidas, que era secretario de los polemarcos del gobierno de Arquias y desempeñaba

otras funciones a la perfección, al parecer. Con éste, que había ido a Atenas para cierto asunto, se reunió un tal Melón, conocido ya antes, que era de los que habían huido a Atenas, intercambió información sobre los asuntos del polemarco Arquias y la tiranía de Filipo, se dio cuenta que Fílidas odiaba los asuntos de su patria incluso mucho más que él, se conjuraron y
convino cómo se debía hacer cada cosa. Después de 3
esta conversación, Melón se ganó a seis desterrados de los más dotados y entró de noche en el país sin otra arma que unos puñales; pasaron el día en un lugar solitario y luego llegaron a las puertas cuando las gentes regresan del campo, más exactamente cuando los últimos vuelven de los trabajos. Después de entrar en la ciudad pasaron aquella noche y el día siguiente en
casa de cierto Carón. Por supuesto, Fílidas se cuidaba 4
además de otros asuntos de los polemarcos; como celebraban las Afrodisias por la salida del cargo y les había prometido hacía ya tiempo llevarles mujeres tebanas de gran dignidad y hermosura, dijo que se las llevaría entonces. Ellos —de tal calaña eran— espera-
ban pasar la noche muy alegres. Después que cenaron, 5
se emborracharon pronto gracias a sus esfuerzos; como había ordenado hacía rato traer las heteras, salió y trajo al grupo de Melón, tres disfrazados de señoras y
los demás de criadas. Los introdujo en la antecámara 6
de la residencia del polemarco, entró él y dijo a los de Arquias que las mujeres se negaban a pasar si había dentro algún sirviente. Entonces ellos ordenaron a todos salir inmediatamente y Fílidas dándoles vino los mandó a la cámara de uno de ellos. Por fin introdujo luego a las heteras y mandó que se sentaran al lado de cada uno. La consigna era golpearlos inmediatamente
cuando estuvieran sentados, al desvelarse. Unos dicen 7
que así les dieron muerte, otros que mataron a los polemarcos introduciendo a los de Melón como si fueran

miembros de un kômos[36]. Fílidas con tres de ellos fue a casa de Leontíades, llamó a la puerta y dijo que deseaba comunicarle un asunto de parte de los polemarcos. Él se encontraba solo, aún reclinado, después de la cena y la mujer estaba sentada a su lado trabajando la lana. Como creía que Fílidas le era fiel, lo mandó entrar. Ellos entraron y lo mataron e hicieron callar a la mujer atemorizándola. Al salir dijeron que la puerta estaba cerrada y amenazaron con matar a todos los de la casa si la encontraban abierta.

8 Después de realizar esto, Fílidas fue a la prisión con dos conjurados y dijo al carcelero que traía a un hombre de parte de los polemarcos a quien se debía encerrar. Cuando le abrió, lo mató inmediatamente y soltó a los detenidos. Luego los armó cogiendo las armas del pórtico y llevándolos al Anfión[37] ordenó si-
9 tiarlo. Después proclamaron inmediatamente que salieran todos los tebanos, jinetes y hoplitas, pues los tiranos estaban muertos. Mas los ciudadanos por desconfianza estuvieron quietos durante la noche; pero cuando fue de día y se vio lo que había ocurrido, acudieron pronto los hoplitas y jinetes con las armas. Los regresados enviaron unos jinetes a dos estrategos atenienses que estaban en la frontera. Éstos, sabiendo el
10 motivo por el que fueron enviados[38]... Después de oír la proclama nocturna, el harmoste de la acrópolis envió inmediatamente mensajeros a Platea y Tespias por ayuda. Los jinetes tebanos, cuando vieron a los platenses acercarse, salieron a su encuentro y mataron a más de veinte; cuando entraron después de realizar eso estaban ya allí los atenienses procedentes de la frontera y

[36] Grupo o comitiva nocturna, alegre y ruidosa, propio de determinadas fiestas.

[37] El Anfión ha sido identificado con la colina situada al norte de la acrópolis tebana.

[38] Hay una laguna en el texto.

atacaron la acrópolis. Los de la acrópolis, que eran pocos, cuando se dieron cuenta y vieron el celo de todos los que se acercaban, pues habían pregonado grandes premios para los primeros que subieran, cogieron miedo por ello y dijeron que se retirarían si les daban garantías de salir con las armas. Ellos contentos concedieron lo que pedían y después de pactar una tregua y prestar juramento los despacharon con esa condición. 11
Mas al salir los tebanos mataron a todos los enemigos que reconocieron. Hubo algunos que se escaparon y se salvaron ayudados por los atenienses procedentes de las fronteras. Asimismo los tebanos cogiendo a los hijos de los muertos degollaron a cuantos encontraron. 12

Expedición contra Beocia

Cuando los lacedemonios se enteraron, mataron al harmoste que había abandonado la acrópolis sin esperar la ayuda y decretaron la movilización contra los tebanos. Agesilao alegó que había sobrepasado los cuarenta años de servicio [39] y que como los demás no tenían ya obligación a tal edad de servir fuera de su territorio aducía que los reyes tenían la misma ley. Alegando esta razón no participó en la expedición. Sin embargo, no se quedó por eso, sino porque sabía bien que, si iba de estratego, los ciudadanos criticarían que causaba problemas a la ciudad por ayudar a los tiranos. Así los dejó decidir a su voluntad sobre este asunto. 13
Aconsejados por los que habían escapado de Tebas después de la matanza, los éforos enviaron a Cleómbroto, que entonces mandaba por vez primera, en pleno invierno. Cabrias guardaba el camino por Eléuteras con peltastas atenienses. Cleómbroto subió por el que lleva a Platea. Al avanzar los peltastas encontraron a los liberados de la cárcel, que eran unos ciento cincuenta, defendiendo una altura. Los peltastas 14

---

[39] Agesilao tenía, en efecto, más de sesenta años en el 378, pues nació hacia el 440, según Hatzfeld.

los mataron a todos, salvo alguno que huyó, y Cleóm-
15 broto marchó hacia Platea, que era aún amiga. Después
de llegar a Tespias, marchó de allí a Cinoscéfalas, que
era de los tebanos, y acampó. Permaneció aquí unos
dieciséis días, luego volvió a Tespias; dejó como har-
moste a Esfodrias con la tercera parte de cada con-
tingente aliado, le entregó todo el dinero que traía y le
mandó reclutar un ejército de mercenarios. Esfodrias
16 lo cumplió. Cleómbroto llevó a su patria por el camino
de Creusis a sus soldados, que dudaban si estaban en
guerra o en paz con los tebanos, pues aunque llevó
el ejército al territorio tebano, se retiró causando el
17 menor daño posible. Al regresar le sorprendió un viento
huracanado, que algunos vaticinaron como una señal
adelantada de lo que iba a ocurrir. Pues entre otros
muchos destrozos que causó, despeñó además a muchos
asnos con sus bagajes y se llevó muchas armas que
cayeron al mar cuando desde Creusis atravesaba con
18 el ejército el monte que avanza sobre el mar. Final-
mente, muchos que no podían caminar con las armas
dejaron los escudos boca arriba llenos de piedras en
diversos sitios. Entonces cenaron como pudieron en
Egóstena de Mégara; al otro día volvieron y recogieron
las armas. Después cada uno marchó a su patria, pues
entonces Cleómbroto los licenció.

19 Los atenienses, por su parte, al ver el poder lace-
demonio y que no había ya guerra en Corinto, mas los
lacedemonios atacaban incluso Tebas bordeando el
Ática, temieron tanto que después de juzgar a los dos
estrategos que eran cómplices de la revuelta de Melón
contra el grupo de Leontíades, mataron a uno y deste-
rraron al otro, pues no esperó la sentencia.

Esfodrias invade el Ática

Los tebanos temiendo a su vez que 20
nadie luchara contra los lacedemonios sino ellos, tramaron el siguiente ardid. Convencieron al harmoste de Tespias, Esfodrias, dándole dinero —como se sospechó—, para que atacara el Ática y así obligar a los atenienses a luchar contra los lacedemonios. Aquél aceptó y jactándose de que tomaría el Pireo porque estaba sin puertas, desde Tespias llevó a los soldados después de cenar pronto, afirmando que llegaría al
Pireo antes del amanecer. Mas le sorprendió el día en 21
Trías y allí no hizo nada por pasar inadvertido, sino que se volvió más tarde, cogió ganado y saqueó las haciendas. Algunos de los que encontraron huyeron de noche a la ciudad y comunicaron a los atenienses que se acercaba un ejército numerosísimo. Así que ya armándose rápidamente jinetes y hoplitas vigilaban la
ciudad. Entonces se encontraban en Atenas en casa del 22
próxeno Calias los embajadores lacedemonios Etimocles, Aristóloco y Ocilo, a los que detuvieron y custodiaron los atenienses después que se comunicó el hecho, creyendo que también ellos eran cómplices. Éstos estaban aterrorizados por el hecho y se defendieron alegando que realmente no eran tan tontos como para ponerse en sus manos dentro de la ciudad y además en casa del próxeno, donde serían encontrados inmediatamente, si hubieran sabido que el Pireo iba a ser cogido
por sorpresa. Alegaron asimismo que incluso estaba 23
bien claro para los atenienses que ni siquiera lo sabía la ciudad lacedemonia. Efectivamente, afirmaron que estaban seguros de que los atenienses se enterarían de que Esfodrias sería condenado a muerte por la ciudad. Comprobando que no sabían nada, quedaron libres.
Los éforos mandaron llamar a Esfodrias y lo acusaron 24
con petición de la pena de muerte. Sin embargo, no compareció por temor; no obstante, quedó absuelto sin

comparecer; ese juicio fue para muchos el más injusto de los fallados en Esparta. La causa fue la siguiente.

Juicio de Esfodrias

25 Esfodrias tenía un hijo, Cleónimo, recién salido de la infancia, el más hermoso y famoso de entre sus compañeros. Se daba la circunstancia de que lo amaba Arquidamo, el hijo de Agesilao. En consecuencia, los amigos de Cleómbroto, por ser de la facción de Esfodrias, eran propensos a absolverlo, aunque recelaban de Agesilao y sus amigos e incluso de los que no eran de una ni de otra facción,
26 pues era evidente que había hecho algo horrible. Por esto Esfodrias dijo a Cleónimo: «Hijo, tú puedes salvar a tu padre, si pides a Arquidamo que Agesilao sea benévolo conmigo». Al oírlo se atrevió a ir ante Arquidamo
27 y le pidió salvar a su padre. Al ver a Cleónimo sollozando, Arquidamo lloró con él poniéndose a su lado. Al oírle insistir respondió: «Cleónimo, has de saber bien que yo no puedo mirar de frente a mi padre y cuando quiero conseguir algo en la ciudad, lo pido a cualquiera antes que a mi padre; sin embargo, puesto que tú lo ordenas, cree que pondré todo mi valor para llevarlo
28 a cabo. Precisamente entonces estaba descansando en casa después de llegar del fiditio [40]. Al levantarse por la mañana procuró que su padre lo viera al salir. Después que le vio salir, si venía algún ciudadano dejaba que hablara con él primero, luego si venía algún extranjero, luego incluso al criado que lo pedía. Por fin, después que Agesilao viniendo desde el Eurotas entró en casa, marchó sin acercarse. Al otro día hizo lo mismo.
29 Agesilao sospechaba por qué se hacía el encontradizo, pero no le preguntó nada, sino que lo dejó. Por su parte Arquidamo deseaba ver a Cleónimo, como es natural,

[40] Comida en común de los espartiatas y lugar donde se realizaba.

pero no se atrevía a venir ante él sin haber hablado antes con su padre sobre lo que le pidió. El grupo de Esfodrias al ver que no venía Arquidamo cuando antes lo hacía con frecuencia temieron que Agesilao lo hubiera reprendido. Pero al fin Arquidamo se atrevió a acer- 30
carse y le dijo: «Padre, Cleónimo me manda pedirte que salves a su padre, y también te lo pido yo, si es posible». Él respondió: «Bien, yo te concedo el perdón, mas no veo cómo podría yo incluso conseguir perdón de la ciudad si no condeno a un hombre que ha agraviado a aquellos con los que comerció en beneficio propio en perjuicio de la ciudad». Entonces no dijo 31
nada más, sino que se marchó ganado por la justicia del argumento. Pero más tarde al volver, o porque él se dio cuenta o alguien le aconsejó, replicó: «Padre, sé, por supuesto, que absolverías a Esfodrias si no hubiera cometido ninguna falta, con todo tiene que conseguir tu perdón, aunque haya cometido alguna por nuestra causa». Él contestó: «Naturalmente así será si es bueno para nosotros». Al oír esto se marchó muy desesperado. Un amigo de Esfodrias hablando con Etimocles 32
le dijo: «Creo que todos vosotros, los amigos de Agesilao, vais a condenar a muerte a Esfodrias». Etimocles replicó: «Por Zeus, claro que no haremos lo mismo que Agesilao, pues él simpre dice lo mismo a todos con los que habla, que es imposible que Esfodrias no haya incurrido en culpa, pero que a cualquiera que pasa la infancia, adolescencia y juventud cumpliendo bien todo, es triste tener que dar muerte a tal hombre, pues Esparta necesita tales soldados». Él, pues, comunicó a 33
Cleónimo lo que oyó. Éste, muy contento, vino inmediatamente ante Arquidamo y dijo: «Ya sabemos que se preocupa por nosotros; pero has de saber bien, Arquidamo, que nosotros procuraremos también molestarnos para que tú jamás te avergüences de nuestra amistad». Y no mintió, pues mientras vivió en Esparta

hizo todo cuanto hay de hermoso, y murió en Leuctra, él el primero de los ciudadanos en medio de los enemigos, después de caer tres veces luchando por el rey junto con el polemarco Dinón. Su muerte causó la mayor tristeza a Arquidamo, mas como prometió, no le causó deshonra, sino todo lo contrario, honor[41]. Así se libró Esfodrias.

Agesilao, en Beocia

34 En consecuencia, los atenienses partidarios de los beocios mostraban al pueblo que los lacedemonios no buscaban cómo vengarse, sino incluso cómo elogiar a Esfodrias por atacar a Atenas. Después de esto, los atenienses pusieron puertas al Pireo, construyeron naves y ayudaron a los beocios con
35 entusiasmo. Por su parte los lacedemonios decretaron la movilización contra los tebanos y considerando que Agesilao era mucho más adecuado que Cleómbroto para el mando, le pidieron que llevara la expedición. Respondió que no se oponía a ninguna decisión de la ciudad
36 y se preparó para salir. Reconoció que si no tomaba previamente el Citerón, no iba a ser fácil atacar Tebas; se informó de que los habitantes de Clétor estaban en guerra con los de Orcómeno y mantenían un ejército mercenario; llegó, pues, a un acuerdo con ellos para
37 disponer del ejército mercenario, si era preciso. Después de realizar los sacrificios del paso de fronteras envió mensajeros al jefe de los mercenarios de Clétor, antes de llegar a Tegea, les dio el sueldo de un mes y les ordenó tomar previamente el Citerón. Asimismo mandó a los orcomenios suspender las hostilidades durante la expedición y aseguró que, si una ciudad atacaba a la otra mientras la expedición estaba fuera,

[41] Este hecho es una ilustración impresionante de las teorías bien conocidas sobre el valor educativo, desde el punto de vista cívico y militar, de estas extrañas relaciones. Cf. JEN., *Banq.* 8, 26-42, y PLATÓN, *Banq.* 181-2, PLUT., *Pelop.* 18.

iría primero contra ella, según el tratado de los aliados. Después que atravesó el Citerón fue a Tespias y par- 38 tiendo de allí marchó contra el territorio tebano. Encontró la llanura y las partes más importantes del país rodeadas de un foso y de una empalizada, acampó en uno y otro lado y llevando el ejército después del almuerzo saqueó las partes del territorio situadas fuera del lado suyo de la empalizada y el foso. Efectivamente, donde aparecía Agesilao, los enemigos le salían enfrente desde el interior del atrincheramiento para poder defenderse. Un día que se retiraba por el camino 39 del campamento, los jinetes tebanos que hasta entonces no se habían dejado ver, avanzaron de improviso por las salidas del atrincheramiento que habían practicado y cayeron sobre ellos en una situación tal como era natural en gentes que marchaban para cenar, equipándose los peltastas, los jinetes unos aún apeados, otros montados ya; y abatieron a numerosísimos peltastas, a los jinetes espartiatas Cleas y Epicídidas, a un perieco, Eudico, y a algunos desterrados tebanos que aún no habían montado en sus caballos. Cuando acudió 40 Agesilao con los hoplitas dando media vuelta, los jinetes avanzaron contra los jinetes y las diez clases primeras de hoplitas corrieron con ellos. Los jinetes tebanos en pleno día parecían hombres un tanto bebidos, pues resistían a los atacantes hasta la distancia que llega la lanza, pero no los alcanzaban. Volviéndose desde tal distancia murieron doce de ellos. Cuando Agesilao 41 se percató de que los enemigos aparecían siempre después del almuerzo, llevó las tropas lo más rápido que pudo por la mañana después de sacrificar y pasó por una zona desierta dentro de los atrincheramientos. Luego devastó y quemó las zonas interiores hasta la capital. Una vez hecho esto volvió a retirarse a Tespias y amuralló la plaza. Dejó allí a Fébidas de harmoste,

volvió a pasar a Mégara, despidió a los aliados y retiró a su patria el ejército de la ciudad.

Muerte de Fébidas

42 Después de esto, por medio de bandas de ladrones Fébidas pillaba y saqueaba a los tebanos y dañaba el territorio con incursiones. A su vez, como deseaban vengarse, los tebanos realizaban una expedición con todo el pueblo contra el territorio de Tespias. Cuando llegaron al país, Fébidas no los dejó nunca salirse de la formación, acosándolos constantemente con los peltastas; de modo que los tebanos, muy molestos por el ataque, efectuaron la retirada antes de lo previsto, incluso los acemileros volvieron de prisa a su patria arrojando los frutos que habían cogido; tan grande fue el pánico que cayó sobre
43 la expedición. Mientras tanto los acosaba con audacia con los peltastas, ordenando a los hoplitas seguir formados. Tenía esperanzas de conseguir la vuelta de los enemigos; efectivamente él mismo iba delante con valentía y animaba a los demás a alcanzarlos, ordenó asi-
44 mismo a los hoplitas tespieos que le acompañaran. Al retirarse, cuando los jinetes tebanos llegaron a un valle infranqueable, se concentraron rápidamente y luego se volvieron por no saber por dónde atravesarlo. Los primeros peltastas, que eran pocos, huyeron llenos de temor. Los jinetes, por su parte, al verlos fueron indu-
45 cidos por los mismos que huían a atacarlos. Fébidas y dos o tres con él murieron luchando y los mercenarios huyeron todos al ocurrir eso. Después que llegaron junto a los hoplitas tespieos huyendo, huyeron también éstos, aunque antes se jactaban de no ceder ante los tebanos, sin que fueran perseguidos en absoluto, pues ya era tarde. No murieron muchos, mas los tespieos no se detuvieron hasta llegar dentro de las murallas.
46 Después de este hecho los ánimos de los tebanos se reavivaron otra vez y organizaron una expedición contra

Tespias y las demás ciudades vecinas. El partido popular se pasó a Tebas. Pues habían establecido en todas las ciudades oligarquías[42] como en Tebas; de modo que los amigos de los lacedemonios en esas ciudades pidieron ayuda. Después de la muerte de Fébidas los lacedemonios enviaron por mar un polemarco con una compañía y custodiaron Tespias.

Nueva campaña contra Tebas

Al venir la primavera, los éforos volvieron a decretar la movilización contra Tebas e instaron a Agesilao a ponerse al frente como en ocasiones anteriores. Decidió el mismo plan de invasión, antes de hacer los sacrificios del paso de fronteras envió mensajeros al polemarco de Tespias y le ordenó tomar por anticipado la cima sobre el camino del Citerón y guardarla hasta que él llegara. Después de pa- 48
sarla llegó a Platea, volvió a fingir que iba primero a Tespias y envió mensajeros para ordenar preparar provisiones y esperar allí las embajadas; así los tebanos se prepararon con muchas fuerzas para el ataque por el lado de Tespias. Al otro día después de sacrificar, 49
Agesilao marchó al amanecer por el camino de Eritras. Como realizó el trayecto de dos días para una expedición en uno solo, se presentó en la empalizada de Escolos antes de que llegaran los tebanos del puesto de vigilancia y entró primero en ella. Después de eso saqueó la zona oriental de la ciudad de Tebas hasta la de Tanagra; pues los de Hipatodoro, que eran amigos de los lacedemonios, tenían aún Tanagra. Luego se retiró finalmente teniendo la muralla a su izquierda. Los 50
tebanos avanzaron lentamente y formaron en orden de batalla en el Pecho de la Vieja, detrás tenían el foso y la empalizada, pues creían oportuno arriesgarse allí, ya que el lugar era bastante estrecho en esa zona y difícil

[42] Cf. ARIST., *Polit.* 1292 b.

de pasar. Al verlo Agesilao no los llevó contra ellos,
51 sino que dio un rodeo y marchó hacia la ciudad. Los
tebanos volvieron a retirarse de donde estaban desple-
gados porque temían por la ciudad que estaba indefensa
y se dirigieron a la ciudad a la carrera por el camino
de Potnia por ser el más seguro. El plan de Agesilao
pareció bueno porque al alejarse de los enemigos los
obligó a volver a la carrera e incluso algunos pole-
marcos corrieron con sus compañías contra ellos al
52 pasar delante corriendo. Pero los tebanos arrojaron lan-
zas desde las colinas de modo que Alipeto, un pole-
marco, murió alcanzado por una; sin embargo, los te-
banos fueron desalojados también de esa colina, de
modo que subieron los esciritas y algunos jinetes e hi-
rieron a los tebanos que iban los últimos hacia la
53 ciudad. No obstante, los tebanos se volvieron cuando
llegaron cerca de la muralla, y al verlos los esciritas se
retiraron con más rapidez que lentitud. No murió nin-
guno, aunque los tebanos erigieron un trofeo porque se
54 retiraron los que habían subido. Cuando llegó el mo-
mento, Agesilao acampó precisamente donde vio a los
enemigos desplegados y al otro día se retiró por el ca-
mino de Tespias. Los peltastas mercenarios que tenían
los tebanos le siguieron con audacia y llamaron a Ca-
brias porque no los siguió, mas se volvieron los jinetes
olintios, pues ya participaban en la campaña de acuer-
do con el tratado [43], los persiguieron cuesta arriba, como
los seguían, y mataron muchísimos, pues lógicamente
los de a pie pronto son alcanzados por los jinetes en
55 una pendiente apta para la caballería. Después de lle-
gar a Tespias, Agesilao encontró a los ciudadanos su-
blevados, pues los que se proclamaban partidarios de
los laconios querían matar a los adversarios, entre los
que se encontraba Menón; pero no lo permitió, sino

---

[43] Cf. V 3, 26.

que los reconcilió y obligó a un compromiso de juramento; luego regresó por el Citerón por el camino de Mégara. Allí despidió a los aliados y retiró a su patria el ejército de su ciudad.

Los tebanos estaban muy apurados debido a la fal- 56
ta de alimento, ya que hacía dos años que no recogían cosechas de sus tierras y enviaron unos hombres a Págasas[44] en dos trirremes en busca de trigo, dándoles diez talentos. El lacedemonio Alcetas, que guardaba Oreo[45], mientras aquéllos compraban trigo, equipó tres naves, cuidándose de que no se descubriera. Después de retirar el trigo, Alcetas se apoderó de las trirremes con la carga y cogió prisioneros a no menos de trescientos hombres. Los encerró en la acrópolis, donde él tenía la tienda. Le solía acompañar un muchacho oreíta 57
muy distinguido, según afirmaron, y bajaba de la acrópolis para estar con él. Dándose cuenta del descuido, los prisioneros tomaron la acrópolis y la ciudad se separó, de modo que en adelante los tebanos se proveyeron de trigo con facilidad.

Enfermedad de Agesilao

Al aparecer de nuevo la primavera 58
Agesilao se encontraba en cama. Pues cuando retiró el ejército de Tebas, subiendo en Mégara desde el Afrodisio a la residencia de los arcontes, se abrió una vena y tuvo una hemorragia interna en la pierna sana. Como se le hinchó y tenía dolores insoportables, un médico siracusano le sangró la vena cerca del tobillo. La sangre le fluía noche y día y no pudieron contener la hemorragia una vez que comenzó, aunque emplearon todos los medios, hasta que se desmayó; en ese momento cesó. Entonces fue retirado a Esparta y

---

44 Puerto de exportación del trigo tesalio.

45 En la costa norte de la isla de Eubea, donde era fácil la vigilancia de la navegación del golfo de Págasas.

estuvo enfermo durante el resto del verano y durante el invierno.

Batalla naval de Naxos

59 Después que apareció la primavera los lacedemonios decretaron la movilización y ordenaron a Cleómbroto ponerse al frente. Cuando llegó con el ejército al Citerón, se adelantaron sus peltastas para tomar previamente las alturas del camino. Tebanos y atenienses ocuparon antes la cima y los dejaron subir, mas cuando estuvieron encima de ellos saliendo los persiguieron y mataron a unos cuarenta. Hecho esto, Cleómbroto, considerando imposible pasar al territorio tebano, retiró y despidió al ejército.

60 Los aliados se reunieron en Esparta y hubo discursos denunciando que se estaban deteriorando en la guerra por desidia. Pues se podía tomar por hambre la ciudad de Atenas equipando más naves que los atenienses, se podía también pasar el ejército a Tebas en esas mismas naves ya contra los focidios, ya contra
61 Creusis. De acuerdo con esta proposición, equiparon sesenta trirremes y Polis[46] fue su navarco. No se equivocaron los que lo decidieron, sino que realmente los atenienses fueron sitiados. Efectivamente, sus barcos de transporte de trigo llegaban a Gerasto, pero desde allí no querían costear por estar la flota lacedemonia en torno a Egina, Ceos y Andros. Percatándose de la necesidad, los atenienses embarcaron en las naves y luchando contra Polis, bajo el mando de Cabrias, vencieron en la batalla naval[47]. Entonces se llevó trigo a los
62 atenienses. Cuando se preparaban los lacedemonios para pasar el ejército contra los beocios, los tebanos

---

[46] Cf. IV 8, 11.

[47] Se trata de la batalla naval de Naxos. Como consecuencia las Cícladas pasaron a formar parte de la segunda liga marítima ateniense.

pidieron a los atenienses enviaran un ejército al Peloponeso, considerando que, si se hacía eso, los lacedemonios no podrían guardar simultáneamente su propio territorio, las ciudades aliadas alrededor de su país y pasar un ejército suficiente contra ellos.

Campaña de Timoteo

Los atenienses, que estaban enemis- 63
tados con los lacedemonios por el asunto de Esfodrias, lo enviaron con entusiasmo alrededor del Peloponeso equipando sesenta naves y eligiendo estratego a Timoteo. Como los enemigos no invadieron Tebas en el año en que Cleómbroto mandaba la expedición ni en el que Timoteo estuvo alrededor de sus costas, los tebanos realizaron con osadía campañas contra las ciudades vecinas y volvieron a recobrarlas.
Timoteo en su periplo sometió primero Corcira, pero 64
no esclavizó ni desterró a sus habitantes ni cambió las leyes. En consecuencia, todas las ciudades de aque-
llos territorios le fueron más favorables. Equiparon a 65
su vez los lacedemonios una flota y enviaron a Nicóloco de navarco, hombre muy audaz, quien, al ver las naves de Timoteo, no esperó aunque le faltaban seis naves ambraciotas, mas luchó con cincuenta y cinco contra las sesenta de Timoteo. Fue derrotado y Timoteo eri-
gió un trofeo en Alicea. Cuando las naves de Timoteo 66
estaban varadas y reparándolas, después que se le presentaron las seis trirremes ambraciotas, se dirigió a Alicea, donde estaba Timoteo. Como no se le enfrentó, él erigió también un trofeo en las islas más próximas. Timoteo después de reparar las naves que tenía y equipar otras más de Corcira, con más de setenta en total, tuvo entonces una flota muy superior y mandó traer dinero de Atenas, pues necesitaba mucho, ya que tenía muchas naves.

VI

El libro VI refiere los acontecimientos de los años 375-370 a. C. Entre los relatos de Jenofonte ocupan un lugar preferente la historia de Tesalia con la intervención de Jasón expuesta por boca de Polidamante en Esparta (caps. 1 y 4); las expediciones de lacedemonios y atenienses a Corcira (373 a. C.); la paz entre Atenas y Esparta (371); la batalla de Leuctra (371); la reconstrucción de Mantinea y organización de la liga arcadia (370); la expedición de Agesilao a Mantinea; la invasión de Lacedemonia por los tebanos y aliados; la embajada espartana a Atenas y la ayuda prestada por Ifícrates.

Cleómbroto en Fócide

1 Los atenienses y los lacedemonios estaban, pues, con esa campaña. Por su parte, los tebanos, después de someter las ciudades de Beocia[1], efectuaron una campaña contra Fócide. Como los focidios enviaron una embajada a Esparta afirmando que no podrían desobedecer a los tebanos si no les ayudaban, después de esto los lacedemonios mandaron pasar a su vez por mar a Fócide al rey Cleómbroto y con él cuatro compañías y los contingentes aliados correspondientes.

[1] Es la reconstitución de la liga beocia.

Polidamante en Esparta

Casi al mismo tiempo el farsalio Polidamante llegó de Tesalia asimismo ante la asamblea lacedemonia. Éste era muy apreciado en el resto de Tesalia e incluso en su misma ciudad, era tan distinguido que los farsalios después de una rebelión le entregaron la acrópolis y le encargaron que tomara los fondos que estaban fijados en las leyes y los empleara en los santuarios y en el resto de la administración. Con este dinero custodió y conservó la acrópolis y también rendía cuentas cada año del resto de la administración. Si carecía de fondos, los tomaba de sus bienes particulares y los restituía cuando disponía de ingresos suficientes. Asimismo era hospitalario y generoso según la costumbre tesalia. Bien, cuando llegó a Esparta, dijo más o menos lo siguiente.

2

3

«Lacedemonios, yo que soy vuestro próxeno y benefactor como todos nuestros antepasados que recordamos, creo oportuno, cuando tengo alguna dificultad, venir ante vosotros e igualmente si se os causa alguna dificultad en Tesalia, indicarla. Por supuesto, sé bien que vosotros habéis oído nombrar a Jasón[2]; efectivamente tiene gran poder y es famoso. Después de unas treguas éste se reunió conmigo y dijo lo siguiente: «Que yo podría, Polidamante, traer a mi lado vuestra ciudad [Fársalo] a la fuerza, puedes deducirlo de lo siguiente: Efectivamente tengo como aliados la mayor parte de las ciudades más importantes de Tesalia, las sometí aunque vosotros luchasteis con ellas contra mí. Sé bien que tengo unos seis mil mercenarios extranjeros contra los que no podría fácilmente combatir ninguna ciudad, según yo pienso. Por supuesto, puede salir de otras partes un número no inferior, mas los ejércitos de las ciudades unos tienen hombres de edad ya avanzada,

4

5

[2] Jasón de Feras, considerado como un precursor de Filipo de Macedonia.

otros aún no en pleno vigor. Evidentemente, muy pocos ejercitan su cuerpo en cada ciudad, pero conmigo no hay mercenario que no sea capaz de realizar los mis-
6 mos esfuerzos que yo.» Él personalmente, pues es preciso deciros la verdad, es muy robusto físicamente y además amigo del esfuerzo. Por ello pone a prueba cada día a los que están con él, pues los dirige en las armas y en los gimnasios y en cualquier campaña que realiza. Expulsa a los mercenarios que ve flojos y premia a los que ve que son amigos del esfuerzo y amantes del peligro en los combates, a unos con doble paga, a otros con triple, a otros con cuádruple además de otros regalos, asimismo con atenciones si están enfermos y con honores fúnebres; de modo que todos sus mercenarios saben que el valor en el combate les proporciona unos medios de vida más abundantes y apre-
7 ciados. Asimismo me indicó a mí, que ya lo sabía, «que los maracos, dólopes y el lugarteniente del epiro Alcetas eran ya súbditos suyos; en consecuencia, ¿qué podría temer yo para no creer que os sometería fácilmente? Quizá alguien que no me conociera respondería: «Bien, y ¿por qué esperas y no realizas de una vez una campaña contra los farsalios?». Por Zeus, porque me parece que es mucho mejor atraeros con vuestro consentimiento que sin él. Pues, si vosotros fuerais obligados, trataríais de causarme todo el mal que pudierais y me vería obligado a intentar debilitaros todo lo posible; pero si estuvierais conmigo por propia convicción es evidente que fomentaríamos nuestro engran-
8 decimiento mutuamente cuanto pudiéramos. Polidamante, sé que tu patria te admira, mas si consigues que sea amiga mía, yo te prometo convertirte en el hombre más importante de la Hélade después de mí. Escucha en qué asuntos te doy el segundo puesto y no me creas nada que no consideres cierto. Efectivamente, sería muy claro para nosotros lo siguiente: yo me consti-

tuiría en soberano de toda Tesalia fácilmente si se suman Fársalo y las ciudades que dependen de vosotros; cuando sea jefe de Tesalia, lógicamente se convertirán en unos seis mil los que forman la caballería y
en más de diez mil los hoplitas. Al ver su preparación 9
física y su gran valor creo que si se les anima, los tesalios no encontrarán un pueblo capaz de someterlos. Como el territorio tesalio es muy llano, cuando aquí se establece un soberano, todos los pueblos de los contornos son sus súbditos; casi todos los de esta zona son lanzadores de jabalina, de modo que es natural
que nuestra fuerza los supere en peltastas. Por supues- 10
to, los beocios y todos los demás que luchan contra los lacedemonios son aliados míos y creen muy justo acompañarme por el único hecho de libraros de los lacedemonios. Sé bien que los atenienses estarían dispuestos a todo con tal de llegar a ser aliados nuestros; mas yo no me decido a contraer amistad con ellos. Pues considero más fácil apoderarse del imperio por mar que
incluso por tierra. Observa asimismo por lo siguiente 11
si razono con lógica: efectivamente, si tenemos Macedonia, de donde los atenienses sacan la madera, sin duda seremos capaces de construir muchas más naves que ellos. Efectivamente, ¿es natural que los atenienses puedan equiparlas de hombres o más bien nosotros que tenemos penestes en tan gran número y calidad? Efectivamente, ¿es natural que nosotros que enviamos trigo a otras zonas por la abundancia seamos capaces de alimentar a los marineros o los atenienses que no
tienen suficiente para sí si no lo compran? Efectiva- 12
mente, es natural que nosotros dispongamos de dinero con más abundancia, puesto que no nos quedamos asombrados ante unas islitas [3], sino que recogemos los

[3] Se trata de la 2.ª liga marítima ateniense cuyos miembros eran ciudades de las islas del Mar Egeo predominantemente. Jenofonte no la menciona en su obra.

frutos de pueblos del continente. Efectivamente, todos los de los alrededores[4] aportarán tributos cuando haya un soberano en Tesalia. Sabes, efectivamente, que el rey de los persas, que no recoge los frutos de islas, sino de un continente, es el hombre más rico, cuyo sometimiento yo considero mucho más fácil de realizar que el de Grecia[5]. Efectivamente, sé que todos los hombres de allí salvo uno se ejercitan más en la esclavitud que en la fuerza y sé —tanto por la expedición de Ciro como por la de Agesilao— con qué fuerza el
13 rey alcanzó todo. Después de exponerme estas ideas yo le respondí que decía algunas dignas de consideración, pero el pasarnos a los contrarios siendo amigos de los lacedemonios, sin tener nada que acusar, me parece que es improcedente. Felicitándome y añadiendo que se debía apoyar más en mí por ser de tales sentimientos, me dejó venir ante vosotros a deciros la verdad, que proyectaba realizar una campaña contra los farsalios si no obedecíamos. En consecuencia, me ordenó pediros ayuda, «y si te la dan, de modo que tú los persuadas a enviar una fuerza aliada suficiente para luchar contra mí, ea, atengámonos a los resultados de la lucha, añadió; y si crees que no ayudan lo suficiente, ¿no te considerarías ya perfecto si tú hicieras lo mejor
14 para la patria que te honra?». Por eso, pues, yo he venido ante vosotros y digo todo lo que yo mismo he visto y oído allí. Varones lacedemonios, reconozco que así está la situación, de modo que si enviáis allá fuerzas que no sólo yo, sino también los demás tesalios creamos suficientes para luchar contra Jasón, las ciudades se separarán de él, pues todas están temiendo hasta dónde podrá llegar el poder de este hombre en

[4] Son los perrebos al N., magnetes al O. y aqueos de Ptía al S.

[5] En Isócrates (V 119) se pueden ver también estos ambiciosos planes de Jasón sobre Asia.

el futuro. Pero si creéis que bastarán unos neodamodes
y un simple particular, os aconsejo que no hagáis nada.
Pues tenéis que saber bien que la guerra será contra 15
una fuerza grande y contra un hombre que es un es-
tratego tan prudente que no falla mucho de cuanto in-
tenta ganar pasando inadvertido o adelantándose o por
la fuerza. Efectivamente, es capaz de servirse de la
noche lo mismo que del día y de hacer a la vez co-
mida y cena si tiene prisa. Asimismo cree que se debe
descansar cuando llega a donde se ha propuesto y ha
realizado lo que debía; además tiene a los suyos acos-
tumbrados a eso. Sabe asimismo satisfacer sus deseos
cuando los soldados realizan una buena acción esfor-
zándose; de modo que todos los suyos han aprendido
esto: que del esfuerzo nace también la molicie. Real- 16
mente es el más sobrio de los que conozco en los pla-
ceres corporales: de modo que ni siquiera por esos
tiene falta de tiempo para no hacer siempre lo que se
debe. En consecuencia, vosotros deliberad y decidme
qué podéis y pensáis hacer, de acuerdo con vuestros in-
tereses».

Así habló. Los lacedemonios aplazaron la respuesta 17
de momento; durante el día siguiente y el tercero estu-
vieron considerando las compañías que tenían fuera,
las de Lacedemonia contra las sesenta trirremes ate-
nienses y la guerra contra sus vecinos, y respondieron
que en esos momentos no podían enviarle ayuda sufi-
ciente, pero que marchara y arreglara los asuntos par-
ticulares y los de la ciudad como mejor pudiera. Él 18
marchó después de felicitar a la ciudad por su fran-
queza. Pidió a Jasón que no le obligara a entregar la
acrópolis de Fársalo para conservarla en poder de aque-
llos que se la entregaron; ofreció a sus hijos como
rehenes con la promesa de persuadir a la ciudad a
hacerse su aliada voluntariamente y designarle sobe-
rano. Después de darse garantías los farsalios esta-

blecieron la paz inmediatamente y Jasón pronto fue
19 designado por unanimidad soberano de Tesalia. Una vez nombrado soberano, determinó los efectivos de la caballería y la sección de hoplitas que cada ciudad debía presentar; llegó a contar con los aliados más de ocho mil jinetes, los hoplitas se calcularon en un número no inferior a veinte mil, y la sección de peltastas era suficiente para enfrentarse a todos los hombres; efectivamente, sólo el enumerar sus ciudades constituía ya un trabajo. Advirtió a todos los pueblos de los alrededores que aportaran el tributo fijado en tiempos de Escopas[6]. Así realizó esos planes. Por mi parte vuelvo otra vez al punto donde me desvié para referir las actividades de Jasón.

Paz de Atenas y Esparta

2 Los lacedemonios, pues, y los aliados se concentraron en Fócide; a su vez los tebanos vigilaban los accesos después de retirarse a su territorio. Los atenienses, al ver a los tebanos engrandecidos gracias a ellos y que no contribuían con dinero a los gastos de la flota, y en cambio ellos mismos estaban agobiados por las inversiones de dinero, por las piraterías desde Egina y por la vigilancia del territorio, deseaban acabar la guerra y enviando embaja-
2 dores a Esparta firmaron la paz. Por un decreto de la ciudad dos de los embajadores se dirigieron por mar desde allí y ordenaron a Timoteo regresar inmediatamente a su patria, pues había paz. Al regresar desembarcó a los desterrados zacintios en su territorio.

---

[6] Se supone que fue el fundador de la dinastía de los Escópadas de Cranón; fue soberano *(tagós)* en el s. VI a. C.

Mnasipo en Corcira

Luego los zacintios de la ciudad enviaron mensajeros a los lacedemonios y expusieron lo que estaban sufriendo por causa de Timoteo[7]; inmediatamente los lacedemonios estimaron que los atenienses habían faltado, prepararon una expedición y reunieron en conjunto unas sesenta naves de la misma Lacedemonia, Corinto, Léucade, Ambracía, Élide, Zacinto, Acaya, Epidauro, Trecén, Hermíone y Halión. 3
Designaron a Mnasipo navarco y le ordenaron luchar 4
contra Corcira y arreglar los demás asuntos del mar de aquella zona. Asimismo enviaron mensajeros a Dionisio[8] para exponerle que incluso a él le era útil que Corcira no estuviera en poder de los atenienses. Natu- 5
ralmente, Mnasipo después que se reunió con él la flota, zarpó para Corcira; tenía también mercenarios no inferiores a mil quinientos, además de los que participaban con él en la expedición de Lacedemonia. Después de 6
desembarcar empezó por dominar el país y saqueó el territorio, que estaba muy bien cultivado y plantado de árboles, con sus magníficas residencias y bodegas construidas en los campos; de modo que afirmaron que los soldados llegaron a tal libertinaje que no querían beber nada, sino vino aromático. Cogieron en los campos muchísimos esclavos y ganado. Después acampó con 7
la infantería sobre una colina que distaba de la ciudad unos cinco estadios, situada delante del campo, para que fuera detenido allí cualquier corcireo que saliera a las tierras; situó la flota en el lado opuesto de la

---

[7] Parece que es incompleto el relato de Jenofonte. Timoteo intervino en Zacinto desde el invierno del 375/4; la expedición de Mnasipo se coloca en el 373; en ese intermedio los espartiatas enviaron 25 naves a Zacinto, 22 a Corcira (Diodoro, XV 45). Jenofonte confunde los hechos, sin duda, para eludir cualquier responsabilidad de Esparta sobre la ruptura de la paz.

[8] Tirano de Siracusa. Véase V 1, 28.

ciudad, donde creyó que podía observar con anticipación y detener a los que se acercasen por mar. Además anclaba en el puerto cuando el mal tiempo no lo
8 impedía. Así tenía sitiada la ciudad. Como los corcireos no recogían nada en sus campos por estar dominados por tierra y no les llegaba nada por mar por estar dominados con las naves, pasaron muchos apuros.

Ayuda ateniense. Ifícrates, jefe de la flota

9 Enviaron mensajeros a los atenienses y les pidieron ayuda indicando qué gran bien perderían y que añadirían a los enemigos una gran fuerza si eran privados de Corcira. Efectivamente, de ninguna ciudad salvo Atenas salían naves ni dinero en tanta cantidad. Además, que estaba situada Corcira en una buena posición con respecto al golfo de Corinto y de las ciudades que dan a él, en buena posición asimismo para dañar al territorio laconio, en muy buena con relación al continente de enfrente y para la navega-
10 ción de cabotaje desde Sicilia al Peloponeso[9]. Los atenienses oyeron estos argumentos y consideraron que se debían de preocupar mucho; enviaron como estrategos a Ctesicles con unos seiscientos peltastas y pidieron a
11 Alcetas que los ayudara a cruzar. Introducidos de noche por un lugar del territorio entraron en la ciudad. Asimismo aprobaron por votación equipar sesenta naves y eligieron a mano alzada a Timoteo como estratego de
12 ellas. Como no pudo equipar las naves allí mismo, se dirigió a las islas e intentó conseguirlo con la colaboración de ellas, reconociendo que no era empresa fácil costear el Peloponeso al azar contra naves ejercitadas.
13 Pensando que gastaba el tiempo de la estación en el periplo, los atenienses no se lo perdonaron, sino que lo

---

[9] Cf. argumentos semejantes en TUC., I 32-36 e ISÓCRATES, XV 108.

depusieron del cargo de estratego[10] y eligieron a Ifícrates en su lugar. Éste, después que se le designó 14
estratego, equipó las naves con mucha decisión y obligó a los trierarcos. Añadió también toda nave ateniense de servicio en cualquier lugar alrededor del Ática, incluso la Páralos y la Salaminia, asegurando que si salían bien los asuntos de allí, les devolvería muchas naves. Consiguió reunir unas setenta en total.

Muerte de Mnasipo

Durante ese tiempo los corcireos 15
pasaron tanta hambre que por la multitud de desertores Mnasipo se vio obligado a proclamar que quien desertara sería vendido. A pesar de eso no desertaron menos y terminó por azotarlos y despedirlos. Efectivamente, los de dentro no volvían a acoger a los esclavos al menos en la muralla y muchos murieron fuera. Por su parte Mnasipo al verlo creyó que 16
le faltaba poco para tener la ciudad y se permitió ciertas innovaciones en el trato con los mercenarios, licenció a algunos de ellos sin pagarles; a otros les debía el sueldo de dos meses, aunque no estaba apurado de dinero, según decían; pues muchas ciudades se lo enviaron en lugar de hombres, porque la expedición era por mar[11]. Como los de la ciudad observaron desde las 17
torres que la vigilancia era menor que antes y que los hombres andaban dispersos por el campo realizaron una salida inesperada, cogieron a algunos y mataron a otros. Al enterarse Mnasipo, él mismo se armó y acu- 18
dió con los hoplitas que tenía y ordenó salir a los capitanes y taxiarcos. Algunos capitanes respondieron que 19
no era fácil que se prestaran a obedecer si no se les daba lo necesario, mas él golpeó a uno con el bastón y a otro con la contera. Entonces salieron todos desani-

[10] En un célebre proceso conocido por DEMÓSTENES, XLIX 9 y ss., 22-24.

[11] Cf. V 2, 21.

mados y llenos de odio —justamente lo que menos con-
20 viene para un combate—. Después de formar, él persiguió a los enemigos que estaban en las puertas. Cuando llegaron cerca de la muralla unos se volvieron y disparaban lanzas y dardos desde las tumbas[11 bis], otros salieron a la carrera por otras puertas y atacaron api-
21 ñados a los últimos; los lacedemonios formando en línea de a ocho, creyendo que era débil el extremo de la formación, intentaron una conversión. Cuando empezaron a retroceder, los enemigos atacaron como si huyeran y ya no se pudieron volver los otros; los que
22 estaban a su lado comenzaron a huir. Mnasipo no pudo ayudar a los acosados a causa del grupo que atacaba de frente y fue quedando atrás cada vez con menos hombres. Por fin los enemigos consiguieron concentrarse todos y atacaron a los de Mnasipo, que eran ya muy pocos. Igualmente los ciudadanos salieron al ver
23 lo que ocurría. Después de matar a Mnasipo, persiguieron a todos. Incluso habrían cogido el campamento con el atrincheramiento, de no haberse vuelto los perseguidores al ver la multitud de mercaderes, criados y esclavos, creyendo que podían prestar alguna ayuda.
24 Entonces los corcireos erigieron un trofeo y devolvieron los cadáveres bajo tregua. Después de esto los de la ciudad estaban más animosos y los de fuera en total abatimiento. Se decía además que Ifícrates estaba a punto de aparecer y que los corcireos estaban equipan-
25 do naves. Hipérmenes, el secretario de Mnasipo, equipó toda la flota que se encontraba allí y costeando hasta el atrincheramiento, mandó marchar a todos los barcos de comercio cargados de esclavos y dinero, y él vigiló el atrincheramiento con los marineros y soldados que
26 se habían salvado. Éstos, que estaban muy intranquilos, al fin embarcaron en las trirremes y zarparon dejando

[11 bis] Es decir, protegiéndose en las estelas funerarias de la necrópolis allí situada.

mucho trigo, vino, muchos esclavos y soldados enfermos; pues cogieron pánico pensando que podían ser sorprendidos en la isla por los atenienses y se pusieron a salvo en Léucade.

Preparativos de Ifícrates

Ifícrates después de iniciar la expedición hacía el trayecto a la vez que preparaba todo para el combate naval; primero para empezar dejó en Atenas las velas mayores, navegando como si fuese a presentar batalla, y utilizaba poco las velas pequeñas[12] aunque el viento fuese favorable; pues realizando la navegación a remo conseguía que los hombres se mantuvieran físicamente mejor y que las naves marcharan mejor. Igualmente muchas veces, cuando el ejér- 28
cito iba a almorzar o cenar, hacía volver la cabeza de la flota que estaba junto a la costa en esos lugares. Después de girar, las trirremes volvían a colocarse con las proas hacia la costa y a una señal las mandaba competir para ganar tierra; un gran premio para los primeros era tomar agua y todo lo que necesitaban y comer los primeros, para los que llegaban los últimos el gran castigo era quedarse detrás en todo eso, aunque debían hacerse a la mar al mismo tiempo, cuando daba la señal; así ocurría que los primeros que llegaban lo hacían todo con tranquilidad y los últimos con prisa. Por supuesto, si durante la comida se encontraban en 29
tierra enemiga, establecía guardias, unas en tierra como convenía, a su vez en las naves levantando los mástiles vigilaba desde ellos, pues éstos podían observar mucho más que los del suelo, utilizando un lugar más elevado. Cuando cenaba y dormía de noche no encendía fuegos en el campamento, sino que ponía una luz delante del ejército para que nadie pasara inadvertido si se acer-

[12] Se mencionan aquí por primera vez estas *akáteia histía* al lado de las velas mayores. No se sabe exactamente dónde iban colocadas.

caba. Muchas veces, si hacía buen tiempo, zarpaba inmediatamente después de cenar y si la brisa los llevaba, descansaban al mismo tiempo que avanzaban; pero si era preciso remar, hacía descansar a los mari-
30 neros por turno. Durante la navegación diurna unas veces marchaba en columna, otras en línea según las señales; de modo que al mismo tiempo que avanzaban, ejercitándose y aprendiendo todo lo necesario para el combate llegaron al mar dominado por los enemigos, según creían. Muchas veces comían y cenaban en tierra enemiga, pero como hacían únicamente lo imprescindible para acabar pronto, zarpaba antes de que llegaran
31 las fuerzas de socorro. Cuando murió Mnasipo, se encontraba por las islas Esfagias[13] en territorio laconio. Al llegar al territorio eleo entró por la desembocadura del Alfeo y ancló junto al cabo llamado El Pez. Desde allí zarpó para Cefalenia al día siguiente, realizando la travesía formados como si se fuera a luchar, preparando todo lo necesario. Pues no se había enterado de los asuntos de Mnasipo por ningún testigo ocular y recelaba que fuera un engaño lo que se decía y por ello se mantenía vigilante; mas al llegar a Cefalenia se informó exactamente y permitió a la flota descansar.

Derrota de las naves siracusanas

32 Por supuesto, sé que todo eso se ejercita y prepara siempre que se piensa combatir; mas lo he elogiado por lo siguiente: aunque debía llegar pronto a donde creía que iba a luchar con el enemigo, sin embargo se ingenió para que no ignorasen la técnica del combate naval a pesar de la navegación ni llegasen más tarde por prepararse para ello.

33 Después de someter las ciudades de Cefalenia partió para Corcira. Allí oyó primero que se acercaban diez trirremes de Dionisio para ayudar a los lacedemonios;

[13] En la bahía de Pilos. La más importante es Esfacteria, famosa por la rendición de los espartiatas en el 425 a. C.

así él mismo fue y examinó el lugar desde donde se podía ver a los que se acercaban y eran visibles desde la ciudad las señales de aviso y colocó allí observadores. Convino con ellos la manera de indicar su pre- 34
sencia y arribo por medio de señales. Dio órdenes a veinte trierarcos que debían acompañarle cuando se avisara; advirtió que si alguno no lo acompañaba no se libraría de un proceso. Después de darse las señales de que se acercaban y el aviso, la rapidez de la operación constituyó un digno espectáculo, pues no hubo nadie de los que iban a partir que no embarcara a la carrera. Después de dirigirse a donde estaban las tri- 35
rremes enemigas, sorprendieron a la tripulación que había desembarcado de las otras tirremes, mas el rodio Melanipo que aconsejó a las demás que no se quedaran allí embarcando a su tripulación se hizo a la mar. Éste se escapó, pues, aunque se encontró con las naves de Ifícrates, pero todas las siracusanas fueron apresadas con su tripulación. Después de cortar los espolones Ifí- 36
crates trajo las trirremes al puerto de Corcira remolcándolas, y convino con cada hombre pagar el dinero estipulado, salvo el jefe Crinipo; a éste lo custodiaron para conseguir más dinero o bien venderlo. Mas él, en su dolor, se suicidó; Ifícrates soltó a los demás tomando unos corcireos como garantes.

Ifícrates en el continente y Cefalenia

Mantuvo la mayor parte de la tripu- 37
lación trabajando las tierras de los corcireos[14] y pasó a Acarnania con los peltastas y los hoplitas de cubierta; allí ayudó a las ciudades amigas que lo necesitaban y luchó con los turieos, hombres muy fuertes que tenían un lugar fortificado. Sumando la flota 38
de Corcira, casi unas noventa naves, primero se dirigió a Cefalenia para recaudar dinero, parte voluntariamente, parte a la fuerza; después se preparó para saquear

[14] Cf. II 1, 1.

el territorio lacedemonio y tomar las ciudades de los demás estados de aquella zona que eran enemigas, ya voluntariamente, ya luchando contra las que no se so-
39 metieran. Yo, naturalmente, no alabo esta estrategia de Ifícrates menos que las demás por el hecho de que mandó elegir con él a los estrategos Calístrato[15], el orador, que no era precisamente muy amigo suyo, y a Cabrias, persona muy considerada. Sea, pues, que deseara llevarlos como consejeros, considerándolos muy prudentes, me parece que actuó con cordura; sea que considerándolos rivales deseara mostrarles tan audazmente que no era en absoluto ni blando ni negligente, esto me parece que es propio de un hombre muy seguro de sí mismo. Efectivamente, él hizo eso.

Embajada ateniense en Esparta

3 Al ver a los plateos expulsados de Beocia, aunque eran amigos, y que se habían refugiado entre ellos, y a los tespieos suplicando que no consintieran que los dejaran sin ciudad, los atenienses ya no alababan a los tebanos, mas sentían escrúpulos en luchar contra ellos y por otra parte pensaban que era perjudicial; pero decidieron no participar en sus operaciones, pues los veían realizar expediciones contra los focidios, antiguos amigos de la ciudad, y aniquilar ciudades leales en la guerra contra el
2 bárbaro y amigas suyas[16]. Por ello votando el pueblo hacer la paz, primero envió embajadores a Tebas animándolos a acompañarle, si querían, a Esparta para tratar de la paz; luego enviaron ellos embajadores. Los elegidos fueron Calias, hijo de Hipónico, Autocles,

---

[15] Este personaje aparece por primera vez en las *Helénicas*. Desempeñó un importante papel en la política ateniense. Primero fue enemigo de Laconia, pero ante el auge de Tebas cambió de parecer y luchó por la paz con Esparta.

[16] Los tebanos destruyeron Tespias y Platea en 375 a. C. Los plateos lucharon en Maratón (HERÓD., VI 108); los plateos y tespieos en Platea (HERÓD., IX 30).

el de Estrombíquides, Demóstrato, el de Aristofonte, Aristocles, Cefisódoto, Melanopo, Liceto. Después de 3
llegar ante los asambleístas lacedemonios y aliados[17], se presentó también el orador Calístrato; pues había prometido a Ifícrates, si le autorizaba, o bien enviar dinero para la flota o bien hacer la paz, y así estaba en Atenas para gestionar la paz; después que se presentaron ante los asambleístas lacedemonios y aliados, primero habló Calias, el portador de la antorcha[18]. Era ese un hombre que le gustaba muchísimo alabarse o ser alabado; entonces comenzó más o menos así:

Discurso de Calias

«Varones lacedemonios, no sólo yo 4
tengo vuestra proxenía, sino que ya el padre de mi padre, que la tenía de su padre, la entregó a mi linaje. Quiero asimismo mostraros cómo la ciudad nos encomienda esa función en sus diversas situaciones. Así, cuando hay guerra, ella nos elige estrategos[19], y cuando desea tranquilidad nos envía como autores de la paz. Ya anteriormente yo vine dos veces para poner fin a la guerra[20] y en ambas embajadas firmé la paz entre vosotros y nosotros; ahora vengo por tercera vez y reconozco que ahora es mucho más justo conseguir la reconciliación. Efectivamente, no veo que nos- 5
otros pensemos unas cosas y vosotros otras, sino que vosotros y nosotros estamos dolidos por la destrucción de Platea y Tespias, ¿cómo, pues, no va a ser natural

---

17 Algunos editores suprimen esta frase, pues aparece repetida luego.

18 En la familia de Calias, del *génos* de Kérykes, el sacerdote *daidoûkhos* o porta-antorcha en los misterios de Eleusis parece que fue hereditario en los siglos V y IV.

19 Era estratego en 391/90; su padre Hipónico lo fue en 427/426; su abuelo en 449 negoció la paz con Persia, probablemente como estratego.

20 No se conocen estas dos embajadas. Pudo ser una en 375 (VI 2. 1), otra en 404.

que reconociendo las mismas seamos amigos recíprocos más que enemigos? Sin duda es propio de sensatos no levantar guerras si hay pequeñas diferencias; pero si además somos de la misma opinión, ¿no sería propio
6 de personas muy extrañas no hacer la paz? Es justo, pues, que nosotros no llevemos las armas unos contra otros, pues se dice que nuestro antepasado Triptólemo mostró los sagrados misterios de Deméter y Core a los primeros extranjeros, a Heracles, vuestro fundador, y a los Dioscuros, vuestros conciudadanos, y regaló la semilla del fruto de Deméter en primer lugar al Peloponeso. Por ello, ¿cómo va a ser justo que vosotros vinierais un día a devastar el fruto de aquellos cuyas semillas tomasteis o que nosotros no queramos que tengan la mayor abundancia de comida aquellos a quienes se la entregamos. Si está predestinado por los dioses que haya guerras entre los hombres, por supuesto nosotros debemos iniciarla con mucha cautela y cuando llega, disolverla de la manera más rápida posible».

Discurso de Autocles

7 Después de ése habló Autocles, que tenía fama de ser un orador enérgico: «Varones lacedemonios, no ignoro que lo que voy a decir no será dicho para complaceros; mas me parece que aquellos que desean que la amistad que van a conseguir dure el mayor tiempo posible se han de comunicar mutuamente las causas de las guerras. Cierto que vosotros siempre decís: «es preciso que las ciudades sean independientes», mas vosotros sois el principal obstáculo a la independencia. Pues convenisteis con las ciudades aliadas en primer lugar esto: que os acompañen a donde
8 vosotros mandáis. Aunque, ¿qué tiene que ver eso con la independencia? Os atraéis enemigos sin consultar a los aliados, pero los lleváis contra esos [21]; de modo que

[21] Cf. V 2, 1, y V 3, 13.

muchas veces los pretendidos independientes son obligados a realizar expediciones contra los que tienen sus mayores simpatías. Incluso establecéis en unos sitios decarquías, en otros triacontarquías[22], todo lo contrario de la independencia; y no encargáis a esos jefes que gobiernen conforme a las leyes, sino que, se esfuercen en retener las ciudades a la fuerza. De modo que parecéis contentaros más con tiranías que con gobiernos democráticos. Cuando el rey ordenó que las ciudades 9
fuesen independientes, manifestasteis públicamente que pensabais que si los tebanos no dejaban a cada ciudad regirse por sí misma y servirse de las leyes que quería, no actuaban según el escrito del rey; mas después que tomasteis la Cadmea no dejasteis ser independientes incluso a los mismos tebanos. Es preciso que los que van a ser amigos no consideren correcto pedir que los demás sean justos mientras ellos intentan claramente extender sus dominios lo más posible».

Discurso de Calístrato

Así habló produciendo un silencio 10
completo, mas los que estaban resentidos con los lacedemonios se alegraron. Después de éste habló Calístrato: «Varones lacedemonios, yo pienso que no se puede afirmar que no se hayan originado errores tanto por parte nuestra como vuestra, mas a pesar de ello no creo que no se haya de tratar ya nunca más con los que yerran. Pues veo que ningún hombre pasa su vida sin error. E incluso me parece que los hombres que yerran se vuelven a veces más accesibles, máxime si son castigados por sus errores como nosotros. Al 11
menos yo veo que vosotros tuvisteis muchos contragolpes por lo hecho a veces irreflexivamente; uno de lo cual fue la toma de Cadmea en Tebas; ahora, en consecuencia, después de afanaros por la independencia de

[22] Véanse II 3, 7; III 4, 2; 5, 13, para los diez; II 3, y ss. para los treinta.

las ciudades, todas están con aquellos otra vez después que los tebanos fueron agraviados. De modo que ahora espero que, habiendo aprendido nosotros que el querer más poder no es ventajoso, volvamos a ser comedidos
12 en la amistad recíproca. Lo que propalan algunos que quieren obstaculizar la paz: que nosotros hemos venido no por pedir la paz, sino por temer que Antálcidas[23] venga con dinero del rey, pensad que dicen tonterías. Pues el rey escribió, por cierto, que todas las ciudades de la Hélade fuesen independientes; nosotros diciendo y haciendo lo mismo que él, ¿por qué íbamos a temer al rey? ¿Es que cree alguien que él prefiere engrandecer a otros gastando dinero más que el que él mismo haga sin gasto lo que estimó que era lo mejor
13 para sí? Por otra parte, ¿por qué hemos venido? Podéis reconocer, si queréis, que no estamos apurados, mirando la situación por mar o si queréis la de tierra en la actualidad. ¿Cómo están, pues? Es evidente que *[24] si algunos aliados no nos agradan con sus hechos o bien os agradan a vosotros *. Quizás quisiéramos también mostraros que tomasteis una decisión justa porque nos
14 salvasteis[25]. Para mencionar aún los intereses, efectivamente hay entre todas las ciudades unas que miran por vuestros intereses, otras por los nuestros, y en cada ciudad unos son partidarios de Laconia, otros del Atica. Lógicamente si nosotros fuéramos amigos, ¿probablemente de dónde podríamos esperar alguna dificultad? Efectivamente, si vosotros fuerais amigos, ¿quién sería capaz de molestarnos por tierra?, y al menos por mar si nosotros somos partidarios vuestros, ¿quién podría

[23] Está atestiguada la intervención de Persia en este nuevo tratado, a través de una 2.ª embajada de Antálcidas, que no debe ser confundida con la que intentó sin éxito después de Leuctra.

[24] Texto mal transmitido. Es imposible dar un sentido claro.

[25] En 404 los lacedemonios se opusieron a los tebanos y corintios que querían aniquilar Atenas, II 2, 19.

causaros algún daño? Por supuesto, todos sabemos que 15
siempre surgen guerras en alguna zona y se acaban y que nosotros, si no lo hacemos ahora, algún día volveremos a desear la paz. En consecuencia, ¿por qué se va a esperar ese momento, hasta que estemos agotados por una multitud de males y no firmar la paz lo más pronto posible antes que ocurra algo irremediable? Por 16
supuesto que al menos yo no alabo tampoco a aquellos que siendo rivales, habiendo vencido ya muchas veces y teniendo fama son tan amigos de la disputa que no cesan hasta que derrotados renuncian al esfuerzo, ni tampoco a aquellos jugadores de dados que si ganan algo, juegan el doble; pues veo que la mayor parte de los tales generalmente se quedan sin recursos. Mirando 17
a semejante juego es necesario que nosotros nunca establezcamos esto, de modo que o tomemos todo o perdamos todo, pero mientras estamos bien y tenemos éxitos, seamos amigos recíprocos. Pues entonces nosotros por vosotros y vosotros por nosotros nos volveríamos mayores aún en la Hélade que en el tiempo pasado».

Tratado de paz

Después de reconocer que había ha- 18
blado con razón, todos los lacedemonios aprobaron por votación hacer todos la paz con la condición de que retiraran de las ciudades los harmostes, licenciar las tropas tanto de mar como de tierra y dejar las ciudades independientes. Si se actuaba en contra de lo estipulado, que ayudara el que quisiera a las ciudades agraviadas, pero sin quedar obligado por juramento el que no quisiera luchar con las agraviadas[26]. Con esas condiciones prestaron juramento los 19

[26] Esta cláusula representa una importante innovación con relación a la paz de Antálcidas; garantiza la independencia política de las ciudades de la confederación ateniense o peloponesia, sobre todo de la segunda.

lacedemonios en su nombre y en el de los aliados, mas los atenienses y sus aliados cada uno por ciudades. Los tebanos estaban inscritos entre las ciudades que habían prestado juramento, pero al día siguiente volvieron a presentarse sus embajadores y exigieron que se cambiase lo escrito, que en lugar de tebanos, se escribiera que habían jurado los beocios. Agesilao respondió que no cambiaba nada del juramento y firma anterior; dijo que si no querían figurar en las treguas, que los borra-
20 ría si lo pedían. Como los demás hicieron la paz[27], con la única oposición de los tebanos, los atenienses opinaban que ahora había esperanzas de que los tebanos se vieran obligados por fin a pagar el famoso diezmo[28], pero los propios tebanos se retiraron completamente desanimados.

Cleómbroto ataca Beocia

4 Después de esto los atenienses retiraron las guarniciones de las ciudades, mandaron venir a Ifícrates con las naves y le obligaron a devolver lo que
2 tomó después de los juramentos. Los lacedemonios retiraron los harmostes y las guarniciones de las demás ciudades, pero Cleómbroto, que estaba con el ejército en Fócide[29], preguntó a las autoridades de su patria qué debía hacer: Prótoo dijo que le parecía que se debía licenciar el ejército según los juramentos y anunciar a las ciudades que ingresaran al templo de Apolo lo que cada una quisiera, y luego si no se dejaba que las ciudades fuesen independientes, entonces volviendo a convocar a los que desearan ayudar a la independencia, llevarlos contra los contrarios; pues afirmó que así creía que los dioses serían más favorables y las
3 ciudades se molestarían muchísimo menos. La asamblea

[27] El 14 de *Skirophorión* (mayo-junio) del 371.
[28] Se trata del diezmo que se debía imponer a los que lucharon con los persas en las guerras médicas. Cf. Heród., VII 132.
[29] Véase VI 1, 1 y 2, 1.

le oyó y consideró que proponía tonterías —efectivamente, era la divinidad la que guiaba entonces, como es de esperar—; así ordenaron a Cleómbroto que no despidiese al ejército, sino que lo llevara inmediatamente contra los tebanos, si no dejaban las ciudades independientes. [Cleómbroto después que se informó que se había firmado la paz, envió mensajeros a los éforos y preguntó qué debía hacer. Ellos le ordenaron que marchara contra los tebanos si no dejaban las ciudades beocias independientes][30]. Por ello después que observó que no soltaban las ciudades ni licenciaron el ejército, seguramente para enfrentarse a él, entonces finalmente llevó el ejército a Beocia. No atacó por donde los tebanos esperaban que atacara, desde Fócide, en un paso estrecho que custodiaban, sino que llegó a Creusis de improviso a través de una zona montañosa, tomó la muralla y apresó doce trirremes tebanas. 4

Batalla de Leuctra

Una vez hecho esto, desde el mar penetró en territorio de Tespias y acampó en Leuctra. Los tebanos acamparon enfrente en una colina a poca distancia, sin más aliados que los beocios. Entonces unos amigos se acercaron y dijeron a Cleómbroto: «Cleómbroto, si te retiras sin combatir a 5
los tebanos, te expones a recibir de la ciudad la última pena. Pues se acordarán además de cuando llegaste a Cinoscéfalas y no saqueaste el territorio tebano[31] y posteriormente cuando fuiste con las tropas y se te impidió la invasión mientras que Agesilao atacó siempre por el Citerón[32]. En resumen, si te preocupas de ti o añoras tu patria[33], debes atacar a los enemigos».

---

[30] Este pasaje se cree que es un doblete de lo expresado arriba, interpolado por una mano ajena a Jenofonte.

[31] Cf. V 4, 15-16.

[32] Cf. V 4, 36-38, 47-48, 59.

[33] Argumento tanto más chocante cuanto que Cleómbroto no podía olvidar el destierro de su padre Pausanias (II 5, 25).

Eso dijeron sus amigos, mas los rivales afirmaron: «Por fin ahora demostrará el hombre si realmente se
6 preocupa de los tebanos, como se dice». Cleómbroto oyó eso y se inclinó a trabar combate. A su vez los tebanos que estaban al frente consideraron que si no combatían, las ciudades vecinas se separarían, ellos serían sitiados y tendrían la ciudad en contra si el pueblo de Tebas no disponía de lo necesario. Como muchos de ellos anteriormente habían sido desterrados consideraron que era mejor morir luchando que volver al des-
7 tierro. Además de esas consideraciones, asimismo infundió ánimos el oráculo propalado: los lacedemonios debían ser derrotados allí donde estaba la tumba de las doncellas que se suicidaron por haber sido violadas por unos lacedemonios, según se cuenta. Por ello los tebanos adornaron ese monumento antes de la batalla. Asimismo se les comunicó de la ciudad que todos los templos se abrieron espontáneamente y las sacerdotisas afirmaron que los dioses indicaban victoria. También afirmaron que las armas del Heracleo habían desaparecido, porque Heracles había salido para la batalla. Mas algunos dicen que todo esto fueron supercherías de los
8 que estaban al frente. En todo caso, a los lacedemonios todo se les volvió en contra en la batalla, mas a ellos todo les fue encauzado por la suerte. Efectivamente, Cleómbroto tuvo el último consejo de guerra después de la comida, y se dijo que estaban un tanto excitados
9 por el vino, por haber bebido en exceso. Después que se armaron ambos y era ya evidente que iba a comenzar el combate, en primer lugar empezaron a retirarse del ejército beocio los que habían preparado el abastecimiento, algunos portadores del bagaje y aquellos que no iban a combatir [34], pero los mercenarios de Hie-

---

[34] Ciertos contingentes beocios poco seguros —sobre todo los de Tespias— despedidos por Epaminondas.

rón[35], los peltastas focidios, los jinetes heracliotas y fliasios los rodearon y atacando a los que se retiraban los obligaron a volverse y los persiguieron hasta el campamento beocio. De modo que forzaron al ejército beocio a concentrarse mucho más al volverse más numeroso. Como la zona entre ambos era llana, los lace- 10
demonios colocaron luego delante de su formación la caballería y los tebanos opusieron también la suya. La caballería tebana estaba muy ejercitada por la guerra contra los orcomenios y tespieos, mientras que los lacedemonios por aquel tiempo tenían la caballería muy floja. Efectivamente, los más ricos criaban los caballos, 11
pero cuando se decretaba la movilización, llegaba entonces el jinete designado y cogiendo el caballo y las primeras armas que encontraba marchaba inmediatamente con las tropas; a su vez montaban los caballos los soldados físicamente más débiles y menos valerosos[36]. Tal era realmente la caballería de ambos. En 12
cuanto a la formación afirmaron que los lacedemonios llevaban la sección de tres filas; eso no suponía más de doce en fondo[37]. Mas los tebanos estaban en filas cerradas no menores de cincuenta escudos[38], calculando que, si vencían al contingente del rey, todo lo demás sería fácilmente sometido. Después que Cleómbroto ini- 13
ció la marcha contra los enemigos, primero, incluso antes de que su ejército se diera cuenta de que había

[35] Espartiata, que moriría en la batalla.

[36] Cf. JEN., *Hipp.* IX 4. La caballería lacedemonia sólo volvió a ser apreciada cuando Esparta utilizó mercenarios. Estos textos de Jenofonte son los únicos que tenemos para conocer la situación de la caballería en el siglo IV. Se ve que no era un cuerpo aristocrático como en Atenas.

[37] La sección *(enomotía)* que es aquí $12 \times 3 = 36$ hombres no ha variado apenas desde la 1.ª batalla de Mantinea, que era de unos 32 hombres. Cf. TUC., V 68.

[38] Jenofonte habla por primera vez de esta gran innovación táctica de Epaminondas.

tomado el mando, los jinetes se lanzaron y pronto fue derrotada la caballería lacedemonia. Al huir cayeron entre sus propios hoplitas y además atacaron las compañías tebanas. Sin embargo, que al principio eran superiores los de Cleómbroto, se puede deducir claramente por el siguiente indicio: efectivamente, no habrían podido cogerlo y retirarlo vivo, si los que luchaban delante de él no hubieran sido superiores en aquel momento.
14 Mas después que murió el polemarco Dinón y Esfodrias entre los de la tienda real y su hijo Cleónimo, los *[39], la llamada escolta del polemarco[40] y los demás empezaron a retroceder acosados por la multitud; los lacedemonios del ala izquierda cuando vieron que la derecha era rechazada cedieron; aunque muchos estaban muertos o derrotados. Sin embargo, después de atravesar el foso que había delante del campamento resistieron con sus armas en el sitio de partida. El campamento no estaba en una zona completamente llana, sino en cierta pendiente. Por esto había algunos lacedemonios que reconociendo que la desgracia era intolerable declararon que era preciso impedir a los enemigos erigir un trofeo e intentar recoger los cadáveres no por
15 tregua, sino por lucha. Mas los polemarcos que vieron que habían muerto cerca de mil del conjunto de lacedemonios, que vieron que de los propios espartiatas habían muerto unos cuatrocientos de los setecientos que estaban allí y observaron que todos los aliados estaban desanimados por el combate, incluso algunos no estaban dolidos por lo ocurrido, reunieron a los principales jefes para deliberar qué se debía hacer. Después de decidir todos recoger los cadáveres bajo tregua, entonces enviaron un heraldo con este fin. Los tebanos por

---

[39] Término mal transcrito.

[40] Acaso los mismos que se llaman otras veces (IV 3, 23) *parastátai* (aquí *symphoreîs*).

su parte después de estos hechos erigieron un trofeo y devolvieron los cadáveres bajo tregua.

Reacción en Esparta

Una vez ocurrido esto, el que fue a anunciar la desgracia llegó a Esparta en el último día de las fiestas gimnopedias [41] cuando estaba dentro el coro de jóvenes. Los éforos al oír la desgracia, se afligieron como de algo irremediable, creo; pero no interrumpieron al coro, sino que lo dejaron competir. Comunicaron a los familiares los nombres de cada uno de los muertos; ordenaron a las mujeres no lamentarse, sino llevar la desgracia en silencio. Al día siguiente se pudo ver a los allegados de los muertos apareciendo en público risueños y contentos, mas se vieron pocos allegados de los que se anunció que estaban vivos, y esos iban tristes y abatidos. 16

Después de ese desastre los éforos decretaron la mo- 17
vilización para las dos restantes compañías hasta la clase cuarenta [42]. Enviaron hombres de esta misma edad incluso de las compañías de fuera —pues anteriormente habían ido a Fócide con las tropas hasta la clase treinta y cinco— incluso mandaron acompañarles a los que en esa ocasión se habían quedado para atender
los cargos. Agesilao no se había restablecido aún de su 18
enfermedad [43]; en su lugar la ciudad ordenó a su hijo Arquidamo ponerse al frente. Los tegeatas participaron con él en la expedición muy animados, pues vivían aún los partidarios de Laconia, el grupo de Estasipo [44], y tenían muchísimo poder en la ciudad. También los mantineos de las aldeas participaron con valentía, pues se hallaban gobernados por la aristocracia [45]. Asimismo los

[41] Fiestas espartanas en honor de Apolo.
[42] Es decir, los hombres de 60 años (Cf. V 4, 13).
[43] Cf. V 4, 58.
[44] Cf. VI 5, 10.
[45] Cf. V 2, 1-7.

corintios, sicionios, fliasios y aqueos les acompañaron con muchos ánimos y asimismo otras ciudades enviaron también soldados. Equiparon trirremes los propios lacedemonios y los corintios; asimismo pidieron a los sicionios equipar algunas con las que pensaban pasar el ejér-
19 cito. Arquidamo se encontraba ya sacrificando para el paso.

Tebas pide ayuda a Atenas y Tesalia

Los tebanos enviaron un mensajero coronado a Atenas inmediatamente después de la batalla, al mismo tiempo que les explicaron la importancia de la victoria, les pidieron ayuda alegando que ahora era posible vengarse de todas las ofensas
20 que cometieron los lacedemonios. Se daba la circunstancia de que el consejo ateniense se encontraba en la Acrópolis [46] en sesión. Después que oyeron lo sucedido a todos se les vio entristecerse profundamente. Efectivamente, no invitaron al heraldo a la comida de hospitalidad ni respondieron nada sobre la ayuda. Por ello el heraldo se retiró de Atenas. Mas los tebanos enviaron en seguida un mensajero a Jasón, que era su aliado, pidiéndole que les ayudara, pensando en lo que podría ocurrir en el futuro.

Jasón en Beocia

21 Inmediatamente empezó a equipar trirremes para ayudarlos por mar y con su ejército de mercenarios y los jinetes de su guardia marchó por tierra a Beocia, aunque los focidios estaban en guerra no declarada con él; apareció en muchas ciudades antes de anunciarse que estaban en camino. Efectivamente, antes de que se reunieran fuerzas, aunque estuviera lejos, anticipaba la llegada a cualquier parte, poniendo en evidencia que la rapidez consigue muchas veces aquello para lo que se precisa mejor la

[46] El consejo o *Boulé* podía tener sus sesiones en la Acrópolis en momentos graves.

fuerza. Después de llegar a Beocia, aunque los tebanos 22
aseguraron que era una buena ocasión para atacar a los lacedemonios, él desde arriba con los mercenarios y ellos de frente, Jasón les disuadió indicando que después de haber hecho una buena acción no les convenía correr el riesgo de no realizar una hazaña aún mayor o
ser privados incluso de la victoria alcanzada. Afirmó: 23
«¿No veis que incluso vosotros dominasteis después de pasar apuros? Por ello es necesario pensar que los lacedemonios, si se ven obligados a abandonar la vida, combatirán a la desesperada. El dios, como es natural, muchas veces se goza en hacer grandes a los pequeños y
pequeños a los grandes». Con esas razones disuadió a 24
los tebanos de correr un riesgo; a su vez mostró a los lacedemonios lo que era un ejército derrotado y uno vencedor. Añadió: «Mas si queréis olvidar la desgracia presente, os aconsejo ir al combate contra los que no fueron derrotados después de reponeros descansando y cuando seáis más numerosos. Mas ahora sabéis bien que hay incluso algunos de vuestros aliados que están proponiendo la paz a los enemigos; por ello intentad aceptar las treguas como sea. Yo os animo a esto porque quiero salvaros a causa de la amistad de mi padre con
vosotros y por ser vuestro próxeno». Así habló, mas 25
quizá actuaba así para que siendo enemigos mutuos ambos lo necesitaran. Sin embargo, los lacedemonios ordenaron gestionar la tregua; después de comunicar que había treguas los polemarcos dieron la orden de presentarse todos después de cenar para marchar de noche, de modo que pasaran por el Citerón al amanecer; después de la cena, transmitiendo órdenes de seguir, sin dormir, los llevaron al atardecer por el camino de Creusis porque confiaban más en el hecho de pasar inadver-
tidos que en las treguas. Caminando con mucha difi- 26
cultad y con miedo, como es natural por retirarse de noche por un camino difícil, llegaron a Egóstena en

territorio de Mégara. Allí se encontraron con el ejército de Arquidamo. Esperaron allí a que todos los aliados se presentaran y luego retiró el ejército a Corinto; aquí despidió a los aliados y retiró a los ciudadanos a su pa-
27 tria. Al retirarse a través de Fócide, Jasón tomó el arrabal de los yampolitas, saqueó el territorio y mató a muchos; mas atravesó el resto de Fócide sin hacer nada. Al llegar a Heraclea derribó la muralla heracliota, por supuesto, no porque temiera que algunos marcharan contra sus dominios por ese paso abierto[47], sino más bien previniendo que algunos cogieran por sorpresa Heraclea que estaba en un desfiladero para ce-
28 rrarle el paso si quería marchar a la Hélade. Después de regresar a Tesalia se hizo realmente poderoso tanto por constituirse en soberano según las leyes tesalias como por mantener muchos mercenarios a su alrededor, infantería y caballería, ejercitándolos para que fueran los mejores; aún tuvo más poder por los muchos aliados que ya tenía en parte, y en parte deseaban serlo. Fue el más poderoso de los de su época, ya que
29 nadie le despreció. Al acercarse los juegos píticos dio orden a las ciudades de preparar bueyes, ovejas, cabras y cerdos para un sacrificio. Afirmaron que aunque fue muy comedido en las imposiciones a cada ciudad, no se reunió menos de mil bueyes y más de diez mil cabezas del resto de ganado. Proclamó asimismo ofrecer una corona de oro como premio a la ciudad vencedora que ofreciera al dios el mejor buey que iría en
30 cabeza. Dio orden también a los tesalios de prepararse igual que para una expedición por el tiempo de los juegos píticos, pues proyectaba, según afirmaron, presidir personalmente la reunión general en honor del dios[48] y las competiciones. No se sabe aún ahora lo

[47] Las Termópilas, cuya entrada oeste estaba protegida por la fortaleza de Heraclea.

[48] Tomando este cargo, Jasón afirmaba sus pretensiones de

que pensaba sobre los bienes sagrados; se dice que al preguntar los delfios qué se debía hacer, si se apoderaba de los bienes del dios, éste había respondido que se cuidaría él. Cuando tenía, pues, tal poder y proyec- 31
taba tantos planes, pasando revista e inspeccionando la caballería de Feras, cuando estaba sentado ya y respondiendo al que se acercaba a pedirle algo, fue muerto abatido a golpes por siete muchachos que se acercaron fingiendo discutir entre sí. Los lanceros presentes le 32
defendieron con valentía, y uno incluso murió alcanzado por una lanza cuando hería a Jasón; también murió otro al ser alcanzado y recibir muchas heridas cuando montaba en su caballo; los demás escaparon saltando a los caballos que tenían preparados; fueron honrados en la mayor parte de las ciudades de Grecia que recorrieron, con lo que se hizo evidente que los griegos tenían pánico de que se convirtiera en tirano.

Sucesores de Jasón

Pero muerto él, sus hermanos Poli- 33
doro y Polifrón se constituyeron en soberanos. Polidoro murió a manos de su hermano Polifrón mientras dormía de noche, cuando ambos realizaban un viaje a Larisa, al parecer, pues su muerte fue repentina y sin causa aparente. Por su parte Polifrón gobernó 34
durante un año y estableció la soberanía como una tiranía. Efectivamente, mató a Polidamante de Fársalo y a los ocho ciudadanos mejores, y desterró a muchos de Larisa. Aunque hizo eso, éste fue muerto también por Alejandro, que pretendía vengar a Polidoro y abolir la tiranía. Mas una vez en el cargo, se convirtió en un 35
soberano odioso a los tesalios, odioso a los tebanos y enemigo de los atenienses, pirata inicuo por tierra y por mar [49].

---

hegemonía, como lo hará Filipo de Macedonia después del 346. Cf. DEMÓST., V 22; IX 32.

[49] Es la única alusión de Jenofonte a los levantamientos de

Siendo tal, también él murió a su vez, ejecutado por
las manos mismas de los hermanos de su mujer[50] pero
36 por decisión de ella misma. Efectivamente, reveló a sus
hermanos que Alejandro conspiraba contra ellos y los
ocultó en el palacio un día entero. Dejó entrar a Ale-
jandro embriagado, después de acostarse mantuvo el
candil encendido y le quitó la espada. Al ver a sus her-
manos que dudaban acercarse a Alejandro, les dijo que
si no lo ejecutaban inmediatamente, lo despertaría.
Cuando entraron, tirando de la puerta se agarró al al-
37 dabón hasta que su marido murió. Unos dicen que su
odio al marido nació cuando Alejandro encadenó a su
propio amante, un bello muchacho, lo sacó y lo degolló
aunque ella pidió que lo soltara; pero otros dicen que
cuando envió mensajeros a Tebas y pretendió tomar la
mujer de Jasón, porque no tenía hijos de su esposa.
Así se cuentan las causas del móvil de su mujer; Tisí-
fono[51], el mayor de los hermanos, ocupaba el cargo
después de este hecho hasta la época en que se escribía
esta historia.

Atenas propone la paz

5 Se han expuesto los asuntos que ocurrieron en Tesalia en tiempos de Jasón y después de su muerte hasta el gobierno de Tisífono; ahora vuelvo al punto donde me desvié para referirlos. Bien, después que Arquidamo retiró el ejército de socorro a Leuctra, considerando los atenienses que los peloponesios aún creían que debían acompañarles y que

la nobleza tesalia contra Alejandro, a las intervenciones de Tebas en los asuntos de Tesalia y que concluyen después de la batalla de Cinoscéfalas con un tratado de paz con Alejandro, y a la guerra de piratería contra Atenas desde el 363 hasta su muerte.

[50] Que eran hijos de Jasón.

[51] Este es el dato más importante para fijar la cronología de las *Helénicas* e incluso la muerte de Jenofonte. Alejandro fue asesinado en el 358 y Tisífono probablemente en el 355. (V. la *introducción*.)

los lacedemonios no estaban aún en la misma situación a la que redujeron a los atenienses, mandaron llamar a las ciudades que querían participar en la paz que el rey propuso. Después de reunirse, llegaron a un 2
acuerdo con los que deseaban tomar parte y prestaron el siguiente juramento: «Permaneceré en las treguas que propuso el rey y en las decisiones aprobadas por los atenienses y los aliados. Si se realiza una expedición contra alguna ciudad de las que prestaron este juramento, acudiré con todas mis fuerzas».

Todos los demás se alegraron por este juramento. Mas los eleos replicaron que no se debía dejar independientes a los marganeos, a los esciluntios ni a los trifilios, pues esas ciudades eran suyas. Pero los atenienses 3
y el resto después de haber aprobado por votación, como el rey prescribió, que fueran independientes las ciudades grandes y pequeñas, despidieron a los juramentados y les ordenaron que prestasen juramentos las supremas autoridades de cada ciudad. Todos se comprometieron salvo los eleos.

Reconstrucción de Mantinea

Como consecuencia de este juramento, pensando que por fin eran completamente independientes, los mantineos se reunieron también todos y votaron unificar Mantinea y amurallar la ciudad[52]. Por su parte los lacedemonios reconocieron que 4
su situación sería difícil si se realizaba eso sin su consentimiento. Así enviaron a Agesilao como embajador ante los mantineos porque creyeron que era amigo suyo por su padre. Pero cuando llegó ante ellos, los magistrados mantineos no consintieron que el pueblo se reuniera con él y le mandaron exponer en su presencia lo que pedía. Él les prometió, si paralizaban de momento la fortificación, actuar para que se construyera

52 Cf. V 2, 1-7.

la muralla con el consentimiento de Lacedemonia y sin
5 gasto. Después de responderle que era imposible paralizarla, pues se había tomado por toda la ciudad la decisión de amurallarla, Agesilao se retiró encolerizado por ello; pero no pareció posible llevar a cabo una expedición contra ellos, porque se había concluido la paz con la condición de la independencia. E incluso algunas ciudades arcadias enviaron hombres para colaborar con los mantineos en la construcción de las murallas y los eleos contribuyeron con tres talentos para los gastos. Los mantineos estaban, pues, con este asunto.

Confederación arcadia: luchas internas

6 El grupo de tegeatas de Calibio y Próxeno movieron a todo el territorio arcadio a unirse y a imponer en las ciudades la decisión que prevaleciera en la asamblea de la liga; pero el grupo de Estasipo[53] pretendió que la ciudad quedara con su te-
7 rritorio y se gobernara con las leyes patrias. Derrotados los de Próxeno y Calibio en el consejo, los tearos[54] pensando que si se reunía al pueblo, dominarían por su gran número, tomaron las armas. Al ver eso los de Estasipo también ellos se armaron y no fueron inferiores en número. Después que se lanzaron a la lucha, mataron a Próxeno y con él a unos cuantos, y aunque obligaron a volverse a los demás, no los persiguieron; pues Estasipo era tan noble que no quería matar a mu-
8 chos ciudadanos. Los de Calibio, retirándose al pie de la muralla junto a las puertas del lado de Mantinea, porque los contrarios los atacaron, se reunieron y permanecieron quietos. Hacía tiempo que habían enviado mensajeros a Mantinea para pedir ayuda; mas iniciaron conversaciones con los de Estasipo para reconciliarse. Pero al ver que los mantineos se acercaban, unos saltando sobre el muro les pidieron que los socorrieran

[53] Cf. VI 4, 18.
[54] Así se llamaban las autoridades de Tegea. Cf. Tuc., V 47.

lo más pronto posible y les ordenaron a gritos darse prisa, otros les abrieron las puertas. Los de Estasipo 9
al observar lo que ocurría se lanzaron por las puertas que dan al Palantio y consiguieron refugiarse en el templo de Ártemis antes de verse apresados por sus perseguidores y encerrándose se quedaron quietos. Mas los contrarios, que los habían perseguido, subiendo al templo y quitando el techo los herían con las tejas. Al verse en aprieto ellos pidieron que los dejaran y afirmaron que saldrían. Los contrarios cuando los tomaron en sus manos, echándolos atados a un carro los llevaron a Tegea. Allí los condenaron y ejecutaron de acuerdo con los mantineos.

Agesilao en Arcadia

Cuando sucedió esto huyeron a La- 10
cedemonia unos ochocientos tegeatas partidarios de Estasipo. Después de esto los lacedemonios decidieron que se debía ayudar conforme a los juramentos a los tegeatas por razón de que estaban muertos y a los expulsados; por ello marcharon con las tropas contra los mantineos alegando que éstos fueron con las armas contra los tegeatas faltando a los juramentos. Los éforos decretaron la movilización y la ciudad ordenó a Agesilao ponerse al frente. En consecuencia, los demás 11
arcadios se reunieron en Ásea. Como los orcomenios no quisieron unirse a la liga arcadia por la enemistad con Mantinea [55] y acogieron en la ciudad al ejército mercenario reunido en Corinto que mandaba Polítropo, los mantineos se quedaron en su patria para encargarse de éste. Asimismo hereos y lepreatas marcharon con las tropas lacedemonias contra los mantineos. Agesilao después de 12
hacer los sacrificios del paso de fronteras, inmediatamente comenzó la marcha contra Arcadia. Después de tomar Eutea, que era una ciudad fronteriza y encon-

[55] Cf. Tuc., V 61-63.

trarse allí con que los ancianos, mujeres y niños permanecían en sus casas, pero que los en edad militar habían marchado con el ejército arcadio, sin embargo no trató mal a la ciudad, sino que los dejó residir en ella y tomar lo que necesitaban comprándolo; lo poco que se les arrebató, lo reclamó y devolvió cuando entró en la ciudad. Reparó también las partes del muro que lo precisaban, mientras pasaba el tiempo esperando allí a los mercenarios de Polítropo.

13 Mientras tanto los mantineos marcharon con las tropas contra los orcomenios. Pero se retiraron de la muralla con mucha dificultad, incluso murieron algunos. Al retirarse cuando estuvieron en territorio elimio los hoplitas orcomenios ya no los persiguieron, pero los de Polítropo atacaron con mucha audacia, y entonces al darse cuenta los mantineos que si no los rechazaban, muchos de ellos serían alcanzados por sus jabalinas, se volvieron y se lanzaron en tropel contra los atacantes.
14 Polítropo murió allí luchando; y habrían muerto muchísimos más en la huida si no les hubieran impedido la persecución los jinetes fliasios que se presentaron y acosaron a la retaguardia mantinea. Los mantineos vol-
15 vieron a su patria después de conseguir esto. Después de oír esto, considerando que ya no se le unirían los mercenarios de Orcómeno, entonces Agesilao siguió su marcha. El primer día cenó en territorio tegeático, al siguiente pasó al mantineo y acampó al pie de los montes occidentales de Mantinea; entonces devastó el territorio y saqueó los campos. A su vez los arcadios que se
16 habían reunido en Asea llegaron de noche a Tegea. Al otro día Agesilao acampó cuando estaba a unos veinte estadios de distancia de Mantinea; se presentaron también desde Tegea, siguiendo la cordillera entre esa ciudad y Mantinea los arcadios: muchísimos hoplitas que deseaban unirse a los mantineos; les siguieron también los argivos aunque no en masa; hubo algunos que

trataron de persuadir a Agesilao a atacarlos por separado; mas temiendo que cayeran sobre él por el flanco y la retaguardia, si salían los mantineos de la ciudad, ya que marchaban cerca de ellos, reconoció que era mejor dejar que se reunieran y, si querían luchar, presentar batalla abierta y en condiciones. Los arcadios por fin llegaron al mismo sitio. Los peltastas proce- 17
dentes de Orcómeno y los jinetes fliasios que iban con ellos pasando de noche junto a Mantinea sorprendieron a Agesilao sacrificando delante del campamento al amanecer y provocaron a los demás a formarse a la carrera y a Agesilao a retirarse al campamento. Cuando se dieron cuenta que eran amigos y Agesilao consiguió un sacrificio favorable, después del almuerzo avanzó con el ejército. Al caer la tarde acampó sin que fuera advertido en un valle cerrado detrás de Mantinea, que está rodeado de unos montes muy próximos. Al otro día, por 18
la mañana, se puso a sacrificar delante del campamento; mas al ver que se iban concentrando desde la ciudad de Mantinea en los montes contiguos a la retaguardia de su propio ejército, decidió que debía salirse inmediatamente del valle cerrado. Si se retiraba yendo él en cabeza, temió que los enemigos atacaran la retaguardia; por ello con calma y dando cara al enemigo ordenó que los de la retaguardia pasaran delante consigo por detrás de las líneas dando media vuelta a la derecha. Así consiguió al mismo tiempo salir del paso estrecho y reforzar la formación progresivamente. Después de do- 19
blarse la formación y salir con el ejército de hoplitas en esta posición, desplegó de nuevo el ejército en nueve o diez escudos. Pero los mantineos no se enfrentaron, ya que los eleos que estaban con ellos les persuadieron a no presentar batalla, antes de llegar los tebanos, pues aseguraron que sabían bien que se presentarían; pues ellos mismos les prestaron diez talentos para la ayu-

20 da[56]. Los arcadios después de oír eso permanecieron quietos en Mantinea. Agesilao, aunque estaba muy deseoso de retirar el ejército, pues era pleno invierno, sin embargo, permaneció allí tres días, no muy distante de la ciudad de Mantinea, para no dar la impresión que aceleraba el regreso por temor. Al cuarto día, después de comer temprano, se retiró para acampar en el mismo sitio donde acampó la primera vez al venir de Eutea.
21 Como no apareció ningún arcadio, los llevó rapidísimamente a Eutea aunque era ya muy tarde, porque deseaba retirar a los hoplitas antes de ver los fuegos de los enemigos para que nadie dijera que se retiraba huyendo. Efectivamente, la ciudad parecía que se había repuesto un tanto del desánimo anterior, por invadir Arcadia y no atreverse nadie a luchar contra él aunque devastó el territorio. Cuando llegó a territorio laconio, envió a los espartiatas a sus casas y a los periecos a sus ciudades.

Invasión de Lacedemonia por los tebanos y aliados

22 Después de retirarse él y enterarse de que había licenciado el ejército, los arcadios marcharon contra los hereos porque no quisieron formar parte de la liga arcadia y porque habían invadido Arcadia con los lacedemonios. Invadiendo incendiaron las casas y talaron los árboles.

Cuando se dijo que los tebanos que venían en ayuda estaban en Mantinea, entonces se retiraron de Herea y
23 se unieron con ellos. Una vez juntos, los tebanos reconocieron que les iba muy bien, puesto que habían acudido en ayuda y aún no habían visto ningún enemigo en el territorio, y se dispusieron a marchar. Mas los arcadios, argivos y eleos intentaron convencerlos a que se

[56] Esta insinuación malévola es la única información de Jenofonte sobre la alianza concluida en 370 por los arcadios, primero con Argos y Élide, luego con Tebas (VII 1, 18, y Diodoro, XV 62-4).

dirigiesen a territorio laconio lo más pronto posible, mostrando la multitud de sus efectivos y elogiando en exceso al ejército tebano. Efectivamente todos los beocios se ejercitaban en las armas, ufanos por la victoria de Leuctra; además les acompañaban los focidios ahora súbditos suyos, eubeos de todas las ciudades, ambos locrios, acarnanios, heracliotas y malieos. Les acompañaban también jinetes y peltastas de Tesalia. Al ver a esos juntos y añadir la soledad de Lacedemonia les pidieron que de ningún modo se alejaran sin invadir antes el territorio lacedemonio. Los tebanos los escu- 24
charon, mas replicaron que decían que Laconia era muy difícil de invadir y que creían que tenían guarniciones en los pasos más fáciles. Efectivamente Iscolao estaba en Eo de Escirítide con guarniciones de neodamodes y los desterrados tegeatas más jóvenes alrededor de unos cuatrocientos; había además otra guarnición en Leuctro sobre la Maleátide. Los tebanos consideraban igualmente que una vez reunidas rápidamente las fuerzas lacedemonias en ningún sitio lucharían mejor que en su propio territorio. Sopesando todo esto no eran muy propensos a ir a Lacedemonia. Mas después llegaron 25
unos de Carias que informaron del abandono, prometieron ellos mismos guiarlos y exigieron que los degollaran si creían que los engañaban; algunos de los llamados periecos estaban también allí, aseguraron que se separarían con sólo aparecer en el territorio y afirmaron que incluso en esos momentos no quisieron ayudarles aunque los espartiatas habían convocado a los periecos; oyendo, pues, todos estos argumentos y de boca de todos, los tebanos se dejaron convencer y ellos mismos invadieron por Carias y los arcadios por Eo de Escirítide. Si Escolao se hubiera apostado sobre los acce- 26
sos difíciles, adelantándose, aseguran que nadie hubiera pasado por allí; pero en esos momentos se quedó en la aldea queriendo luchar con los aliados eatas; así

subieron muchísimos arcadios. Entonces, mientras lucharon de frente dominaron los de Iscolao; pero luego subiendo por detrás, por los flancos y por las casas, disparaban y herían; entonces murió Iscolao y todos
27 los demás salvo alguno que se escapó sin ser reconocido. Después de realizar este combate los arcadios emprendieron la marcha para unirse a los tebanos en Carias. Estos últimos después que se enteraron de lo hecho por los arcadios, descendieron con mucho más atrevimiento, e inmediatamente empezaron a quemar y saquear Selasia. Cuando estuvieron en la llanura, en el recinto sagrado de Apolo, acamparon allí; al otro día se pusieron en marcha. No intentaron siquiera ir a la ciudad por el puente, pues efectivamente en el santuario de Alea aparecieron los hoplitas contrarios. Mas fueron por la derecha del Eurotas quemando y saqueando ca-
28 sas repletas de bienes. En cuanto a los habitantes de la ciudad las mujeres no soportaban ver el humo siquiera, porque nunca habían visto enemigos; los espartiatas, cada uno en su puesto, aunque parecían y eran realmente pocos, vigilaban la ciudad que estaba sin murallas. Las autoridades decidieron avisar a los hilotas que si querían tomar las armas y alistarse en filas, recibirían garantías cuantos combatieran con ellos de
29 conseguir la libertad. Aseguraron que en un principio se habían alistado más de seis mil, de modo que incluso esos formados juntos les infundieron pánico y pensaron que eran demasiados; mas como se quedaron los mercenarios de Orcómeno y socorrieron a los lacedemonios los fliasios, corintios, epidaurios, peleneos y algunas ciudades más, entonces sintieron menos pánico
30 ante los alistados. El ejército cuando llegó a Amiclas continuando el avance atravesaron el Eurotas por allí. Los tebanos en cualquier lugar que acompaban echaban los árboles que talaban delante de las líneas, todos los que podían, y así se guardaban; los arcadios no hacían

nada semejante, sino que se dedicaban al pillaje por
las casas dejando las armas. Después de esto, al tercer
o cuarto día los jinetes avanzaron formados hasta el
hipódromo de Posidón Soberano, todos los tebanos,
eleos, y los focidios, tesalios o locros que estaban allí.
Los jinetes lacedemonios, que comparecieron muy po- 31
cos, formaron frente a ellos. Después de preparar una
emboscada unos trescientos hoplitas más jóvenes en la
Casa de los Tindáridas, los jinetes atacaron al mismo
tiempo que salieron esos a la carrera. Los enemigos no
resistieron, sino que cedieron. Al ver esto muchos de
infantería comenzaron a huir. Cuando dejaron de perse-
guirlos y el ejército tebano resistió, volvieron al cam-
pamento. El hecho de que no atacaran la ciudad, les 32
pareció que era incluso un motivo para estar más ani-
mados y realmente entonces levantaron el campamento
e iniciaron la marcha por el camino de Helos y Giteo.
Prendieron fuego a las ciudades sin murallas y atacaron
incluso a Giteo[57], donde tenían los lacedemonios el ar-
senal, durante tres días. Había algunos periecos que
atacaron y marcharon con las tropas tebanas.

Embajada espartana en Atenas

Al enterarse de esta invasión los ate- 33
nienses estaban preocupados por los
lacedemonios y convocaron la asamblea
por decisión del consejo. Se encontra-
ban presentes embajadores lacedemo-
nios y algunos de los aliados que aún les quedaban. En
ella los lacedemonios Araco, Ocilo, Fárax, Etimocles y
Olonteo expusieron casi todos lo mismo. Efectivamente,
les recordaron a los atenienses que en otros tiempos
siempre estuvieron juntos ambos en las ocasiones so-
lemnes; pues aseguraron que ellos habían expulsado a

[57] Parece que fue tomada, puesto que dos lacedemonios la recobran con astucia poco antes de la batalla de Mantinea: POLIENO, II 9; PLUT., *Ages.* 34.

los tiranos de Atenas y que a su vez los atenienses habían ayudado con entusiasmo cuando ellos fueron sitia-
34 dos por los mesemos[58]. Dijeron asimismo cuántos bienes consiguieron cuando ambos actuaron juntos, recordando que combatiendo juntos rechazaron al bárbaro, acordándose de que los atenienses fueron elegidos jefes de la flota por los griegos y depositarios del tesoro común por consejo de los lacedemonios, y que ellos mismos fueron elegidos jefes por tierra por todos los
35 griegos, asimismo por consejo de los atenienses. Además uno de ellos habló más o menos así: «Amigos, si vosotros y nosotros estuviéramos de acuerdo, ahora habría esperanza de que los tebanos pagaran el diezmo del que se habla hace tiempo». Pero los atenienses no lo acogieron con mucho agrado, mas se extendió un murmullo, más o menos el siguiente: ahora dicen esto y cuando tenían éxito nos atacaban. Lo más importante dicho por los lacedemonios pareció ser que cuando fueron derrotados en la guerra contra ellos, aunque los tebanos querían arrasar Atenas, ellos mismos lo impi-
36 dieron[59]. Pero el argumento de más peso fue que se debía ayudar conforme a los juramentos[60]; efectivamente los arcadios y los que iban con ellos marcharon con las tropas contra Lacedemonia sin haberlos agraviado, mas porque los lacedemonios ayudaron a los tegeatas, ya que los mantineos marcharon con las tropas contra ellos faltando a los juramentos. Un murmullo se extendió otra vez por la asamblea a causa de esos argumentos: efectivamente, unos afirmaron que los mantineos ayudaron con razón a los del partido de Próxeno muertos por los de Estasipo, y otros que faltaron porque llevaron las armas contra los tegeatas.

---

[58] Cf. Tuc., I 101-102; Plut., *Cim.* 16.
[59] Cf. II 2, 14-20.
[60] Cf. VI 5, 1-3.

Discurso del corintio Clíteles

Mientras se discutían estos argumentos por la Asamblea, se levantó el corintio Clíteles y dijo lo siguiente: «Atenienses, quizás se aduzca en contra esto: quiénes fueron los que iniciaron la ofensa, mas, ¿puede alguien acusarnos, después de firmarse la paz, de haber marchado con las tropas contra alguna ciudad o de haber recibido dinero de algunas o de haber devastado tierra ajena? No obstante, los tebanos vinieron al territorio nuestro y están talando los árboles, incendiando las casas y arrebatando bienes y rebaños. ¿Cómo no vais a obrar contra los juramentos, pues, si no nos ayudáis cuando somos agraviados tan notoriamente? Además, de unos juramentos que todos nosotros prestamos ante todos vosotros por mandato vuestro». Entonces los atenienses mostraron realmente con su alboroto que Clíteles estaba hablando con razón y justicia. 37

Después de éste se levantó el fliasio Procles y dijo: 38
«Atenienses, creo que es evidente a todos que, si los lacedemonios dejan de ser un obstáculo, los tebanos marcharán contra vosotros los primeros. En efecto, creen que vosotros sois el único obstáculo a que ellos manden sobre los griegos. Si es así, marchando con las 39
tropas yo pienso que vosotros no ayudáis más a los lacedemonios que a vosotros mismos. Efectivamente, creo, parecerá mucho más molesto que los tebanos, que os son hostiles y habitan en vuestras fronteras, sean los guías de los griegos, que cuando teníais a vuestros enemigos lejos; sería incluso más conveniente para vosotros mismos el que ayudéis mientras aún hay aliados que el que os vierais obligados a luchar solos contra los tebanos una vez destruidos los lacedemonios. Si algunos temen que si se libran ahora 40
los lacedemonios, os causarán problemas algún día, pensad que, en todo caso, no se ha de temer a quienes

se hace bien, sino a quienes se hace mal si algún día consiguen gran poder. Asimismo es necesario considerar lo siguiente: que conviene tanto a los particulares como a las ciudades apuntarse alguna buena acción cuando son muy fuertes para que un día reciban ayuda de aquellos que fueron ayudados antes si se vuelven im-
41 potentes. Ahora un dios os ofrece la ocasión, si socorréis a los lacedemonios, de ganarlos como amigos inquebrantables para siempre. Por supuesto, no me parece que ahora los vayáis a favorecer ante pocos testigos, pues lo sabrán los dioses que ven todo ahora y siempre, sabrán también los aliados lo que ocurre, y los enemigos, y además de esos, todos, griegos y bár-
42 baros. Efectivamente, nadie está indiferente. De modo que si se muestran injustos con vosotros, ¿quién iba a estar un día bien dispuesto con ellos? Pero se debe esperar que ellos sean personas agradecidas y no ingratas; además todos reconocen que ellos más que nadie han pasado la vida ganándose elogios y rehuyendo el
43 vituperio. Además de esos argumentos considerad lo siguiente, si un día volviera a la Hélade el peligro bárbaro, ¿en quiénes confiaríais más que en los lacedemonios? ¿A quiénes pondríais a vuestro lado con más gusto que a ellos, que en las Termópilas todos prefirieron morir luchando en su puesto a que el bárbaro entrara con ellos en la Hélade? ¿Cómo no va a ser justo que nosotros les mostremos buena voluntad ya que ellos fueron hombres valientes con vosotros y hay
44 esperanzas por ello de que lo vuelvan a ser? Asimismo es justo mostrarles nuestra buena voluntad por razón de los aliados que están presentes. Pues tenéis que saber bien que quienes permanecen fieles en las desgracias, esos se avergonzarían igualmente de nosotros si no les devolvemos el favor. Si creemos que son pequeñas las ciudades que participan voluntariamente del peligro con ellos, pensad que, si se añade vuestra ciudad,

ya no seremos pequeñas las que les ayudaremos. Ate- 45
nienses, yo al menos envidiaba antes a esta ciudad por-
que oía que todos los que eran agraviados o temían
serlo obtenían auxilio refugiándose aquí; pero ahora no
oigo sino que estoy viendo yo mismo aquí presente que
los lacedemonios los más famosos y con ellos sus ami-
gos más leales han venido ante vosotros y os vuelven
a pedir que les auxiliéis. Veo también a los tebanos[61], 46
que entonces no lograron convencer a los lacedemonios
a esclavizaros, pidiéndoos ahora que dejéis indiferen-
tes perecer a vuestros salvadores. Se cuenta una her-
mosa historia de nuestros antepasados, cuando no per-
mitieron dejar insepultos a los argivos que murieron
en la Cadmea; pero sería mucho más hermoso aún para
vosotros el que no dejéis que los lacedemonios que aún
están vivos sean ultrajados y aniquilados. Hermoso tam- 47
bién aquel otro gesto, cuando salvasteis a los hijos de
Heracles impidiendo la insolencia de Euristeo, ¿y cómo
no va a ser esto más hermoso aún que aquello, si no
sólo salváis a sus fundadores, sino a la ciudad entera?,
y lo más hermoso de todo, si los lacedemonios os sal-
varon entonces con un voto de confianza, el que vos-
otros los auxiliéis ahora con las armas arriesgándoos.
Incluso cuando nosotros nos ufanamos de palabra de 48
ayudar a hombres excelentes, sin duda es que a voso-
tros, que podéis ayudar con hechos, eso os parecería
noble, y aunque fuisteis muchas veces amigos y enemi-
gos de los lacedemonios, si no os acordarais de los
perjuicios recibidos más que de los beneficios recibi-
dos, les devolveríais el favor no sólo en vuestro nom-
bre, sino en el de la Hélade entera porque por ella se
mostraron valientes».

---

[61] De aquí se concluye que también acudieron los tebanos para pedir a Atenas que no interviniera.

Ifícrates en el Peloponeso

49 Después de este discurso, los atenienses comenzaron a deliberar; sin prestar atención a los que se oponían, aprobaron por votación acudir en masa y eligieron estratego a Ifícrates. Después de hacer los sacrificios transmitió la orden de cenar en la Academia; se dice que muchos salieron antes que el propio Ifícrates. Después de esto Ifícrates se puso en cabeza y ellos seguían detrás con la idea de que los llevaba a una hermosa acción. Cuando llegó a Corinto, se detuvo algunos días y sólo por esa demora empezaron a criticarlo en un primer momento; mas una vez que los llevó de allí, le siguieron con entusiasmo a donde los guió y atacaron con entusiasmo siempre que
50 los llevó contra alguna fortificación. Pero muchos de los enemigos que estaban en Lacedemonia, arcadios, argivos y eleos, se habían retirado porque residían en los límites, unos llevando y otros transportando el producto del saqueo. Los tebanos y los demás aliados deseaban retirarse del territorio por un lado porque veían que el ejército disminuía cada día, de otro porque iban escaseando más los víveres: efectivamente una parte la habían consumido, otra se había saqueado, otra derramado, otra quemado; además estaban en invierno, de
51 modo que todos deseaban retirarse ya. Cuando ellos se retiraron de Lacedemonia, entonces Ifícrates retiró a los atenienses de Arcadia a Corinto.

Por supuesto no censuro en conjunto todo lo que hizo en el cargo de estratego. Pero todo lo que se realizó en esta ocasión lo encuentro en parte inútil, en parte inoportuno incluso. Efectivamente, intentando custodiar Oneo para que los beocios no pudieran volver a su patria, dejó sin vigilancia el paso mejor de
52 Cencreas. Cuando quiso saber si los beocios habían pasado por el Oneo, envió de observadores a todos los jinetes atenienses y corintios. Por más que unos cuan-

tos no tengan menor capacidad de observación que muchos, y siempre es mucho más fácil a pocos que a muchos encontrar un camino de fácil paso y retirarse con tranquilidad[62], si fuera preciso. Mas el llevar muchos pero inferiores a los contrarios, ¿cómo no va a considerarse una locura? Realmente los jinetes cayeron en pasos difíciles cuando fue preciso retirarse por necesitar de mucho espacio debido al gran número. De modo que no perecieron menos de veinte jinetes. Así los tebanos se retiraron como quisieron.

---

[62] Jenofonte expone principios análogos y en términos parecidos en *Hipárquico* VII 6; VIII 12.

VII

El libro VII refiere los acontecimientos de los años 369-362. El capítulo 1 trata de la alianza entre Esparta y Atenas; de la influencia de Licomedes en la Confederación arcadia; de las gestiones de paz de Pelópidas en Persia (367) y de la historia de Eufrón cuya continuación ocupa el capítulo 3 (367-366). El capítulo 2, de la digresión sobre la ciudad de Fliunte (370-366). El capítulo 4 relata la alianza entre arcadios y atenienses (366); la actuación de Corinto; las luchas entre arcadios y eleos con la intervención lacedemonia en Cromno (365-364), y las disensiones de la Confederación arcadia (363). El capítulo 5 cierra la obra con la invasión del Peloponeso por Epaminondas, la marcha contra Esparta y la batalla del Mantinea (362).

Alianza de lacedemonios y atenienses

1 Al año siguiente[1] embajadores lacedemonios y aliados vinieron a Atenas con plenos poderes para deliberar en qué condiciones concluirían una alianza lacedemonios y atenienses. Muchos extranjeros y atenienses propusieron que se debían tener la alianza con absoluta igualdad y el fliasio Procles[2] pronunció el siguiente discurso:

[1] Jenofonte cuenta por años o campañas militares de primavera a verano: la expedición de Epaminondas terminó en el invierno 370/369 (VI 5, 50) y estas negociaciones son del 369.

[2] Cf. VI 5, 38.

«Atenienses, puesto que decidisteis que era conveniente hacerse amigos de los lacedemonios, me parece necesario examinar lo siguiente: cómo durará la amistad el mayor tiempo posible. Efectivamente, como le interese realmente a cada uno, así haremos los convenios y entonces durarán muchísimo naturalmente. Más o menos se está de acuerdo en casi todo lo demás, pero ahora el examen va a ser sobre el mando. Efectivamente, se ha presentado una moción por el consejo: que el vuestro sea por mar y el de los lacedemonios por tierra. Pero a mí me parece que ello ha sido determinado no tanto por decisión humana cuanto por la naturaleza divina y el azar. Pues, primero, tenéis el lugar más adecuado por la naturaleza para eso. Efectivamente, muchísimas ciudades que viven del mar están situadas en torno a vuestra ciudad y todas ellas son más débiles que la vuestra. Además de esas ventajas tenéis puertos sin los cuales no es posible servirse de una fuerza naval. Además poseéis muchas trirremes y aumentar la flota es para vosotros una cosa natural. Por otro lado, domináis con familiaridad todas las artes para ello y por supuesto en experiencia náutica aventajáis mucho a los demás; pues el medio de vida para muchísimos de vosotros procede del mar; de modo que al atender los negocios particulares simultáneamente os hacéis expertos en las luchas del mar. A todo ello se junta lo siguiente: de ningún puerto podrían zarpar juntas más naves que del vuestro. Eso no es lo menos importante para el mando: efectivamente, todos se unen contentos a lo que en primer momento es fuerte. Además también se os ha dado por los dioses tener buena suerte en ello, pues participasteis en muchísimas e importantes luchas por mar, y en muy pocas salisteis mal; al contrario, acertasteis en muchísimas. Es, pues, natural que los aliados participaran con vosotros de ese riesgo con muchísimo gusto. Que verdaderamente ese

cargo os es necesario y adecuado deducidlo además por lo siguiente: en otro tiempo los lacedemonios lucharon contra vosotros durante muchos años y aunque dominaron el territorio no adelantaron nada para haceros perecer. Mas después que el dios les dio un día dominar por mar[3], inmediatamente quedasteis completamente sometidos. Por consiguiente, es bien evidente por estos hechos que vuestra salvación depende del
7 mar. Si así son, pues, las cosas por naturaleza, ¿cómo se iba a encargar del mando por mar a los lacedemonios, cuando en primer lugar ellos mismos reconocen ser más inexpertos que vosotros en ese asunto, y en segundo lugar el riesgo no es igual en las luchas por mar, pues aquéllos sólo arriesgan los hombres de las trirremes, mas vosotros los hijos, mujeres y la ciudad
8 entera? En resumen, así está vuestra situación, pero examinad la de los lacedemonios. Efectivamente, primero habitan en el interior, de modo que dominados por tierra, aunque fueran excluidos del mar, podrían vivir cómodamente. Sabiendo esto ya desde niños se ejercitan en la guerra por tierra. Y lo que es muy de alabar, por obedecer a los que mandan esos son los
9 más poderosos por tierra y vosotros por mar. Luego, como vosotros con la flota, así ellos a su vez pueden salir muchísimos rápidamente por tierra; de modo que es natural que los aliados se sumen a ellos muy animosos. Además también el dios les ha dado tener éxitos por tierra como a vosotros por mar; en efecto, participando a su vez en muchísimas luchas por tierra, fracasaron en poquísimas y en muchísimas están teniendo
10 acierto. Asimismo se puede conocer por los hechos que no es menos necesario para ellos la dirección por tierra que para vosotros por mar. Efectivamente, vosotros aunque luchasteis contra ellos durante muchos años y los

[3] Se trata por supuesto de la ocupación de Decelia y de la derrota de Egospótamos.

vencisteis por mar muchas veces, no conseguisteis nada positivo para acabar la guerra. Mas después que fueron vencidos por tierra una sola vez, inmediatamente corrieron riesgo sus hijos, mujeres y la ciudad entera[4].
¿Cómo, pues, no va a ser penoso para ellos el encargar 11
a otros la dirección por tierra, cuando se cuidan magníficamente de los de tierra? En resumen, yo he hablado apoyando la moción propuesta por el consejo. Reconozco que es lo más conveniente para ambos; que vosotros tengáis suerte deliberando lo mejor para todos vosotros».

Así habló, y los atenienses y los lacedemonios pre- 12
sentes, ambos, aplaudieron fuertemente su discurso. Compareciendo Cefisódoto[5] dijo: «Atenienses, ¿no os dais cuenta que estáis siendo engañados? Ahora, si me escucháis, yo os lo demostraré muy pronto. Efectivamente, vais a mandar por mar. Pero si los lacedemonios se alían con vosotros, evidentemente enviarán trierarcos lacedemonios y quizás soldados de cubierta, pero los remeros serán por supuesto hilotas o mercena-
rios. Por consiguiente, vosotros mandaréis a éstos. Mas 13
cuando los lacedemonios os den la orden para la expedición por tierra, evidentemente enviaréis a los hoplitas y jinetes. Por consiguiente, aquéllos os guiarán entonces a vosotros mismos, pero vosotros a sus esclavos y a los de menos categoría. Lacedemonio Timócrates, respóndeme: ¿No decías hace poco que venías para
hacer la alianza con absoluta igualdad?» Eso dije. «Aña- 14
dió Cefisódoto». «¿Pues no es más equitativo que cada

[4] Nótese el paralelismo minucioso y artificial entre 8, 9, 10 (superioridad de Esparta por tierra) y §§ 3, 4, 5 (superioridad de Atenas por mar), no sólo en las ideas, sino en los términos.

[5] Formó parte de la embajada enviada a Esparta en el 371. Cf. VI 3, 2. No quería que la alianza fuese desfavorable para Atenas.

uno mande por turno la flota y por turno el ejército de tierra, y que vosotros, si hay algo bueno en el mando por mar, participéis de ello, y nosotros en el de tierra?». Al oírlo los atenienses cambiaron de opinión y aprobaron por votación turnarse ambos en el mando cada cinco días.

Tebas invade el Peloponeso

15 Ellos dos y los aliados, marchando con las tropas a Corinto, decidieron guardar juntos el Oneo. Después que los tebanos y sus aliados emprendieron la marcha, vigilaban el Oneo unos en un lado y otros en otro. Los lacedemonios y peleneos en el más vulnerable. Los tebanos y sus aliados acamparon en el llano cuando estaban a una distancia de treinta estadios de los que vigilaban. Después de calcular cuándo debían partir para acabar el trayecto al amanecer, emprendieron la marcha hacia la guarnición
16 lacedemonia. Por cierto no se equivocaron en la hora, sino que cayeron sobre los lacedemonios y los peleneos cuando estaban terminando las guardias de noche y levantándose de los camastros para ir cada uno a donde debía. Entonces los tebanos cayendo sobre ellos los abatieron, como es natural cuando un ejército prevenido y en orden de combate sorprende el enemigo despre-
17 venido y en desorden. Cuando los que se salvaron en la operación se refugiaron en una colina muy cercana, aunque el polemarco lacedemonio pudo defender la posición con todos los hoplitas aliados y con todos los peltastas que hubieran querido, incluso podía traer víveres de Cencreas con seguridad, no lo hizo, sino que cuando más apurados estaban los tebanos en cómo debían bajar del monte que mira a Sición o regresar de nuevo, después de hacer treguas más en favor de los tebanos que de sí mismos, como opina la mayoría, entonces partió y llevó a los suyos.

Los tebanos después de bajar con toda seguridad y 18
juntarse con sus aliados arcadios, argivos y eleos, in-
mediatamente atacaron Sición y Pelene; después mar-
charon con las tropas a Epidauro y saquearon todo su
territorio. Retirándose de allí mirando con mucha supe-
rioridad a todos los contrarios, cuando estuvieron cer-
ca de la ciudad de Corinto, corrieron de improviso
contra las puertas que dan a Fliunte para lanzarse den-
tro como si se encontraran abiertas. Saliendo en ayuda 19
algunas tropas ligeras de la ciudad encontraron al ba-
tallón escogido tebano cuando no distaban de la mu-
ralla ni cuatro pletros; subiéndose a los monumentos
y a los sitios elevados, disparando dardos y jabalinas
mataron a muchísimos de entre los primeros y hacién-
dolos volver los persiguieron tres o cuatro estadios.
Hecho esto, después de arrastrar los cadáveres hasta la
muralla y de devolverlos bajo tregua, los corintios eri-
gieron un trofeo. Así se reanimaron los aliados lace-
demonios.

Primera expedición siracusana

Al mismo tiempo que se realizaba 20
esto, llegaron con las fuerzas de soco-
rro de Dionisio que enviaba a los lace-
demonios, más de veinte trirremes.
Traían unos cincuenta jinetes celtas e
iberos. Al día siguiente los tebanos y los demás aliados
suyos desplegándose ocuparon completamente la llanu-
ra desde el mar y desde las colinas contiguas a la ciu-
dad y destruyeron todo lo que había de utilidad en la
llanura. Los jinetes atenienses y corintios no se acer-
caron mucho al ejército, al verlos fuertes y muy igua-
lados. Mas los jinetes de Dionisio, aunque eran pocos, 21
dispersándose por diferentes puntos y pasando al ga-
lope, lanzaban jabalinas mientras avanzaban y, después
de lanzarse sobre ellos, se retiraban y dando la vuelta
volvían a disparar jabalinas. Después de hacer eso se
apeaban de los caballos para descansar; si alguien los

acosaba cuando estaban apeados, montando se retiraban rápidamente; si a su vez algunos los perseguían alejándose mucho del ejército, cuando se retiraban les causaban males terribles atacando y lanzando jabalinas y obligaban a todo el ejército a avanzar y retroceder
22 por su causa. Después de esto los tebanos no permanecieron muchos días y volvieron a casa; igualmente todos los demás hicieron lo mismo. Luego los de Dionisio atacaron Sición y en un combate en la llanura vencieron a los sicionios y mataron a unos setenta; también tomaron al asalto la fortaleza de Deras. Después de estos hechos las primeras fuerzas de socorro de Dionisio[6] regresaron a Siracusa.

Los tebanos y todos los que se separaron de los lacedemonios actuaban al unísono y marchaban con las tropas bajo la dirección de los tebanos hasta este
23 momento. Mas como apareció el mantineo Licomedes, no falto por supuesto de linaje, notorio por sus riquezas y ambicioso además, éste llenó de orgullo a los arcadios difundiendo que únicamente ellos tenían el Peloponeso como su patria, pues únicamente ellos eran los habitantes autóctonos[7] del mismo, que el pueblo arcadio era el más numeroso de las tribus griegas y tenía los hombres más resistentes. Demostró que eran los más fuertes presentando como pruebas el que no se prefería a nadie más que a los arcadios cuando se necesitaban auxiliares. Que incluso los lacedemonios nunca habían atacado Atenas sin ellos ni ahora los tebanos habían ido a Lace-
24 demonia sin los arcadios. «Si fueseis, pues, sensatos, evitaríais el seguir a donde se os llame: primero, porque acompañando a los lacedemonios fomentasteis su crecimiento, y ahora si acompañáis por las buenas a

[6] La segunda llegaría al año siguiente (§ 28); Jenofonte no tiene en cuenta los refuerzos enviados antes de la batalla de Leuctra (§ 20) sin duda porque no actuaron en territorio griego.

[7] Cf. Heród., II 171, VII 73, y Tuc., I 2.

los tebanos y no exigís turnarse en el mando, quizás pronto encontraréis en esos a otros lacedemonios». Los arcadios al oír esto se hincharon de orgullo, como es natural, y sobrestimaron a Licomedes y únicamente se sometieron a este hombre, de modo que nombraron arcontes a los que él pidió. Y los arcadios se envalentonaron por los hechos que ocurrieron; efectivamente, 25
cuando los argivos atacaron Epidauro y quedaron bloqueados por los mercenarios de Cabrias, atenienses y corintios, después de ayudarles liberaron a los argivos que estaban completamente sitiados, luchando contra enemigos y además en una zona enemiga. Asimismo marcharon con las tropas a Asine de Laconia, vencieron a la guarnición lacedemonia y mataron a Geránor, el polemarco convertido en espartiata, y saquearon el arrabal de Asine. Adonde se proponían salir, no se lo impedía ni la noche ni el mal tiempo, ni camino largo ni monte inaccesible, de modo que en aquel tiempo al menos creían que eran los mejores con mucho. Por ello 26
los tebanos estaban recelosos y poco amistosos con los arcadios. A su vez los eleos después de reclamar a los arcadios las ciudades que les fueron arrebatadas por los lacedemonios, se dieron cuenta de que sus proposiciones no eran tenidas en cuenta, sino que atendían con prioridad a los trifilios y a los demás que se habían separado de ellos porque afirmaban que eran arcadios; después de esto también los eleos estaban resentidos con ellos. En esta situación cuando cada aliado tenía 27
gran confianza en sí mismo llegó el abideno Filisco de parte de Ariobarzanes[8] con mucho dinero. Primero reunió en Delfos para tratar de la paz a tebanos, aliados y lacedemonios. Después de llegar empezaron las deliberaciones sin consultar en absoluto con el dios cómo obtener la paz. Como los tebanos no consintieron que

[8] Cf. V 1, 28.

Mesenia[9] estuviera sometida a los lacedemonios, Filisco reunió muchos mercenarios para combatir con los lacedemonios.

Segunda expedición siracusana

28 Mientras se hacía eso llegaron las segundas fuerzas de socorro de Dionisio. Los atenienses propusieron enviarlas a Tesalia obligatoriamente contra los tebanos[10] y los lacedemonios a territorio laconio; se impuso entre los aliados la última proposición. Después de costear los de Dionisio hacia Lacedemonia, Arquidamo los unió a los suyos y emprendió la marcha con las tropas. Tomó Carias a la fuerza y degolló a los que cogió con vida. Desde allí marchó junto
a los parrasios y saqueó con ellos el territorio de Arca-
29 dia. Después que acudieron los arcadios y argivos, se
retiró y acampó en las colinas de Medea. Cuando es-
taba allí le dijo Císidas, el jefe de las fuerzas de Dio-
nisio, que se le había cumplido el tiempo fijado de
permanencia. Nada más comunicárselo partió para Es-
parta. Como al retirarse le cortaron el paso los mese-
nios en un desfiladero, envió mensajeros a Arquidamo
y le pidió ayuda. Aquél, por cierto, le ayudó. Cuando
llegaron a la desviación a Eutresis, los arcadios y argi-
vos se acercaron a Laconia con la idea de cerrarle el
paso a casa. Él formó para luchar allí donde hay una
llanura en las encrucijadas del camino de Eutresis y
30 de Medea, a la salida. Afirmaron que él los animó pa-
sando delante de las compañías y diciendo lo siguiente:
«Ciudadanos, si somos valientes ahora levantaremos la

[9] El año anterior, 369, Mesenia fue proclamada independiente por Epaminondas.

[10] Jenofonte omite tres expediciones tebanas a Tesalia contra Alejandro de Feras en 369, 368 y 367. La segunda coincide con la llegada del ejército de Dionisio y fue un desastre para Tebas; en ella Pelópidas cayó prisionero. Atenas envió 30 trirremes y 1.000 soldados a Alejandro.

vista con la mirada pura, entregaremos la patria a los descendientes como la recibimos de nuestros padres; dejaremos de avergonzarnos ante nuestros hijos, mujeres, ancianos y aliados, entre los cuales antes éramos los más estimados de todos los griegos». Dicho esto, 31
dicen que aunque el tiempo era bueno, aparecieron relámpagos y truenos, buenos presagios para él; pues coincidía que junto al flanco derecho había un recinto sagrado y una estatua de Heracles [de quien era descendiente según se dijo]. En resumen, por todos esos síntomas afirmaron que los soldados habían cogido tanta confianza y audacia, que era un trabajo para los jefes contener a los que se empujaban para avanzar. Cuando los llevó Arquidamo, murieron unos cuantos enemigos que resistieron cuando estaban al alcance de las lanzas, los demás cayeron en la huida, muchos por los jinetes, muchos por los celtas. Terminado el combate 32
erigió un trofeo e inmediatamente envió a la patria al heraldo Demóteles para comunicar la importancia de la victoria y que ningún lacedemonio había muerto, pero de los enemigos muchísimos. Afirmaron que todos los que lo oyeron en Esparta lloraron, comenzando por Agesilao, los ancianos y los éforos; efectivamente las lágrimas son comunes a la alegría y al dolor. Realmente con la suerte de los arcadios no se alegraron los tebanos y eleos mucho menos que los lacedemonios; tanto los aborrecían ya por su insolencia.

Pelópidas en Persia

Los tebanos estudiaban continuamente cómo alcanzar la hegemonía de la Hélade y creyeron, si enviaban embajadores al rey de los persas, que ganarían algo más con él. Por ello convocaron entonces a los aliados con el pretexto de que el lacedemonio Euticles estaba con el rey y marcharon Pelópidas por los tebanos, Antíoco, el vencedor del pancracio, por los arcadios y Arquidamo por los eleos, 33

también les acompañó Argeo[11]. Los atenienses, cuando
34 se enteraron, enviaron a Timágoras y a León. Después que llegaron allá, Pelópidas tuvo mucha influencia ante el Persa. Efectivamente, podía alegar que únicamente ellos de entre los griegos combatieron con el rey en Platea, que después nunca marcharon con las tropas contra el rey y que los lacedemonios les declararon la guerra porque no quisieron venir con Agesilao contra él ni le dejaron sacrificar a Ártemis en Áulide[12], en el mismo sitio en que sacrificó Agamenón para zarpar
35 para Asia y tomar Troya. Asimismo ayudó mucho a Pelópidas a recibir honores el que los tebanos hubieran vencido en la batalla de Leuctra y fueran señalados como los que estaban saqueando el territorio lacedemonio. Dijo también Pelópidas que los argivos y arcadios habían sido derrotados en una batalla por los lacedemonios, cuando ellos no estaban presentes. El ateniense Timágoras le corroboraba que decía verdad en todo eso y era honrado el segundo después de Pelópi-
36 das. Después de esto al ser preguntado Pelópidas por el rey que qué deseaba que se escribiese dijo: «Que se independice Mesenia de los lacedemonios y que los atenienses varen las naves; si no obedecen, que se marche con las tropas contra ellos; y si una ciudad no quiere
37 acompañar ir primero contra ella». Una vez redactadas estas cláusulas y leídas a los embajadores dijo León oyéndolo el rey: «Atenienses, por Zeus, ya es hora por lo visto de que busquéis otro amigo en lugar del rey.» Después que le comunicó el secretario lo que dijo el ateniense, volvió a añadir al escrito: «si los atenienses conocen algo más justo que esto, que vengan y lo ex-
38 pongan ante el rey». Al llegar cada embajador a su patria, los atenienses mataron a Timágoras acusándolo

[11] Cf. VII 4, 15.
[12] Cf. III 4, 3.

León de que ni siquiera quería estar en su tienda y trataba todo con Pelópidas. De los demás embajadores el eleo Arquidamo, que antepuso la Élide a los arcadios, alabó las propuestas del rey; Antíoco, como el pueblo arcadio fue menospreciado, no aceptó los regalos y comunicó a los diez mil [13] que el rey tenía muchísimos panaderos, cocineros, escanciadores y porteros, pero por mucho que buscó hombres capaces de combatir contra griegos, aseguró que no pudo verlos. Afirmó también que la cantidad de riquezas era una fanfarronería, pues el famoso plátano de oro [14] no era capaz de dar sombra a una cigarra.

Los aliados rechazan la paz

Cuando los tebanos convocaron a los representantes de todas las ciudades para oír la carta del rey y el persa que traía el ejército leyó lo redactado después de mostrar el sello del rey, los tebanos exigieron que juraran esas cláusulas los que deseaban ser amigos del rey y suyos; mas los de las ciudades respondieron que no fueron enviados para jurar, sino para oír; si querían juramentos, instaron a enviar embajadas a las ciudades. Por cierto, el arcadio Licomedes añadió incluso lo siguiente: que ni siquiera se debía tener la conferencia en Tebas, sino donde había guerra. Se molestaron con él los tebanos y le replicaron que estaba destruyendo la alianza; él no quiso asistir al congreso, sino que se retiró y marchó y con él todos los embajadores de Arcadia. Como los reunidos no quisieron jurar en Tebas, los tebanos enviaron embajadores a las ciudades ordenando prestar juramento según las cláusulas del rey, pensando que cada ciudad, una a una por separado dudaría enemis-

39 (margin, beside "Cuando los tebanos convocaron a los") · 40 (margin, beside "con él todos los embajadores de Arcadia. Como los")

[13] Son los de la asamblea de la liga arcadia, no delegados, sino probablemente ciudadanos de un censo determinado.

[14] Cf. Heród., VII 27, y Ateneo, XII 359.

tarse simultáneamente con ellos y el rey. Mas cuando llegaron a la primera ciudad, a Corinto, los corintios se resistieron y respondieron que no necesitaban en absoluto de juramentos comunes con el rey; las demás ciudades siguieron respondiendo lo mismo. Así se deshizo la maniobra de Pelópidas y los tebanos por la hegemonía.

Epaminondas en Acaya

41 Epaminondas volvió a decir que era preciso hacer una expedición contra Acaya[15] para ganarse a los aqueos y para los arcadios y demás aliados les prestaran más atención. Así persuadió al argivo Pisias, que era estratego[16] de Argos, a tomar previamente el Oneo. Por cierto Pisias, informándose secretamente de que la vigilancia del Oneo era descuidada por Naucles, que mandaba el ejército mercenario lacedemonio, y por el ateniense Timómaco, de noche tomó por sorpresa la cima que domina Cencreas, con dos mil hoplitas disponiendo de víveres para siete días.
42 Los tebanos llegaron en esos días, pasaron el Oneo y todos los aliados marcharon con las tropas sobre Acaya, al mando de Epaminondas. Los aristócratas de Acaya se arrojaron a sus pies y él influyó para que éstos no fueran desterrados ni se cambiara el régimen, tomó garantías solemnes de los aqueos de que serían sus aliados y los seguirían a donde los llevaran los tebanos y entonces volvió a su patria.

---

[15] Seguramente invadió Acaya durante las conversaciones mencionadas antes y desde el verano del 367. A partir de aquí la cronología de las *Helénicas* es confusa, según Hatzfeld.

[16] Probablemente es un simple cargo militar. Los primeros magistrados de Argos son, sin duda, los *artýnoi*.

Eufrón toma el poder en Sición

Mas, como los arcadios y los rivales[17] 43
le acusaron de que partiría después de preparar Acaya para los lacedemonios, los tebanos decidieron enviar harmostes a las ciudades aqueas. Al llegar éstos echaron a los aristócratas con la ayuda del partido democrático e implantaron la democracia en Acaya. Mas los expulsados se reunieron en seguida y marchando sobre cada ciudad una por una —no eran muy pocos— volvieron y las recuperaron. Después de regresar no fueron neutrales, sino que combatieron con ardor con los lacedemonios y los arcadios fueron presionados de un lado por los lacedemonios, de otro por los aqueos.
Hasta ese tiempo en Sición el gobierno fue según las 44
leyes antiguas[18], mas desde entonces Eufrón[19], como era el ciudadano más importante entre los lacedemonios deseaba igualmente ser el primero entre sus contrarios, dijo a los argivos y arcadios que si los ricos fueran dueños de Sición, cuando eso ocurriera, la ciudad volvería a ser partidaria de Laconia; «mas si hubiera democracia, sabedlo bien, la ciudad permanecerá con vosotros. En consecuencia, si me ayudáis, yo convocaría al pueblo y al mismo tiempo yo os daría la garantía

---

[17] No se sabe por la ambigüedad del término si se refiere a los demócratas de Acaya o a sus enemigos políticos de Tebas.

[18] Es decir, un gobierno aristocrático generalmente. El carácter oligárquico de Sición se había reforzado con la intervención espartana en el 418/17 (Tuc., V 81, 2).

[19] La fecha del golpe no es segura. Jenofonte parece indicar que coincide con el año de la campaña de Epaminondas, es decir, el 366; *Diod.* (XV 70) lo sitúa en 369/8. Por otro lado, es anterior a los hechos de VII 2, 11-15 del 368-66. Se pueden conciliar las dos indicaciones de Jen., dejando aparte a Diodoro, suponiendo que el golpe de Eufrón ocurre en el verano del 366, el ataque a Fliunte de VII 2, 11-15 algunas semanas después y poco antes de la intervención de Cares (VII 2, 16-23) que debe situarse, al parecer, en el mismo año (véase nota de Hatzfeld).

de mi persona [20] y os aseguraría la alianza de mi ciudad. Yo haré eso porque sabéis bien que hace tiempo que soporto difícilmente, como vosotros, el orgullo lacede-
45 monio y porque rehúyo con gusto la esclavitud». Por supuesto, los arcadios y argivos le oyeron complacidos y le ayudaron. En presencia de los argivos y arcadios convocó en seguida al pueblo en el ágora, para preparar una constitución igual para todos. Después que se reunieron, ordenó elegir estrategos a quienes ellos decidieron. Eligieron al propio Eufrón, Hipódamo, Cleandro, Acrisio y Lisandro. Hecho esto, puso asimismo al frente del ejército mercenario a su hijo Adeas, separando pre-
46 viamente al arconte Lisímenes. En seguida se ganó a algunos mercenarios leales tratándolos bien. Se atrajo a otros sin reparar en dinero público o de los santuarios. Empleó también los bienes de los que expulsó por ser partidarios de Laconia. Incluso a los compañeros en el cargo a unos los mató a traición y a otros los desterró; de modo que sometió todo y se convirtió abiertamente en tirano. Para que los aliados se lo permitieran, unas veces maniobraba con dinero, otras acompañándolos con entusiasmo con el ejército mercenario cuando hacían alguna expedición a algún lugar.

Lealtad de Fliunte

2 Así estaba la situación; como en Fliunte los argivos fortificaron el Tricárano que domina el Hereo y los sicionios fortificaron Tiamia en sus fronteras, los fliasios estaban muy agobiados y además escaseaban los víveres; sin embargo, permanecieron firmes en la alianza. Por supuesto, todos los historiadores se acuerdan de las grandes ciudades cuando realizan una buena acción; mas a mí me parece que si una ciudad, aunque sea pequeña, realiza hermosas acciones, es mucho más digna aún de que se divul-

[20] Convocando al pueblo a la vista de arcadios y argivos.

guen[21]. En verdad, los fliasios fueron amigos de los lacedemonios, cuando aquéllos eran muy importantes; mas después que cayeron en la batalla de Leuctra y se separaron muchos periecos, todos los hilotas[22], incluso los aliados salvo muy pocos, y todos los griegos marcharon contra ellos, por así decirlo, permanecieron fieles y aunque tenían los enemigos más poderosos entre los del Peloponeso, arcadios y argivos, sin embargo, les ayudaron; después que les tocó en el sorteo el último puesto entre los que les ayudaron para pasar a Prasias[23]; eran esos corintios, epidaurios, trecenios, hermioneos, halieos, sicionios y peleneos, pues los últimos aún no se habían separado, pues ni incluso cuando el jefe de los contingentes aliados les dejó y partió con los que tenían que pasar primero, no se volvieron entonces, sino que llegaron a Esparta infiltrándose como pudieron mientras estaban los enemigos cerca de Amiclas, pagando a un guía de Prasias. Naturalmente los lacedemonios les enviaron un buey como regalo además de otras distinciones honoríficas. Después de retirarse los enemigos de Lacedemonia, los argivos, resentidos por el celo de los fliasios para con los lacedemonios, invadieron Fliunte en masa y saquearon su territorio; a pesar de ello no los dejaron, sino que los persiguieron saliendo a su encuentro los jinetes fliasios cuando se re-

(Margin section numbers: 2 beside "guen[21]…", 3 beside "neos, halieos…", 4 beside "distinciones honoríficas…")

[21] A pesar de su justificación los asuntos de Fliunte ocupan demasiado espacio en el libro VII y contribuye a su confusión. Aparte de la fidelidad de Fliunte a Esparta y la amistad de Agesilao con Procles, no se debe olvidar que Jenof. estuvo desde el 370 aproximadamente refugiado en Corinto, donde pudo disponer de información abundante sobre los acontecimientos de Fliunte, muy próxima, y de Sición, a los que consagraría igualmente (VII 3) un largo espacio.

[22] Contradición sorprendente con VI 5, 29.

[23] El ejército de socorro evita los caminos vigilados por argivos y arcadios (VI 5, 23-29) y atraviesan el golfo de Argólide para desembarcar en Prasias, en Cinuria, y desde aquí por caminos de montaña atravesando el Parnón pasa a Esparta.

tiraban después de arrasar lo que pudieron, y aunque eran sesenta, atacándolos obligaron a volverse a toda la retaguardia compuesta por toda la caballería argiva y las compañías que formaban con ellos; mataron a unos cuantos y erigieron un trofeo en presencia de los argivos como si los hubieran matado a todos ellos.

Los aliados intentan apoderarse de la ciudad

5 Los lacedemonios y sus aliados volvieron a custodiar el Oneo, y los tebanos se acercaron con la idea de pasarlo. Cuando atravesaban Nemea los arcadios y eleos para unirse con los tebanos, unos desterrados fliasios les dieron palabra de que tomarían Fliunte con la única condición de presentarse con ellos; después de llegar a un acuerdo, los desterrados y unos seiscientos más se apostaron de noche bajo la muralla con escalas. Cuando los observadores desde el Tricárano comunicaron por medio de señales que los enemigos atacaban y la ciudad les prestó atención, en ese momento los traidores dieron la señal de subir a
6 los apostados. Después de subir y tomar las armas abandonadas de la guarnición empezaron por perseguir a los guardias de día que eran diez —por cada grupo de cinco quedaba uno de guardia de día—, mataron a uno que aún dormía y a otro que se refugió en el Hereo. Como los guardias de día para escapar saltaron fuera por la parte de la muralla que mira a la ciudad,
7 los que subieron ocuparon la acrópolis sin lucha. Mas después que acudieron los ciudadanos al llegar el alboroto a la ciudad, primero los enemigos saliendo al encuentro lucharon delante de las puertas de la acrópolis que llevan a la ciudad; luego sitiados por los que acudieron en socorro volvieron a retirarse a la acropolis; los ciudadanos se lanzaron con ellos. Así el centro de la acrópolis quedó inmediatamente desierto; subiendo a la muralla y los torreones los enemigos disparaban y alcanzaban a los de dentro. Ellos desde el suelo se de-

fendían y luchaban por las escalas que aplicaban a las murallas. Después que los ciudadanos dominaron en 8
algunos torreones de un lado y otro, entonces avanzaron juntos desesperados contra los que habían escalado los muros. Éstos, empujados por su audaz ataque, se fueron concentrando en poco espacio. En ese momento los arcadios y argivos se colocaron en círculo alrededor de la ciudad y empezaron a abrir una brecha en la cabeza del muro; pero los del interior unos abatían a los que ya estaban sobre la muralla, otros a los de fuera que estaban aún subiendo por las escalas, otros luchaban contra los que estaban subidos en los torreones, y hallando fuego en las tiendas se lo aplicaron debajo, llevando las gavillas que encontraron recolectadas en la misma acrópolis. Entonces los de los torreones saltaron fuera por temor a las llamas y los de la muralla cayeron al exterior heridos por los enemigos. Una vez 9
que empezaron a ceder, toda la acrópolis quedó pronto libre de enemigos. Inmediatamente salieron los jinetes; los enemigos al verlos retrocedieron abandonando las escalas, cadáveres e incluso algunos vivos que cojeaban. No murieron menos de ochenta enemigos, los de dentro luchando y los de fuera al saltar. Entonces se pudo ver a los hombres darse la mano unos a otros por haberse salvado y a las mujeres trayendo de beber y a la vez llorando de alegría. Todos los presentes lloraban y reían a la vez[24].

Nuevos ataques contra Fliunte

Al año siguiente los argivos y todos 10
los arcadios atacaron también Fliunte. La causa de que atacaran a los fliasios continuamente era que estaban resentidos con ellos y, como quedaban en medio de ellos, al mismo tiempo mantenían la esperanza de que se pasarían a su lado por la dificultad de apro-

---

[24] Esta expresión nos recuerda la *Ilíada* VI 484. Véase otra semejante en VII 1, 32.

visionamiento. Los jinetes y el batallón escogido fliasio junto con los jinetes atenienses que estaban presentes los atacaron en el momento del cruce del río; dominaron y obligaron a los enemigos a retirarse el resto del día al pie de las cimas, aunque se cuidaron de no pisotear los frutos de la llanura como si se tratara de un territorio amigo.

11 Una vez más el jefe tebano de Sición marchó contra Fliunte con la guarnición que tenía, sicionios y peleneos; pues estos últimos seguían ya a los tebanos; Eufrón participó también con los propios mercenarios. Así los demás bajaron contra el Hereo a través del Tricárano para arrasar la llanura; y dejó a sicionios y peleneos en las puertas que dan a Corinto, sobre una altura, para que los fliasios por esa zona no llegaran hasta la vanguardia propia dando un rodeo por defen-
12 der el Hereo. Cuando se dieron cuenta los de la ciudad que los enemigos se dirigían a las tierras, los jinetes y el grupo escogido salieron en contra, lucharon y no los dejaron dirigirse a las tierras. Pasaron allí la mayor parte del día disparando desde lejos, los de Eufrón persiguiendo hasta la zona accesible a la caballería, los de
13 dentro hasta el Hereo. Cuando les pareció oportuno, los enemigos marcharon por junto al Tricárano, pues efectivamente el barranco de delante de la muralla impedía el camino más corto para llegar junto a los peleneos. Después de ir delante de ellos por junto a la pendiente un trecho corto los fliasios se desviaron y se lanzaron contra los peleneos y los que estaban con ellos por el
14 camino próximo a la muralla. El grupo tebano al ver la prisa de los fliasios intentaron anticiparse y socorrer a los peleneos. Mas llegó primero la caballería y atacó a los peleneos. Ellos al principio resistieron, luego se retiraron, volvieron a atacar con los soldados que estaban consigo y empezaron a luchar cuerpo a cuerpo. Después de esto los enemigos cedieron y murieron al-

gunos sicionios y muchísimos peleneos de valía. Una vez 15 ocurrido esto los fliasios erigieron un trofeo y entonaron el peán con brío como era natural; el grupo de tebanos y de Eufrón lo contemplaron indiferentes, como si hubieran corrido para ver un espectáculo. Después de esto unos volvieron a Sición, otros se retiraron a la ciudad.

Los fliasios se apuntaron una buena acción: efec- 16 tivamente, aunque cogieron prisioneros a su próxeno en Pelene y estaban faltos de todo, lo soltaron sin rescate. ¿Cómo se podría negar que son naturalmente nobles y fuertes los que realizan tales hechos?

Ayuda del ateniense Cares

Por supuesto, es manifiesto que gra- 17 cias a su firmeza mantuvieron la lealtad a los amigos; pues privados de los frutos de sus tierras, se mantuvieron unas veces tomando los productos del enemigo, otras comprándolos en Corinto, yendo al mercado con muchos peligros, pagando su valor con dificultades, consiguiendo a duras penas que se los transportaran y logrando difícilmente garantes de los animales de transporte. Aunque carecían de todo, al fin consi- 18 guieron que Cares[25] les escoltase el convoy. Después de llegar a Fliunte, le pidieron que acompañara a los inútiles que enviaban a Pelene. Los dejaron allí y marcharon de noche después de comprar y cargar los animales que pudieron, no ignorando que los enemigos les hacían emboscadas, mas considerando que el carecer de víveres era más difícil que el luchar. Iban delante los fliasios 19 con Cares; después que se encontraron con los enemigos inmediatamente entraron en acción y atacaron animándose unos a otros a la vez que llamaban a gritos a Cares para ayudarles. Logrando la victoria y arrojando a los enemigos del camino por fin volvieron a su patria salvándose ellos mismos y lo que traían. Como

[25] Estratego ateniense.

pasaron la noche en vela, durmieron hasta avanzado
20 el día. Después que se levantó Cares los jinetes y hoplitas más aptos se acercaron y le dijeron: «Cares, hoy tú puedes realizar una hazaña muy buena. En efecto, los sicionios están fortificando una plaza en nuestras fronteras [26] con muchos albañiles, pero no muchos hoplitas. Así, pues, nosotros, los jinetes y hoplitas más valientes iremos en cabeza y tú nos acompañas con el ejército mercenario; quizás te encuentres las obras concluidas o quizás al presentarte provocarás su fuga como en Pelene. Si decimos algo que te es inaceptable consulta a los dioses sacrificando; pues creemos que los dioses te ordenarán hacer eso aún con más insistencia que nosotros. Cares, es necesario que sepas bien lo siguiente: si lo logras, habrás construido una fortificación contra los enemigos, habrás salvado a una ciudad amiga y serás el más famoso en tu patria, el más renombrado
21 incluso entre los aliados y enemigos.» Cares convencido empezó a sacrificar, e inmediatamente los jinetes fliasios se pusieron las corazas y se embridó a los caballos y los hoplitas prepararon todo cuanto concernía a la infantería. Después de tomar las armas marcharon hacia donde estaban sacrificando; Cares y el adivino les salieron al encuentro y dijeron que las víctimas eran buenas. Añadieron: «Pero esperad, pues también nosotros vamos ya a partir». En cuanto se anunció, los mercenarios salieron a la carrera con un entusiasmo
22 loco. Después que Cares emprendió la marcha, la caballería e infantería de Fliunte iba delante de él; primero fueron a buen paso, luego incluso corriendo; y por fin los jinetes cabalgaban al galope y la infantería corría todo lo que podía estando formada; Cares los seguía de prisa. Pues quedaba poco tiempo para la puesta del sol. Sorprendieron a unos enemigos de la fortificación

[26] Cf. VII 2, 1 (Tiamia).

lavándose, a otros preparando la cena, a otros amasando, a otros haciendo los camastros. Cuando vieron la 23
impetuosidad del ataque huyeron rápidamente, atemorizados, dejando a los afortunados hombres todas las provisiones. Después de cenar con ellas y otras que traían de casa, ofrecieron libaciones y cantaron el peán por la buena suerte, establecieron guardias y se durmieron. Como llegó de noche un mensajero anunciando lo de Tiamia, los corintios muy amistosos proclamaron que se equiparan las yuntas y demás animales de transporte y cargándolos de trigo los llevaron a Fliunte; y mientras se construyó la fortificación se enviaron convoyes cada día.

Eufrón en Sición

Sobre los fliasios ya se ha relatado 3
cómo fueron leales a los amigos, se mantuvieron siempre firmes durante la guerra y permanecieron en la alianza aunque carecían de todo. Por esta época más o menos el estinfalio Eneas, que era estratego de los arcadios, considerando que no era tolerable la situación de Sición, subiendo con su ejército a la acrópolis convocó a los sicionios más importantes que estaban en la ciudad y sin decreto mandó llamar a los desterrados. Eufrón, atemorizado, se refugió en el puer- 2
to de Sición, mandó venir de Corinto a Pasimelo y entregó el puerto a los lacedemonios por medio de éste y volvió a pasar a su alianza aduciendo que se había mantenido siempre leal a los lacedemonios. Pues cuando se efectuó la votación de la ciudad, por si decidía separarse, aseguró que había votado en contra con unos cuan- 3
tos; y luego había establecido la democracia por querer vengarse de los que le traicionaron. Añadió también: «Ahora son desterrados por mí todos los que os traicionan y si yo pudiera, me pasaría a vosotros con la ciudad entera. De momento os entrego el puerto del que

soy dueño». Naturalmente que muchos le oyeron, pero no se vio claro cuántos quedaron convencidos.

4 Mas ya que empecé, quiero concluir el relato de Eufrón. Después de rebelarse en Sición los más importantes y el pueblo, Eufrón volvió con un ejército mercenario de Atenas[27]. Dominó la ciudad con el partido democrático; pero como el harmoste tebano tenía la acrópolis, cuando se dio cuenta de que no podía dominar la ciudad aunque los tebanos ocupaban la acrópolis, se proveyó de dinero y partió para persuadir a los tebanos a que expulsaran a los aristócratas y le volvieran a entregar la ciudad.

Asesinato de Eufrón

5 Al enterarse los desterrados anteriores de su viaje y de su plan, marcharon a su vez para Tebas, y cuando lo vieron tratando familiarmente con los magistrados, temieron que consiguiera sus propósitos, y unos cuantos se arriesgaron y degollaron a Eufrón en la acrópolis, cuando estaban en sesión los magistrados y el consejo. Los magistrados llevaron a los
6 autores ante el consejo y dijeron lo siguiente: «Ciudadanos, nosotros condenamos a muerte a éstos que mataron a Eufrón, ya que vemos que los hombres sensatos no cometen, por supuesto, ninguna injusticia ni impiedad, pero incluso los malvados intentan pasar inadvertidos cuando realizan sus fechorías; mas éstos han sobrepasado tanto a todos en audacia y sacrilegio que mataron a Eufrón delante de las mismas autoridades y de vosotros mismos que decidís quiénes deben morir y quiénes no. Por otra parte, si esos no sufren la última pena, ¿quién se atreverá en adelante a venir a la ciudad? ¿Qué le pasará a la ciudad, si cualquiera puede matar antes de que cada uno exponga los motivos de su ve-

[27] Jenof. al final de esta digresión (VII 4, 1) dice que después de la entrega del puerto a los lacedemonios los sicionios y los arcadios se habían apoderado de nuevo de él.

nida? Nosotros, pues, acusamos a éstos por ser los más impíos, injustos, sin ley, y porque desprecian grandemente a la ciudad. Vosotros, que nos habéis oído, imponedles la pena que os parece que merecen».

Los magistrados así hablaban; los demás cómplices 7
negaron ser los autores; pero uno confesó y comenzó la defensa más o menos así: «Tebanos, no puede despreciaros un hombre que sabe que sois dueños de hacer de él lo que queráis. ¿Por qué razón, pues, maté al hombre aquí? Sabedlo bien: primero, creyendo que obraba con justicia; segundo creyendo que juzgaríais correctamente, pues también sabía que vosotros no esperasteis la votación, sino que castigasteis en cuanto os fue posible al grupo de Arquias e Hípates, a quienes detuvisteis por haber hecho lo mismo que Eufrón, pensando que por impíos declarados, traidores convictos e implantadores de la tiranía, serían condenados a muerte por todos los hombres. Realmente Eufrón fue reo 8
de todos esos crímenes; efectivamente, después de recibir los santuarios repletos de plata y oro de las ofrendas los dejó completamente vacíos. En cuanto a lo de traidor, ¿quién lo sería más notorio que Eufrón, que, siendo amiguísimo de los lacedemonios, os prefirió en su lugar, después de dar y recibir garantías de vosotros volvió a traicionaros y entregó el puerto a los contrarios? ¿Cómo no va a ser tirano declarado quien esclavizó no sólo a hombres libres, sino incluso a ciudadanos y nos mató, desterró y arrebató a aquellos que cometieron agravios, sino a aquellos que le pareció? —y éstos eran los mejores—. Pero además, después de re- 9
gresar a la ciudad con los atenienses, nuestros peores rivales, apostó sus armas contra vuestro harmoste; y como no pudo echarlo de la acrópolis, vino aquí provisto de dinero. Incluso si se hubiera visto que estaba reuniendo fuerzas contra vosotros, me deberíais un favor, si lo hubiera matado; mas quien vino provisto de

dinero para corromperos con él y persuadiros a que le
volvierais a hacer dueño de la ciudad, al imponerle el
castigo, ¿cómo podría yo ser condenado a muerte por
vosotros con justicia? Efectivamente, los que se perju-
dican forzados por las armas, a pesar de ello no se
consideran injustos, pero los que se dejan corromper
por dinero en contra del bien se perjudican y a la vez
10 incurren en deshonor. Por otro lado, si fuera mi ene-
migo y vuestro amigo, incluso yo reconocería que no es-
taría bien que yo lo matara delante de vosotros; mas
quien os traiciona, ¿por qué va a ser más enemigo mío
que vuestro? Pero, por Zeus, diría uno, vino libre-
mente. Si uno lo hubiera matado lejos de la ciudad,
merecería felicitación pues, mas ahora que volvió a ve-
nir para añadir otros males a los de antes, ¿no se re-
11 conocerá que está muerto con toda justicia? ¿En qué
parte de Grecia se podría demostrar que hay tratos
con traidores, desertores reincidentes o tiranos? Además
de esto, recordad también que votasteis, por cierto, que
los desterrados de todas la ciudades podían ser objeto
de extradición, y quien vuelve como desterrado sin un
decreto general de los aliados, ¿se podría decir que no
es justo que éste muera? Varones, yo afirmo que si
vosotros me matáis, vengaréis a vuestro peor enemigo,
mas si decidís que se ha obrado con justicia, daréis la
impresión de vengaros por vosotros y todos los aliados».

12 En consecuencia, los tebanos después de oírle, decidieron que Eufrón había sufrido lo merecido. Mas sus ciudadanos lo llevaron y lo enterraron en el ágora como a un hombre de bien y lo veneran como fundador de la ciudad. Así define la mayoría, como es lógico, que sus propios bienhechores son «hombres de bien».

Alianza entre arcadios y atenienses

Se ha referido la historia de Eufrón; ahora vuelvo al punto donde me desvié para esa digresión. Mientras los fliasios aún estaban fortificando Tiamia y Cares estaba con ellos, Oropo fue tomada por los desterrados. Todos los atenienses marcharon con las tropas contra ella, incluso mandaron venir de Tiamia a Cares; por su parte el puerto de Sición fue reconquistado por los propios ciudadanos y por los arcadios; como ningún aliado ayudó a los atenienses, se retiraron entregando Oropo a los tebanos en espera de un juicio. 4

Informado de que los atenienses censuraron a los aliados porque tenían muchas dificultades por su causa y en cambio nadie les ayudó, Licomedes persuadió a los diez mil a concluir una alianza con ellos. Primero se opusieron algunos atenienses a convertirse en aliados de sus contrarios siendo amigos de los lacedemonios; pero después de sopesarlo encontraron que no era menos ventajoso para los lacedemonios que para ellos mismos el que los arcadios no necesitaran a los tebanos, y al fin aceptaron la alianza de los arcadios. Licomedes murió por intervención divina manifiesta al marchar de Atenas después de concluir esta negociación. Efectivamente, había muchísimos barcos y escogió entre ellos el que quiso conviniendo con la tripulación desembarcar donde lo ordenara, mas eligió para desembarcar precisamente el sitio donde se encontraban los desterrados. Así murió él, pero la alianza se concluyó realmente. 2 3

Expulsión de los atenienses de Corinto

Como Democión dijo en Atenas en la asamblea del pueblo que le parecía bien que se hiciera amistad con los arcadios, pero afirmó que era preciso dar órdenes a los estrategos para que el pueblo ateniense tuviera segura Corinto, al enterarse de ello los corintios enviaron rápidamente guarniciones 4

propias suficientes a todas las zonas en las que los atenienses tenían las suyas y les dijeron que se marcharan, puesto que ya no necesitaban sus guarniciones para nada. Ellos obedecieron. Cuando se reunieron los atenienses de las guarniciones en la ciudad, los corintios proclamaron que si algún ateniense era agraviado, lo denunciara por escrito y que ellos tomarían las medidas
5 justas. En esta situación Cares llegó con la flota a Cencreas. Después de conocer lo ocurrido, dijo que se presentaba para ayudar a la ciudad, pues había oído que se estaba conspirando contra ella. Lo elogiaron por este gesto, pero no acogieron las naves en puerto, sino que le mandaron marchar; asimismo despidieron a los hoplitas después de que el tribunal atendió sus demandas. Los atenienses así se retiraron, pues, de Corinto.

Paz entre Corinto y Tebas

6 Mas se vieron obligados a enviar la caballería en auxilio de los arcadios, por si se invadía Arcadia, pero no pisaron territorio laconio en plan de guerra.

Los corintios consideraron que era difícil que ellos se salvaran, ya que incluso antes estaban dominados por tierra y ahora además los atenienses se habían vuelto enemigos, y decidieron reunir tropas y jinetes mercenarios. Con estas fuerzas custodiaban la ciudad y a la vez causaban mucho daño a los enemigos vecinos; también enviaron mensajeros a Tebas para preguntar si
7 obtendrían la paz yendo allá. Después que los tebanos los mandaron venir, pues la obtendrían, los corintios pidieron autorización para ir también ante los aliados y concluir la paz con los que quisieran y dejar guerrear a los que preferían la guerra. Después que los tebanos les dieron autorización para hacerlo, los corintios
8 llegaron a Esparta y dijeron: «Lacedemonios, nosotros, vuestros amigos, estamos aquí ante vosotros y pedimos que nos mostréis si veis algún medio para nuestra sal-

vación, en el caso de que nos mantengamos fuertes luchando, pero si opináis que nuestra situación es difícil, que hagáis la paz con nosotros, si os conviene, pues por nadie seríamos salvados más contentos que por vosotros; mas si creéis que os conviene estar en guerra, os pedimos que nos dejéis firmar la paz. Pues estando salvos quizás aún un día volveremos a estar con vosotros en un momento oportuno; mas si perecemos ahora, es evidente que ya nunca más os seremos útiles»[28]. Después de oír estos argumentos los lacedemo- 9
nios aconsejaron a los corintios firmar la paz y permitieron abandonar las hostilidades a los demás aliados que no querían luchar con ellos; mas por su parte afirmaron que harían lo que fuere grato al dios luchando, pero que nunca consentirían en ser privados de Mesenia, que recibieron de sus padres. Los corintios, pues, 10
marcharon a Tebas para pedir la paz después de oír eso. Mas los tebanos estimaron que debían además comprometerse a una alianza; ellos respondieron que la alianza no era paz, sino un trueque de guerra, pero si querían una paz justa que allí estaban para firmarla. Admirados los tebanos de que no se decidieran a luchar con sus bienhechores aunque estaban en peligro, acordaron la paz con ellos con la condición de que cada uno tendría su propio territorio. En estas condiciones prestaron juramento. Como el convenio fue en esos 11
términos, los fliasios se retiraron inmediatamente de Tiamia; mas los argivos que habían jurado la paz en las mismas condiciones, como no pudieron conseguir que los desterrados fliasios permanecieran en el Tricárano ocupándolo como si fuera de su ciudad, tomándolo lo custodiaron asegurando que era tierra suya, ésta que poco antes devastaron como si fuera enemiga, y no aceptaron el arbitraje que propusieron los fliasios.

---

[28] Polidamante de Farsalo les había propuesto una cuestión semejante y recibió la misma respuesta. Cf. VI 1, 2-18.

12 Casi por ese tiempo, muerto ya Dionisio el Antiguo, su hijo envió socorros a los lacedemonios, doce trirremes, y a Timócrates como jefe de ellas. Llegando, pues, éste se apoderó con ellas de Selasia; hecho esto se volvió a su patria.

Campañas de los arcadios contra Élide

Después de estos hechos, no mucho más tarde, los eleos tomaron por sorpresa Lasión, que antiguamente era suyo, y en el presente formaba parte
13 de la liga arcadia. Por cierto, los arcadios no se descuidaron, sino que inmediatamente dieron orden de acudir; acudieron asimismo los trescientos[29] junto con unos cuatrocientos eleos más. Durante el día los eleos quedaron acampados enfrente en un lugar más llano, pero los arcadios subieron de noche a la cima del monte que había sobre los eleos y al amanecer bajaron contra ellos. Al verlos acercarse por la parte superior de la derecha en gran número sintieron vergüenza en marchar desde lejos, se fueron en filas cerradas y huyeron después de recibirlos cuerpo a cuerpo. Perdieron muchos hombres y muchas armas al retirarse por una zona difícil.

14 Después de este ataque los arcadios marcharon contra las ciudades de los acroreos. Las tomaron, salvo Tresto, luego llegaron a Olimpia, rodearon el Cronión con una empalizada y allí se mantuvieron en guardia dominando también el monte Olímpico; asimismo tomaron Marganea, que les entregaron algunos. Los arcadios después de estos éxitos marcharon contra la ciudad de los eleos, que estaban en cambio completamente desanimados. Llegaron hasta el ágora; mas apostándose allí los jinetes y todos los demás los arrojaron, mataron
15 a algunos y erigieron un trofeo. Antes ya había disen-

[29] Son un cuerpo escogido como en otros estados dorios de gobierno aristocrático. Cf. Tuc., II 25.

siones en Élide. Pues la facción de Cáropo, Tasónidas y Argeo arrastraba la ciudad a la democracia y la de Evalcas, Hipias y Estrátolas a la oligarquía. Pero cuando los arcadios consiguieron gran poder decidieron aliarse con los que deseaban un régimen democrático, después la facción de Cáropo fue más atrevida y conviniendo con los arcadios que les ayudarían tomaron
por sorpresa la acrópolis. La caballería y los trescien- 16
tos no se demoraron, sino que subieron inmediatamente y los expulsaron; de modo que huyeron alrededor de cuatrocientos con Argeo y Cáropo. No mucho después esos, con algunos arcadios, tomaron por sorpresa Pilos. Por cierto, muchos del partido democrático de la ciudad se les unieron considerando que tenían un buen sitio y una fuerza aliada importante, la arcadia.

Más tarde[30] los arcadios invadieron también el territorio eleo, persuadidos por los desterrados de que la
ciudad se entregaría. Pero entonces los aqueos se ha- 17
bían vuelto amigos de los eleos y les ayudaron a custodiar la ciudad, de modo que los arcadios se retiraron sin lograr otra cosa que devastar su territorio. Mas recién salidos de allí, observaron que los peleneos estaban en Élide y tomaron por sorpresa Oluro recorriendo de noche un trayecto larguísimo, pues los peleneos se habían vuelto a pasar a la alianza lacedemo-
nia. Después de enterarse de lo de Oluro, volvieron a 18
entrar en su ciudad, Pelene, dando también ellos un rodeo por donde pudieron. Luego lucharon contra los arcadios de Oluro e incluso contra su propio partido democrático aunque eran muy pocos; a pesar de ello no desistieron hasta levantar el asedio de Oluro.

A su vez los arcadios volvieron a emprender otra 19
expedición a Élide. Los eleos los atacaron cuando es-

---

[30] Parece que Jenof. toma de nuevo el relato interrumpido por la digresión que inició en 15 sobre los asuntos de Élide.

taban acampados entre Cilene y la ciudad, mas los arcadios resistieron y vencieron. Andrómaco, hiparco eleo, que fue al parecer el causante del inicio del combate, se suicidó; los demás se retiraron a la ciudad. Murió también en esa batalla el espartiata Soclides, que estaba con ellos; efectivamente en ese momento los lacedemonios ya eran aliados de los eleos [31].

Toma y asedio de Cromno

20 Pues acosados en su propio territorio, los eleos enviaron embajadores y pidieron a los lacedemonios que marcharan con las tropas contra los arcadios, creyendo que así expulsarían de una vez a los arcadios, si eran atacados por los dos lados. En consecuencia, Arquidamo fue enviado con los soldados de su ciudad y tomó por sorpresa Cromno, dejó allí tres compañías de guarnición de las doce que
21 tenía y luego volvió a casa. Por cierto los arcadios, como se encontraban reunidos después de la expedición a Élide, acudieron, rodearon Cromno de una doble empalizada y sitiaron seguros a los de Cromno. El gobierno lacedemonio, que difícilmente soportaba el asedio de sus ciudadanos, envió el ejército. También mandó entonces Arquidamo. Al llegar saqueó las zonas de Arcadia y de Escirítide que pudo y empleó todos los medios a su alcance para alejar a los sitiadores. Pero los arcadios no se movieron en absoluto, al contrario, contemplaron
22 todo indiferentes. Viendo Arquidamo una colina alrededor de la cual los arcadios habían puesto la empalizada exterior, pensó que si la tomaba y dominaba, los sitiadores que estaban debajo de ella no podrían resistir. Llevando, pues, a sus tropas en torno a ella, cuando los peltastas vieron a los eparitas [32] correr por

[31] Jenof. no nos dice la fecha ni las circunstancias.

[32] Cf. también §§ 33-34, 36; 6, 3. Los eparitas parece que se pueden comparar con el cuerpo escogido —*epílectoi*— de otras ciudades.

delante de Arquidamo fuera de la empalizada, los atacaron y también los jinetes lo intentaron a la vez. Mas no cedieron, sino que permanecieron quietos apiñados. Volvieron a atacar y como tampoco cedieron entonces, sino que atacaron incluso y había ya mucho griterío, acudió también Arquidamo después de desviarse por el camino de carros que lleva a Cromno, llevándolo en columna de a dos, tal como se encontraba. Cuando 23
se acercaron unos y otros, los de Arquidamo en columna como marcharon por el camino, los arcadios apiñados escudo con escudo, en ese momento los lacedemonios no pudieron resistir frente a la masa de arcadios, mas pronto Arquidamo fue herido en el muslo de parte a parte, pronto murieron los que luchaban delante de él, Poliénidas y Quilón casado con la hermana de Arquidamo; entre todos los que murieron entonces no bajaron de los treinta. Retirándose por el 24
camino, salieron a una zona abierta, allí al fin se desplegaron en contra. No obstante, los arcadios resistieron como estaban apiñados, aunque eran inferiores en número, pues tenían más valor por haber venido contra hombres que retrocedían y haber matado... * a hombres [33]. Al contrario, los lacedemonios estaban desanimados al ver a Arquidamo herido, oír los nombres de los muertos, hombres de bien y muy ilustres la mayoría [34]. Cuando estaban cerca, un anciano dijo a gri- 25
tos: «Varones, ¿por qué razón tenemos nosotros que luchar y no nos reconciliamos concluyendo una tregua?». Ambos escucharon contentos esta proposición y concluyeron una tregua. Los lacedemonios marcharon después de recoger los cadáveres y los arcadios erigieron un trofeo volviendo a donde iniciaron el ataque.

---

[33] Falta un número probablemente en este texto.

[34] Seguramente de los iguales *(homoîoi)*, que eran muy pocos, incluso antes de Leuctra. Cf. III 3, 5; VI 4, 15.

26 Cuando los arcadios estaban ocupados con Cromno, los eleos de la ciudad al ir contra Pilos se encontraron primero con los pilios que habían sido expulsados de Tálamas. Cuando la caballería los vio avanzar, no se demoró, sino que atacó inmediatamente matando a unos y refugiándose otros en una colina. Mas después de llegar la infantería, aniquilaron también a los de la colina, matando allí a unos y cogiendo prisioneros a otros doscientos. Vendieron a los que eran de los aliados y degollaron a los desterrados. Después de esto cogieron a los pilios y a su propio emplazamiento, ya que nadie
27 les ayudó, y tomaron de nuevo a los marganeos. Volviendo luego a Cromno de noche los lacedemonios se apoderaron de la empalizada, la del lado de los argivos, e inmediatamente mandaron salir a los lacedemonios sitiados. Cuantos se encontraban más cerca aprovecharon la oportunidad y salieron; mas muchos arcadios que habían acudido en ayuda se adelantaron a los demás, que quedaron encerrados dentro y fueron cogidos prisioneros y repartidos. Los argivos cogieron una parte, otra los tebanos, otra los arcadios, otra los mesenios. El conjunto de los prisioneros, espartiatas y periecos, fue superior a cien.

Batalla de Olimpia

28 Después que los arcadios quedaron libres de Cromno, volvieron a ocuparse de los argivos y guardaban Olimpia con guarniciones más fuertes; al venir el año de las olimpíadas se preparaban a celebrar los juegos olímpicos con ayuda de los pisatas que afirmaron ser los primeros que se encargaron del santuario. Cuando llegó el mes de la celebración de los juegos olímpicos y los días en que se reúne la asamblea general, entonces los eleos equipándose abiertamente y llamando a los aqueos emprendieron la marcha por el
29 camino de Olimpia. Los arcadios nunca pensaron que fueran a venir contra ellos y estaban presidiendo la

asamblea general con los pisatas. Incluso ya habían ce-
lebrado la carrera de caballos y las carreras del pen-
tatlon. Mas los que comparecieron para la lucha ya no
la iniciaron en la pista, sino entre la pista y el altar [35].
Efectivamente, los eleos con las armas ya estaban en el
recinto sagrado. Los arcadios no salieron a su encuen-
tro más lejos, mas formaron sobre el río Cladeo, que
corre junto a la Altis y desemboca en el Alfeo. Algunos
aliados estaban a su lado, unos dos mil hoplitas argi-
vos y alrededor de cuatrocientos jinetes atenienses.
También los eleos se desplegaron en la otra orilla del 30
río y después de sacrificar avanzaron inmediatamente.
Aunque antes eran despreciados en los asuntos bélicos
por arcadios y argivos e igualmente por aqueos y ate-
nienses, sin embargo en aquel día se mostraron los alia-
dos más valerosos y atacaron primero con esos y pronto
los obligaron a retroceder y resistiendo a los argivos
que acudieron en ayuda, también los dominaron. Mas 31
después que los persiguieron hacia la zona entre el
edificio del consejo y el santuario de Hestia y el teatro
contiguo a ellos, no lucharon menos y los rechazaron
hacia el altar, pero al ser alcanzados por los dardos
desde los pórticos, el edificio del consejo y el gran tem-
plo, como luchaban en el llano, murieron algunos eleos
más, aparte del mismo Estrátolas, que mandaba los tres-
cientos. Después de estos hechos se retiraron a su cam-
pamento. Por cierto, los arcadios y sus aliados tanto 32
temían por el día siguiente que durante la noche no ce-
saron de destrozar las tiendas que habían levantado
con tanto esfuerzo para hacer con ellas una empalizada.
Por su parte al acercarse al día siguiente los eleos
vieron que el muro era más sólido y que muchos esta-
ban subidos en los templos y regresaron a la ciudad,
portándose tan valientes como un dios pudo presen-

---

[35] Frase irónica: se refiere al combate entre eleos y arcadios.

tarlos infundiéndoles valor en aquel día, pues los hombres no podrían volver valientes a quienes no lo son aun disponiendo de mucho tiempo.

Disensiones en la Confederación arcadia

33 Como los jefes arcadios empleaban los bienes de los santuarios y mantenían con ellos a los eparitas, los mantineos fueron los primeros en votar contra el uso de los bienes sagrados. Ellos aportando de la ciudad la parte correspondiente para los eparitas la enviaron a los jefes. Éstos, pretextando que minaban la liga arcadia, citaron a los responsables ante los diez mil; como no obedecieron, los condenaron y enviaron a los eparitas para traer a los condenados. Mas los mantineos cerraron sus puertas y
34 no los recibieron dentro. Después de esto también algunos más dijeron pronto ante los diez mil que no era necesario utilizar los bienes sagrados ni dejar indefinidamente a sus hijos esa acusación ante los dioses. Cuando en la liga se decidió no emplear los bienes sagrados, pronto empezaron a dispersarse los que no habrían podido ser eparitas sin el sueldo, pero los que habrían podido comprometiéndose entre sí se constituyeron ellos mismos en eparitas, de modo que no dependieran de aquéllos, sino aquéllos de ellos mismos [36]. Conociendo los magistrados que ya habían manejado los bienes sagrados que corrían riesgo de perecer si rendían cuentas, enviaron mensajeros a Tebas e indicaron a los tebanos que si no venían con las tropas, los arcadios
35 corrían riesgo de volverse partidarios de Laconia. Por ello unos se prepararon para marchar con las tropas, otros deliberando lo mejor para el Peloponeso [37] convencieron a la liga arcadia a que enviara embajadores y

[36] Se puede concluir que los eparitas se vuelven más aristocráticos con este nuevo modo de reclutamiento, lo que justifica la amenaza de laconismo que se menciona luego.

[37] O sea, los aristócratas. Cf. VII 5, 1.

propusiera a los tebanos que no vinieran con las armas a Arcadia, si no se les llamaba. A la vez que proponían esto a los tebanos, reconocían que no deseaban de ninguna manera la guerra. Efectivamente, creían que no tenían ninguna necesidad del santuario de Zeus, sino que obrarían con más justicia y piedad si lo devolvían; creían también que obrando así eran más gratos al dios. Como los eleos también lo deseaban, ambos decidieron firmar la paz; y hubo tregua.

Golpe del harmoste tebano en Tegea

Prestados los juramentos y jurando 36
todos los demás aliados incluso tegeatas y el tebano mismo[38] que se encontraba en Tegea con trescientos hoplitas beocios, mientras los demás arcadios quedándose allí mismo en Tegea cenaban y estaban divirtiéndose y ofrecían libaciones y peanes por la paz que se había concluido, el tebano y los magistrados que temían la rendición de cuentas cerraron las puertas de la muralla de Tegea con ayuda de los beocios y los eparitas que se habían puesto de acuerdo, y enviando hombres a las tiendas detuvieron a los más importantes. Naturalmente, como había allí personas de todas las ciudades arcadias, pues todos deseaban la paz, tuvieron que ser detenidos muchos; de modo que pronto se llenó la cárcel con ellos y pronto igualmente la residencia oficial. Como eran muchos los encerrados, mu- 37
chos también los que habían saltado fuera de la muralla, algunos incluso se escaparon por las puertas —nadie se enfadaba con nadie, salvo quien creía que iba a perecer—, lo que más puso en apuros al tebano y a los que actuaban con él fue que tenían muy pocos mantineos, a quienes principalmente deseaban detener, pues por estar cerca la ciudad casi todos marcharon a su patria. Cuando fue de día y los mantineos se informaron 38

[38] Es decir, un harmoste de Tebas que había en Tegea. Cf. VII 1, 43.

de lo ocurrido, inmediatamente enviaron embajadores a las demás ciudades arcadias y les previnieron que estuvieran armados y vigilaran los accesos. Ellos mismos así lo hicieron y a la vez enviando embajadores a Tegea reclamaron a los mantineos que detuvieron; declararon también que ningún otro arcadio merecía estar encadenado ni morir sin juicio. Si había acusaciones contra alguien, dijeron que lo denunciaran, pues la ciudad de Mantinea garantizaba solemnemente que presentaría ante la liga arcadia a los que se demandara.
39 El tebano, pues, al oírlo, no sabía cómo salir del asunto y soltó a todos. Al día siguiente convocó a los arcadios que quisieron reunirse y se defendió alegando que había sido engañado. En efecto, aseguró haber oído que había lacedemonios armados en las fronteras y que algunos arcadios iban a entregarles Tegea. Ellos lo oyeron y lo dejaron, aunque sabían que mentía acerca de ellos mismos; enviaron embajadores a Tebas, lo acusaron y pi-
40 dieron la pena de muerte. Aseguraron también que Epaminondas —efectivamente entonces se encontraba de estratego— [39] afirmó que obró mejor al detenerlos que al soltarlos. «Efectivamente, por el hecho de que nosotros entremos en guerra por vosotros [40] y que vosotros hagáis la paz sin nuestra decisión [41], ¿cómo no se os acusaría con razón de traición sólo por eso? Sabed bien además, añadió, que marcharemos a Arcadia con las tropas y lucharemos con los que se preocupen de lo nuestro».

[39] En realidad era beotarco ese año (363/2), término que evita Jenofonte por antipatía a Tebas.

[40] Cf. VI 19, 22.

[41] La paz con los eleos, VII 4, 55. La paz con Esparta se hará más tarde. Cf. VII 5, 3.

Preparativos de la Confederación arcadia

Cuando se comunicó esa respuesta a la liga arcadia y a las ciudades, los mantineos y los otros arcadios que se preocupaban por el Peloponeso [42], así como los eleos y aqueos dedujeron por ella que era evidente que los tebanos deseaban que el Peloponeso fuera lo más débil posible para someterlo fácilmente. «Efectivamente, ¿por qué desean que noso- 2
tros luchemos, sino para que nosotros nos causemos males mutuamente y ambos dependamos de ellos? ¿O por qué se preparan para salir cuando nosotros les decimos que actualmente no los necesitamos? ¿No es evidente que se están preparando para marchar con las tropas y causarnos algún mal?». Enviaron asimismo 3
embajadores a Atenas reclamando ayuda; marcharon también a Esparta embajadores de los eparitas para pedir a los lacedemonios si deseaban impedirlo en común en el caso de que algunos vinieran para esclavizar al Peloponeso. Allí mismo trataron sobre la dirección y acordaron que mandara cada uno en su propio territorio [43].

Epaminondas en el Peloponeso

4 Mientras se hacían estas gestiones, Epaminondas salió con todos los beocio, eubeos y muchos tesalios de Alejandro y de sus contrarios. Mas los focidios no le acompañaron alegando que tenían un tratado que exigía ayudarles si se iba contra Tebas, pero que no estaba en el tratado el marchar con las tropas contra otros. Mas Epaminondas contaba con 5
que en el Peloponeso se le sumarían los argivos, los mesenios y los arcadios que se preocupaban de sus asuntos. Éstos eran los tegeatas, los megalopolitas, los

---

[42] Cf. VII 4, 35.

[43] Una parte del texto del tratado entre Atenas por un lado y los arcadios, eleos y fliasios por otro, se conserva en una inscripción de Atenas: IG. II^2 1, 112.

aseatas, los palantieos y, por supuesto, todas las ciudades que se vieran obligadas por ser pequeñas y estar
6 situadas en medio de esos. Salió, por cierto, Epaminondas con rapidez; cuando llegó a Nemea, se detuvo esperando sorprender a los atenienses al pasar por delante y calculando que eso sería importante para animar a sus aliados y para desanimar a los contrarios, por decirlo en una palabra, que sería bueno para los tebanos todo
7 lo que debilitara a los atenienses. Durante esa detención, se reunieron en Mantinea todos los que estaban de acuerdo. Después que Epaminondas oyó que los atenienses habían desistido de marchar por tierra y se preparaban para ayudar por mar a través de Lacedemonia a los arcadios, entonces partiendo de Nemea
8 llegó a Tegea. En consecuencia, al menos yo no diría que estuvo afortunado en su cargo de estratego. Pues me parece que no descuidó ninguna operación que se pueda prever y sea audaz. Efectivamente, lo elogio primero porque estableció el campamento dentro de la muralla de Tegea, donde estaba más seguro que si acampara fuera y sus operaciones quedaban más secretas para sus enemigos. Asimismo, era más fácil prepararse, si necesitaba algo, estando dentro de la ciudad. Pero como los otros estaban acampados fuera, se podía ver si actuaban correctamente o si cometían algún error. También, por supuesto, le felicito porque no salía a atacarlos cuando veía que los rivales llevaban ventaja por las posiciones que ocupaban, aunque creyera que era mejor que ellos.

Marcha contra Esparta

9 Al ver que ninguna ciudad se le entregaba y que el tiempo pasaba, pensó que se había de actuar. Pues de lo contrario, en lugar de la fama anterior se ganaría muy mala reputación. En consecuencia, después de informarse de que los rivales estaban vigilantes alrededor de Mantinea, que habían man-

dado venir a Agesilao y a todos los lacedemonios, y se enteró de que Agesilao ya había salido con las tropas y que estaba en Pelene[44], después de la cena dando la orden se dirigió con el ejército directamente sobre Es-
parta. Si un cretense que se le acercó por cierto destino 10
divino no hubiera comunicado a Agesilao que el ejército se acercaba, hubiera sorprendido la ciudad como un nido completamente abandonado por los defensores. Mas como se informó previamente de ello, Agesilao volvió a la ciudad y se le anticipó y la guardaron formados en sus puestos aunque eran muy pocos; efectivamente, su caballería estaba toda fuera en Arcadia, el ejército
mercenario y tres de las doce compañías que tenía. Des- 11
pués que Epaminondas llegó a la ciudad de los espartiatas, por donde se exponía a combatir en descubierto y ser alcanzado desde las casas, no avanzaba por esa zona ni por donde no iban a luchar mejor muchos que unos pocos por muchos que fueran. Mas por donde pensó que tendría ventaja, por esa zona descendió a la ciu-
dad[45]. Lo que ocurrió a partir de aquí se puede atribuir 12
a la divinidad, aunque se puede decir que nadie resiste a hombres desesperados. En efecto, después que Arquidamo se puso al frente con menos de cien hombres, atravesó lo que parecía tener algún obstáculo y marchó por una pendiente contra los rivales, allí precisamente ellos que exhalaban fuego, que habían vencido a los lacedemonios, que tenían muchos más sin comparación y además las zonas altas a la derecha del enemigo, no resistieron a los de Arquidamo, sino que cedieron.
Los primeros de Epaminondas murieron, pero después 13
que los del interior los persiguieron más allá de lo que convenía ufanos por la victoria, ellos a su vez murieron;

---

[44] Ciudad de Laconia, en el valle del Eurotas. No debe confundirse con Pelene de Acaya (Cf. VII 1, 18).

[45] Texto dudoso.

por supuesto, estaba marcado por el dios, como es lógico, hasta qué punto les daba la victoria. Arquidamo erigió un trofeo donde dominó y devolvió bajo tregua a los enemigos que allí cayeron.

Epaminondas regresa a Tegea

14 Epaminondas pensaba que los arcadios acudirían a Lacedemonia y no quería luchar con ellos y con todos los lacedemonios juntos, sobre todo después de tener éxito, siendo ellos desafortunados; por ello volvió a Tegea lo más rápido que pudo, dejó descansar a los hoplitas y envió los jinetes a Mantinea pidiéndoles que hicieran un esfuerzo constante, indicándoles que probablemente estaba fuera todo el ganado de los mantineos y todos los hombres
15 porque era la recogida del trigo. Ellos partieron; los jinetes atenienses saliendo de Eleusis cenaron en el Istmo, atravesando Cleonas se dirigieron a Mantinea y acamparon casualmente en ese momento dentro de la muralla, en las casas. Cuando se vio a los enemigos acercarse a caballo, los mantineos pidieron a los jinetes atenienses que les ayudaran en lo que pudieran; efectivamente estaban fuera todo el ganado, los trabajadores, muchos niños y las personas libres de más edad. Al oír esto los atenienses salieron en ayuda,
16 aunque estaban en ayunas ellos y los caballos. Allí una vez más, ¿quién no admiraría su valor? Pues aun viendo a los enemigos más numerosos y la desgracia ocurrida en Corinto a su caballería, no tuvieron en cuenta nada de eso, ni siquiera que iban a luchar contra tebanos y tesalios que se consideraban los mejores jinetes, mas sintiendo vergüenza de no ser útiles a los aliados encontrándose allí, tan pronto como vieron a los enemigos irrumpieron juntos con vivos deseos de
17 recobrar su antigua fama. Combatiendo fueron los causantes de que los mantineos salvaran todo lo que te-

nían fuera; murieron algunos hombres de bien[46], pero también dieron muerte a otros tantos; efectivamente se alcanzaban unos y otros con cualquier arma mutuamente por corta que fuese. Asimismo no abandonaron los cadáveres amigos y devolvieron bajo tregua algunos de los enemigos.

Batalla de Mantinea

Por su parte Epaminondas conside- 18
raba que dentro de pocos días sería necesario marchar por cumplirse el tiempo de la expedición[47], pero que si dejaba abandonados a los aliados por cuya causa había venido, serían sitiados por sus rivales y él mismo sería dañado totalmente en su propia fama; consideraba asimismo que había sido derrotado realmente en Lacedemonia por unos pocos con toda la caballería; que había sido derrotado también en Mantinea en un combate de caballería y que era el causante por la expedición al Peloponeso de la unión actual de lacedemonios, arcadios, aqueos, eleos y atenienses; en consecuencia, no le pareció posible pasar de largo[48] sin combatir, considerando que, si vencía, todo eso se desmoronaría, y si moría, reconocía que tendría un buen fin intentando dejar a su patria el dominio del Pelo-
poneso. Por supuesto, no me parece muy extraño que 19
pensara tales cosas, pues tales reflexiones son propias de hombres ambiciosos; pero me parece que lo más admirable es que su ejército estuviera dispuesto a no desfallecer ante cualquier esfuerzo de noche y de día, a

[46] Se sabe que en este combate murió Grilo, hijo de Jenofonte, lo que explica la importancia dada a esta escaramuza.

[47] No se sabe el motivo de esta limitación, ya que están aún en pleno verano (Cf. § 14). La batalla de Mantinea fue el 12 de *Skirophorión*, es decir, fin junio-principio de julio; probablemente debe buscarse la causa en el deseo de los aliados de hacer la recolección.

[48] Para volver al Istmo el camino normal de Epaminondas era la llanura de Mantinea donde estaban los enemigos.

no apartarse de ningún peligro, a obedecer de buen
20 grado a pesar de tener escasos víveres. En efecto, cuando finalmente les transmitió la orden de prepararse para una batalla inminente, los jinetes blanqueaban celosamente los cascos al ordenarlo él, los hoplitas arcadios pintaban mazas como si fueran tebanos[49] y todos afila-
21 ban lanzas y espadas y sacaban brillo a los escudos. Por cierto, después que los llevó preparados de ese modo, también fue digno de que se cuente lo que hizo. Por supuesto, primero los formó, como es lógico, y al hacerlo pareció indicar claramente que se preparaba para el combate; mas una vez que estuvo formado su ejército como deseaba, no lo llevó por el camino más corto contra los enemigos, sino que lo guió hacia los montes occidentales enfrente de Tegea; de modo que dio al enemigo la impresión de que no iba a librar batalla en ese
22 día. Efectivamente, cuando estuvo junto al monte, después de desplegar su formación en la falda de la montaña, dejó las armas, de modo que parecía que estaba acampando. Esta operación debilitó en la mayoría de los enemigos la preparación de sus ánimos para el combate, debilitó asimismo su formación. Mas después de fortificar las tropas de choque, pasando las compañías que marchaban en columna al centro, entonces dando la orden de volver a tomar las armas se puso al frente, y ellos le siguieron. Los enemigos cuando los vieron atacando en contra de lo esperado, nadie pudo mantenerse quieto, sino que unos corrieron a las filas, otros se alinearon, otros pusieron freno a los caballos, otros se pusieron las corazas y todos se parecían a soldados que van a la defensiva más que a quienes van a la
23 ofensiva. Llevó el ejército como una trirreme proa contra proa, considerando que por donde abriera brecha atacando, destruiría el ejército contrario completo.

[49] Sobre emblemas de escudos cf. IV 4, 10; la maza era la insignia de Heracles, patrono de Tebas.

En consecuencia, se preparó a luchar con el ala más fuerte y dejó aparte la más débil, sabiendo que si era derrotado, infundiría desánimo a los suyos y fuerza a los enemigos. En realidad los enemigos desplegaron la caballería delante como una formación de hoplitas de seis en fondo y sin auxiliares de a pie[50]. En cambio, 24
Epaminondas, fortificó la tropa de choque de su caballería y tenía con ellos auxiliares de a pie, considerando asimismo que la caballería, abriendo brecha en el contrario, sería completamente vencedora, pues es muy difícil encontrar voluntarios que resistan, después de ver a algunos de los suyos huir; para que los atenienses no ayudaran desde el ala izquierda a la contigua, apostó algunos jinetes y hoplitas sobre unas colinas en frente de ellos, pues deseaba meterles miedo si ayudaban, ya que esos caerían sobre ellos por detrás. Así dispuso la ofensiva general y no se engañó en su esperanza; efectivamente, dominando por donde atacó obligó a huir a todo el ejército contrario. Pero después que cayó, los 25
demás no supieron aprovecharse bien de la victoria, ya que los hoplitas no mataron a nadie ni avanzaron del sitio donde se produjo el ataque aunque la formación contraria había sido puesta en fuga. Asimismo aunque la caballería huyó delante de ellos, tampoco su propia caballería mató a ningún jinete u hoplita persiguiéndolos, sino que se precipitaron a través de los enemigos que huían como derrotados que estuvieran aterrados. Del mismo modo los auxiliares de a pie y los peltastas que habían vencido con la caballería llegaron al ala izquierda dominando, pero allí la mayoría fue muerta por los atenienses.

Concluida esta batalla ocurrió lo contrario de lo que 26
todos los hombres creían que iba a ocurrir. Pues cuando estaban concentrada y enfrentada casi toda la Héla-

[50] Estos auxiliares parecen ser una formación particular tebana, adoptada por Atenas en el siglo IV.

de, no había nadie que no creyera, si se combatía, que dominando unos mandarían y dominados otros serían súbditos; mas el dios obró de tal modo que ambos erigieron un trofeo como vencedores, y ninguno de los dos obstaculizó a los que los erigían, ambos devolvieron como vencedores los cadáveres bajo treguas, ambos
27 como derrotados los recogieron bajo treguas, y aunque cada uno afirmó que había vencido, ninguno de los dos se vio con algo más que antes de que ocurriera la batalla ni en territorio ni en ciudades ni en imperio. En consecuencia, en la Hélade hubo aún mayor indecisión y confusión después de la batalla que antes[51].

Por mi parte debo limitarme a lo escrito hasta aquí; quizás otro se interesará por los acontecimientos posteriores.

---

[51] Al menos trajo como resultado la firma de un tratado de paz entre los combatientes que Jenofonte calla porque al reconocer definitivamente la independencia de Mesenia consagra la decadencia de Esparta, la única, además, que se negó a firmar este tratado (Diod., XV 89).

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL